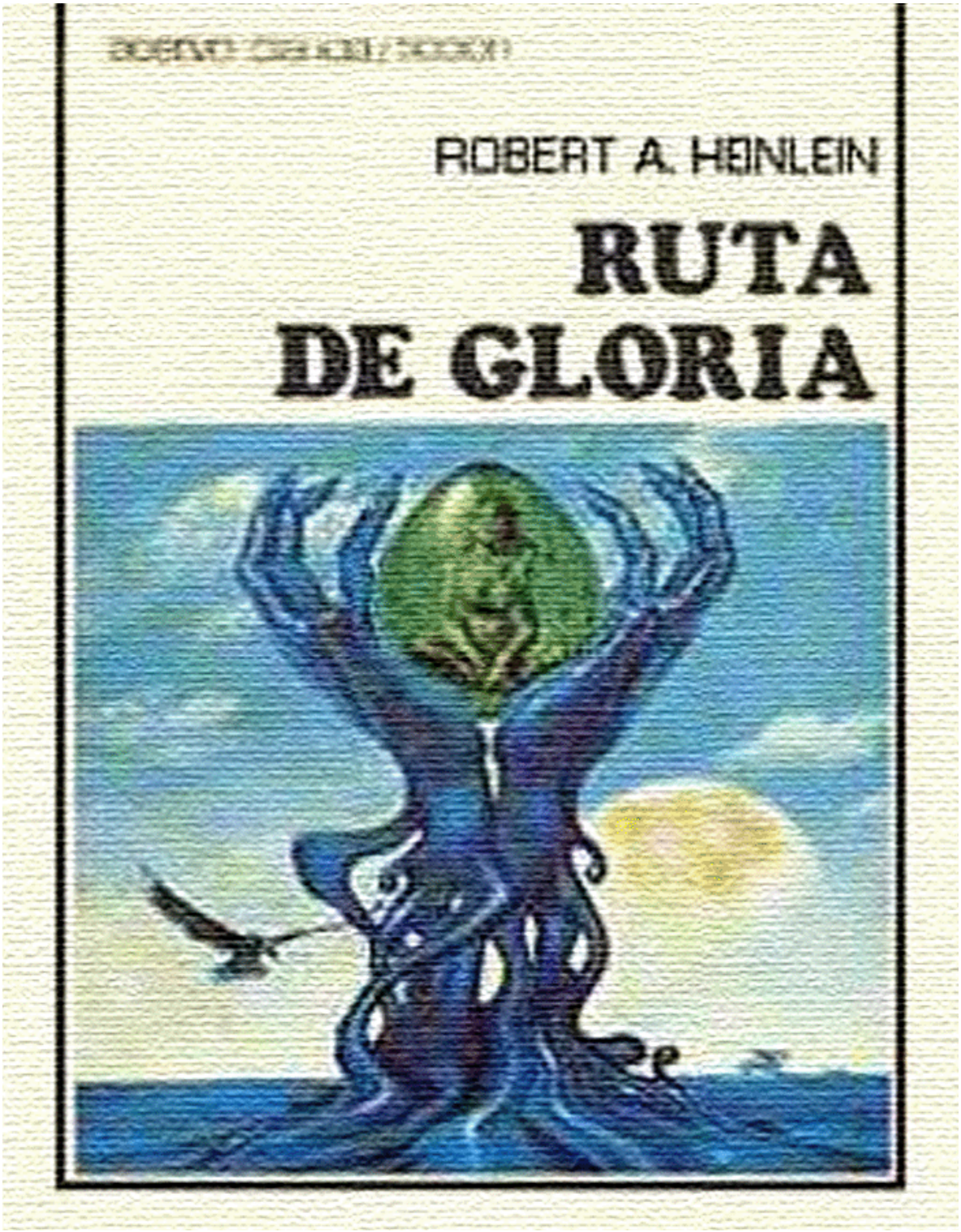
Ruta de Gloria
Robert A. Heinlein



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

Para George H. Scithers y los metódicos defensores de la Terminus, Owlswick & Ft. Mudge Electrick Street Railivay

BRITÁNICO (impresionado):

César, esto no es correcto.

TEODOTO *(ultrajado):*
¿Qué?

CÉSAR *(recobrando su autodominio):*

Perdónalo, Teodoto; es un bárbaro, y piensa que las costumbres de su tribu y de su isla son las leyes de la naturaleza.

César y Cleopatra, Acto II
George Bernard Shaw.

I

Conozco un lugar donde no hay contaminación, ni problemas de aparcamiento, ni explosión demográfica... Ni Guerra Fría, ni bombas H, ni anuncios de televisión... ni Conferencias en la Cumbre, ni Ayuda al Exterior, ni Impuesto de Utilidades. El clima es el que Florida y California pretenden tener (y ninguna de las dos tiene), el paisaje es encantador, la gente se muestra amistosa y hospitalaria con los extranjeros, las mujeres son guapas y asombrosamente deseosas de complacer...

Podría regresar. Podría...

Era un año de elecciones, con el acostumbrado tema de cualquier cosa que tú hagas yo puedo hacerla mejor, sobre un fondo de zumbantes sputniks. Yo tenía veintiún años, pero no acababa de decidir contra qué partido votaría.

De modo que telefoneé a mi Centro de Reclutamiento y les dije que me enviaran la notificación.

Soy contrario al servicio militar del mismo modo que una langosta es contraria al agua hirviente: puede ser su hora más gloriosa, pero no la ha elegido ella. Sin embargo, amo a mi patria. Sí, la amo, a pesar de la machacona propaganda contra el patriotismo, calificado de anticuado, en los centros de enseñanza. Uno de mis bisabuelos murió en Gettysburg, y mi padre luché en la guerra de Corea, de modo que no acepté aquellas nuevas ideas. Discutí contra ellas en clase..., hasta que mi actitud me valió un suspenso en Estudios Sociales; entonces me callé, y aprobé el curso.

Pero no cambié mis opiniones para que coincidieran con las de un profesor que se alimentaba exclusivamente de teorías.

¿Pertenece usted a mi generación? Si no pertenece a ella, ¿sabe *por qué* éramos tan desatinados? ¿O es usted de los que se limitan a calificarnos de «delincuentes juveniles»?

Yo podría escribir un libro. ¡Hermano! Pero anoto un hecho clave: después de haber pasado años y años tratando de desarraigar de la conciencia de un muchacho el sentimiento de patriotismo, no hay que esperar que dé saltos de alegría al recibir un comunicado que dice: FELICIDADES: *Cúmplenos notificarle que a partir de este momento forma usted parte de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos...*

¡Hablar de una «Generación Perdida»! He leído a los autores que se hicieron famosos después de la Primera Guerra Mundial -Fitzgerald, Hemingway y compañía -, y me asombra que lo único que les preocupara fuera el alcohol de madera en el licor de contrabando. Tenían al mundo cogido por la cola... ¿de qué se quejaban, pues?

Desde luego, tenían a Hitler y a la Depresión delante de ellos. Pero ellos no lo sabían. *Nosotros* teníamos a Kruschev y a la bomba H, y ciertamente lo sabíamos.

Pero nosotros no éramos una «Generación Perdida». Eramos algo peor; éramos la «Generación Segura». ¿Los *beatniks?* Nunca fueron más de unos

cuantos centenares entre millones. Oh, sí, hablábamos la jerga *beatnik,* y buscábamos sonidos fríos en estéreo, y estábamos en desacuerdo con las listas de músicos de jazz del *Playboy,* como si la cosa tuviera verdadera importancia. Leíamos a Salinger y a Kerouac, y utilizábamos un lenguaje que escandalizaba a nuestros padres, y vestíamos (a veces) al estilo *beatnik.* Pero no creíamos que los bongos y una barba pudieran compararse con el dinero en el banco. No éramos rebeldes. Eramos tan conformistas como las polillas. Nuestra consigna inexpresada era «Seguridad».

La mayoría de nuestras consignas eran inexpresadas, pero las seguíamos tan compulsivamente como una cría de pato se mete en el agua. «No luches contra el Ayuntamiento.» «Procura conseguir lo que sea bueno para ti.» «No te comprometas.» Elevados objetivos aquellos, grandes valores morales, y todos significaban «Seguridad». El «Anda con pies de plomo» (la aportación de mi generación al Sueño Americano) estaba basado en la seguridad; garantizaba que la noche del sábado no podría ser nunca la noche más solitaria para el débil. Si uno andaba con pies de plomo, la competencia quedaba eliminada.

Pero nosotros teníamos ambiciones. ¡Sí, señor! Librarse del servicio militar y estudiar en la Universidad. Casarse y tener a la mujer encinta, con las dos familias ayudándole a uno a seguir estudiando. Obtener un empleo bien visto por los centros de reclutamiento, en una firma de misiles, por ejemplo. Mejor aún, doctorarse en algo si la familia de uno (o la de su esposa) podían permitírselo, y tener otro hijo, y resistir hasta más allá de la edad militar... Además, un título de doctor era toda una garantía a efectos de promoción, sueldo y jubilación.

A falta de una esposa embarazada con padres acomodados, la mayor seguridad residía en ser 4-F. Unos tímpanos del oído perforados eran buenos, pero una alergia era mejor. Uno de mis vecinos padeció un asma terrible que le duró hasta su vigesimosexto cumpleaños. No mentía: era alérgico a los centros de reclutamiento. Otra salida consistía en convencer a un psiquiatra del ejército de que los intereses de uno se acomodaban más al Departamento de Estado que al Ejército. Más de la mitad de mi generación estaba compuesta por individuos «no aptos para el servicio militar».

No me parece sorprendente. Hay un viejo cuadro de unas personas viajando en trineo a través de bosques profundos... perseguidas por lobos. De cuando en cuando agarran a uno de los viajeros y lo arrojan a los lobos. Eso es el reclutamiento, aunque se le dé el nombre de «servicio selectivo»: arrojar una minoría a los lobos mientras el resto continúa con la idea fija de obtener un garaje de tres plazas, una piscina y los beneficios de la jubilación.

No pretendo ser más-honesto-que-tú; yo también iba detrás de aquel garaje de tres plazas.

Sin embargo, mis parientes no podían costearme unos estudios universitarios. Mi padrastro era un modesto oficial de las Fuerzas Aéreas cuyo sueldo apenas le bastaba para comprarles zapatos a sus propios hijos. Cuando fue trasladado a Alemania poco antes de mi último año en la escuela superior y yo fui invitado a ir a vivir con la hermana de mi padre y su marido, los dos nos sentimos aliviados.

No mejoré financieramente, ya que mi tío estaba manteniendo a una primera esposa: bajo la ley de California, aquello equivalía a ser un peón del campo en Alabama antes de la Guerra Civil. Pero yo tenía una pensión mensual de 35 dólares como «dependiente superviviente de un veterano fallecido». (No «huérfano de guerra», una categoría distinta y mejor pagada). Mi madre estaba segura de que la muerte de papá se había producido a consecuencia de unas heridas, pero la Administración de Veteranos no opinó lo mismo, de modo que fui un simple «dependiente superviviente».

Treinta y cinco dólares al mes no tapaban el agujero que yo practicaba en sus comestibles, y se sobreentendía que cuando me graduara me las arreglaría por mí mismo. Cumpliendo mi servicio militar, sin duda... Pero yo tenía mi propio plan; jugaba al fútbol y terminé el curso en la escuela secundaria del Valle Central de California con la mejor marca en carreras y la nariz rota... y empecé el curso en el otoño siguiente en la Universidad del Estado local con un empleo que consistía en «barrer el gimnasio» por 10 dólares mensuales, propinas aparte.

No podía ver el final, pero mi plan era claro: estudiar, con todas mis fuerzas, y licenciarme en ingeniería. Eludir el reclutamiento y el matrimonio. Una vez graduado, conseguir un empleo que dejara en suspenso mi alistamiento. Ahorrar dinero y licenciarme en derecho, *también...,* porque en Homestead, Florida, un profesor había señalado que, si bien los ingenieros ganaban dinero, el dinero en grande y los mejores empleos eran para los abogados. De modo que no desaprovecharía la ocasión y me convertiría en un héroe de Horatio Alger. Hubiera insistido en obtener aquella licenciatura en leyes, de no haber sido porque en aquel centro de enseñanza no se cursaban estudios de Derecho.

Al final de mi segundo año decidieron dejar de lado el fútbol.

Había tenido una temporada perfecta: ningún trofeo. «Flash» Gordon (ese era yo... en las reseñas deportivas) era el número uno en carreras y tantos marcados; sin embargo, Coach y yo nos quedamos sin empleo. Oh, «barrí el gimnasio» el resto de aquel año para los equipos de baloncesto, esgrima y otros deportes, pero a nadie le interesaba un jugador de baloncesto que sólo medía un metro ochenta. Pasé aquel verano limpiando la pista y tratando de encontrar una solución a mi problema. Aquel verano también, cumplí los veintiún años, y dejé de percibir los 35 dólares mensuales. Poco después del Día del Trabajo decidí efectuar aquella llamada telefónica a mi Centro de Reclutamiento.

Me había propuesto pasar un año en las Fuerzas Aéreas, luego ingresar por oposición en la Academia de las Fuerzas Aéreas, y ser astronauta y famoso, en vez de rico.

Bueno, no todos pueden ser astronautas. Las Fuerzas Aéreas tienen su cupo, o algo por el estilo. Me encontré en el Ejército con tanta rapidez que apenas tuve tiempo de hacer las maletas.

De modo que me dispuse a ser el mejor secretario de capellán del Ejército; me aseguré de que el «escribir a máquina» figuraba como uno de mis conocimientos. Si tenía algo que decir en el asunto, haría mi servicio militar en el Fuerte Carson, mecanografiando copias perfectas y asistiendo al mismo tiempo a la escuela nocturna.

No tuve nada que decir en el asunto.

¿Ha estado usted alguna vez en el Sudeste de Asia? Hace que Florida parezca un desierto. Todo lo que uno pisa es *mermelada.* En vez de tractores, utilizan búfalos domésticos. Los arbustos están llenos de insectos y de nativos que disparan contra uno. No era una guerra... ni siquiera una «Acción Policial». Nosotros éramos «Asesores Militares». Pero un Asesor Militar que lleva cuatro días muerto en medio de aquel calor huele igual que un cadáver en una guerra de verdad.

Fui ascendido a cabo. Fui ascendido siete veces. A cabo.

Mi actitud no era la correcta. O al menos eso decía el comandante de mi compañía. Mi padre había sido infante de Marina, y mi padrastro estaba en las Fuerzas Aéreas; mi única ambición castrense había sido la de convertirme en secretario de un capellán. No me gustaba el Ejército. Al comandante de mi compañía tampoco le gustaba; era un primer teniente que no había ascendido a capitán, y cada vez que rumiaba en ello el Cabo Gordon perdía sus galones.

Los perdí la última vez por decirle que iba a escribir a mi representante en el Congreso para averiguar por qué yo era el único soldado del Sudeste de Asia que iba a ser jubilado por vejez en lugar de ser enviado a casa cuando terminara su compromiso... y aquello le enfureció tanto que perdió la cabeza y me arrastró a una acción descabellada, y se convirtió en un héroe, y le mataren. Y así fue como conseguí esta cicatriz a través de mi nariz rota por la que yo también fui un héroe y tenía que haber recibido la Medalla al Mérito, sólo que no había nadie mirando.

Mientras me estaba restableciendo, decidieron enviarme a casa.

El comandante lan Hay, en su *«War to End War»,* describió la estructura de las organizaciones militares: prescindiendo de 1.0., toda la burocracia militar consiste en un Departamento de Invitación por Sorpresa, un Departamento de Bromas Pesadas y un Departamento del Hada Madrina. Los dos primeros se ocupan de la mayoría de los asuntos, ya que el tercero es muy pequeño; el Departamento del Hada Madrina es una veterana GS-5 femenina, habitualmente de permiso por enfermedad.

Pero cuando está en su oficina, a veces suelta su labor de punto y capta un nombre que pasa a través de su escritorio y hace algo agradable. Ya ha visto usted cómo fui tratado por los Departamentos de Invitación por Sorpresa y de Bromas Pesadas; esta vez el Departamento del Hada Madrina se interesó por el soldado Gordon.

Ni más ni menos. Cuando supe que iba a regresar a casa en cuanto cicatrizara la herida de mi rostro (el hermanito moreno no había esterilizado su machete), formulé una petición para ser enviado a Wiesbaden, donde se encontraba mi familia, en vez de a California, hogar que figuraba en mi ficha. No estoy censurando al hermanito moreno; él no se había propuesto señalarme la cara... y lo hubiera conseguido si no hubiese estado matando al comandante de mi compañía y con demasiada prisa para hacer un buen trabajo conmigo. Yo no había esterilizado tampoco mi bayoneta, pero él no se quejó: se limitó a suspirar y partirse en dos, como una muñeca con su cuello de serrín cortado. Le estaba agradecido; no sólo había arreglado las cosas de modo que yo saliera

del Ejército, sino que me había dado también una gran idea.

El, y el cirujano que me operó. El cirujano había dicho: «Te pondrás bien, hijo. Pero te quedará una cicatriz como la de un estudiante de Heidelberg.»

Lo cual me llevó a pensar... Uno no podía conseguir un empleo decente sin un título universitario, del mismo modo que no podía ser revocador sin ser hijo o sobrino de alguien en el sindicato de revocadores. Pero hay títulos y títulos. Sir Isaac Newton, con un título de un centro de enseñanza provinciano como el mío, hubiera lavado botellas para Joe Thumbfingers... si Joe hubiese tenido un título de una Universidad europea.

¿Por qué no Heidelberg? Me proponía ordeñar mis beneficios G.I.; era lo que pensaba cuando efectué aquella llamada telefónica a mi centro de Reclutamiento, algo precipitado, lo confieso.

Según mi madre, en Alemania todo era más barato. Tal vez pudiera extender aquellos beneficios hasta un título de doctor. Herr Doktor Gordon, con cicatrices de Heidelberg en la cara por añadidura... Aquello significarían 3.000 dólares más al año en cualquier firma de misiles.

Diablos, retaría en duelo a un par de estudiantes y añadiría auténticas cicatrices de Heidelberg a la que ya tenía. La esgrima era un deporte que me gustaba mucho (aunque era el que tenía menos posibilidades de cara a «barrer el gimnasio»)... Algunas personas no pueden soportar cuchillos, espadas, bayonetas, nada que sea afilado y puntiagudo; los psiquiatras tienen una palabra par describirlo: aichmofobia. Idiotas que conducen automóviles a ciento cuarenta kilómetros por hora por carreteras con una velocidad máxima autorizada de setenta kilómetros por hora, se ponen pálidos y se echan a temblar a la vista de una hoja desnuda.

A mí nunca me había ocurrido aquello, y esa es la razón por la que aún estoy vivo y uno de los motivos por los que siempre volvían a ascenderme a cabo. Un «Asesor Militar» no puede permitirse el lujo de temer a los machetes, bayonetas, etcétera; tiene que enfrentarse con ellos. Y yo no los había temido nunca porque siempre estaba seguro de que podía hacerle al otro lo que él estaba planeando hacerme a mí.

Siempre había estado en lo cierto, excepto aquella vez en que cometí el error de ser un héroe, y no fue un error demasiado grave. Si hubiera tratado de huir en vez de decidirme a destriparle, el destripado hubiese sido yo. Tal como fueron las cosas, no tuvo tiempo de utilizar su machete contra mí, aunque al desplomarse muerto me rozó la cara con el machete, dejándome una fea herida que se había infectado mucho antes de que llegaran los helicópteros. Pero no sentí nada. De pronto me mareé y me senté en el barro, y cuando desperté un médico me estaba inyectando plasma.

Me atraía la idea de un duelo en Heidelberg. Allí le protegen a uno el cuerpo, el brazo y el cuello con una especie de almohadillas, y le colocan una defensa de acero en los ojos, en la nariz ya través de las orejas: aquello no es como enfrentarse con un marxista pragmático en la selva. En cierta ocasión manejé una de las espadas que utilizan en Heidelberg; era un sable ligero, recto, de filo cortante, afilado también unos cuantos centímetros en la parte contraria... ¡pero con una punta roma! Un juguete, adecuado únicamente para dejar unas

atractivas cicatrices que puedan ser admiradas por las muchachas.

Consulté un mapa y comprobé que Heidelberg se encuentra en la misma carretera que Wiesbaden. De modo que formulé mi petición para ser enviado a Wiesbaden.

El cirujano dijo: «Eres un optimista, hijo», pero puso sus iniciales en la solicitud. El sargento médico a cargo del papeleo dijo: «Una petición absurda, soldado», pero puso sus iniciales y el sello del hospital debajo de la palabra TRAMITADO. El Comité del hospital estuvo de acuerdo en que yo era apto para el psiquiatra: el Tío Sam no obsequia a los soldados con viajes gratis alrededor del mundo.

De hecho, yo estaba tan cerca de Hoboken como de San Francisco... y más cerca de Wiesbaden. Sin embargo, el reglamento exigía que los viajes de regreso se realizaran vía el Pacífico. Y el reglamento militar es como el cáncer: nadie sabe de dónde procede, pero no puede ser ignorado.

El Departamento del Hada Madrina despertó y me tocó con su varita mágica.

Estaba a punto de trepar a bordo de un cacharro llamado *General Jones* con destino a Manila, Taipei, Yokohama, Pearl Harbour y Seattle, cuando llegó un despacho aprobando mi solicitud. Debía ser enviado al CG USAREUR, Heidelberg, Alemania, por cualquier medio de transporte militar disponible, a petición propia, véase referencia correspondiente. El permiso acumulado podía ser disfrutado o abonado, véase referencia correspondiente. El individuo en cuestión estaba autorizado a regresar a la Zona Interior (los Estados Unidos) en cualquier momento dentro de los doce meses de separación del servicio, por cualquier medio de transporte militar disponible, aunque no por cuenta del gobierno. Sin referencia correspondiente.

El sargento encargado del papeleo me llamó y me mostró el despacho, con un brillo de inocencia en los ojos.

-La pega es que no hay ningún «medio de transporte disponible», soldado... de modo que tendrás que embarcaren el *General Jones.* Irás a Seattle, tal como yo había dicho.

Sabía lo que quería decir: el único transporte en dirección oeste en mucho, muchísimo tiempo, había levado anclas hacia Singapur treinta y seis horas antes. Contemplé aquel despacho, pensando en el aceite hirviente y preguntándome si el sargento lo había retenido el tiempo suficiente como para impedirme embarcar hacia Singapur.

Sacudí la cabeza.

-Voy a alcanzar al *General Smith* en Singapur. Sea un tipo humano, sargento, y firmeme las órdenes oportunas para ello.

-Sus órdenes ya están firmadas. Para el *Jones.* Para Seattle.

-Malo -dije pensativamente-. Creo que será mejor que vaya a llorarle al capellán.

Me di mucha prisa, pero no pude localizar al capellán; de modo que me dirigí

al aeródromo. Tardé cinco minutos en comprobar que no estaba previsto ningún vuelo comercial ni militar U.S.A. dentro de un espacio de tiempo conveniente para mí.

Pero había un transporte militar australiano que salía hacia Singapur aquella misma noche. Los australianos no eran ni siquiera «Asesores Militares», pero con frecuencia aparecían por allí como «observadores militares». Localicé al comandante del aparato, un teniente de aviación, y le expuse la situación. Sonrió y dijo:

-Siempre hay sitio para un hombre más. Despegaremos poco después de la hora del té, probablemente. Si ese viejo cacharro quiere volar.

Supe que volaría; era un *Gooney Bird,* un C-47, con muchos remiendos y Dios sabe cuantos millones de kilómetros a cuestas. Llegaría a Singapur con un solo motor si era preciso. Supe que había tenido suerte en cuanto vi aquel gran montón de cinta adhesiva y de cola de pegar posado en el aeródromo.

Cuatro horas más tarde me encontraba a bordo del aparato, y despegamos.

Subí a bordo del USMTS *General Smith* a la mañana siguiente, más bien húmeda: el *Orgullo de Tasmania* había volado a través de la tormenta la noche anterior, y el único fallo de un *Gooney Bird* es que tiene goteras. Pero, ¿a quién le importa una lluvia limpia después del barro de la selva? El buque levaba, anclas aquella misma noche, lo cual era una gran noticia.

Singapur es como Hong Kong, pero en llano; una tarde fue suficiente. Me tomé una copa en el antiguo Raffles, otra en el Adelphi, me pilló un aguacero en el parque de atracciones Gran Mundo, paseé por la Avenida del Cambio con una mano en mi dinero y la otra en mis documentos.., y compré un boleto de las Apuestas Múltiples irlandesas.

No soy aficionado a los juegos de azar, si se admite que el póker es un juego de habilidad. Sin embargo, aquello era un tributo a la diosa fortuna, el agradecimiento por una prolongada racha de suerte. Si le daba por contestar con 140.000 dólares USA, no se lo echaría en cara. En caso contrario... bueno, el boleto valía una libra esterlina, 2,80 dólares USA; yo había pagado por él 9 dólares de Singapur, o 3 dólares USA: un pequeño gesto de un hombre que acababa de ganar un viaje alrededor del mundo gratuito... para no mencionar el haber salido con vida de la selva.

Pero me gané mis tres dólares inmediatamente, mientras huía de la Avenida del Cambio para eludir a otras dos docenas de bancos ambulantes ansiosos por venderme más boletos, dólares de Singapur, cualquier clase de dinero -o mi propio sombrero si me lo dejaba quitar-, alcanzaba una calle transversal, paraba un taxi y le decía al conductor que me llevara al muelle. Aquello fue una victoria del espíritu sobre la carne, porque había estado discutiendo conmigo mismo sobre si debía aprovechar la oportunidad de deseargarme de una enorme presión biológica. El viejo *Scarface* Gordon no había tenido ningún céntacto sexual desde hacía muchísimo tiempo, y Singapur es una de las Siete Ciudades del Pecado donde puedé obtenerse *cualquier cosa.*

No pretendo dar a entender que había permanecido fiel a la Muchacha de la

Puerta Contigua. La joven paisana que me había enseñado la mayor parte de lo que sé acerca del Mundo, la Carne y el Demonio, con una asombrosa despedida la noche anterior a mi incorporación a filas, me había ins pirado gratitud, pero no lealtad. Se había casado poco después, y ahora tenía dos hijos, ninguno de ellos mío.

La verdadera causa de mi intranquilidad biológica era geográfica. Aquellos hermanitos morenos con los que había luchado, teniéndolos como aliados o como enemigos, tenían hermanitas morenas, la mayoría de las cuales podían conseguirse por dinero, o incluso *pour l'amour ou pour le sport.*

Pero aquello había sido lo único disponible durante muchísimo tiempo. ¿Enfermeras? Las enfermeras eran oficiales... y las escasas mujeres que llegaban de los Estados Unidos estaban más bloqueadas aún que las enfermeras.

No rehuía a las hermanitas morenas porque fueran morenas.

Yo estaba tan moreno como ellas, en mi rostro, a excepción de una larga cicatriz sonrosada. Las rehuía porque eran *pequeñas.*Yo era noventa kilos de músculo sin nada de grasa, y no podría convencerme nunca a mí mismo de que una hembrá de un metro cincuenta de estatura y menos de cuarenta kilos de peso, y aparentando doce años de edad, es una persona adulta capaz de un libre consentimiento. Para mí, la cosa sonaba a estupro y me producía una impotencia psíquica.

Singapur parecía el lugar adecuado para encontrar una muchacha «normal». Pero cuando escapé de la Avenida del Cambio, aborrecí súbitamente a las personas, grandes o pequeñas, varones o hembras, y me dirigí hacia el barco... salvándome probablemente de la viruela, de la blenorragia, de un chancro blando, del mal chino, o de cualquier tropiezo por el estilo. Creo que fue mi decisión más juiciosa desde que a los catorce años, había renunciado a luchar con un caimán de tamaño mediano.

Le dije al conductor en inglés el muelle al que deseaba ir, se lo repetí en cantonés aprendido de memoria (no demasiado bien; es un idioma de nueve tonalidades, y en la escuela sólo había aprendido un poco de francés y de alemán), y le mostré un mapa con el muelle señalado y su nombre impreso en inglés y dibujado en chino.

Todos los que bajaban del barco recibían uno de aquellos mapas. En Asia, todos los conductores de taxi hablan el inglés suficiente como para llevarle a uno al barrio de la Luz Roja y a locales en los que se hacen «tratos». Pero nunca es capaz de encontrar el muelle al que uno quiere dirigirse.

Mi taxista escuchó, echó una ojeada al mapa, dijo: *«Okay,* Mac, comprendo», y salió disparado y dobló una esquina con los neumáticos chirriantes y gritándoles a los vendedores ambulantes, coolies, niños y perros. Me relajé, satisfecho de haber encontrado a aquel taxista entre millares.

Súbitamente me incorporé y le grité que se detuviera.

Tengo que explicar algo: no puedo extraviarme.

Llámese sentido de la dirección, como decía mí madre, llámese facultad

«psíquica», como dicen los entendidos, lo cierto es que al cumplir los seis o siete años me di cuenta de que otras personas *podían* extraviarse. *Yo,* en cambio, siempre he sabido dónde está el norte, la dirección del lugar del que salí y a qué distancia se encuentra. Puedo desandar mi camino sin desviarme un solo metro, incluso a oscuras y en la selva. Ese fue el motivo principal de que siempre volvieran a ascenderme a cabo y de que me asignaran habitualmente la tarea de un sargento. Las patrullas que yo conducía regresaban siempre... me refiero a los supervivientes, desde luego. Y esto resultaba consolador para unos muchachos criados en la ciudad que desconocían -y aborrecían- la selva.

Yo había gritado porque el conductor había girado a la derecha cuando tenía que haber girado a la izquierda, y estaba a punto de volver sobre sus propios pasos.

El conductor aceleró.

Aullé de nuevo. El conductor había olvidado su inglés.

Había recorrido otro kilómetro y doblado varias esquinas cuando tuvo que pararse a causa de un embotellamiento. Me apeé, y él se apeó de un salto y empezó a gritar en cantonés y a señalar el contador de su taxi. Pronto nos rodeó una multitud de chinos, algunos de los cuales tiraban de mis ropas. Mantuve mi mano sobre mi dinero y me alegré de veras al localizar a un agente de policía uniformado. Aullé y llamé su atención.

Se acercó a través de la multitud, blandiendo una larga porra. Era un hindú. Le dije:

-¿Habla usted inglés?

-Desde luego. Y entiendo el norteamericano.

Le expliqué mi problema, le enseñé el mapa, y le dije que el conductor me había recogido en la Avenida del Cambio y había estado conduciendo en círculos.

El agente asintió y habló con el conductor en un tercer idioma: malayo, supongo. Finalmente, el agente dijo:

-El conductor no habla inglés. Pensó que usted le había dicho que le llevara a Johore.

El puente de Johore se encuentra al otro extremo de la Isla de Singapur. Dije, furiosamente:

-¡Entiende perfectamente el inglés!

El policía se encogió de hombros.

-Usted le alquiló, y tiene que pagar lo que marca el taxímetro. Luego le explicaré a donde quiere ir usted, y fijaremos un precio determinado.

-¡Antes le veré en el infierno!

-Es posible. La distancia es muy corta... en esta vecindad. Le sugiero que

pague. El taxímetro sigue marcando...

Hay momentos en los que un hombre debe defender sus derechos si quiere soportar el verse a sí mismo en un espejo al afeitarse. Yo ya me había afeitado, de modo que pagué: 18 dólares de Singapur, por perder una hora y alejarme todavía más del muelle. El conductor exigía una propina, pero el policía le obligó a callar y luego me sacó de allí. Utilizando las dos manos pude conservar mis documentos y mi dinero, y el boleto de apuestas doblado con el dinero. Pero desaparecieron mi pluma, mis cigarrillos, mi pañuelo y un encendedor Ronson. Cuando noté unos dedos fantasma en la correa de mi reloj, acepté la sugerencia del agente que al parecer tenía un primo, un hombre honrado, que me conduciría al muelle por un precio fijo y moderádo.

Dio la casualidad de que el «primo» se encontraba en la misma calle; media hora más tarde me encontraba a bordo del barco. Nunca olvidaré Singapur, una ciudad sumamente educativa.

II

Dos meses más tarde estaba en la Riviera francesa. El Departamento del Hada Madrina veló por mí a través del Oceano Indico, el Mar Rojo y el Mediterráneo hasta Nápoles.Llevaba una vida saludable, haciendo ejercicio y bronceándome al sol por las mañanas, durmiendo por las tardes y jugando al póker por las noches. Hay muchas personas que no conocen las probabilidades escasas, pero existentes, de mejorar una mano de póker con el descarte, pero están ansiosas de aprenderlo. Cuando llegamos a Italia, yo tenía un bello bronceado y un buen fajo de billetes.

Al principio del viaje alguien se quedó sin fondos y quiso apostar un boleto de las Apuestas Múltiples. Tras algunas discusiones los boletos de las Apuestas Múltiples fueron aceptados con descuento, por un valor de 2 dólares USA por boleto. Terminé el viaje con cincuenta y tres boletos.

Tardé sólo unas horas en encontrar plaza en un vuelo Nápoles-Francfurt. Luego, el Departamento del Hada Madrina me devolvió a los departamentos de Invitación por Sorpresa y de Bromas Pesadas.

Antes de ir a Heidelberg pasé por Wiesbaden para visitar a mi madre, mi padrastro y los niños... y descubrí que acababan de marcharse a los Estados Unidos, de paso hacia la Base de las Fuerzas Aéres de Elmendorf en Alaska.

De modo que me trasladé a Heidelberg, y contemplé la ciudad mientras la maquinaria administrativa se ponía en marcha.

Una ciudad encantadora: un hermoso castillo, buena cerveza, y muchachas *grandes* de mejillas sonrosadas y formas como botellas de Coca Cola. Sí, este parecía un lugar agradable para obtener un título académico. Empecé a hacer averiguaciones por mi cuenta, y conocí a un joven *kraut* que llevaba una gorra de *studenten* y varias cicatrices en la cara tan feas como la mía. Las cosas se estaban poniendo bien.

Discuti mis planes con el sargento primero de la compañía de transeúntes.

Sacudió la cabeza.

-¡Oh, pobre muchacho!

¿Por qué? No había beneficios G.I. para Gordon: yo no era un «veterano».

No importaba aquella cicatriz. No importaba que yo hu biera matado a más hombres en combate que los que caben en un... bueno, no importa. Aquello no era una «guerra», y el Congreso no había aprobado un decreto concediendo beneficios educativos a los «Asesores Militares».

Supongo que aquello era culpa mía. Toda mi vida habían existido beneficios G.I.: en el laboratorio de química había compartido un banco con un veterano que estaba estudiando acogido a los beneficios del Decreto G.I.

Aquel sargento paternal dijo:

-No desesperes, hijo. Vete a casa, busca un empleo, y espera un año. Lo aprobarán con efectos retroactivos, estoy seguro. Y tú eres joven.

De modo que estaba aquí en la Riviera, como paisano, tomándole el gusto a Europa antes de utilizar el medio de transporte que me devolviera a casa. Heidelberg queda fuera de mis posibilidades. Oh, la paga que no había podido gastar en la selva, más los permisos acumulados, más mis ganancias en el póker, ascendían a una suma que me hubiera permitido vivir un año en Heidelberg. Pero no había lo suficiente como para doctorarme. Yo había contado con aquel mítico «Decreto G.I.» para comer, y con mi propio dinero como reserva.

Mi plan (revisado) era obvio. Aprovechar aquel viaje a casa antes de que transcurrieran los doce meses.., antes de que empezara el curso universitario. Utilizar el dinero que tenía para pagar el hospedaje en casa de mis tíos, trabajar el verano siguiente, y ver cómo resultaba la cosas. Sin el alistamiento pendiente sobre mi. cabeza, podría encontrar alguna manera de aprobar aquel último año, aunque no pudiera ser «Herr Doktor Gordon».

Sin embargo, la Universidad no abría sus puertas hasta el otono, y estábamos en primavera. No me haría ningún daño ver un poco de Europa antes de aplicarme al trabajo en serio. Tal vez no volviera a presentárseme otra oportunidad semejante.

Había otro motivo para esperar: aquellos boletos de las Apuestas Múltiples. El sorteo de los caballos estaba a punto de realizarse.

Las Apuestas Múltiples irlandesas empiezan como una loteria. Primero venden boletos suficientes para empapelar Gran Estación Central. Los hospitales irlandeses perciben el 25 por ciento y son los únicos ganadores seguros. Poco antes de la carrera sortean los caballos. Digamos que en la carrera toman parte veinte caballos. Si el boleto que uno posee no corresponde a ninguno de esos veinte caballos, es papel mojado. (Oh, existen pequeño premios de consolación).

Pero si uno posee un boleto con el nombre de uno de los caballos participantes, no ha ganado aún. Algunos caballos no toman la salida. De los que la toman, la mayoría se limitan a perseguir a otros caballos. Sin embargo,

cualquier boleto en el que figure el nombre de un caballo, aunque sea un jamelgo que apenas pueda sostenerse de pie, adquiere súbitamente un valor de miles de dólares entre el sorteo y la carrera. Depende de lo bueno que sea el caballo, naturalmente. Pero los premios son elevados, y se han dado casos en que los caballos ganadores eran los que estaban considerados como los peores del lote.

Yo tenía cincuenta y tre.s boletos. Si en uno de ellos figuraba el nombre de un caballo participante, podría venderlo por el dinero suficiente para doctorarme en Heidelberg.

De modo que me quedé y esperé a que se celebrara el sorteo.

Europa no es necesariamente cara. Un pupilaje para estudiantes es un lujo para un hombre que acaba de llegar del Sudeste de Asia, e incluso la Riviera francesa no es cara si uno es de buen conformar. No me quedé en el Paseo de los Ingleses; alquilé una diminuta habitación dos kilómetros más allá, con derecho a lavabo colectivo. En Niza hay maravillosos clubs nocturnos, pero uno no necesita patrocinarlos mientras el suelo de las playas sea tan bueno... y gratuito. Nunca había apreciado la cantidad de arte que puede haber en la danza de los abanicos hasta la. primera vez que contemplé a una muchacha francesa despojarse de sus ropas y quedarse en bikini a la vista de ciudadanos, turistas, perros -y yo-, sin violar las tolerantes leyes francesas sobre «exhibición indecorosa».

Si, señor, en la Riviera francesa pueden verse y hacerse muchas cosas sin gastar dinero.

Las playas son horribles. Rocas. Pero las rocas son mejores que el barro de la selva, y yo me quedaba en taparrabos y disfrutaba del espectáculo que me rodeaba, y acrecentaba mi bronceado. Era primavera, antes de la temporada turística, y no había demasiada gente, pero el tiempo era caluroso y seco. Me tumbaba al sol y era feliz, y mis únicos lujos consistían en una caja de seguridad en la American Express y la edición parisina del *New York Herald Tribune* y *The Stars & Stripes.* Así podía enterarme de cómo las Grandes Potencias desgobernaban el mundo, luego buscaba alguna noticia acerca de la no-Guerra de la que yo acababa de librarme (no solía haber ninguna, aunque nos habían dicho que estábamos «salvando la civilización»), y luego pasaba a los asuntos importantes, es decir, noticias acerca de las Apuestas Múltiples irlandesas, y la posibilidad de que *The Stars & Stripes* anunciara que todo había sido un mal sueño y que yo tenía derecho a beneficios educativos, después de todo.

Luego llegaban los crucigramas y los anuncios «Personales». Siempre leía los «Personales»; son una mirada desnuda a vidas privadas. Cosas como: *M. L. telefonee a R. S. antes de mediodía. Dinero,* le hacían preguntarse a uno quién le hacía qué a quién, y quién recibia la paga.

No tardé en descubrir la manera de vivir con menos dinero y en un paisaje todavía mejor. ¿Ha oído usted hablar de la Ile du Levant? Es una isla de la Riviera entre Marsella y Niza, muy parecida a Catalina. Tiene una aldea en un extremo, y la Marina francesa ha bloqueado el otro para misiles autopropulsados; el resto son colinas, y playas, y grutas. No hay automóviles,

ni siquiera bicicletas. La gente que va allí no desea que le recuerden el mundo exterior.

Por diez dólares al día puede disfrutarse de un lujo equivalente a cuarenta dólares en Niza. O pueden pagarse cinco centavos al día por una plaza de camping y vivir con un dólar diario -que fue lo que hice yo-, y hay buenos restaurantes baratos en cualquier momento en que uno se canse de guisar.

Es un lugar que parece no tener normas de ninguna clase. Un momento: hay una. A la entrada de la aldea, Heliopolis, hay un letrero: LE NU INTEGRAL EST FORMELLEMENT *INTERDIT.* («Queda estrictamente prohibido el desnudo integral»).

Esto significa que todo el mundo, hombre o mujer, debe ponerse un pequeño triángulo de tela, un *cache.sexe,* antes de entrar en la aldea.

En los otros lugares, en las playas, en los campings y alrededor de la isla, uno no tiene que llevar nada, y nadie lo lleva.

Salvo por la ausencia de automóviles y ropas, la Isla del · Levante es como cualquier otra región de la campiña francesa. Escasea el agua potable, pero los franceses no beben agua y uno se baña en el Mediterráneo, y por un franco puede comprar el agua potable suficiente para empapar media docena de esponjas y quitarse la sal del cuerpo. Torne el tren en Marsella o en Niza, apéese en Tolón, tome un autobús hasta Lavendou, luego un barco (una hora y unos minutos) hasta la Isla del Levante.., y luego despréndase de sus preocupaciones con sus ropas.

Descubrí que podía comprar el *Herald-Trib,* con una fecha de retraso, en la aldea, en el mismo establecimiento («Au Minimum», Mme. Alexandre) en el que alquilé una tienda y un equipo de camping. Compré comestibles en *La Brise Marine,* acampé en La Playa de las Grutas, cerca de la aldea, me instalé, y dejé que mis nervios se relajaran mientras disfrutaba del espectáculo que se ofrecía ante mis ojos.

Algunas personas menosprecian la divina forma femenina. El sexo es demasiado bueno para ellas; tendrían que haber sido ostras. Todas las mujeres son agradables a la vista (incluidas las hermanitas morenas, a pesar de que me asustaban); la única diferencia es que algunas resultan más agradables a la vista que otras. Algunas eran gordas, y algunas eran flacas, y algunas eran viejas, y algunas eran jóvenes. Algunas parecían recién salidas de *Les Folies Bergéres.* Entablé amistad con una de estas últimas y no andaba muy desencaminado: era una muchacha sueca que se «desnudaba» en otra revista de París. Practicaba el inglés conmigo y yo practicaba el francés con ella, y me prometió prepararme una cena sueca si algún día la visitaba en Estocolmo, y yo le preparé una cena con una lamparilla de alcohol, y nos calentamos a base de vino peleón, y ella quiso saber cómo había adquirido mi cicatriz, y yo le conté algunas mentiras. Marjatta era buena para los nervios de un ex soldado, y me quedé muy triste cuando tuvo que marcharse.

Pero el espectáculo continuó. Tres días después estaba sentado en la Playa de las Grutas, reclinado contra una roca y resolviendo el crucigrama, cuando súbitamente bizqueé tratando de no mirar fijamente a la mujer más digna de ser mirada que había visto en toda mi vida.

Mujer, muchacha... no podía estar seguro. De momento me parecía que tenía dieciocho años, tal vez veinte; más tarde, cuando pude mirarla sin rebozo, siguió pareciéndome que tenía dieciocho años, pero podía haber tenido cuarenta. O ciento cuarenta. La belleza perfecta no tiene edad. Como Helena de Troya o Cleopatra. Parecía posible que fuera Helena de Troya, pero supe que no era Cleopatra porque no era pelirroja, sino rubia natural. Su cuerpo tenía un bronceado perfecto, sin ninguna discontinuidad de marcas de bikini, y sus cabellos eran del mismo color, dos tonos más claro. Caían en graciosas ondas sobre su espalda, y parecían no haber sido cortados nunca.

Era alta, casi tanto como yo, y no pesaba mucho menos. No tenía grasa, salvo aquel gracioso almohadillado que suaviza la forma femenina, enmascarando los músculos que hay debajo: yo estaba convencido de que había músculos debajo; se transportaba a sí misma con la relajada potencia de una leona.

Sus hombros eran más bien anchos, tratándose de una mujer, tan anchos como sus femeninas caderas; su cintura hubiera parecido exagerada en otra mujer más frágil, pero en ella resultaba deliciosamente esbelta. Su vientre revelaba un tono muscular perfecto. Sus senos.., sólo un tórax tan recio como el suyo podía sostener unos senos tan grandes sin que parecieran exagerados. Los tenía muy erguidos y oscilaban ligeramente cuando se movía, y estaban coronados por unos pezones pardorosáceos, propios de una mujer y no de una virgen.

Su ombligo era aquella joya que elogiaron los poetas persas.

Sus piernas eran largas para su estatura; sus manos y pies no eran pequeños, pero sí esbeltos y graciosos. Era graciosa en todos los aspectos; resultaba imposible pensar en ella en una actitud desprovista de gracia. Pero al mismo tiempo producía la impresión de que, al igual que un gato, podría haberse retorcido en cualquier postura.

Su rostro... ¿Cómo describir la belleza perfecta excepto diciendo que cuando uno la ha visto no puede confundirla? Sus labios eran gruesos y su boca más bien ancha, levemente curvada con la sombra de una sonrisa incluso cuando sus facciones estaban en reposo. Sus labios eran rojos, pero si llevaba algún tipo de maquillaje había sido aplicado con tanta pericia que no pude detectarlo.., y aquello habría bastado para distinguirla, ya que aquel año todas las otras mujeres llevaban maquillaje «Continental», tan artificial como un corsé y tan audaz como la sonrisa de una amante.

Su nariz era recta y bastante grande para su rostro, del que no desentonaba. Sus ojos...

Me sorprendió mirándola. Desde luego, las mujeres esperan ser miradas, y lo esperan lo mismo cuando están desnudas que cuando se han vestido para un baile. Pero resulta difícil sostener abiertamente una mirada. Yo había renunciado a la lucha al cabo de diez segundos, y estaba tratando de memorizar cada línea y cada curva de su cuerpo.

Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos y ahora fue ella quien desvió la mirada, y yo empecé a enrojecer pero no pude dejar de mirarla. Sus ojos era de un azul tan oscuro que resultaban más oscuros que mis propios ojos castaños.

Logré farfullar «Pardonez-moi, ma'm'selle», y aparté mis ojos de ella.

Ella contestó, en inglés:

-Oh, no importa. Puede mirar cuanto le plazca -y me examinó de arriba a abajo tan cuidadosamente como yo la había inspeccionado a ella. Su voz era cálida, de contralto,sorprendentemente profunda en sus registros más bajos.

Avanzó dos pasos hacia mí y casi se me echó encima.Empecé a levantarme, pero me hizo un gesto para que me quedara sentado, con la actitud de una persona muy acostumbrada a dar órdenes.

-No se mueva -dijo. La brisa transportó su fragancia hasta mí, y noté que se me ponía la piel de gallina-. Es usted norteamericano.

-Sí. -Yo estaba seguro de que ella no lo era, pero estaba igualmente seguro de que no era francesa. No sólo no tenía ningún rastro de acento francés, sino que también... bueno, las mujeres francesas son al menos ligeramente provocativas en todas las ocasiones; no pueden evitarlo, es algo consustancial con la cultura francesa. Y en esta mujer no había nada provocativo.., salvo que era una incitación al tumulto por el mero hecho de existir.

Pero, sin ser provocativa, poseía aquel raro don de la intimidad inmediata; me hablaba como podría hablarme un viejo amigo, haciendo asombrosamente fácil el téte-à-téte. Me formuló preguntas acerca de mí mismo, algunas de ellas muy personales, y yo contesté sinceramente a todas ellas, y ni por un instante se me ocurrió la idea de que ella no tenía derecho a interrogarme. No me preguntó mi nombre, ni yo el suyo... ni le formulé ninguna pregunta acerca de ella.

Al final se interrumpió y volvió a mirarme con una grave atención. Luego dijo, pensativamente:

-Es usted muy bello -y añadió-: Au voir -y dio media vuelta y se dirigió hacia la playa, y se alejó nadando.

Yo estaba demasiado aturdido para moverme. Nadie me había llamado «guapo», ni siquiera antes de fracturarme la nariz. En cuanto a bello»...

Pero no creo que hubiese logrado nada siguiéndola, aunque la idea se me hubiera ocurrido a tiempo. Aquella individua sabía nadar.

III

Permanecí en la playa hasta la puesta del sol, esperando que ella volviera. Luego cené apresuradamente a base de pan, queso y vino, me puse mi taparrabos, y me dirigí a la aldea. Allí recorrí bares y restaurantes sin encontrarla; luego aceché a través de las ventanas en las casas cuyas persianas no estaban echadas, con el mismo resultado negativo. Cuando las tabernas empezaron a cerrar, me di por vencido, regresé a mi tienda de campaña, me maldije a mí mismo por mi estupidez (¿por qué no podía haber dicho: «¿Cuál es su nombre, y dónde vive usted, y dónde está parando aquí»?), me introduje en mi saco, y me dormí.

Me levanté al amanecer y revisé la playa, desayuné, volví a revisar la playa,

me «vestí» y me dirigí a la aldea, revisé las tiendas y la oficina de correos, y compré mi Herald-Trib.

Entonces me enfrenté con una de las decisiones más difíciles de mi vida: uno de mis boletos de Apuestas Múltiples había sido agraciado en el sorteo.

Al principio no estaba seguro, ya que no me había aprendido de memoria aquellos cincuenta y tres números de serie. Tuve que regresar corriendo a mi tienda, buscar un cuaderno de notas y comprobarlo... ¡y lo tenía! Era un número que me había llamado la atención por su singularidad: XDY34555. ¡Tenía un caballo!

Lo cual significaba varios miles de dólares, no sabía cuántos. Pero los suficientes como para garantizarme el doctorado en Heidelberg... si lograba vender el boleto inmediatamente. El Herald-Trib llegaba allí con una fecha de retraso,lo cual significaba que el sorteo se había celebrado al menos dos días antes.., y entretanto el caballo podía haberse roto una pata, o haber sufrido cualquier otro accidente. Mi boleto era dinero efectivo sólo mientras «Lucky Star» figurara en la lista de salida.

Tenía que viajar a Niza apresuradamente y descubrir dónde y cómo podía obtener el mejor precio por un boleto afortunado. ¡Sacar el boleto de mi caja de seguridad y venderlo!

Pero, ¿y «Helena de Troya»?

Shylock, con su grito desgarrador de: «Oh, mi hija! ¡Oh, mis ducados!», no estaba más indeciso entre dos opciones que yo.

Establecí un compromiso. Escribí una nota dolorida, identificándome a mí mismo, diciéndole a ella que había recibido una llamada urgente y suplicándole que me esperara hasta mi regreso, al día siguiente, o al menos me dejara una nota diciéndome cómo podría encontrarla. Se la dejé a la encargada de la oficina de correos, junto con una descripción -rubia, así de alta, los cabellos así de largos, una poitrine espléndida- y veinte francos, con la promesa de otros cuarenta si entregaba la nota y obtenía una respuesta. La encargada de la oficina de correos dijo que nunca la había visto, pero que si cette grande blonde ponía un pie en la aldea, la nota sería entregada.

Aquello me dejó el tiempo justo para regresar a mi tienda de campaña, vestirme con mis ropas «normales», saldar mi cuenta con Mme. Alexandre, y tomar el barco. Luego tendría tres horas de viaje para preocuparme.

El problema estribaba en que Lucky Star no era un jamelgo en toda la extensión de la palabra. Mi caballo no quedaría por debajo del quinto o sexto lugar, por muy buenos que fuesen sus rivales. ¿Qué tenía que hacer? ¿Aprovechar la ocasión y ganar tranquilamente una buena suma dinero?

¿O exponerme al «todo o nada»?

La decisión no era fácil de tomar. Suponiendo que pudiera vender el boleto por 10.000 dólares, y suponiendo que no intentara ningún truco para eludir los impuestos, me quedaría la mayór parte de aquella suma para ingresar en la Universidad.

Pero, yo iba a ingresar en la Universidad de todos modos... ¿y deseaba realmente ir a Heidelberg? Aquel estudiante con las cicatrices de sus duelos me había producido una mala impresión, con su falso orgullo por unas cicatrices que no le habían expuesto a un verdadero peligro.

Supongamos que no vendía el boléto y ganaba el primer premio, 50.000 libras esterlinas, o 140.000 dólares...

¿Sabe usted cuanto paga en impuestos un soltero por 140.000 dólares en la Tierra de los Valientes y la Patria de los Hombres Libres?

103.000 dólares, eso es lo que paga.

Lo cual le deja con 37.000 dólares.

¿Deseaba apostar 10.000 dólares contra la posibilidad de ganar 37.000... con unas probabilidades de al menos 15 a 1 contra mí?

Hermano, aquello merecía ser meditado a fondo.

Pero supongamos que ideaba algún medio para eludir los impuestos, exponiendo así 10.000 dólares para ganar 140.000... Eso hacía que la ganancia potencial equilibrara las probabilidades.., y 140.000 dólares no eran tan sólo dinero para ir a la Universidad, sino una fortuna que podía reportar cuatro o cinco mil dólares anuales para siempre.

Yo no «estafaría» al Tío Sam; los USA no tenían más derecho moral sobre aquel dinero (si yo ganaba), que el que yo tenía sobre el Sacro Imperio Romano. ¿Qué había hecho el Tío Sam por mí? Había amargado la vida de mi padre con dos guerras, una de las cuales no nos habían permitido ganar.., y con ello había dificultado mis estudios, aparte de privarme del intangible valor espiritual que un padre puede significar para su hijo (¡no lo sabia, nunca lo sabría!). Luego me había sacado de la Universidad y me había enviado a luchar en otra noGuerra, y me expuso a la muerte un millar de veces, y me desposeyó del tesoro de mi risa juvenil.

¿Qué derecho tenía el Tío Sam a quedarse con 103.000 dólares que me pertenecían? ¿Qué haría con ellos? ¿Prestárselos a Polonia? ¿O regalárselos al Brasil?

Había una manera de conservarlos todos (si yo ganaba) tan, legal como el matrimonio.Vivir en un pequeño país libre de impuestos, como Mónaco, durante un año. Y luego trasladarme a otra parte con mi dinero.

Nueva Zelanda, tal vez. El Herald-Trib exhibía sus titulares de costumbre, sólo que más alarmantes. Parecía como si los muchachos (¡retozones ellos!) que gobernaban este planeta estuvieran a punto de desencadenar otra guerra, una guerra con ICBM y bombas H, en cualquier momento.

Si un hombre se trasladaba tan al sur como Nueva Zelanda, allí podía quedar algo en pie después de la hecatombe.

Se supone que Nueva Zelanda es un lugar muy bonito, y dicen que allí un pescador considera una trucha de dos kilos como demasiado pequeña para llevársela a casa.

En cierta ocasión yo había pescado una trucha de medio kilo.

Por entonces hice un horrible descubrimiento. No quería volver a la Universidad, ganar, perder, ni jugar. Habían dejado de importarme los garajes de tres plazas y cualquier otro símbolo de prosperidad o «seguridad». No existía ninguna seguridad en este mundo, y sólo los estúpidos y los ratones creían que podía existir.

En alguna parte de la selva había renunciado a todas las ambiciones de aquel tipo. Habían disparado contra mí demasiadas veces, y había perdido interés en supermercados y subdivisiones exurbanas y esta noche es la cena de la PTA no lo olvides querido lo prometiste.

Oh, no quería encerrarme en un monasterio. Pero seguía deseando...

Deseaba un huevo de Rocho. Deseaba un harén lleno de encantadoras odaliscas menos que el polvo debajo de las ruedas de mi carroza,la herrumbre que nunca manchó mi espada. Deseaba oro virgen en pepitas del tamaño de un puño y darle su merecido al vil usurpador de la mina... Deseaba levantarme con el ánimo optimista y salir y romper algunas lanzas, y luego llevarme a una doncella por mi droit du seigneur...¡Deseaba erguirme ante el Barón y desafiarle a que tocara a mi doncella! Deseaba oír el agua púrpura retozando contra la piel de la Nancy Lee en el frío de la guarida matinal y ningún otro sonido, ningún movimiento salvo el lento bascular de las alas de los albatros que nos habían estado siguiendo durante los últimos mil kilómetros.

Deseaba las oscilantes lunas de Barsoom. Deseaba a Storisende y Poictesme, y a Holmes despertándome para decirme: «¡La caza está en marcha!» Deseaba navegar Mississippi abajo sobre una balsa y eludir a una multitud en compañía del Duque de Bilgewater y del Delfín Perdido.

Deseaba al Preste Juan, y a Excalibur sostenido por un brazo de luna blanca fuera de un lago silencioso. Deseaba navegar con Ulises y con Tros de Samotracia y comer el loto en un país donde la tarde parecía ser eterna. Deseaba el sentimiento de romance y la sensación de maravilla que había conocido en mi infancia. Deseaba que el mundo fuera lo que me habían prometido que sería.., en vez del atolladoro vulgar y asqueroso que es.

Había tenido una oportunidad.., durante diez minutos, ayer por la tarde. Helena de Troya, fuera el que fuese su verdadero nombre... Y yo lo había sabido.., y la había dejado escapar.

Tal vez se tiene solamente una oportunidad.

El tren llegó a Niza.

En las oficinas de la American Express fui al departamento de banca y a mi caja de seguridad, encontré el boleto, y comprobé el número con el Herald-Trib: ¡XDY, 34555, sí! Para dar tiempo a tranquilizarme, comprobé los otros boletos, y eran papel mojado, tal como pensaba. Volví a meterlos en la caja y solicité una entrevista con el director.

Yo tenía un problema monetario, y la American Express es un banco, no una simple agencia de viajes. Me acompañaron al despacho del director, e intercambiamos nombres y apellidos.

-Necesito asesoramiento -dije-. Verá, tengo uno de los boletos de las Apuestas Múltiples ganadores.

Una sonrisa iluminó su rostro.

-¡Felicidades! Es usted la primera persona en mucho tiempo que viene aquí con una buena noticia en vez de con una queja.

-Gracias. Uh, mi problema es éste. Sé que un boleto favorecido en el sorteo tiene cierto valor hasta el día de la carrera. Según el caballo de que se trate, desde luego.

-Desde luego -asintió el director-. ¿Qué caballo le ha correspondido a usted?

-Uno bastante bueno, Lucky Star... y eso es lo que complica el asunto. Si me hubiera tocado Bomba H, o cualquiera de los tres favoritos...Bueno, esta es la cuestión: no sé si vender o esperar, porque ignoro cómo están las apuestas. ¿Sabe usted lo que se ofrece por Lucky Star?

El director unió las puntas de sus dedos.

-Señor Gordon, la American Express no se dedica a informar sobre carreras de caballos ni a actuar de intermediario en la reventa de boletos de las Apuestas Múltiples. Sin embargo... ¿Lleva usted el boleto encima?

Lo saqué de mi bolsillo y se lo entregué. Había pasado a través de varias partidas de póker, y estaba manchado de sudor y arrugado,pero aquel número afortunado era inconfundible.

El director lo examinó.

-¿Tiene usted su recibo?

-No. -Empecé a explicar que había dado la dirección de mi padrastro... y que mi correo había sido remitido a Alaska...

Me interrumpió.

-Está bien. -Pulsó un botón en su escritorio-. Alice,¿quiere decirle al señor Renault que venga?

¡ Yo me estaba preguntando si realmente todo estaba bien.Desde luego, había obtenido los nombres de los dueños de los boletos, y cada uno de ellos me había prometido enviarme su recibo cuando lo tuviera.., pero no me había llegado ningún recibo. Tal vez en Alaska... Había comprobado este boleto en la caja de seguridad: había sido comprado por un sargento que ahora estaba en Stuttgart. Tal vez tendría que pagarle algo, o tal vez tendría que romperle los brazos.

El señor Renault tenía el aspecto de un maestro de escuela fatigado.

-El señor Renault es nuestro experto en este tipo de asuntos -explicó el director-. ¿Le permite examinar su boleto, por favor?

El francés lo examinó; luego, sus ojos se iluminaron, se llevó una mano al bolsillo, y sacó una lupa de joyero.

-¡Excelente! -dijo, en tono de aprobación-. Una de las mejores. ¿Hong Kong, quizá?

-Lo compré en Singapur.

Asintió y sonrió.

-Eso encaja.

El director no sonreía. Abrió un cajón de su escritorio, sacó otro boleto de Apuestas múltiples, y me lo entregó.

-Señor Gordon, este lo compré en Montecarlo. ¿Quiere compararlo con el suyo?

Me parecieron iguales, salvo por los números de serie y por el hecho de que el suyo estaba liso y limpio.

-¿Qué se supone que tengo que mirar?

-Tal vez esto le ayudará -me ofreció una lupa de gran tamaño.

Un boleto de Apuestas Múltiples está impreso en un papel especial, y tiene un retrato grabado, y está hecho en varios colores. Un trabajo de impresión y de grabado mejor que el que muchos países utilizan para el papel moneda.

No tardé en enterarme de que no se puede transformar un dos en un as mirando fijamente el naipe. Le devolví su boleto al director,

-El mío está falsificado.

-Yo no he dicho eso, señor Gordon. Le sugiero que lo consulte en otra parte. En las oficinas del Banco de Francia, por ejemplo.

-Puedo verlo perfectamente. En el mío, las líneas grabadas aparecen interrumpidas en algunos lugares. Bajo la lupa, se observan los defectos de impresión. -Me giré-, ¿No es cierto, señor Renault?

El experto se encogió de hombros conmiseratjvamente.

-Es un buen trabajo, en su clase.

Les di las gracias y me marché. Acudí al Banco de Francia, no porque dudara del veredicto, sino porque uno nó se deja cortar una pierna, ni renuncia a 140.000 dólares, sin segunda opinión. El experto no se molestó en examinar el boleto con una lupa.

-Falsificado -anunció-. No vale nada.

Era imposible regresar a la Isla del Levante aquella noche. Cené, y luego visité a mi antigua patrona. Mi cuarto estaba desocupado, y ella me permitió dormir allí. No permanecí despierto mucho rato.

No estaba tan deprimido como había supuesto. Me sentía relajado, casi aliviado. Por espacio de unas horas había experimentado la maravillosa sensación de ser rico, y había experimentado su complemento, la preocupación de ser rico...y ambas sensaciones eran interesantes, y no me importaría que se

repitieran.

Pero ahora no tenía ningua preocupación. Lo único que tenía que decidir era el momento de regresar a casa, y pudiendo vivir con tan poco dinero en la isla no había ninguna prisa. Lo único que me fastidiaba era que aquel viaje precipitado a Niza podía haberme desconectado de «Helena de Troya», cette grande blonde.., ¡Si grande... si belle... si majestueuse! Me quedé dormido pensando en ella.

Me había propuesto tomar el primer tren de la mañana, y luego el primer barco. Pero el día anterior había gastado la mayor parte de mi dinero, y no se me había ocurrido sacar una cantidad en la American Express. Además, no había preguntado si había llegado correo para mí. No esperaba ninguna carta que no fuera de mi madre y posiblemente de mi tía: al único amigo íntimo que había tenido en el Ejército le habían matado hacía seis meses. Sin embargo, podía ir a recoger el correo, dado que tenía que esperar por el dinero.

De modo que me obsequié con un suculento desayuno.Los franceses creen que un hombre puede hacer frente al día con achicoria y leche y un croissant, lo cual es probablemente la causa de su inestable política. Escogí la terraza de un café junto a un gran kiosco, el único de Niza que recibía The Stars & Stripes y que pondría a la venta el Herald-Trib a primera hora de la mañana, Encargué melón, café complet para dos, y una omelette aux herbes fines; y me senté a disfrutar de la vida.

Cuando llegó el Herald-Trib, me distrajo de mi sibarítico placer. Los titulares eran peores que nunca, y me recordaron que tarde o temprano tendría que volver a tratar con el mundo; no podía quedarme en la Isla del Levante para siempre.

Pero, ¿por qué no quedarme allí el mayor tiempo posible? Seguía sin desear ir a la Universidad, y aquella ambición del garaje de tres plazas estaba tan muerta como aquel boleto de las Apuestas Múltiples. Si la Tercerá Guerra Mundial estaba a punto de estallar, no valía la pena trabajar como ingeniero por seis u ocho mil dólares al año en Santa Mónica sólo para ser atrapado por la tormenta de fuego.

Sería mejor disfrutar de la vida, con dólares y día a mano, y luego... Bueno, tal vez ingresar en la Infantería de Marina, como mi padre.Quizá me ascendieran a cabo.., y me mantuvieran en el empleo.

Doblé el periódico por la columna de «Personales».

Eran muy buenos. Además de las habituales ofertas de lecturas psíquicas, y cómo aprender yoga, y los velados mensajes de un juego de iniciales a otro, había varios que eran novedades. Tales como:

¡RECOMPENSA! ¿Piensa usted suicidarse? Encárgueme el traspaso de su apartamento y podrá gastar a manos llenas durante sus ultimos días Apartado 323, H-T.

O:

Caballero hindú, no vegetariano, desea conocer a una dama culta,

europea, africana o asiática, que posea un automóvil deportivo. Objetivo: mejorar las relaciones internacionales. Apartado 107.

¿No resultaría «incómodo» un automóvil deportivo?

Uno de los anuncios era ominoso:

¡Hermafroditas del mundo, en pie! No tenéis nada que perder salvo vuestras cadenas. Tel. Opera 59-09.

El siguiente empezaba:

¿ES USTED UN COBARDE?

Bueno, sí, desde luego. En la medida de lo posible. Si se permitía elegir libremente.

Continué leyendo:

¿ES USTED UN COBARDE? Entonces no es para usted. Necesitamos urgentemente a un hombre valiente. Debe tener de 23 a 25 años, una salud perfecta, un mínimo de un metro ochenta de estatura, y un peso aproximado de noventa kilos. Ha de hablar con soltura inglés y algo de francés, saber manejar toda clase de armas, poseer conocimientos de mecánica y matemáticas (esencial), estar dispuesto a viajar, carecer de lazos familiares o sentimentales, tener un valor indomable, y un rostro y una figura atractivos. Empleo estable, sueldo muy elevado, gloriosa aventura, gran peligro.Presentarse personalmente en el número 17 de la calle Dante, Niza, 2.0 piso, apartamento D.

Leí aquella exigencia acerca del rostro y de la figura con intenso alivio. Por un instante había tenído la impresión de que alguien con un perverso sentido del humor había querido gastarme una broma pesada. Alguien que conocía mi costumbre de leer los «personales».

Aquella dirección se encontraba a sólo cien metros del lugar donde yo estaba sentado. Leí otra vez el anucio.

Luego pagué la cuenta, dejé una cuidadosa propina, fui al kiosco y compré The Stars & Stripes, me dirigí a la American Express, saqué dinero y recogí mi correo, y me encaminé a la estación del ferrocarril. Faltaba una hora para la salida del próximo tren a Tolón, de modo que entré en el bar, pedí una cerveza, y me senté a leer.

Mi madre lamentaba que no les hubiera encontrado en Wiesbaden. Su carta pormenorizaba las enfermedades de los niños, lo caro que estaba todo en Alaska, y expresaba lo mucho que sentían todos el haber tenido que marcharse de Alemania. Me la guardé en el bolsillo y desdoblé The Stars & Stripes.

De pronto me encontré leyendo: ¿ES USTED UN COBARDE? El mismo anuncio, de cabo a rabo.

Solté el periódico con un gruñido.

Había otras tres cartas. Una de ellas me invitaba a contribuir a la asociación atlética de mi ex Instituto de Enseñanza; la segunda se ofrecía a asesorarme en la selección de mis inversiones por una tarifa especial de sólo 48 dólares al año;

la última era un sobre sin sello, evidentemente entregado a mano en la American Express.

Contenía solamente un recorte de periódico, que empezaba: ¿ES USTED UN COBARDE?

Era el mismo anuncio que ya había visto, con la diferencia de que en este habían subrayado las palabras: Presentarse personalmente en...

Tomé un taxi hasta la calle Dante. Si me daba prisa, tenía tiempo de resolver aquel jeroglífico sin perder el tren de Tolón. En el número 17 de la calle Dante no había ascensor; subí la escalera y, cuando me acercaba a la puerta D, encontré a un joven que salía. Medía un metro ochenta, tenía un rostro y una figura atractivos, y daba la impresión de que podría ser un hermafrodita.

En la puerta había una placa: DR. BALSAMO - HORAS A CONVENIR, en francés y en inglés. El nombre me resultó vagamente familiar, pero no me detuve a pensar; empujé la puerta.

La oficina exterior era lo menos parecido a una oficina por el desorden que reinaba en ella. Detrás del escritorio había un personaje estrafalario con una alegre sonrisa, una mirada dura, el rostro y la calva más sonrosados que hubiera visto en toda mi vida, y una orla de revueltos cabellos blancos.Me miró y dijo, con una risita:

-¡Bienvenido! ¿De modo que es usted un héroe?

Súbitamente esgrimió un revólver casi tan largo y pesado como su propio cuerpo, y me apuntó con él. Por el interior de su cañón podría haber pasado un Volkswagen.

-No soy un héroe -dije en tono desabrido-. Soy un cobarde. Sólo he venido aquí para averiguar qué clase de broma es ésta. -Me moví lateralmente mientras desviaba el cañón de aquel monstruoso revólver hacia el otro lado, golpeé la muñeca del hombre, y me apoderé del arma. Luego se la devolví, diciéndole-: No juegue con ese cacharro si no quiere que se lo haga tragar. Tengo prisa. ¿Es usted el doctor Bálsamo? ¿Puso usted el anuncio?

-Tut, tut -respondió, sin enfadarse en lo más mínimo-. Juventud impetuosa. No, el doctor Bálsamo está allí -apuntó sus cejas hacia dos puertas situadas en la pared izquierda, y pulsó un timbre en su escritorio: lo único en la habitación posterior a Napoleón-. Pase. Ella le está esperando.

-¿Ella? ¿Qué puerta es?

-Ah, ¿la Dama o el Tigre? ¿Qué importa eso? ¿A largo plazo? Un héroe lo sabrá. Un cobarde escogerá la puerta equivocada, convencido de que miento. Allez-y. ¡Vite, vite! ¡Schnell! Adelante, Mac.

Refunfuñando, abrí la puerta situada a mano derecha.

El doctor estaba de pie de espaldas a mi, junto a un aparato adosado a la pared del fondo, y llevaba una de aquellas chaquetas blancas de cuello alto que están de moda entres los médicos. A mi izquierda había una camilla de

reconocimiento, y a mi derecha un moderno sofá estilo sueco; habían vitrinas de cristal y acero inoxidable, y algunos diplomas en sus correspondientes marcos; el contraste con el desorden y la antigüedad de la oficina exterior resultaba abrumador.

Mientras yo cerraba la puerta ella se giró, me miró, y dijo tranquilamente:

-Me alegro mucho de que hayas venido. -Luego sonrió y añadió, en tono susurrante-: Eres bello -y se dejó caer en mis brazos.

IV

Alrededor de un minuto y cuarenta segundos y varios siglos más tarde, el «Doctor Bálsamo-Helena de Troya» apartó su boca dos centímetros de la mía y dijo:

-Suéltame, por favor, y luego desvístete y túmbate en la camilla de reconocimiento.

Me sentí como si hubiera dormido durante nueve horas seguidas, como si hubiera tomado una ducha escocesa y me hubiera bebido tres tragos de aguardiente helado con el estómago vacio. Cualquier cosa que ella deseara que hiciera, yo deseaba hacerla. Pero la situación parecía imponer una réplica ocurrente.

-¿Eh? -dije.

-Por favor. Tú eres el elegido, pero de todos modos tengo que examinarte.

-Bueno.., de acuerdo -asentí-. Tú eres el doctor -añadí, y empece a desabotonar mi camisa-. ¿Eres un doctor? En medicina, quiero decir.

-Sí. Entre otras cosas.

Me quité los zapatos.

-Pero, ¿por qué quieres examinarme a mí?

-En busca de lunares, quizá. Oh, no encontraré ninguno, lo sé. Pero debo buscar otras cosas también. Para protegerte.

Aquella mesa era fría contra mi piel. ¿Por qué no almohadillan esos cacharros?

-¿Te llamas Bálsamo?

-Es uno de mis nombres -dijo ella con aire ausente, mientras unos dedos suaves me tocaban aquí y allí-. Es decir, un apellido de familia.

-Espera un momento... ¡Conde Cagliostro!

-Uno de mis tíos. Sí, utilizaba ese apellido. Aunque no era realmente el suyo, no más que Bálsamo, Tio José es un hombre muy desagradable y poco digno de confianza. -Tocó una antigua y pequeña cicatriz-. Te extirparon el apéndice.

-Sí.

-Bien. Déjame ver tus dientes.

Abri la boca de par en par. Mi cara no tiene nada de particular, pero podría alquilar mis dientes para anunciar el Pepsodent. De pronto, ella asintió:

-Rastros de fluoruro. Bien. Ahora necesito tu sangre.

Podría haberme mordido en el cuello para sacármela, y no me hubiera importado. Ni sorprendido demasiado. Pero lo hizo del modo normal, extrayendo diez cc. de la vena de mi brazo izquierdo. Tomó la muestra y la introdujo en aquel aparato adosado a la pared. El aparato zumbó y chirrió, y ella volvió a acercarse a mí.

-Escucha, Princesa... -dije.

-No soy una princesa.

-Bueno... no conozco tu nombre de pila, y me has dado a entender que tu verdadero apellido no es «Bálsamo»... y no quiero llamarte «Doctor».

Era cierto que no quería llamarla «Doctor», siendo como era la muchacha más hermosa que yo había conocido o esperado conocer.., y especialmente después de un beso que había borrado de mi memoria todos los otros besos que había recibido en mi vida. No.

Ella rneditó unos instantes.

-Tengo muchos nombres. ¿Cómo te gustaría llamarme?

-¿Es uno de ellos «Helena»?

Ella sonrió como un rayo de sol, y me enteré de que tenía hoyuelos en las mejillas. Parecía una jovencita de dieciséis años en su puesta de largo.

-Eres muy gracioso. No, ella no es ni siquiera pariente mía. Aquello fue hace muchos, muchísimos años. -Su rostro se tomó pensativo-. ¿Te gustaría llamarme «Ettarre»?

-¿Es ese uno de tus nombres?

-Es parecido a uno de ellos, permitiendo distintas pronunciaciones y acentos. Podría ser «Esther». O «Aster». O incluso «Estrellita».

-Aster -repetí-. Star. ¡Lucky Star!

-Espero ser tu estrella de la suerte -dijo ella ávidamente-. Como tú quieras. Pero, ¿cómo te llamaré yo a ti?

Pensé en ello. Desde luego, no iba a resucitar el «Flash»:no soy un personaje de historieta. El apodo que me habían puesto en el Ejército no sonaría bien, en labios de una dama. Aunque yo lo prefiriese a mi verdadero nombre de pila. Mi padre había estado muy orgulloso de una pareja de antepasados suyos... pero, ¿es esto un pretexto válido para inscribir en el Registro Civil a un hijo varón como «Evelyn Ciril»? Aquello me había obligado a aprender a pelearme antes incluso de aprender a leer.

El nombre que me habían puesto en el hospital de campaña serviría para el caso. Me encogí de hombros.

-Oh, Scar es un nombre bastante bueno.

-Oscar -repitió ella, redondeando deliciosamente la boca para formar la «O»-. Un nombre noble. Un nombre de héroe. Oscar. -Lo acarició con su voz.

-¡No, no! Oscar, no: Scar. De «Scarface». Por esta cicatriz.

-Tu nombre es Oscar -dijo ella con firmeza-. Oscar y Aster. Scar y Star. -Rozó suavemente mi cicatriz-. ¿Te desagrada tu marca de héroe? ¿Quieres que la elimine?

-¿Eh? Oh, no, ahora ya estoy acostumbrado a ella. Me permite reconocerme cuando me miro al espejo.

-Bien. A mí me gusta, la llevabas cuando te vi por primera vez. Pero si cambias de idea, dímelo. -El aparato adosado a la pared dejó oír: ¡whush, chunk!, y ella se giró, y arrancó una larga tira de papel, y luego silbó suavemente mientras lo estudiaba.

-Terminaremos en seguida -dijo alegremente, y acercó el aparato a la camilla (se movía sobre ruedas)-. Quédate quieto mientras tengas conectado el protector, completamente inmóvil y respirando normalmente.

Conectó a mi cuerpo media docena de tubos, y se colocó en la cabeza algo que a primera vista me pareció un original estetoscopio, aunque luego vi que le cubría los ojos.

Dejó oír una risita.

-Estás también muy bien por dentro, Oscar. No, no hables -apoyó una mano sobre mi antebrazo, y esperé.

Cinco minutos después levantó su mano y desconectó los tubos.

-Eso es todo -dijo jovialmente-. No volverás a resfriarte, héroe mío, y no volverá a molestarte aquella fiebre que pillaste en la selva. Ahora pasaremos a la otra habitación.

Bajé de la camilla y recogí mis ropas. Star dijo:

-No vas a necesitarlas en el lugar a donde vamos. Tendrás armas y equipo.

Me detuve con los zapatos en una mano y los calzoncillos en la otra.

-Star…

-¿Sí, Oscar?

-¿Qué es todo esto? ¿Pusiste tú aquel anuncio? ¿Me estaba destinado? ¿Querías realmente contratarme para algo?

Ella aspiró una profunda bocanada de aire y dijo sobriamente:

-Yo puse el anuncio. Te estaba destinado a ti y sólo a ti. Sí, hay una tarea a

realizar.., como paladín mío. Habrá grandes aventuras.., y mayores tesoros... y peligros todavía mayores... Y me temo mucho que ninguno de nosotros saldrá con vida de la prueba. -Me miró a los ojos-. Bien, señor?

En mi cerebro bullían muchas preguntas, pero no formulé ninguna de ellas. Lo único que deseaba era estar junto a ella, lo deseaba como nunca había deseado nada.

Dije:

-Princesa, acabas de contratar a un paje.

Ella contuvo la respiración.

-Date prisa. Tenemos poco tiempo.

Me condujo a través de una puerta más allá del moderno sofá sueco, desabotonando su chaqueta blanca, abriendo la cremallera de su falda mientras avanzaba, y dejando caer las prendas al suelo descuidadamente. No tardó en quedar tal como la había visto por primera vez en la playa.

Aquella habitación tenía paredes oscuras y ninguna ventana, y una luz suave que no procedía de ninguna parte. Habían dos largos sofás uno al lado del otro, negros y con aspecto de ataúdes, y ningún otro mueble. Cuando la puerta se cerró detrás de nosotros tuve una repentina consciencia de que la habitación estaba dolorosamente insonorizada: las desnudas paredes no devolvían ningún sonido.

Los sofás estaban en el centro de un círculo que formaba parte de un amplio dibujo, en tiza o pintura blanca, sobre el suelo desnudo. Penetramos en aquel círculo; ella se volvió, se agachó y completó una línea, cerrándola. Y era cierto: ella era incapaz de un solo movimiento carente de gracia, incluso agachada y en una postura forzada, incluso con sus senos colgantes mientras se inclinaba hacia adelante.

-¿Qué es esto? -le pregunté.

-Un mapa para llevarnos al lugar a donde vamos.

-Parece un pentagrama.

Se encogió de hombros,

-En efecto, es un pentáculo de energía. Un diagrama de un circuito esquemático serviría mejor a nuestro propósito. Pero, héroe mío, no puedo perder tiempo explicándotelo. Túmbate, por favor, en seguida.

Me tumbé en el sofá situado a la derecha tal como ella me indicaba, pero no pude evitar una pregunta.

-Star, ¿eres una bruja?

-Si lo prefieres... Por favor, no hables ahora. -Se tumbó a su vez y extendió su mano-. Estrecha mi mano, mi señor; es necesario.

Su mano era suave y cálida y muy fuerte. De pronto, la luz adquirió una

tonalidad rojiza, y luego se apagó.

Me quedé dormido.

V

Me despertó el canto de los pájaros.

Su mano estaba aún en la mía. Giré la cabeza, y ella me sonrió.

-Buenos días, mi señor.

-Buenos días, Princesa.

Miré a mi alrededor. Estábamos todavía tumbados en aquellos sofás negros, pero al aire libre, en un claro alfombrado de hierba, entre árboles y al lado de un susurrante riachuelo: un lugar tan bello que parecía haber sido montado hoja a hoja por antiguos y pacientes jardineros japoneses.

Los cálidos rayos del sol se filtraban entre las hojas y moteaban el cuerpo dorado de Star. Alcé la mirada hacia el sol y luego la incliné hacia ella.

-¿Estamos en la mañana?

Tenía la impresión de que era mediodía o más tarde, y de que aquel sol debería estar -parecía estar- poniéndose, no ascendiendo...

-Aquí es la mañana, sí.

Súbitamente, mi sentido de la orientación giró como una peonza y me sentí mareado. Desorientado.., una sensación nueva para mí y muy desagradable. No podía localizar el norte.

Luego las cosas se arreglaron. El norte estaba allí, corriente arriba.., y el sol estaba ascendiendo, tal vez serían las nueve de la mañana, y pasaría a través del cielo hacia el norte. Hemisferio Meridional, sin duda. La explicación era sencilla: drogar al individuo mientras se le examina, subirle a bordo de un 707, y volar hacia Nueva Zelanda. Y despertarle en el momento oportuno.

Sólo que no dije esto y ni siquiera llegué a pensarlo. Y no era cierto.

Star se incorporó.

-¿Tenes hambre?

De pronto me di cuenta de que una tortilla hacía unas horas -¿cuántas?- no era suficiente para un muchacho en pleno crecimiento. Me incorporé y balanceé mis pies sobre la hierba.

-Podría comerme un caballo.

Ella sonrió.

-Temo que La Sociedad Anónima de Hipofagia esté cerrada. ¿Te arreglarías con unas truchas? Tendremos que esperar un poco para poder comer a gusto.

Y no te preocupes, este lugar está resguardado.

-¿ Resguardado?

-Seguro.

-De acuerdo. Uh, ¿tienes caña y anzuelos?

-No hacen falta.

No se trataba de pescar propiamente dicho, sino de engatusar a los peces. Nos sumergimos en aquel encantador riachuelo, de aguas agradablemente frescas, aunque no demasiado, avanzando lo más silenciosamente posible hasta situarnos debajo de un enorme peñasco, un lugar en el que las truchas gustan de reunirse y pensar: el equivalente piscícola de un club de caballeros.

Se engatusa a una trucha ganándose su confianza y luego abusando de ella. Al cabo de dos minutos había capturado una, de casi un kilo de peso, y la arrojé a la orilla, y Star tenía otra aproximadamente del mismo tamaño.

-¿Cuánto puedes comer? -me preguntó.

-Sal del agua y sécate -dije-. Yo cogeré otra.

-Que sean dos o tres -dijo Star-. Rufo no tardará en llegar. -Y nadó silenciosamente hasta la orilla.

-¿Quién?

-Tu lacayo.

No discutí. Estaba dispuesto a creer siete cosas imposibles antes de desayunar, de modo que seguí capturando el desayuno. Me hice con otras dos truchas, y la última era la mayor que había visto nunca.Las pobres se dejaban atrapar fácilmente.

Por entonces, Star tenía un fuego encendido y estaba limpiando el pescado con una afilada piedra. Cáscaras, cualquier Exploradora o bruja puede encender una fogata sin fósforos. Yo mismo podía hacerlo, disponiendo de varias horas y mucha suerte, frotando una contra otra dos ramas secas. Pero observé que los dos pequeños ataúdes habían desaparecido. Bueno, yo no los había encargado. Me agaché y empecé a limpiar una trucha.

Star no tardó en regresar con unas frutas que parecían manzanas pero que tenían un color púrpura oscuro, y con grandes cantidades de pequeñas setas. Las llevaba sobre una hoja muy ancha, parecida a un hoja de platanero.

La boca se me hacía agua.

-¡Si tuviéramos un poco de sal! -dije.

-Ya me he ocupado de eso. Aunque temo que será poco fina.

Star asó el pescado de dos maneras, sobre el fuego, ensartado en una rama verde, y sobre una piedra plana previamente calentada por el fuego, asando también allí las setas. Este último sistema me pareció mucho mejor. Lo que al principio me habían parecido setas eran una especie de cebolletas locales y

eran muy sabrosas. Con la sal (que era basta y arenosa, y era probable que hubiera sido lamida por animales antes de que nosotros la utilizáramos... y no es que a mí me importara), la trucha resultó ser la mejor que había comido en toda mi vida. Bueno, el clima, el escenario y la compañía tenían mucho que ver con ello también, especialmente la compañía.

Estába tratando de pensar en un modo realmente poétitico de decir: «cQué te parece si tú y yo nos quedáramos aquí durante los próximos diez mil años? De un modo legal o informal... ¿estás casada?», cuando fuimos interrumpidos. Lo cual fue una lástima, porque se me había ocurrido un bonito lenguaje, completamente nuevo, para la sugerencia más antigua y más práctica del mundo.

El viejo calvo, el enano con el descomunal revólver, estaba de pie detrás de mí, maldiciendo.

Tenía la seguridad de que estaba maldiciendo, a pesar de que el idioma era desconocido para mí. Star giró la cabeza, habló en tono de reproche en el mismo idioma, dejó sitio para el recién llegado, y le ofreció una trucha. El enano la tomo y comio un trozo antes de decir, en inglés:

-La próxima vez no le pagaré nada. Ya verás.

-No debiste tratar de engañarle, Rufo. Coge algunas cebolletas. ¿Dónde está el equipaje? Quiero vestirme.

-Allí -dijo Rufo, y volvió a dedicar su atención al pescado.

Rufo era una prueba de que algunas personas deben ir vestidas. Tenía un cuerpo sonrosado y era algo tripudo. Sin embargo, su musculatura estaba asombrosamente desarrollada, cosa que yo no había sospechado, pues de ser así me hubiera mostrado más cauteloso antes de quitarle aquel cañón de las manos. Decidí hacerme el tonto si alguna vez deseaba luchar conmigo al estilo indio.

Rufo me miró por encima de medio kilo de trucha dijo:

¿Deseas equiparte ahora, mi señor?

-¿Eh? Termina de desayunar. ¿Y a qué viene esa rutina de «mi señor»? La última vez que te vi estabas agitando un revólver ante mis narices.

-Lo siento, mi señor. Pero Ella me dijo que lo hiciera... y lo que Ella dice hay que hacerlo. Compréndelo.

-Lo comprendo perfectamente. Alguien tiene que mandar. Pero llamame «Oscar».

Rufo miró a Star y ella asintió. Rufo sonrió.

-De acuerdo, Oscar. ¿Sin rencor?

-Sin rencor.

Rufo soltó el pescado, se frotó la mano contra su cadera y la extendió hacia

mí.

-¡Chócala! Tú les derribarás y yo acabaré con ellos.

Nos estrechamos la mano, y cada uno de nosotros trató de «estrujar» la del otro. Creo que le saqué una ligera ventaja, pero llegué a la conclusión de que Rufo podía haber trabajado como herrero en otro tiempo.

Star pareció muy complacida y volvió a exhibir hoyuelos.

Había permanecido junto al fuego, aparentemente distraída, pero de pronto se puso en pie y colocó su fuerte y esbelta mano sobre nuestros puños entrelazados.

-Mis buenos amigos -dijo en tono jovial-. Mis buenos muchachos. Rufo, todo saldrá bien.

-¿Has tenido una Visión? -inquirió Rufo ávidamente.

-No, sólo una sensación. Pero ya no estoy preocupada.

-No podemos hacer nada -dijo Rufo, cariacontecido- hasta que hayamos ajustado cuentas con Igli.

-Oscar se encargará de Igli -dijo Star, poniéndose en pie con suaves movimientos-. Métete ese pescado en la boca y desempaca. Necesito ropa.

Súbitamente, Star parecía muy ansiosa.

Star era más mujeres distintas que una compañía de Auxiliares Femeninas del Ejército... que ya es decir. En aquel momento era toda mujer, desde Eva decidiendo entre dos hojas de parra hasta una mujer moderna cuya ambición es ser soltada en Nieman-Marcus, desnuda y con un talonario de cheques. Cuando la conocí, no había parecido estar más interesada en ropas que yo mismo. Yo no había tenido nunca la oportunidad de interesarme en ropas. Para los miembros de mi generación, unos tejanos azules y una camisa sucia y sudada eran más que suficientes.

La segunda vez que la vi iba vestida, pero con aquella blusa de laboratorio y una falda sastre había sido al mismo tiempo una mujer profesional y una amiga apasionada. Pero hoy -esta mañana del día que fuera- estaba llena de ampollas. Le había deleitado tanto capturar truchas que había tenido que reprimir chillidos de júbilo. Y había sido la Exploradora perfecta, con la cara tiznada y el pelo echado hacia atrás para librarlo del fuego mientras cocinaba.

Ahora era la mujer de todas las épocas que acaba de poner sus manos sobre ropas nuevas. Yo tenía la impresión de que vestir a Star era como colocar un paño sobrez las joyas de la corona... pero me vi obligado a admitir que si no íbamos a representar el «Yo Tarzán, tú Jane» en aquel delicioso paraje desde entonces hasta que la muerte nos separase, eran necesarias ropas de algún tipo, aunque sólo fuera para evitar que su perfecta piel resultara arañada por los arbustos y zarzales.

El equipaje de Rufo resultó ser una pequeña caja negra, del tamaño y la forma aproximada de una máquina de escribir portátil. La abrió.

Y la abrió otra vez.

Y continuó abriéndola...

Y continuó desplegando sus costados hasta que aquello adquirió el tamaño de una pequeña camioneta, cargada a tope. Dado que me apodaron el «Crédulo james» en cuanto aprendí a hablar, podría llegarse a la conclusión de que estaba siendo víctima de una alucinación causada por hipnosis y/o drogas.

Yo no estoy seguro. Cualquiera que haya estudiado matemáticas sabe que el interior no tiene que ser más pequeño que el exterior, en teoría, y cualquiera que haya tenido el dudoso privilegio de ver a una mujer gorda saliendo del interior de una ajustada faja sabe que esto es verdad en la práctica también. El equipaje de Rufo se limitaba a llevar el principio más adelante.

Lo primero que extrajo fue un gran baúl de madera de teca. Star lo abrió y empezó a sacar modelitos encantadores.

-Oscar, ¿qué opinas de este? -Estaba sujetando un largo vestido verde contra su cuerpo-. ¿Te gusta?

Desde luego que me gustaba. Sí era un original -y, o mucho me equivocaba, o Star no era partidaria del prét a por- ter-, no quería pensar en lo que habría costado.

-Es un vestido delicioso -dije-. Pero... Mira ¿no vamos a viajar?

-Ahora mismo.

-No veo ningún taxi. ¿No temes los desgarrones?

-La tela es indestructible. Sin embargo, no me proponía llevarlo; sólo quería enseñártelo. ¿No es encantador? Rufo, quiero esas sandalias de tacón alto con las esmeraldas.

Rufo contestó en aquel idioma en el que había estado maldiciendo cuando llegó. Star se encogió de hombros y dijo:

-No seas impaciente, Rufo; Igli esperará. De todos modos, no podemos hablar con Igli antes de mañana por la mañana; mi señor Oscar tiene que aprender primero el idioma.-Pero devolvió aquella preciosidad verde al baúl.

-Aquí hay otro modelo -continuó Star, sacándolo del baúl-, francamente provocativo; está hecho a propósito.

Pude ver por qué. Era casi todo falda, con un pequeño corpiño que sostenía sin ocultar: una moda muy en boga en la antigua Creta, he oído decir, y todavía popular en el Overseas Weekly, el Playboy y muchos clubs nocturnos. Una moda que convierte los senos caídos en senos turgentes. Y no es que Star lo necesitara.

Rufo me dio una palmadita en el hombro.

-Jefe... ¿Quieres echar una ojeada al material y recoger lo que necesites?

Star dijo, en tono de reproche:

-Rufo, la vida es para ser saboreada, y no apresurada.

-Tendremos mucha más vida para saborear si Oscar elige lo que pueda utilizar mejor.

-No necesitará armas hasta que hayamos resuelto lo de Igli -dijo Star. Pero no insistió en exhibir más vestidos, y a pesar de lo mucho que disfrutaba mirando a Star, a mí me gusta también examinar armas, de un modo especial cuando existe la posibilidad de que tenga que utilizarlas, como parecía ser el caso.

Mientras yo había estado contemplando el desfile de modelos a cargo de Star, Rufo había montado algo que parecía una mezcla de almacén de material de desecho del ejército y de museo: espadas, pistolas, una lanza que debía tener siete metros de longitud, un lanzallamas, dos bazookas flanqueando una pequeña ametralladora Thompson, unos nudillos de cobre, un machete, granadas de mano, ballestas y flechas, uno de aquellos puñales con los que se daba el golpe de gracia...

-Te has olvidado del tirachinas -dije, en tono acusador.

Rufo sonrió irónicamente.

-¿De qué tipo te gustan, Oscar? ¿Con horquilla? ¿O prefieres el sistema de honda?

-Siento haberlo mencionado. La verdad es que no sabría disparar una china con ninguno de los tipos.

Cogí la ametralladora Thompson, comprobé que estaba descargada, y empecé a desmontarla. Parecía casi nueva, habiendo disparado sólo lo suficiente como para que las partes móviles funcionaran. Una Thompson no es mucho más precisa que un lanzador de béisbol, y su alcance efectivo no es mucho mayor. Pero posee algunas virtudes: si se alcanza a un hombre con ella, cae al suelo y permanece caído. Es corta y no demasiado pesada, y tiene mucha potencia de fuego durante un breve espacio de tiempo. Es un arma para luchar a corta distancia.

Pero a mí me gusta algo con una bayoneta en la punta, por si la reunión se hace íntima.., y me gusta que ese algo sea preciso a larga distancia por si los vecinos se muestran hostiles desde lejos. Solté la Thompson y tomé un Springfield: del Arsenal de Rock Island, como vi por su número de serie, pero un Springfield al fin y al cabo. Opino lo mismo de un Springfield que de un Gooney Bird; algunos mecanismos son perfectos en su clase, la única mejora posible es un cambio radical del diseño.

Abrí el cerrojo, introduje el pulgar en la cámara, miré a lo largo del cañón. El interior era brillante y las estrías no estaban gastadas... y en la boca tenía aquella diminuta estrella: ¡era un arma de mecha!

-Rufo, ¿qué clase de terreno atravesaremos? ¿Como éste que nos rodea?

-Hoy, sí. Pero... -Con un gesto de disculpa tomó el fusil de mis manos-. Aquí

está prohibido utilizar armas de fuego. Espadas, cuchillos, flechas.., cualquier cosa que corte o pinche o aporree a base de potencia muscular. Armas de fuego, no.

-¿Quién dice eso?

Rufo se estremeció.

-Es mejor que se lo preguntes a Ella.

-Si no podemos utilizarlas, ¿por qué traerlas? Y, de todos modos, no veo ningún tipo de munición.

-Hay mucha munición. La tendremos más tarde, en otro lugar en el que sí pueden utilizarse armas de fuego. Si para entonces estamos vivos. Yo me limitaba a enseñarte lo que tenemos. ¿Qué opinas de las armas legales? ¿Eres un buen arquero?

-No lo sé. Tendría que probarlo.

Rufo empezó a decir algo, luego se encogió de hombros y tomó una ballesta, se colocó un protector de cuero sobre el hombro izquierdo, y eligió una flecha.

-Voy a disparar contra aquél árbol -dijo-, el que tiene una roca blanca al pie. Apuntaré a la altura aproximada del corazón de un hombre.

Colocó el dardo, levantó la ballesta y disparó, sin forzar aparentemente sus movimientos.

La flecha quedó clavada en el tronco del árbol, vibrando, a cosa de metro y medio de distancia del suelo.

Rufo sonrió.

-¿Podrías igualar eso?

No contesté. Sábía que no podía igualarlo, si no era por casualidad. En cierta ocasión había poseído una ballesta, un regalo de cumpleaños. La había utilizado muy poco, y las flechas no tardaron en perderse. Sin embargo, convertí en un espectáculo el acto de escoger una ballesta, y elegí la más larga y pesada.

Rufo carraspeó.

-Si me permites una sugerencia, esa ballesta tiene demasiado retroceso... para un principiante.

La tensé.

-Búscame un protector.

El protector encajó perfectamente en mi hombro como si estuviera hecho a mi medida... y tal vez era así. Cogí una flecha, sin fijarme apenas en ella,como si todas me parecieran rectas y fiables. No tenía la menor esperanza de alcanzar aquel maldito árbol; se encontraba a cincuenta metros de distancia, y tenía poco más de un palmo de grosor. Traté simplemente de apuntar a la altura adecuada, confiando en que una ballesta tan pesada me proporcionaría una

trayectoria recta. Por encima de todo deseaba colocar el dardo, levantar la ballesta y disparar con la facilidad de movimientos de que había hecho gala Rufo... parecerme a Robín Hood aunque no lo fuera.

Pero al levantar y tensar aquella ballesta y sentir su potencia, noté una especie de exaltación: ¡esta herramienta era apta para mí! Nos identificábamos, por así decirlo.

Disparé sin pensar en nada.

Mi flecha se clavó en el árbol a un filo de mano de la de Rufo.

-¡Buen disparo! -exclamó Star.

Rufo miró al árbol y parpadeó, y luego miró a Star con aire de reproche. Ella apartó apresuradamente la mirada.

-No he sido yo -afirmó--. Sabes que no haría una cosa asi. Ha sido una prueba legal... en la que los dos habéis quedado muy bien.

Rufo me miró pensativamente.

-Hmmm.¿Te importaría apostar algo, lo que tú quieras, a que puedes repetir ese tiro?

-No acostumbro a apostar -dije. Pero tomé otra f lecha y la coloqué en la ballesta. Me gustaba aquella ballesta, que parecía una prolongación de mi antebrazo; deseaba volver a disparar, sentirme identificado con ella.

Disparé.

La tercera flecha se clavó entre las dos primeras, pero más cerca de la de Rufo.

-Una buena ballesta -dije-. La conservaré. Saca los dardos.

Rufo se alejó sin decir nada. Suspiré. Confiaba en no tener que volver a disparar una flecha; un jugador no puede esperar que la suerte le sonría en cada mano.., y mi siguiente disparo podría hacer que la flecha se volviera contra mí como un boomerang.

Había una gran cantidad de filos y puntas, desde una espada de hoja tan ancha que parecía destinada a derribar árboles de un solo tajo, hasta una daga tan pequeña que parecía diseñada para que una dama la ocultara en su media. Pero yo las examiné y las sopesé todas.., hasta encontrar la hoja que se adaptaba a mí del mismo modo que Excalibur se adaptaba al rey Arturo.

Nunca había visto una igual, de manera que no sé cómo llamarla. Un sable, supongo, ya que la hoja estaba levemente curvada y tenía un filo tan agudo como el de una navaja de afeitar. Pero tenía una punta tan aguda como la de un estoque, y la curva no era lo bastante pronunciada como para impedir que el arma fuera utilizada para tirarse a fondo y contraatacar al mismo tiempo que para propinar mandobles estilo hacha. La empuñadura estaba diseñada para proteger los nudillos y simultáneamente permitir toda clase de molinetes en cualquier guardia.

A pesar de lo manejable que era, la hoja tenía el peso suficiente para cortar un hueso. Era la clase de espada que uno llega a considerar como una prolongación de su propio cuerpo.

El pomo estaba forrado de piel de tiburón y hecho a la medida de mi mano. En la hoja había un lema grabado, pero tan enterrado en arabescos que no me tomé el tiempo necesario para descifrarlo. ¡Aquella muchacha era mía, estábamos hecho el uno para el otro! La solté y abroché cinto y vaina a mi cuérpo desnudo, deseando el contacto de la hoja y sintiéndome el capitán John Carter, Jeddack de Jeddacks y el Gascón y sus tres amigos todo en una pieza.

-¿No piensas vestirte, mi señor Oscar? -preguntó Star.

-¡Eh? Oh, desde luego... sólo estaba probando la medida. Pero... ¿ha traído Rufo mis ropas?

¿Las has traído, Rufo?

-¿Sus ropas? No se referirá a aquellas prendas que llevaba en Niza...

-¿Qué tehían de malo mi pantalón de tubo y mi camisa hawaiana? -pregunté.

-¿Qué? Oh, absolutamente nada, mi señor Oscar -contestó Rufo apresuradamente-. Mi lema ha sido siempre; vive y deja vivir. En cierta ocasión conocí a un hombre que llevaba... no importa. Déjame que te enseñe lo que he traído para ti.

Tuve la posibilidad de elegir desde un impermeable de plástico hasta una armadura completa. Esta última me pareció deprimente, debido a que su presencia implicaba que podría ser necesaria. A excepción de un casco del Ejército nunca había llevado armadura, no deseaba hacerlo, no hubiese sabido hacerlo.., y me preocupaba la posibilidad de tropezar con unos vecinos que hicieran deseable aquella protección.

Además, no veía a ningún caballo cerca, un Percheron o un Clydesdale, digamos, y no me veía a mí mismo andando con uno de aquellos trajes de hojalata. Seria tan lento como andar con muletas, haciendo tanto ruido como un ferrocarril subterráneo, y pasando tanto calor como en una cabina telefónica. Los calzones largos que iban debajo de aquel armatoste hubieran sido ya demasiado en un clima tan cálido; el acero encima me hubiera convertido en un horno ambulante, y me habría quitado todas las fuerzas y la energía necesarias para luchar si las circunstancias lo requerían.

-Star, dijiste que... -Me interrumpí. Star había terminado de vestirse, y no se había extralimitado. Zapatos de cuero blando -borceguíes, en realidad-, pantalón ajustado, y una prenda corta de color verde encima, algo a medio camino entre una chaqueta y una blusa de patinar. Con el sombrerito en la cabeza, Star parecía la versión de comedia musical de una azafata de aviación, elegante, atractiva y sexy.

O quizá la Reina Virgen, ya que había añadido a su atuendo una ballesta cuyo tamaño era la mitad del mío, un carcaj y una daga.

-¡Caramba! -exclamé-. Empiezo a comprender por qué empezó todo el jaleo.

Star sonrió con coquetería. (Star no fingía nunca. Sabía que era hembra, sabía que era atractiva, y le gustaba serlo).

-Antes dijiste algo acerca de que no necesitaría llevar armas todavía -continué-. No existe ningún motivo por el que tenga que llevar uno de esos trajes especiales. No parecen cómodos.

-No espero ningún peligro serio, hoy -dijo Star lentamente-. Pero este no es un lugar en el que uno pueda llamar a la policía. Tienes que decidir lo que vas a necesitar.

-Pero... Maldita sea, Princesa, tú conoces este lugar y yo no. Necesito consejo.

Star no contestó. Se volvió hacia Rufo, el cual estaba estudiando cuidadosamente la copa de un árbol. Dije:

-Rufo, vístete.

Rufo enarcó sus cejas.

-¿Sí, mi señor Oscar?

-*¡Schnell! ¡Vite, vite!* No pierdas más tiempo.

-De acuerdo.

Se vistió rápidamente, con un equipo que era una versión masculina de lo que Star había elegido, con unos shorts en vez de pantalón ajustado.

-Provéete de armas -dije, y empecé a vestirme de igual forma, salvo que me proponía calzar unas botas fuertes. Sin embargo, había un par de aquellos borceguíes que parecían ser de mi medida, de modo que me los probé. Se ajustaban a mis pies como guantes y, de todas maneras, las plantas de mis pies estaban tan endurecidas por el mes que había pasado descalzo en la Isla del Levante que no necesitaba unas botas pesadas.

Los borceguíes no eran tan medievales como parecían; estaban provistos de cremalleras, y en su interior podía leerse: *Fabriqué en France.*

Papá Rufo había tomado la ballesta que había utilizado antes, y había elegido una espada y añadido una daga a su armamento. En vez de una daga yo escogí un cuchillo de caza Solingen. Dirigí una mirada anhelante a un revólver de reglamento del 45, pero no lo toqué. Si «ellos», quienesquiera que fuesen, tenían una Acta Sullivan local, no sería yo quien les enmendara la plana.

Star le dijo a Rufo que empaquetara, y luego se agachó conmigo en un lugar arenoso junto al riachuelo y dibujó una especie de mapa: dirección sur, descendiendo ligeramente y siguiendo el curso del riachuelo salvo durante breves tramos, hasta llegar a las Aguas Cantarinas. Allí acamparíamos para pasar la noche.

Me aprendí el mapa de memoria.

-De acuerdo. ¿Alguna advertencia particular? ¿Tenemos que disparar los primeros? ¿O esperar a que ellos nos bombardeen?

-No espero nada de eso hoy. Oh, hay un carnívoro de un tamaño tres veces mayor que el de un león. Pero es un animal muy cobarde; no ataca a un hombre en movimiento.

-Haces bien en decirmelo: no dejaré de moverme.

-Si vemos seres humanos, aunque no lo espero, podría ser conveniente preparar una flecha... pero no levantes tu ballesta hasta que lo consideres necesario. Pero no he de decirte lo que tienes que hacer; debes decidirlo tú. Rufo no hará nada hasta que vea que estás a punto de entrar en acción.

Rufo había terminado de empaquetar.

-De acuerdo, vámonos -dije.

Nos pusimos en marcha. La pequeña caja negra de Rufo estaba ahora plegada como una mochila, y no me paré en pensar cómo podía transportar un par de toneladas sobre sus hombros. Un artilugio antigravedad como el de Buck Rogers, quizá. Sangre de coolie chino. Magia negra. Diablos, sólo aquel baúl de madera de teca no hubiera cabido en aquella mochila por un factor de 30 a 1, sin mencionar el arsenal y todo lo demás.

No existe ningún motivo para preguntarse por qué no interrogué a Star acerca del lugar en el que nos encontrábamos, por qué estábamos allí, cómo habíamos llegado, qué ibamos a hacer, y los detalles de aquellos peligros con los que esperaba enfrentarme. Mira, Mac, cuando estás teniendo el sueño más hermoso de tu vida y estás llegando al punto culminante, ¿te paras acaso para decirte a ti mismo que es lógicamente imposible que aquella nena en particular esté tumbada sobre el heno a tu lado.., con lo cual y en consecuencia te despiertas a ti mismo? Yo *sabía,* lógicamente,que todo lo que había ocurrido desde que leí aquel absurdo anuncio era imposible.

Yo rezumaba lógica.

Pero la lógica no sirve para nada, amigo. La «lógica» demuestra que los aviones no pueden volar, y que las bombas H no funcionan, y que no caen piedras del cielo. La lógica es una manera de decir que cualquier cosa que no ocurrió ayer no ocurrirá mañana

Me gustaba la situación. No deseaba despertar, por nada del mundo. De un modo especial no deseaba despertar y encontrarme todavía en aquella selva, tal vez con aquella herida reciente en la cara y sin ningún helicóptero a la vista. Quizás el hermanito moreno había hecho un buen trabajo conmigo y me había enviado al Valhalla. De acuerdo, me gustaba el Valhalla.

Estaba avanzando con una hermosa espada golpeando contra mi muslo, y una chica mucho más hermosa adaptándose a mis pasos, y un esclavo-siervo-lacayo sudando detrás de nosotros, portando la carga y siendo nuestros «ojos de retaguardia». Los pájaros cantaban, y el paisaje había sido proyectado por arquitectos especialistas en paisajes, y el aire tenía una fragancia exquisita. La idea de no volver a tomar un taxi ni leer un titular de periódico me dejaba impasible.

Aquella enorme ballesta era un engorro... pero también lo es una M-1. Star llevaba su pequeña ballesta en bandolera y traté de imitarla, pero descubrí que

dificultaba mis movimientos. Además, me ponía nervioso el no tenerla a punto, dado que Star había admitido la posibilidad de que la necesitara. De modo que la llevé colgando de mi mano izquierda, dispuesta para ser utilizada en cualquier momento.

Durante la caminata matutina tuvimos una alarma. Oí zumbar la ballesta de Rufo *-jthwung!-* .. .y me giré en redondo con mi propia ballesta a punto, con la flecha ensartada, antes de ver lo que ocurría.

Mejor dicho, lo que caía. Un ave parecida a una perdiz blanca, pero mucho más grande. Rufo la había hecho caer de la rama de un árbol, con una flecha ensartada en el cuello. Decidí mentalmente no volver a competir con él en el lanzamiento de flechas, y permitir que me aleccionara en la materia.

Rufo se relamió los labios y sonrió.

-Ya tenemos cena -dijo. Y durante el siguiente kilómetro desplumó el ave mientras andábamos y luego la colgó de su cinturón.

Nos paramos a almorzar en un idílico paraje que Star me aseguró que estaba «resguardado», y Rufo abrió su caja y nos sirvió fiambres, queso de Provenza, crujiente pan francés y dos botellas de Chablis. Después de almorzar, Star sugirió una siesta. La idea era atractiva: yo había comido hasta hartarme, compartiendo solamente las migajas con los pájaros; pero quedé sorprendido.

-¿No deberíamos continuar?

-Tienes que recibir una lección de idioma, Oscar.

Debo explicarles a los de la Escuela Superior Ponce de León el mejor sistema para estudiar idiomas. Uno se tiende sobre la blanda hierba cerca de un susurrante riachuelo en un día perfecto, y la mujer más hermosa del mundo se indina sobre uno y le mira a los ojos. La mujer empieza a hablar suavemente en un idioma que uno no entiende.

Al cabo de unos instantes sus grandes ojos se hacen más y más grandes... y más grandes... y uno se hunde en ellos.

Luego, mucho después, Rufo dijo:

-Erbas, Oscar, ´t *knila voorsht.*

-De acuerdo -contesté-. *Estoy* levantándome. No me atosigues.

No voy a escribir más palabras en un idioma que no se adapta a nuestro alfabeto. Recibí varias lecciones más, y tampoco hablaré de ellas, y desde entonces empezamos a comunicarnos en esta jerga, excepto cuando me veía obligado a hacer preguntas en inglés. Es un idioma rico en blasfemias y en palabras para hacer el amor, y más rico que el inglés en algunas materias técnicas.., pero con sorprendentes lagunas. No existe ninguna palabra equivalente a «abogado», por ejemplo.

Una hora antes de la puesta del sol llegamos a las Aguas Cantarinas.

Habíamos estado viajando por una alta y boscosa meseta. El riachuelo en el que habíamos capturado las truchas había sido engrosado por otros arroyos, y

ahora era un pequeño río. Más abajo de nosotros, en un lugar que aún no habíamos alcanzando, se despeñaba sobre altos farallones. Pero aquí, donde nos habíamos detenido a acampar, el agua había cortado una muesca en la meseta, formando cascadas, antes de dar aquella zambullida.

«Cascadas» es un vocablo débil. Corriente arriba, corriente abajo, doquiera que uno mirase, veía cataratas: enormes, de doce o catorce metros de altura, tan pequeñas que un ratón podría haber trepado por ellas, y de todos los tamaños intermedios. Habían terrazas y escaleras de cataratas, de tranquilas aguas teñidas de verde por el follaje de encima, y de aguas blancas de espuma al caer sobre la roca, debajo.

Y uno las oía. Las cataratas diminutas con su plateada voz de soprano, las grandes rugiendo con voz de bajo. En elparaje herboso donde estábamos acampados había un coro omnipresente; en medio de las cataratas uno tenía que gritar para hacerse oír.

Coleridge estuvo allí en uno de sus sueños opiáceos:

Y aquí había bosques antiguos como las colinas,
Envolviendo soleados parajes de verdor.
Pero, ¡oh!, aquella profunda quebrada romántica que hendía
La verde colina a través de un cedrino techo,
¡Un lugar salvaje!, puro y encantado
Bajo una luna menguante, era frecuentado
Por una mujer lloriqueando por su amante-diablo.
Y de aquella quebrada, hirviente de incesante agitación...

Coleridge debió haber seguido aquella ruta y alcanzado las Aguas Cantarinas. No es de extrañar que se sintiera como matando a aquel «individuo de Porlock» que irrumpía en su mejor sueño. Cuando me esté muriendo, que me lleven al lado de las Aguas Cantarinas y dejen que sea lo último que oiga y vea.

Nos detuvimos en una explanada de césped, llana como una promesa y suave como un beso, y ayudé a Rufo a desempacar. Quería averiguar cómo hacía aquel truco con la caja. No lo descubrí. Cada uno de los lados se abría de un modo completamente natural y razonable... y cuando se abría la cosa resultaba también otra vez razonable y natural.

En primer lugar montamos una tienda para Star: no se trataba de material de desecho del ejército; era un elegante pabellón de seda recamada, y la alfombra que extendimos en el suelo debió de haber ocupado a tres generaciones de artistas de Bukhara. Rufo me dijo:

-¿Quieres una tienda, Oscar?

Levanté la mirada al cielo y al sol que aún no se había puesto. El aire era cálido y no podía creer que lloviera. No me gusta estar en una tienda si existe la menor posibilidad de un ataque por sorpresa.

-¡Vas a utilizar tú una tienda?

-¿Yo? ¡Oh, no! Pero *Ella* tiene que tener una tienda, siempre. Luego, casi invariablemente, *Ella* decide dormir fuera, sobre la hierba.

-No necesito una tienda.

(Veamos, ¿acaso un «paladín» no duerme delante de la puerta de la habitación de su dama, con las armas a mano? No estaba seguro de la etiqueta de tales materias; en los «Estudios Sociales» no se mencionaban).

Star regresó y le dijo a Rufo:

-Protegido. Las defensas estaban todas en su lugar.

-¿ Recargadas? -inquirió Rufo.

Star retorció la oreja de Rufo.

-No soy senil -dijo. Y añadió-: Jabón, Rufo. Y ven conmigo, Oscar; eso es tarea de Rufo.

Rufo sacó una pastilla de Lux de aquella caja-caravana y se lo entregó a Star; luego me miró pensativamente y me entregó una barra de Life Buoy.

Las Aguas Cantarinas son el mejor de los baños, e interminable variedad. Balsas tranquilas de profundidad diversa, desde las que permiten mojarse simplemente los pies hasta las que son aptas para chapuzarse y nadar, baños de asiento que producían hormigueos en la piel, duchas a chorro que vapuleaban el cerebro si uno permanecía debajo de ellas demasiado tiempo.

Y uno podía escoger la temperatura del agua. Encima de la cascada que utilizamos nosotros, un manantial caliente se mezclaba a la corriente principal, y en la base de aquella cascada un manantial oculto aportaba agua helada. No había necesidad de volverse loco con los grifos, bastaba con desplazarse a uno u otro lado en busca de la temperatura deseada... o nadar corriente arriba, donde la temperatura del agua era uniforme y tan suavemente cálida como el beso de una madre.

Jugamos un rato, con Star chillando y riendo cuando yo la salpicaba, y replicando adecuadamente. Nos comportábamos como niños; yo me sentía como un chiquillo, Star parecía una chiquilla, aunque había en ella músculos de acero bajo terciopelo.

Cuando llegó el momento de enjabonarnos y Star empezó a lavarse la cabeza, me acerqué a ella por detrás y la ayudé. Dejó que lo hiciera, necesitaba ayuda con sus espléndidos cabellos, seis veces más largos de lo que la mayoría de las mujeres solían llevarlos entonces.

Aquella habría sido una ocasión maravillosa (con Rufo ocupado y lejos de allí) para agarrarla y pasar a mayores. No estoy seguro de que Star hubiese protestado, ni siquiera por pura fórmula; podría haber cooperado de buena gana.

Diablos, yo *sabía* que ella no hubiera protestado «por pura fórmula». Una de dos: me hubiera parado los pies con una palabra fría o un sopapo en la oreja... o hubiera cooperado.

No pude hacerlo. Ni siquiera pude *empezar.*

No sé por qué. Mis intenciones hacia Star habían oscilado de lo deshonroso a

lo honorable y viceversa, pero siempre habían sido prácticas desde el momento en que posé los ojos en ella. No, permítaseme expresarlo de esta manera: mis intenciones habían sido siempre estrictamente deshonrosas, pero con la absoluta voluntad de convertirlas en honorables, más tarde, en cuanto encontrásemos un juez de paz.

Sin embargo, descubrí que no podía poner un dedo sobre ella como no fuera para ayudarla a aclarar sus cabellos.

Mientras rumiaba todo aquello, con las dos manos enterradas en la mata de cabellos rubios y preguntándome qué era lo que me impedía rodear con mis brazos aquella esbelta cintura que se encontraba a unos centímetros de mi, oí un penetrante silbido y mi nombre... mi nuevo nombre. Miré a mi alrededor.

Rufo, sin más ropas que su fea piel y con toallas sobre sus hombros, estaba de pie en la orilla a tres o cuatro metros de distancia, y trataba de atraer mi atención por encima del rugido del agua.

Avancé unos pasos hacia él.

-¿Qué has dicho? -grité.

-He dicho: «¿Quieres un afeitado?» ¿O piensas dejarte crecer la barba?

Yo había tenido consciencia de mi cara de cactus mientras me debatía en la duda de intentar o no el asalto criminal, y ése había sido uno de los factores que contribuyeron a retenerme: Gillette, Aqua Velva, Burma Shave, etc., habían conseguido que el macho norteamericano -es decir, yo- no se atreviera a intentar una seducción y/o una violación si no se había afeitado recientemente. Y yo llevaba una barba de dos días.

-No tengo maquinilla de afeitar -grité.

Me contestó blandiendo una navaja de afeitar.

Star se acercó a mí, levantó una mano y pellizcó suavemente mi mentón entre sus dedos pulgar e índice.

-Estarías mayestático con una barba -dijo-. Tal vez un Van Dyke, con el correspondiente bigote.

Si ella lo creía así, yo también lo creía. Además, la barba cubriría parte de aquella cicatriz.

-Lo que tú digas, Princesa.

-Pero prefiero que permanezcas como la primera vez que te vi. Rufo es un buen barbero. -Se volvió hacia él-. Una mano, Rufo. Y mi toalla.

Star echó a andar hacia el campamento, secándose por el camino: yo la habría ayudado de buena gana, si me lo hubiera pedido. Rufo dijo, con aire fatigado:

-¿Por qué no te pones de acuerdo contigo mismo? Pero *Ella* dice que te afeite, de modo que voy a hacerlo.., y a bañarme al mismo tiempo, para que *Ella* no tenga que esperar.

-Si tuvieras un espejo, lo haría yo mismo.

-¿Has usado alguna vez una navaja de afeitar?

-No, pero puedo aprender a usarla.

-Te cortarías el cuello, y a *Ella* no le gustaría eso. Acércate más a la orilla, de manera que pueda quedarme en el agua caliente. ¡No, no! No te sientes, tiéndete con la cabeza apoyada en la arena. No puedo afeitar a un hombre sentado.

Rufo empezó a enjabonar mi mentón.

-¿Sabes por qué? -continuó-. Porque aprendí a afeitar con cadáveres, por eso, poniéndolos guapos para que sus seres amados estuvieran orgullosos de ellos. ¡No te muevas! Has estado a punto de perder una oreja. Me gusta afeitan cadáveres; no se quejan, no hacen sugerencias, no hablan...y siempre se están quietos. Es el mejor empleo que he tenido. Pero ahora tengo este otro empleo...

Se interrumpió con la hoja contra mi nuez de Adán, y empezó a contar sus problemas.

-¿Tengo el sábado libre? ¡Diablos, ni siquiera tengo libre el domingo! ¡Y mira las horas! El otro día leí que un equipo de Nueva York... ¿Has estado en Nueva York?

-He estado en Nueva York. Y aparta esa guillotina de mi cuello mientras agitas las manos de esa manera.

-Sigue hablando, y te dejará una cara como un mapa... Aquel equipo había firmado un contrato de veinticuatro horas semanales. *¡Semanales!* Yo me conformaría con trabajar veinticinco horas *al día.* ¿Sabes cuántas horas seguidas llevo en movimiento?

Dije que no lo sabía.

-Vaya, ya estás hablando otra vez. ¡Más de setenta horas o soy un embustero! ¿Y para qué? ¿Gloria? ¿Hay gloria en un pequeño montón de huesos blanqueados? ¿Riqueza? Oscar, te digo la verdad; he amortajado más cadáveres que concubinas tiene un sultán, y a ninguno de ellos le importaba un bledo si le acicalaban con rubíes del tamaño de tu nariz y dos veces más rojos... o si le cubrían de harapos. ¿De qué le sirve la riqueza a un muerto? Dime, Oscar, de hombre a hombre, ahora que *Ella* no puede oírnos: ¿por qué dejaste que *Ella* te metiera en esto?

-Estoy disfrutando, hasta ahora.

Rufo resopló.

-Eso fue lo que dijo el hombre al pasar por el quincuagésimo piso del Empire State. Pero la acera le estaba esperando, de todos modos. Sin embargo -añadió en tono sombrío-, hasta que te las hayas visto con Igli no habrá problemas. Si tuviera mi maletín, podría cubrir esa cicatriz tan perfectamente que todo el mundo diría: «¿No parece natural?».

-No importa. A *Ella* le gusta esa cicatriz.

-De acuerdo. Pero quiero que te des cuenta de que, si recorres la Ruta de Gloria, lo que más encontrarás serán piedras. Yo no elegí el recorrerla. Mi idea de un modo agradable de vivir sería una pequeña funeraria, la única del pueblo, con un buen surtido de ataúdes de todos los precios y una organización que permitiera planear por anticipado un entierro decoroso... ya que todos tenemos que morir, Oscar, todos tenemos que morir, y un hombre sensato podría sentarse delante de un vaso de cerveza y hacer sus planes con una empresa de pompas fúnebres digna de toda confianza.

Se inclinó confidencialmente hacia mí.

-Mira, mi señor Oscar... si por milagro salimos de esto con vida, podrías interceder por mí delante de Ella. Darle a entender que soy demasiado viejo para esa Ruta de Gloria. Puedo hacer mucho para que el resto de tus días sean cómodos y agradables... si tus intenciones hacia mí son amistosas.

-¿No sellamos el trato con un apretón de manos?

-Ah, sí, lo sellamos -suspiró Rufo-. Uno para todos y todos para uno, y pelillos a la mar.

Aún era de día y Star estaba en su tienda cuando regresamos.., y mis ropas estaban preparadas. Empecé a objetar cuando las vi, pero Rufo dijo en tono firme: -Ella dijo «informal», y eso significa corbata negra.

Me lo puse todo, incluso los gemelos (que eran unas perlas negras asombrosamente grandes), y aquel smoking que había sido confeccionado a mi medida o comprado por alguien que conocía mi estatura, peso, anchura de hombros y perímetro de cintura. La etiqueta de la parte interior de la chaqueta decía: The English House, Copenhagen.

Pero la corbata era demasiado para mí. Rufo alzó la mirada mientras yo luchaba con ella, me hizo tumbar (no le pregunté por qué), y me la ató en un santiamén.

-¿Quieres tu reloj, Oscar?

-¿Mi reloj? Que yo sepa, estaba en la sala de consulta de un médico en Niza. ¿Lo tienes?

-Sí, señor. Recogí todo lo tuyo menos tus... -se estremeció- ropas.

No exageraba. Todo estaba allí, no sólo el contenido de mis bolsillos, sino también el contenido de mi caja de seguridad de la American Express: dinero, pasaporte, cartilla militar, etc., incluso aquellos boletos de Apuestas Múltiples de la Avenida del Cambio.

Empecé a preguntar cómo había tenido acceso a mi caja de seguridad, pero decidí no hacerlo. Rufo había tenido la llave, y podía haber hecho algo tan sencillo como falsificar una autorización. O tan complicado como su mágica caja negra. Le di las gracias, y Rufo volvió a su tarea de cocinero.

Empecé a tirar todo aquello, menos el dinero y el pasaporte. Pero me pareció un crimen ensuciar un lugar tan hermoso como las Aguas Cantarinas. El cinto

de mi espada tenía una bolsa de cuero; lo metí todo allí, incluso el reloj, que se había parado.

Rufo había instalado una mesa delante de la tienda de Star, y una luz en un árbol encima de ella, y unas velas sobre la mesa. Se hizo de noche antes de que Star saliera... y esperara. Finalmente me di cuenta de que estaba esperando mi brazo. La acompañé a su puesto en la mesa y aparté su silla para que se sentara, y Rufo apartó la mía; Rufo llevaba un uniforme de lacayo de color ciruela.

La espera había valido la pena: Star llevaba el vestido verde que antes había exhibido para mí. Yo no sabia aún que Star utilizaba cosméticos, pero no se parecía en absoluto a la vigorosa Ondina que se había estado chapuzando conmigo una hora antes. Tenía un aspecto delicado, como para ser colocada en una vitrina. Parecía Liza Doolittle en el Baile.

Empezó a sonar «Cena en Río», mezclándose con las Aguas Cantarinas.

Vino blanco con el pescado, vino rosado con la volatería, vino tinto con el asado... Star charlaba y sonreía y se mostraba ocurrente. En un momento determinado, mientras se inclinaba hacia mí para servirme, Rufo susurró:

-Los condenados a muerte comen vorazmente.

Le mandé al diablo, susurrando también.

Champán con el postre, y Rufo presentó solemnemente la botella para mi aprobación. Asentí. ¿Qué hubiera hecho Rufo si yo hubiese rechazado la botella? ¿Ofrecer otra cosecha? Coñac Napoleón con el café. Y cigarrillos.

Yo había estado pensando en cigarrillos todo el día. Aquellos eran Benson & Hedges nº 5... y yo había estado fumando pitillos negros franceses para ahorrar dinero.

Mientras fumábamos, Star felicitó a Rufo por la cena, y él aceptó los cumplidos -que yo secundé- con aire grave. Todavía no sé quién preparó aquella cena hedonista. Rufo realizó la mayor parte del trabajo, pero Star pudo haberse encargado de lo más difícil mientras me estaban afeitando.

Después de una sobremesa sin prisas, saboreando el café y el coñac, con la luz de encima tamizada y una sola vela resplandeciendo sobre las joyas de Star e iluminando su rostro, Star se levantó, y yo me puse en pie rápidamente y la acompañé a su tienda. Star se detuvo en la entrada.

-Mi señor Oscar...

De modo que la besé y la seguí...

¡Y un ctierno! Estaba tan hipnotizado que me incliné sobre su mano y la besé. Y aquello fue todo.

Y aquello me dejó sin nada que hacer más que devolverle a Rufo mi ridículo atuendo y pedirle una manta. Rufo había elegido un lugar para dormir a un lado de la tienda de Star, de modo que yo escogí el mío al otro lado y me tumbé. La temperatura era tan agradable que no hacía falta ni siquiera

una manta.

Pero no me quedé dormido. La verdad es que tengo un vicio, un hábito peor que la marihuana, aunque no tan caro como la heroína. Podía dominarlo y llegar a dormirme de todos modos... pero el hecho de que pudiera ver luz en la tienda de Star y una silueta que no estaba cubierta ya por un vestido no constituía una ayuda precisamente.

El vicio a que me refiero es el de leer. Treinta y cinco centavos de novela me dejaban plácidamente dormido. O Perry Mason. O aunque fueran los anuncios de un antiguo ParisMatch que hubiera sido utilizado para envolver arenques.

Me levanté y me dirigí al otro lado de la tienda.

-¡Pssst! Rufo.

-Sí, mi señor -Rufo se había puesto en pie de un salto, con una daga en la mano.

-Oye, ¿hay algo para leer en esa caja tuya?

-¿Qué clase de lectura?

-Lo que sea, cualquier cosa. Palabras en hilera.

-Un momento.

Se alejó, utilizando una linterna para rebuscar en su «equipaje». No tardó en regresar, y me ofreció un libro y una pequeña lámpara. Le di las gracias, volví a mi puesto y me tumbé.

Era un libro interesante, escrito por Albertus Magnus y aparentemente robado del Museo Británico. Alberto ofrecía una larga lista de recetas para hacer cosas inverosímiles: cómo apaciguar tormentas y volar sobre nubes, cómo imponerse a los enemigos, cómo asegurarse la fidelidad de una mujer...

Aquí está la última: «Si quieres que una mujer no sea viciosa ni desee a otros hombres, toma los miembros privados de Lobo, y los pelos que crecen en sus mejillas, en sus cejas o en su barbilla, y quémalo todo, y mezcla la ceniza con una bebida, y dásela a beber a la mujer sin que ella sepa lo que es, y no deseará a ningún otro hombre.»

Aquello debía resultar fastidioso para el «Lobo». Y si yo hubiese sido la mujer me hubiera fastidiado también a mí, ya que el brebaje debía ser algo nauseabundo. Pero esa es la fórmula exacta, de modo que si tiene usted problemas con su mujer y tiene un «Lobo» a mano, pruébela. Y comuníqueme los resultados. Por correo, no personalmente.

Había otras fórmulas para lograr que una mujer le amara a uno en las que un «Lobo» era el ingrediente más sencillo. De pronto solté el libro y apagué la luz, y contemplé la silueta que se movía detrás de aquella seda transparente. Star se estaba cepillando los cabellos.

Luego dejé de atormentarme a mí mismo y contemplé las estrellas. Nunca me había aprendido las estrellas del Hemisferio Meridional; rara vez se ven estrellas en un lugar tan húmedo como el Sudeste de Asia, y un hombre dotado

del sentido de la orientación no las necesita.

Pero aquel cielo meridional era algo suntuoso.

Estaba contemplando una estrella o planeta (parecía estar rodeada por un disco) muy brillante, cuando de pronto me di cuenta de que se estaba moviendo.

Me incorporé.

-¿Hey! ¡Star! Ella contestó:

-¿Sí, Oscar?

-Ven a ver. Un sputnik. ¡Muy grande!

-Ya voy. -La luz de su tienda se apagó, y Star se reunió conmigo rápidamente, lo mismo que Papá Rufo, béstezando y rascándose el costillar. -¿Dónde, mi. señor? -preguntó Star.

Señalé.

-¡Allí! Pensándolo bien, es posible que no sea un sputnik, sino uno de nuestros satélites Eco. Es terriblemente grande y brillante.

Star me miró y se encogió de hombros. Rufo no dijo nada. Yo contemplé el satélite o lo que fuera un rato más, y luego miré a Star. Ella me estaba mirando a mí, y no al satélite. Miré otra vez, observando cómo se movía contra un fondo de estrellas.

-Star -dije-, eso no es un sputnik. Ni un Eco. Es una luna. Una verdadera luna.

-Sí, mi señor Oscar.

-Entonces, esto no es la Tierra.

-Exacto.

-Hmmmm... -Miré de nuevo a la pequeña luna, moviéndose rápidamente entre las estrellas, de oeste a este.

Star susurró:

- No tienes miedo, héroe mío?

-¿De qué?

-De estar en un mundo extraño.

-Me parece un mundo muy agradable.

-Lo es -asintió Star-, en muchos aspectos.

-Me gusta -dije-. Pero tal vez ha llegado el momento de que sepa algo más acerca de él. ¿Dónde estamos? ¿A cuántos años-luz, o lo que sea, y en qué dirección?

Star suspiró.

-Lo intentaré, mi señor. Pero no será fácil; tú no has estudiado geometría metafísica... ni otras muchas cosas.

Piensa en las páginas de un libro... -Yo tenía aún aquel recetario de Alberto el Grande debajo de mi brazo; Star lo tomó-. Una página puede parecerse mucho a otra. O ser muy diferente. Una página puede estar tan cerca de otra como para tocarla, en todos sus puntos... y no tener nada en común con la página que toca. Nosotros estamos tan cerca de la Tierra -en este momento- como dos páginas seguidas en un libro. Y sin embargo estamos tan lejos de ella que la distancia no puede ser expresada por medio de años-luz.

-Mira -dije-, no necesitas fantasear acerca de ello. Yo solía contemplar la «Zona Crepuscular». Te refieres a otra dimensión. Lo entiendo perfectamente.

Star enarcó las cejas.

-Hay algo de eso, pero...

Rufo la interrumpió.

-Mañana por la mañana nos espera Igli.

-Sí -dije-. Si tenemos que hablar con Igli mañana por la mañana, es mejor que procuremos dormir un poco. Lo siento. A propósito, ¿quién es Igli?

-Ya te enterarás -dijo Rufo.

Alcé la mirada hacia aquella luna fugitiva.

-Sin duda. Bueno, siento haberos molestado por un absurdo error. Buenas noches, amigos.

De modo que volví a tumbarme, como un héroe formal (todo músculo y sin gónadas, habitualmente), y ellos también se acostaron. Star no volvió a encender la luz, de modo que no me quedó nada que mirar aparte de las lunas de Barsoom. Había caído en un libro.

Bueno, confiaba en que fuera un éxito y en que el autor me mantuviera con vida durante muchas secuelas. No podía quejarme del trato que se había dado al héroe, al menos hasta este capítulo. Y allí estaba Dejah Thoris, enroscada en sus sedas, a menos de diez metros de distancia.

Pensé seriamente en arrastrarme hasta el borde de su tienda y susurrarle que deseaba formularle unas cuantas preguntas acerca de la geometría metafísica y cuestiones similares. Hechizos amorosos, tal vez. O limitarme a decirle que fuera hacía frío y... ¿podía entrar en la tienda?

Pero no lo hice. El bueno de Rufo estaba enroscado al otro lado de aquella tienda y tenía la desconcertante costumbre de despertarse rápidamente con una daga en la mano. Y le gustaba afeitar cadáveres. Tal como ya he dicho, si me dan a elegir, soy un cobarde.

Contemplé las fugitivas lunas de Barsoom, y me quedé dormido.

VI

El canto de los pájaros es mejor que el timbre de un despertador.Me desperecé voluptuosamente y olí a cafe, y me pregunté si había tiempo para un chapuzón antes del desayuno. Era otro día perfecto, azul y claro y con el sol recien salido, y me sentí en disposición de matar dragones antes de almorzar. Pequeños desde luego.

Reprimí un bostezo y me levanté. El elegante pabellón había desaparecido y la caja negra casi había recobrado su tamaño normal:ahora no era mayor que la caja de un piano. Star estaba arrodillada delante de una fogata, estimulando a aquel café. Esta mañana era una mujer de las cavernas, cubierta con una piel muy suave, aunque no tan suave como la suya. De ocelote, tal vez. O de du Pont.

-Buenos días, Princesa -dije- ¿Como anda el desayuno? ¿Y donde esta tu cocinero?

-Desayunaremos mas tarde -dijo Star- Ahora sólo tomarás una taza de café muy caliente y muy cargado: es preferible que estés de mal humor. Rufo ha iniciado los parlamentos con Igli.

Me sirvió el café en un vaso de cartó.

Bebí un sorbo, me quemé la boca, y escupí posos. El café se presenta en cinco fases descendentes: Café, Java, Jamoke, Joe, y Carbonilla. Este brebaje no pasaba de la fase cuarta.

Me interrumpí entonces. al ver a Rufo. Y compañía. Numerosa compañía. A lo largo del borde de nuestra terraza alguien había descargado el Arca de Noé. Había toda clase de animales, desde armadillos hasta cebúes, la mayoría de ellos con largos dientes amarillos.

Rufo estaba a unos cinco metros de distancia de aquel muestrario y frente a un ciudadano particularmente grande y tosco. En aquel momento el vaso de cartón se rompió, y el café escaldó mis dedos.

-¿Quieres un poco más? -preguntó Star.

Me soplé los dedos.

-No, gracias. ¿Esto es Igli?

-El del centro y al que Rufo está hostigando. Los otros han venido a presenciar el espectáculo, puedes ignorarlos.

-Algunos de ellos parecen hambrientos.

-La mayoría de los grandes son como el diablo de Cuvier, herbívoros. Aquellos leones enormes nos devorarian... si IgIi saliera vencedor. Pero sólo entonces. El problema es Igli.

Observé a Igli con más atención. Parecía aquel esbozo de hombre de Dundee, todo barbilla y sin frente, y reunía las características menos atractivas de gigantes y ogros del The Red Fairy Book. Nunca me gustó demasiado aquel libro.

Era vagamente humano, usando el término generosamente. Me superaba en estatura -alrededor de medio metro- y en peso -de ciento veinte a ciento cincuenta kilos, pero yo soy mucho más atractivo. El pelo crecía en él a rodales, como un césped enfermo; y uno sabía, sin que nadie se lo dijera, que nunca había utilizado un desodorante masculino para hombres muy varoniles. Los nudos de sus músculos tenían nudos en ellos, y sus uñas desconocían las tijeras.

-Star -dije-, ¿cuál es la naturaleza del problema que tenemos con él?

-Tienes que matarle, mi señor.

Miré de nuevo a Igli.

-¿No podríamos negociar una coexistencia pacífica? ¿Inspección mutua, intercambio cultural, etcétera?

Star sacudió la cabeza.

-No es lo bastante inteligente, como para eso. Está aquí para impedir que penetremos en el valle.., y una de dos: o muere, o morimos nosotros.

Respiré a fondo.

-Princesa, he llegado a una decisión. Un hombre que siempre obedece la ley es más estúpido aún que el que la quebranta continuamente. Este no es el momento más adecuado para preocuparse por el Acta Sullivan local. Quiero el lanzallamas, un bazooka, unas cuantas bombas de mano, y el rifle más pesado de ese armario. ¿Puedes mostrarme la manera de sacarlo?

Star hurgó el fuego.

-Héroe mio -dijo lentamente-, lo siento de veras... pero la cosa no es tan sencilla. ¿Te diste cuenta anoche, cuando estábamos fumando, de que Rufo encendía nuestros cigarrillos con velas? ¿De que ni siquiera utilizaba un encededor de bolsillo?

-Bueno.., no. No me fijé, ni me llamó la atención.

-Esa norma contra las armas de fuego y los explosivos no es una ley como las que vosotros tenéis en la Tierra. Es algo más que eso; aquí resulta imposible utilizar esas cosas. Si lo hiciéramos, esas cosas serían utilizadas contra nosotros.

-¿Quieres decir que no funcionarían?

-No funcionarían. Para que lo entiendas, podríamos decir que quedarían «embrujadas».

-Star. Mírame. Es posible que tú creas en brujas. Yo no. Y te apuesto siete contra dos a que las ametralladoras Thompson tampoco creen en ellas. Me propongo averiguarlo. ¿Me echarás una mano con la caja?

Por primera vez. Star pareció realmente preocupada.

-¿Oh, mi señor, te suplico que no lo hagas!

-¿Por qué no?

-Incluso el intentarlo sería desastroso. ¿Acaso no crees que conozco los azares y los peligros, y las leyes, de este mundo más que tú? ¿Me creerás si te digo que lo último que desearía es tu muerte, si te juro solemnemente que mi vida y mi seguridad dependen de las tuyas? ¡Por favor!

Resulta imposible no creer a Star cuando se pone así. Dije, pensativamente:

-Tal vez tengas razón... pues en caso contrario ese personaje llevaría un mortero del 81 bajo el brazo. Mira, Star, se me ocurre una idea todavía mejor. ¿Por qué no desandamos nuestro camino y regresamos a aquel lugar donde capturamos las truchas? Dentro de cinco años tendremos una pequeña granja. Y dentro de diez años, cuando se haya corrido la voz, tendremos también un pequeño motel con una estupenda piscina y un césped maravilloso.

Star apenas sonrió.

-Mi señor Oscar, no hay ningún camino de regreso.

-¿Por qué no? Yo podría encontrarlo con los ojos cerrados.

-Pero ellos nos encontrarían a nosotros. No enviarían a Igli, sino a muchos como él, para perseguirnos y matarnos.

Suspiré de nuevo.

-Como quieras. De todos modos, dicen que los moteles apartados de una carretera de primer orden son un mal negocio. En esa caja hay un hacha de combate. Tal vez pueda rebanarle los pies antes de que se dé cuenta de mi presencia.

Star sacudió la cabeza.

-¿Qué pasa ahora? -protesté-. ¿Acaso tengo que luchar contra él con un pie metido dentro de un cubo? Cre.í que cualquier cosa que cortara o pinchara... cualquier cosa que pudiera manejar con mis músculos.., era legal.

-Es legal, mi señor. Pero no daría resultado.

-¿Por qué no?

-Igli no puede ser muerto. Verás, no está realmente vivo., Lo han hecho invulnerable para este exclusivo propósito. Ni las espadas, ni los cuchillos, ni siquiera las hachas le causarían el menor daño: rebotarían contra él. Yo lo he visto.

-¿Quieres decir que es un robot?

-No, si piensas en mecanismos y ruedas y circuitos impresos. Seria más apropiado decir que es un «Golem». El Igli es una imitación de vida -añadió Star-. Mejor que la vida en algunos aspectos, dado que no existe ningún medio, ninguno que yo conozca, para matarle. Pero peor que la vida también, ya que Igli no es muy inteligente ni equilibrado. Tiene una astucia elemental. Rufo está trabajándole ahora en ese sentido, calentándole por así decirlo para ti, excitándole de modo que no pueda pensar correctamente.

-¿De veras? ¡Caramba! No debo olvidarme de darle las gracias a Rufo por eso. Bueno, Princesa, ¿qué se supone que tengo que hacer ahora?

Star extendió las manos como si la cosa fuera evidente.

-Cuando estés preparado, desconectaré las defensas... y entonces le matarás.

-Pero acabas de decir... -Me interrumpí. Cuando disolvieron la Legión Extranjera francesa, quedaron pocos camios abiertos delante de nosotros, los tipos románticos. Umbopa hubiera manejado bien esto. Y Conan, desde luego. O Hawk Carse. O incluso Don Quijote, ya que «aquello» tenía tamaño aproximado de un molino de viento-. De acuerdo, Princesa, adelante con ello.¿Puedo escupir en mis manos? ¿O está prohibido también?

Star sonrió sin hoyuelos y dijo, muy seria:

-Mi señor Oscar, todos escupiremos en nuestras manos; Rufo y yo lucharemos a tu lado. Y triunfaremos... o moriremos todos.

Nos acercamos a Rufo, que le estaba haciendo muecas a Igli y gritaba:

-¿Quién es tu padre, Igli? Tu madre era un cubo de basura, pero, ¿quién es tu padre? ¡Miradle! ¡No tiene ombligo! ¡Jaaa!

Igli replicó:

-¡Tu madre ladra! ¡Y tu hermana rebuzna! -pero más bien débilmente, pensé. Era evidente que aquella observación acerca del ombligo le había herido en lo más vivo: no tenía ombligo, por supuesto.

Lo anterior no es exactamente lo que ambos dijeron, salvo la observación acerca del ombligo. Me gustaría reproducirlo tal cual, ya que en el idioma neviano el insulto es un arte elevado cómparable a la poesía. De hecho, el no va más de la gracia literaria consiste en dirigirse a un enemigo (públicamente) en alguna forma poética difícil, la sextina, por ejemplo, con cada una de las palabras destilando vitriolo.

Rufo gritó alegremente:

-¡Fabrícate uno, Igli! Aprieta un dedo contra tu vientre y fabrícate uno. Te dejaron en medio de la lluvia y echaste a correr. Se olvidaron de terminarte. ¿Llamas a eso una nariz? -Se volvió hacia mí y me dijo, en inglés-: ¿Cómo lo quieres, jefe? ¿Medio crudo? ¿O muy asado?

-Procura entretenerle mientras estudio el asunto. ¿No entiende el inglés?

-Ni jota.

-Bien. ¿Hasta qué punto puedo acercarme a él sin que me agarre?

-Tanto como quieras, mientras las defensas estén conectadas. Pero, Jefe.., mira, se supone que no debo aconsejarte, cuando pasemos a la acción no dejes que te ponga la mano encima.

-Lo procurare.

-Ten cuidado sobre todo con los genitales -Rufo volvió la cabeza y gritó-:

¡Jaaa! ¡Igli coge su nariz y se la come!

-Anadio-: Ella es un buen médico, el mejor, pero de todas maneras ten cuidado.

-Lo tendré.

Me acerqué más a la barrera invisible, y alcé la mirada hacia aquel ser. El inclinó la suya hacia mí y empezó a gruñir, de modo que le saqué la lengua y le dediqué unos cuantos gestos del más puro estilo Bronx. El viento soplaba en dirección a mí, y ello me permitió adivinar que el tal Igli no se había bañado desde hacía treinta o cuarenta años: olía peor que una letrina al aire libre en verano.

Aquello puso en mí el germen de una idea.

-Star, ¿sabe nadar ese querubín? Star me miró con aire de sorpresa.

-En realidad no lo sé.

-Tal vez se olvidaron de programarbo para ello. ¿Qué tal nadas tú, Rufo?

Rufo se encogió de hombros.

-Ponme a prueba -dijo-. Podría enseñarle a nadar a un pez. ¡Igli! ¡Dinos por qué la cerda no te besaría!

Star nadaba como una foca. Mi estilo es mucho más tosco, pero sirve para el caso.

- Star, es posible que no se pueda matar a ese monstruo, pero respira. Tiene algún tipo de metabolismo de oxigenación, aunque queme petróleo. Si mantenemos su cabeza debajo del agua un buen rato -el tiempo necesario-, apuesto a que el fuego se apagará.

Star me miró con los ojos muy abiertos.

-Mi señor Oscar... mi paladín... no me equivoqué contigo.

-Requerirá cierto esfuerzo. ¿Has jugado alguna vez a waterpolo, Rufo?

-Lo inventé yo.

Confié en que fuera cierto. Yo había jugado... una vez. Es una experiencia interesante.., una vez.

-Rufo, ¿puedes atraer a nuestro amigo hacia la orilla? Supongo que la barrera sigue esta línea de bichos peludos y emplumados... Si es así, podríamos llevarle a esa parte de la orilla con la balsa más profunda debajo... esa en la que tú y yo nos chapuzamos, Star.

-No hay problema -dijo Rufo-. Si avanzamos hacia allí, él nos seguirá.

-Me gustaría que lo hiciera corriendo. Star, ¿cuánto tiempo tardas en desconectar la barrera?

-Puedo hacerlo en un instante, mi señor.

-De acuerdo. Entonces, este es el plan. Rufo, quiero que impulses a Igli a perseguirte, lo más rápidamente posible... y que te dirijas hacia el lugar de la orilla que he mencionado. Star, cuando Rufo llegue a la orilla, desconecta la barrera inmediatamente, sin esperar a que yo te lo diga. Entonces, Rufo, te lanzarás de cabeza al agua y nadarás como si te persiguiera el mismo diablo: no permitas que te agarre. Con un poco de suerte, si Igli se mueve con rapidez, con lo grande y torpe que es, caerá al agua, lo mismo si se propone hacerlo como si no. Pero yo te seguiré también, flanqueándote y un poco detrás de ti. Si Igli logra frenar su carrera, le empuj aré por detrás y le haré caer al agua. Luego jugaremos todos a waterpolo.

-Nunca he visto jugar a waterpolo -dijo Star en tono dubitativo.

-No habrá ningún árbitro. Esto significaque los tres saltaremos sobre Igli, en el agua, y le sumergiremos y le mantendremos sumergido... y nos ayudaremos el uno la otro a impedir que él nos sumerja a nosotros. Con lo grandote que es, a menos de que sea un nadador excepcional, se encontrará en evidente inferioridad. Lo único que tenemos que hacer es retenerle debajo del agua sin permitirle respirar ni una sola vez, hasta que deje de ofrecer resistencia. Entonces, para más seguridad, le ataremos unas cuantas piedras al cuerpo... lo mismo si está vivo como si está muerto. ¿Alguna pregunta?

Rufo sonrió como una gárgola.

-¡Esto va a ser divertido!

Aquel par de pesimistas parecieron creer que la cosa daría resultado, de modo que pusimos el plan en marcha. Rufo gritó un comentario acerca de las costumbres personales de Igli que hubiera censurado incluso la Olympia Press, y luego desafió a Igli a que le alcanzara, excitándole con alusiones a su posible carencia de elementos más específicamente masculinos que el ombligo.

Igli tardó largo rato en ponerse en movimiento, pero cuando lo hizo resultó evidente que era mucho más rápido que Rufo. Yo no soy lento, ni mucho menos, pero me vi con serias dificultades para no perder distancia con el gigante, unos cuantos metros detrás de él y ligeramente a su izquierda.Confié en que Star no desconectaría la barrera si advertía que Igli podía alcanzar a Rufo en tierra firme.

Sin embargo, Star desconectó la barrera en el preciso instante en que Rufo alcanzaba la orilla y se lanzaba de cabeza al agua sin detener su carrera,tal como habíamos planeado.

Pero eso fue todo.

Creo que Igli era demasiado estúpido como para darse cuenta inmediatamente de que la barrera había desaparecido. Lo cierto es que en vez de seguir directamente a Rufo se desvió bruscamente hacia la izquierda. Con esta maniobra perdió velocidad, y no tuvo ninguna dificultad en detenerse en tierra firme.

Le embestí por detrás, con todas mis fuerzas, y se derrumbó... pero no cayó al agua. Y súbitamente me encontré atrapado por un golem excitado y maloliente.

Pero inmediatamente conté con la ayuda de un gato salvaje, al que no tardó en unirse Rufo, chorreando agua.

Sin embargo, la lucha era tremendamente desigual, y estábamos destinados a perderla. Igli pesaba muchísimo más que todos nosotros juntos, y era todo músculo y uñas y dientes. Estábamos recibiendo arañazos, contusiones y magulladuras... y no le hacíamos el menor daño a Igli. Oh, gritaba como un condenado cada vez que uno de nostros le retorcía una oreja o le doblaba un dedo hacia atrás, pero en realidad no le estábamos lastimando, y él nos estaba lastimando a nosotros. No existía la menor posibilidad de arrastrar a aquella mole hasta el agua.

Yo había empezado por rodear sus rodillas con mis brazos, y seguía haciéndolo, por pura necesidad, en tanto que Star trataba de sujetar uno de sus brazos y Rufo el otro. Pero la situación era fluida: Igli se retorcía como una serpiente de cascabel, y lograba continuamente liberar alguna de sus extremidades e intentar arañar y moder. Esto nos conducía a las más extrañas posturas, y de pronto me encontré colgando de un calloso pie, tratando de retorcerlo, mientras contemplaba la boca abierta de Igli, ancha como una trampa para osos y mucho menos atractiva. Sus dientes necesitaban una limpieza a fondo.

De modo que introduje el dedo gordo de su pie en su boca.

Igli gritó, de modo que seguí empujando, y no tardó en no tener espacio para gritar. Seguí empujando.

Cuando Igli se había tragado su pierna izquierda hasta la rodilla, logró liberar su brazo derecho que Star sujetaba, y agarró su pierna en trance de desaparición.., y yo agarré su muñeca.

-¡Ayúdame! -le aullé a Star-. ¡Empuja!

Star captó la idea y empujó conmigo. Aquel brazo penetró en la boca de Igli hasta el codo, y la pierna entró un poco más, casi hasta el muslo. Rufo se unió a nuestros esfuerzos y consiguió introducir la mano izquierda de Igli en la boca del gigante, el cual ya no luchaba con tanto vigor, probablemente porque le faltaba aire para respirar, de modo que introducir su pie derecho en su boca requirió solamente decisión, con Rufo tirando de su nariz hacia arriba mientras yo apretaba con mi rodilla su mentón hacia abajo y Star empujaba.

Continuamos alimentándole con sus propias extremidades, hundiéndolas en su boca centímetro a centímetro en un esfuerzo continuado. Igli seguía estremeciéndose y tratando de soltarse cuando le habíamos enrollado hasta las caderas y sus pestilentes sobacos estaban a punto de desaparecer.

Era como enrollar una bola de nieve al revés: cuanto más empujábamos, más pequeño se hacía y más se distendía su boca... el espectáculo más desagradable que he presenciado nunca. No tardó en quedar reducido al tamaño de un balón medicinal.., y luego a un balón de fútbol.., y luego a una pelota de béisbol.., y yo lo enrollé entre las palmas de mis manos y seguí empujando, con fuerza.

...una pelota de golf, una canica.., un guisante.., y finalmente sólo quedó en mis manos un poco de grasa sucia.

Rufo respiró profundamente.

-Supongo que eso le enseñará a no ponerse el pie en la boca delante de sus superiores. ¿Quién está a punto para el desayuno?

Todos nos bañamos, utilizando abundante jabón, y luego Star se ocupó de nuestras heridas e hizo que Rufo tratara las de ella, bajo sus instrucciones.Rufo tiene razón: Star es el mejor de los médicos. El líquido que nos aplicó no escocía, los cortes se cerraron, y los parches flexibles que colocó encima de ellos no tenían que ser cambiados y caían a su debido tiempo sin que se produjera ninguna infección ni quedara ninguna cicatriz. Rufo tenía una mordedura muy grave, casi cuarenta centavos de hamburguesa arrancados de su nalga izquierda, pero cuando Star terminó con él pudo sentarse sin experimentar al parecer la menor molestia.

Rufo nos sirvió unos dorados panecillos y grandes salchichas alemanas, rebosantes de grasa, y litros de buen café. Era casi mediodía cuando Star volvió a desconectar la barrera e iniciamos nuestro descenso por el acantilado.

VII

La distancia desde lo alto de la gran cascada hasta el valle de Nevia es de unos trescientos metros de acantilado cortado a pico; hay que descender por una cuerda, girando lentamente como una araña. No se lo aconsejo a nadie; resulta mareante, y yo estuve a punto de perder aquellos suculentos panecillos.

La vista es espléndida. Se ve la cascada de lado, chorreando libremente, sin mojar el acantilado, y cayendo desde tan alto que se disuelve en neblina antes de tocar el fondo. Se ve también un valle, demasiado lujuriante y verde y hermoso para ser verdad: marjal y bosque al pie del acantilado,campos cultivados a media distancia y durante unos cuantos kilómetros y, mucho más allá, brumosa en la base pero clara en las cumbres, una imponente muralla de montañas cubiertas de nieve.

Star me había descrito el valle.

-Primero nos abriremos paso a través del marjal. Después de eso la marcha será más fácil: sólo tendremos que prestar mucha atención a las aves de presa. Porque llegarernos a un camino enladrillado, muy agradable.

-¿Un camino de ladrillos amarillos? -pregunté.

-Sí. Esa es la arcilla que tienen. ¿Importa?

-Supongo que no. Y luego, ¿qué?

-Después de eso nos detendremos a pasar la noche con una familia, los hacendados de la región. Buenas personas, te gustarán.

-Y luego la cosa se pondrá fea -añadió Rufo.

-¡Rufo, no llames al mal tiempo! -le reprochó Star-. Ahórrate los comentarios,

por favor, y deja que Oscar se enfrente con sus problemas a medida que se le presenten, descansado, con la vista clara y sin preocupaciones. ¿Conoces a alguien más que pudiera habérselas entendido con Igli?

-Bueno, si lo planteas de ese modo... no.

-Lo planteo de ese modo, Todos hemos dormido tranquilamente esta noche. ¿No basta con eso? Tú disfrutaste tanto como cualquiera.

-Lo mismo que tú.

-¿Cuándo he dejado de disfrutar de algo? Mantén la lengua quieta. Bien, Oscar, al pie del acantilado se encuentran los Fantasmas Cornudos: no hay modo de evitarlos, nos verán llegar. Con un poco de suerte no veremos a nadie del Gang del Agua Fría; permanecen entre las brumas. Pero si tenemos la mala suerte de encontrar a ambos, podemos tener la buena suerte de que luchen entre ellos y se desinteresen de nosotros. El camino a través del marjal es traicionero; estudia el mapa que he dibujado para ti hasta que te lo aprendas de memoria, Sólo hay suelo firme donde crecen unas pequeñas flores amarillas, por sólido y seco que parezca el terreno en otros lugares. Pero, como puedes ver, hay tantos caminos laterales y callejones sin salida que podríamos estar dando vueltas todo el día y ser sorprendidos por la oscuridad... y no salir nunca de allí,

De modo que aquí estaba, bajando el primero, porque los Fantasmas Cornudos estarían esperando abajo. Mi privilegio. ¿Acaso no era un «Héroe»? ¿Acaso no había hecho que Igli se tragara a sí mismo?

Pero me hubiera gustado que los Fantasmas Cornudos fueran realmente fantasmas. Eran animales bípedos, omnívoros. Comían de todo, incluido Fantasma Cornudo, y especialmente viajeros. Del vientre para arriba me fueron descritos como algo parecido al Minotauro; del vientre para abajo eran sátiros de pies planos. Sus extremidades superiores eran brazos cortos pero sin verdaderas manos: no tenían pulgares.

¡Pero, oh, aquellos cuernos! Tenían cuernos como los astados de Texas, pero apuntando hacia arriba y hacia adelante.

Sin embargo, hay una manera de convertir a un Fantasma Cornudo en un verdadero fantasma. Hay un lugar blando en su cráneo, como en la cabeza de un bebé, entre aquellos cuernos. Dado que el animal embiste con la cabeza baja, tratando de ensartarle a uno, aquel es el único lugar vulnerable que puede ser alcanzando. Lo único que hace falta es mantenerse a pie firme, no retroceder, apuntar a aquel pequeño blanco... y golpearlo.

De modo que mi tarea era sencilla. Bajar el primero, matar a tantos Fantasmas Cornudos como fuera necesario para que Star pudiera descender sin peligro, y luego protegerla hasta que Rufo hubiera bajado. Después de eso quedaríamos en libertad para abrirnos paso a través del marjal hacia un lugar seguro. Si el Gang del Agua Fría no se unía a la fiesta...

Traté de hacer más cómoda mi postura en la cuerda por la que estaba bajando -mi pierna izquierda se me había dormido- y miré hacia abajo. Me encontraba a unos treinta metros del comité de recepción, reunido allí.

Parecía un campo de espárragos. De bayonetas.

Hice la señal convenida para interrumpir el descenso. Arriba, muy lejos de mí, Rufo sujetó la cuerda; quedé colgando en el aire, oscilando, y traté de pensar. Si descendía más hacia aquella muchedumbre, podría cargarme a un par de Fantasmas Cornudos antes de ser empalado. O tal vez a ninguno... Lo único cierto era que estaría muerto mucho antes de qué mis amigos pudieran reunirse conmigo.

Por otra parte, además de aquel lugar blando entre los cuernos, cada uno de aquellos bichos tenía un bajovientre vulnerable, propicio para las flechas. Si Rufo me bajara un poco...

Le hice la señal. Empezó a soltar cuerda, un poco a sacudidas, y casi se perdió mi señal para que volviera a parar. Tuve que encoger mis piernas; aquellos bebés se empujaban unos a otros en su afán de alcanzarme. Un Nijinsky entre ellos logró rascar la suela de mi borceguí izquierdo, poniéndome la carne de gallina

Estimulado por aquel aviso, me icé a mí mismo con las manos por la cuerda hasta poner mis pies a salvo. Una vez conseguido esto, descolgué la ballesta que llevaba en bandolera y la tensé. Esta hazaña hubiera sido digna de un consumado acróbata: ¿ha intentado usted alguna vez disparar una ballesta colgado del extremo de una cuerda de trescientos metros de longitud y agarrado a la misma cuerda con una sola mano?

De esa manera se pierden flechas. Yo perdí tres, y casi me perdí a mí mismo.

Traté de atar mi cinturón alrededor de la cuerda. Eso hizo que colgara cabeza abajo y que perdiera mi sombrero de Robin Hood y más flechas. A mi auditorio le gustó aquel número; aplaudieron -creo que fue un aplauso-, de modo que bisé el número, pero esta vez tratando de levantar mi cinturón a la altura de mi pecho de modo que me permitiera colgar más o menos erguido... y tal vez disparar un par de flechas.

No solté mi espada, desde luego.

Hasta entonces, mis únicos resultados habían sido atraer espectadores («¡Mamá, mira qué divertido es ese hombre!»), y hacerme oscilar a mí mismo de un lado a otro como un péndulo.

Por malo que fuera esto último, me dio una idea. Empecé a incrementar aquella oscilación, dándome impulso como si estuviera en un columpio. Era una tarea lenta, ya que el período de aquel péndulo del cual yo era la pesa era de más de un minuto... y no resulta conveniente tratar de apresurar el ritmo de un péndulo; hay que trabajar con él, no contra él. Confiaba en que mis amigos podrían ver lo suficiente como para suponer lo que yo estaba haciendo, y no lo estropearían.

Al cabo de un espacio de tiempo irrazonablemente largo me estaba balanceando hacia adelante y hacia atrás en un arco achatado de unos treinta metros de longitud, pasando con mucha rapidez por encima de las cabezas de mi auditorio en la parte más baja de mi balanceo y ralentizando la velocidad al final de cada balanceo. Al principio, aquellas cabezas cornudas

trataron de moverse conmigo, pero se cansaron de aquello y se agacharon cerca del punto central y contemplaron el espectáculo, moviendo sus cabezas mientras yo me columpiaba, como espectadores de un partido de tenis a cámara lenta.

Pero siempre hay algún maldito innovador. Mi intención era la de dejarme caer en un extremo de aquel arco en la parte del acantilado y resistir allí, con mi retaguardia protegida por la pared de roca. El terreno era allí más elevado, y la caída no resultaría tan peligrosa. Pero uno de aquellos diablos cornudos adivinó mis intenciones y trotó hacia aquel extremo del balanceo. Fue seguido por dos o tres mas.

Eso cambió las cosas: tendría que dejarme caer en el otro extremo. Pero el joven Arquímedes lo adivinó también.Dejó a sus compinches junto a la cara del acantilado y troto detrás de mí. Me adelanté a él en el punto mas bajo del balanceo... pero volvió a atraparme mucho antes de que yo alcanzara el punto muerto. Sólo tenía que recorrer unos treinta metros en treinta segundos: un simple paseo. Estaba debajo de mí cuando yo llegué allí.

La situación era crítica. Solté mis pies, me colgué de una sola mano y desenvainé la espada durante aquella travesía demasiado lenta, y me dejé caer de todos modos. Mi intención era la de golpear aquel lugar blando en su cabeza antes de que mis pies tocaran el suelo.

Pero fallé el golpe, y él me falló a mí, y caí rodando a su lado, y me puse rápidamente en pie, y eché a correr hacia la cara del acantilado más próxima a mí, pinchando a aquel genio en el vientre con mi espada sin detenerme.

Aquella estocada me salvó. Sus amigos y parientes se pararon a discutir acerca de a quién le correspondía el costillar antes de que un grupo de ellos avanzara hacia mí. Esto me dio tiempo a asentar los pies sobre un montón de piedras en la base del acantilado, donde podía jugar a «Fuera de mi Castillo», y envainé mi espada y coloqué una flecha en la ballesta.

No aguardé a que me embistieran. Me limité a esperar hasta que estuvieron lo bastante cerca para no fallar, apunté a la espoleta del viejo toro que iba en cabeza del grupo, si es que tenía espoleta, y disparé el dardo tras haber tensado al máximo la ballesta.

El dardo lo atravesó de parte a parte y se clavó en el Cornudo que avanzaba tras él.

Esto provocó otra discusión sobre el precio de las chuletas. Se comieron a los dos, uñas y dientes incluidos. Esa era su debilidad: todo apetito y poco cerebro. Si hubieran cooperado entre ellos, podrían haberse hecho conmigo cuando llegué al suelo. Pero en vez de eso se pararon a almorzar.

Alcé la mirada. En lo alto, Star era una diminuta araña colgada de un hilo; su figura aumentó rápidamente de tamaño. Me deslicé a lo largo de la pared hasta situarme frente al lugar donde Star aterrizaría, a unos diez metros del acantilado.

Cuando estuvo a unos quince metros del suelo, Star le hizo la señal a Rufo para que no soltara más cuerda, desenvainó su espada, y me saludó.

-¡Espléndido, Héroe mío!

Todos llevábamos espadas; Star había escogido un sable de duelo con una hoja de 32´´ : una espada muy grande para una mujer, pero Star es una mujer robusta. También había metido en la bolsa de su cinto material médico, un detalle que me había parecido ominoso.

Desenvainé y le devolví el saludo. Los Cornudos no me molestaban todavía aunque algunos de ellos, habiendo terminado de almorzar o habiendo sido excluidos del festín, empezaban a dedicarme su atención. Envainé de nuevo mi espada y coloqué una flecha en la ballesta.

-Empieza a balancearte, Star, en dirección a mí. Haz que Rufo baje un poco más la cuerda.

Star envainó su espada y le hizo la señal a Rufo, el cual soltó cuerda lentamente hasta que Star estuvo a unos tres metros del suelo e hizo la señal de alto.

-¡Ahora, balancéate! -grité.

Aquellos sanguinarios nativos se habían olvidado de mí; los que no seguían ocupados devorando a Primo Abbie o a Tío Abuelo John estaban contemplando a Star.

-De acuerdo -respondió Star-. Pero tengo un trozo de cuerda para lanzar. ¿Puedes cogerla?

-¡Oh! -Mi adorable y lista amiga había observado mis maniobras y había calculado lo que sería necesario-. ¡Espera un momento! Voy a distraer a estos bichos.

Acerqué una mano a mi carcaj y conté las flechas al tacto: siete. Había empezado con veinte y había utilizado una; el resto se había perdido.

Usé tres apresuradamente, a derecha, a izquierda y al frente, eligiendo los blancos lo más lejos que me atreví a arriesgarme, apuntando a la parte central de los cuerpos y confiando en que aquella maravillosa ballesta impulsaría los dardos en línea recta. Desde luego, la multitud recibiría encantada carne fresca como un donativo del gobierno.

-¡Ahora!

Diez segundos más tarde recogía a Star en mis brazos y cobraba un beso de una fración de segundo como portazgo.

Diez minutos más tarde Rufo había bajado empleando la misma táctica, a costa de tres de mis flechas y dos de las más pequeñas de Star. Tuvo que bajarse a sí mismo, sujetando el extremo de la cuerda debajo de sus sobacos. En cuanto llegó al suelo empezó a tirar de la cuerda para soltarla del acantilado.

-¡Deja eso! -le gritó Star-. No tenemos tiempo, y pesa demasiado para llevarla.

-La pondré en la caja.

-No.

-Es una buena cuerda -insistió Rufo-. La necesitaremos.

-Lo que necesitarás será una mortaja si no cruzamos el marjal antes de que se haga de noche. -Star se volvió hacia mi-. ¿Cómo saldremos de aquí, mi señor?

Miré a mi alrededor. Delante de nosotros y a la izquierda había unos cuantos Cornudos, que no parecían decididos a acercarse más. A nuestra derecha y encima de nosotros la gran nube en la base de las cascadas formaba un encaje iridiscente en el cielo. A unos trescientos metros delante de nosotros se erguían unos árboles e inmediatamente detrás de ellos empezaba el marjal.

Avanzamos rápidamente, yo en cabeza, Rufo y Star cubriendo los flancos, todos con una flecha en la ballesta. Les había dicho que desenvainaran las espadas si algún Fantasma Cornudo se acercaba a una distancia de cincuenta pasos.

Ninguno lo hizo. Un idiota avanzó en línea recta hacia nosotros, solo, y Rufo le derribó con una flecha a cien pasos de distancia. Cuando llegamos cerca del cadáver Rufo desenvainó su daga.

-¡No lo toques! -dijo Star, visiblemente irritada.

-Sólo iba a coger las pepitas para dárselas a Oscar.

-Y hacer que nos maten a todos... Si Oscar quiere pepitas, las tendrá.

-¿Qué clase de pepitas? -pregunté, sin detenerme.

-De oro, Jefe. Esos bichos tienen buche, como las gallinas. Pero lo único que conservan en él es el oro que tragan. Los viejos pueden tener de diez a doce kilos.

Silbé.

-Aquí abunda el oro -explicó Star-. Hay un gran montón en la base de las cascadas, en el interior de la nube, acumulado a lo largo de muchos siglos.Provoca luchas entre los Fantasmas y el Gang del Agua Fría, debido a que los Fantasmas tienen ese raro apetito y a veces se arriesgan a penetrar en la nube para satisfacerlo.

-No he visto todavía a ningún miembro del Gang del Agua Fría -comenté.

-Ruega a Dios que no lo veas -respondió Rufo.

-Razón de más para que nos adentremos en el marjal -añadió Star-. El Gang no penetra en él, e incluso los Fantasmas no se atreven a llegar muy lejos. A pesar de sus pies planos, pueden hundirse.

-¿Hay algo peligroso en el propio marjal?

-En abundancia -dijo Rufo-. De modo que asegúrate de pisar las flores amarillas.

-Vigila dónde pones tus propios pies. Si ese mapa es correcto, encontraré el

buen camino. ¿Qué aspecto tienen los miembros del Gang del Agua Fría?

Rufo dijo pensativamente:

-¿Has visto alguna vez a un hombre al cabo de una semana de haberse ahogado?

Perdí todo interés en el asunto.

Antes de llegar a los árboles, nos pusimos las ballestas en bandolera y desenvainamos las espadas. Y allí, debajo de los árboles, nos atacaron. Los Fantasmas Cornudos, quiero decir, no el Gang del Agua Fría. Una emboscada con todas las de la ley, a cargo de un grupo numeroso, ignoro cuántos. Rufo mató a cuatro o cinco y Star al menos a dos, y yo dancé de un lado para otro, mostrándome activo y tratando de sobrevivir.

Tuvimos que trepar por encima de los cadáveres para avanzar, demasiados para contarlos.

Penetramos en el marjal, siguiendo los senderos de pequeñas flores doradas y las vueltas y revueltas del mapa en mi cerebro. Al cabo de media hora aproximadamente, llegamos a un claro grande como un garaje de dos plazas. Star dijo débilmente:

-Ya hemos llegado bastante lejos.

Había estado apretando una mano contra su costado, pero no había querido detenerse hasta entonces, a pesar de que la sangre manchaba su túnica y resbalaba a lo largo de su muslo izquierdo.

Dejó que Rufo la atendiera a ella en primer lugar, mientras yo vigilaba las inmediaciones del claro. Experimenté un gran alivio al ver que no reclamaban mi ayuda ya que, después de haber quitado cuidadosamente la túnica a Star, me sentí enfermo al comprobar el alcance de su herida.., y sin que hubiera brotado de sus labios un solo gemido. ¡Aquel cuerpo dorado... herido!

Pero se repuso como por arte de magia, una vez que Rufo hubo seguido sus instrucciones. Star curó a Rufo, luego me curó a mí: media docena de heridas cada uno, pero rasguños comparados con la cornada que ella había recibido.

Después de curarme, Star dijo:

-Mi señor, ¿cuánto tardaremos en salir del marjal? Medité unos instantes.

-¿Empeora el camino a partir de aquí?

-No. En todo caso, mejora un poco.

-No más de una hora.

-Bien. Tirad esas ropas asquerosas. Rufo, desempaca un poco y saca ropas limpias y más flechas. Oscar, las necesitaremos para las aves de presa, cuando hayamos dejado los árboles atrás.

La pequeña caja negra llenó la mayor parte del claro antes de que Rufo la hubiese desplegado lo suficiente como para sacar ropas y llegar al arsenal.Pero

las ropas limpias y el carcaj lleno me hicieron sentir como un hombre nuevo, especialmente después de que Rufo sacara medio litro de coñac que nos repartimos equitativamente. Star repuso su provisión de medicamentos, y luego ayudé a Rufo a cerrar la caja.

Tal vez Rufo estaba marcado por haber ingerido el coñac con el estómago vacío. O quizá por la pérdida de sangre. O tal vez se debió a la mala suerte de un inadvertido parche de barro resbaladizo. Lo cierto es que Rufo tenía la caja en sus brazos, a punto de cerrarla del todo, cuando resbaló, recobró el equilibrio violentamente... y la caja salió despedida de sus brazos y cayó en una charca de color achocolatado.

Quedó lejos de nuestro alcance. Aullé:

-¡Rufo, quítate el cinturón!

Yo ya estaba deshebillando el mío.

-¡No, no! -gritó Rufo-. ¡No te acerques a la charca! Una esquina de la caja estaba aún a la vista. Uniendo nuestros dos cinturones, y agarrado a ellos, yo sabia que podía alcanzar la caja, aunque la charca no tuviera fondo. Y lo dije, furiosamente.

-¡No, Oscar! -intervino Star-. Rufo tiene razón. Vámonos de aquí. Aprisa.

De modo que reemprendimos la marcha: yo delante, Star acariciando mi nuca con su aliento y Rufo pisándole los talones a ella.

Habíamos recorrido un centenar de metros cuando estallo un volcán de barro detrás de nosotros. No demasiado ruidoso, solo una especie de rugido y un leve temblor de tierra, y luego una lluvia muy sucia. Star moderó el paso y dijo en tono de satisfacción:

-Bueno, eso es todo.

Rufo dijo:

-¡Lastima de licor!

-Eso no me importa -respondió Star-. Hay licor en todas partes. Pero tenía vestidos nuevos allí, y muy bonitos, Oscar. Quería que tú los vieras; los compré pensando en ti.

No contesté. Estaba pensando en un lanzallamas, y en una M-1, y en un par de cajas de munición. Y en el licor, desde luego.

-¡Me has oído, mi señor? -insistió Star-. Quería lucir esos vestidos para ti.

-Princesa -contesté-, siempre llevas puesto el más maravilloso de los vestidos.

Oí la risa feliz que acompaña a sus hoyuelos.

-Estoy segura de que has dicho eso más de una vez. Y sin duda con gran éxito.

Salimos del marjal mucho antes de que se hiciera de noche, y poco después

encontramos el camino de ladrillos. Las aves de presa a que había aludido Star no constituyen ningún problema. Son unos animales tan asesinos que si se dispara una flecha en dirección a ellos, un miembro de la banda girará en el aire para salir a su encuentro, tragándose limpiamente el dardo. Por regla general, recuperábamos las flechas.

Nos encontramos entre campos arados poco después de haber alcanzado el camino, y simultáneamente fuimos perdiendo de vista a las aves de presa. A la puesta del sol, pudimos ver las construcciones anexas y las luces de la hacienda en la que Star dijo que pasaríamos la noche.

VIII

Milord Doral't Giuk Dorali tendría que haber sido tejano. No quiero decir que el Doral pudiera ser confundido con un tejano, sino que poseía aquellaesplendidez del tú-pagas-el-almuerzo-y-yo-pago-los-Cadillacs.

Su casa era del tamaño de una tienda de circo, y tan pródiga como una cena de Acción de Gracias: opulenta, suntuosa, con refinada marquetería y joyas engastadas. Sin embargo, tenía un aspecto descuidado, y si uno no miraba donde ponía los pies podía pisar un juguete infantil o tropezar con cualquier cacharro y romperse la clavícula. Había niños y perros por todas partes, y era preciso sortear a los más cachorros -niños y perros-. Al Doral no le peocupaba. Al Doral no le preocupaba nada, gozaba de la vida.

Habíamos estado pasando a través de sus campos durante kilómetros y kilómetros (fértiles como los mejores de Iowa, y sin inviernos; Star me dijo que producían cuatro cosechas al año), pero a aquella hora tardía sólo vimos algún peón aquí y allá. En el camino encontramos un carromato. Yo pensé que era arrastrado por una reata de dos pares de caballos. Me equivoqué: la reata era de un solo par, y los animales no eran caballos, tenían ocho patas cada uno de ellos.

En el valle de Nevia todo es así, lo corriente mezclado con lo asombrosamente distinto. Los humanos eran humanos, los perros eran perros... pero los caballos no eran caballos. Como le ocurría a Alicia con el Flamenco, cada vez que creía tener la cosa atrapada se me escurría de entre los dedos.

El hombre que conducía aquellos octópodos equinos nos miró con curiosidad, pero no porque le llamara la atención nuestra manera de vestir; él iba vestido como yo. Miraba a Star... ¿y quién no lo hubiera hecho? La gente que trabajaba en los campos llevaba una especie de java-java. Esta prenda, un simple trozo de tela rodeando el cuerpo y atado a la cintura, es el equivalente neviano de monos o tejanos azules para hombres y mujeres, indistintamente; lo que nosotros llevábamos era igual al Traje de Franela Gris o al negro básico de la mujer. Ropas de fiesta o de etiqueta... bueno, esa es otra cuestión.

Al entrar en la hacienda propiamente dicha tropezamos con una nube de chiquillos y de perros. Uno de los niños echó a correr delante de nosotros y, cuando llegamos a la amplia terraza delante del edificio principal, Milord Doral en persona salió por la gran puerta de la casa. Yo no le hubiera reconocido como el dueño de la hacienda; llevaba uno de aquellos sarongs cortos, iba descalzo, y sin nada en la cabeza. Tenía una espesa mata de pelo veteado de

gris, una barba imponente, y se parecía al General U.S. Grant.

Star agitó una mano y gritó:

-¡Jock! ¡Oh, Jocko!

(El nombre era «Giuk», pero yo lo capté como «Jock», y con Jock se quedó).

El Doral nos miró, y luego se precipitó hacia nosotros como un tanque.

-¡EttyboO! ¡Benditos sean tus hermosos ojos azules! ¡Bendito sea tu trasero respingón! ¿Por qué no me avisaste?

(Debo advertir que los dialectos nevianos no son paralelos a los nuestros. Trate usted de traducir ciertos dialectos franceses literalmente al inglés, y comprenderá lo que quiero decir. El Doral no estaba siendo grosero; estaba siendo formal y galantemente cortés con una antigua y muy respetada amiga).

Tomó a Star en sus brazos, la levantó del suelo, la besó en las dos mejillas y en la boca, mordisqueó una de sus orejas, y la dejó en el suelo con unbrazo alrededor de su cintura.

-¡Juegos y festejos! ¡Tres meses de vacaciones! ¡Carreras y torneos cada día, orgías cada noche.! ¡Premios para el más fuerte, el más guapo, el más listo...!

Star le interrumpió:

-Mi señor Doral...

-¿Eh? Y un premio especial para el primer bebé que nazca...

-¡Mi querido Jocko! Te amo de veras, pero tenemos que marcharnos mañana. Lo único que pedimos es un hueso para roer y un rincón para dormir.

-¡Tonterías! Tú no puedes hacerme eso.

-Sabes que tengo que hacerlo.

-¡Maldita sea la política! Moriré a tus pies, Pastel Azucarado. El corazón del viejo Jocko se parará. Siento aproximarse un ataque ahora mismo. -Se palpó el pecho-. En algún lugar, aquí...

Star le dio un golpecito amistoso en el vientre.

-Viejo tramposo. Morirás como has vivido, y no de un ataque cardíaco. Mi señor Doral...

-¿Sí, Mi Dama?

-Te traigo a un Héroe.

Jocko parpadeó.

-¿No te referirás a Rufo? ¡Hey, Rufo, viejo zorro! ¿Has oído alguna historieta picante últimamente? Anda, vete a la cocina y escoge tú mismo lo que te apetezca.

-Gracias, mi señor Doral -Rufo hizo una profunda reverencia y se marchó.

Star dijo en tono firme:

-Si el Doral me permite...

-Te escucho.

Star se soltó del brazo de Jocko, se irguió en toda su estatura, y empezó a cantar:

«Por las Risueñas Aguas Cantarinas
Llega un Héroe Hermoso y Valiente.
Oscar se llama este noble guerrero,
Inteligente y Fuerte y nunca intimidado,
Que atrapó al Igli con una pregunta,
Y le venció con paradojas,
Cerrando la boca del Igli con Igli.
¡Le alimentó a él con él, pies y dedos!
Nunca más las Aguas Cantarinas...

El canto continuó, sin que nada de ello fuera mentira, pero tampoco completamente cierto: coloreado como una descripción de un agente de prensa.Por ejemplo, Star dijo que yo había matado a veintisiete Fantasmas Cornudos, uno de ellos con las manos desnudas. No recuerdo que fueran tantos, y en cuanto a lo de las «manos desnudas», aquello fue un accidente. Yo acababa de ensartar con mi espada a uno de aquellos diablos cuando otro cayó a mis pies, empujado por detrás. No tenía tiempo de sacar mi espada del otro cuerpo, de modo que apoyé un pie sobre un cuerno y tiré fuertemente del otro con mi mano izquierda, y la cabeza se abrió como una sandía. Pero no lo hice a propósito, sino impulsado por la desesperación.

Star aludió incluso al heroismo de mi padre, y afirmo que mi abuelo había conducido la carga en la Colina de San Juan, y luego empezó a referirse a mis bisabuelos. Pero cuando contó cómo me había producido la cicatriz que discurre desde el ojo izquierdo hasta la mandíbula derecha, Star superó todas las marcas.

Ahora bien, Star me había interrogado la primera vez que nos encontramos, y me había estimulado a contarle más cosas durante aquella larga marcha, el día anterior. Pero yo no le había revelado la mayoría de los detalles que le estaba dando al Doral. Tenía que haber enviado detrás de mí durante meses enteros a la Súreté, al F.B.I. y a Archie Goodwin. Nombró incluso el equipo contra el que habíamos jugado cuando me fracturé la nariz, y yo no le había contado nunca aquello.

Permanecí allí ruborizándome, mientras el Doral me miraba de arriba a abajo, con silbidos y resoplidos de admiración. Cuando Star terminó, con un simple: «Así fue como ocurrió», el Doral suspiró profundamente y dijo:

-¿Podríamos escuchar otra vez esa parte acerca de Igli?

Star se apresuró a complacerle, cantando palabras diferentes y más detalles. El Doral escuchó, enarcando las cejas y asintiendo con aire de aprobación.

-Una solución heroica -dijo-. De modo que es matemático, también... ¿Dónde estudió?

-Es un genio natural, Jock.

-Comprendo. -El Doral se acercó más a mí, me miró a los ojos, y apoyó sus manos sobre mis hombros-. El Héroe que ha derrotado a Igli puede elegir cualquier casa. Pero, ¿honrará mi hogar aceptando hospitalidad de techo... y mesa.., y cama?

El Doral hablaba con mucha seriedad, sin apartar sus ojos de los míos; no tuve oportunidad de mirar a Star para que me aconsejara con un gesto. y yo necesitaba consejo. El individuo que dijo que los buenos modales son los mismos en todas partes y que las personas no son más que personas había viajado muy poco, probablemente nada. Yo no soy un tipo sofisticado, pero he corrido lo suficiente como para aprender eso. Era un discurso formal, protocolario, y requería una respuesta protocolaria.

Salí del paso como mejor me pareció. Apoyé mis manos en los hombros del Doral y contesté solemnemente:

Me siento honrado mucho más allá de mis méritos, mi señor.

-Pero, ¿aceptas? -inquirió ansiosamente.

-Acepto con todo mi corazón.

(«Corazón» es bastante aproximado. Estaba teniendo problemas con el idioma).

El Doral pareció suspirar aliviado.

-¡Glorioso! -Me agarró con sus brazos de oso, me apretujó, me besó en las dos mejillas, y sólo un rápido regate me salvó de que me besara en la boca.

Luego se irguió y gritó:

-¡Vino! ¡Cerveza! ¡Aguardiente! ¿Qué clase de payasada es ésta? ¡Despellejaré a alguien en vivo! ¡Sillas! ¡Servicio para un Héroe! ¿Dónde está todo el mundo?

Esto último era hablar por hablar; mientras Star estaba recitando el gran tipo que soy, en la terraza se habían reunido de dieciocho a cincuenta personas, empujándose y tratando de situarse en una buena posición para presenciar el espectáculo. Entre ellos debían encontrarse los criados de servicio, porque antes de que el Jefe dejara de aullar pusieron en mi mano una jarra de cerveza y un vaso con cuatro onzas de aguardiente de 50 grados en la otra. Jocko bebió al estilo carretero, de modo que le imité, y luego me sentí feliz al sentarme en una silla que ya estaba detrás de mi, notando los primeros efectos estimulantes de la cerveza.

Otras personas me agobiaron ofreciéndome trozos de queso, carne fría, conservas de esto y de aquello, sin esperar a que lo aceptara sino introduciéndolo en mi boca si la abría incluso para decir «~Gesundheit!» Comí lo que me ofrecían, contrarrestando así los efectos de la bebida.

Entretanto, el Doral me estaba presentando su familia. Hubiera sido

preferible que llevaran galones, porque no logré averiguar exactamente qué rango tenían. Las ropas no ayudaban porque, en tanto que el hacendado iba vestido como un peón, una de las fregonas podía (y a veces lo hacía) presentarse con su mejor vestido de fiesta y cargada de adornos dorados. Tampoco me eran presentados por orden de categoría.

Estuve a punto de no enterarme de cuál de las mujeres era la dama de la hacienda y esposa de Jocko: la más veterana de sus esposas. Se trataba de una mujer de edad madura, una morena con unos cuantos kilos de más pero con aquel dividendo muy bien repartido. Iba vestida con el mismo descuido que Jocko pero, por fortuna, me fijé en ella porque fue inmediatamente a saludar a Star y se abrazaron y besaron cordialmente, demostrando así que eran antiguas amigas. De modo que tense los oidos cuando me fue presentada unos instantes después como la Doral (en tanto que Jocko era el Doral).

Me puse en pie de un salto, agarré su mano, me incliné sobre ella y la apreté contra mis labios. Esto dista mucho de ser una costumbre neviana, pero provocó aplausos, y la Doral se ruborizó y pareció complacida, y Jocko sonrió con orgullo.

Fue la única persona por la cual me levanté. Cada uno de los hombres y de los muchachos se inclinó delante de mí; todas las individuas de seis a sesenta años me dedicaron una cortesía: no lo que nosotros entendemos por ello, sino al estilo neviano. Era algo parecido a un paso de twist. Mantenerse en equilibrio sobre un pie y echarse hacia atrás todo lo posible, luego mantenerse en equilibrio sobre el otro pie echándose hacia adelante, todo ello unido a una lenta ondulación del cuerpo. Explicado así no parece gracioso pero lo es, y demostraba que en el clan de los Doral no había un solo caso de artritis ni de disco de la columna vertebral desplazado.

Jocko no se molestaba en citar nombres. Las hembras eran «Querida», y «Corderilla», y «Gatita», y a todos los varones, incluso a aquellos que parecían más viejos que él, les llamaba «Hijo».

Posiblemente la mayoría de ellos eran hijos suyos. La estructura familiar neviana es algo que no llegué a comprender del todo. Aquello parecía algún tipo de feudalismo como el que conocimos en nuestra propia historia -y quizá lo era-, pero nunca puse en claro si aquella multitud eran los esclavos del Doral, sus siervos, sus empleados, o si eran todos miembros de una gran familia. Una mezcla de las dos cosas, creo. Los títulos no significaban nada. El único título que ostentaba Jocko era la diferenciación mediante el artículo que le convertía en el Doral en lugar de ser uno cualquiera de un par de centenares de Dorales. He esparcido el apelativo «mi señor» aquí y allí en estas memorias porque Star y Rufo lo utilizaban, pero en neviano no pasaba de ser una forma cortés de dirigirse a un igual. «Freiherr» no significa «hombre libre», y «monsieur» no significa «mi señor»: esas cosas no se traducen bien. Star salpicaba su charla de «mi señor» porque era demasiado cortés para decir «¡Hey, Mac!», aunque se tratara de amigos íntimos.

(Las expresiones más corteses en neviano le ganarían a uno un puñetazo en un ojo en los Estados Unidos).

Una vez efectuadas todas las presentaciones al Gordon, Héroe de Primera

Categoría, suspendimos la sesión para prepararnos para el banquete que Jocko, frustrados sus tres meses de jolgorio, había decidido ofrecernos. Aquello me separó de Star y de Rufo, y fui escoltado hasta mis habitaciones por mis dos ayudas de cámara.

He dicho ayudas de cámara, y debo especificar que en este caso eran del género femenino. Menos mal que yo me había acostumbrado a ser atendido por mujeres en los lavabos públicos europeos, y no digamos ya en el Sudeste de Asia y en la Isla del Levante; en las escuelas norteamericanas no le enseñan a uno a tratar con ayudas de cámara femeninos. Especialmente cuando son jóvenes y atractivas y con unas terribles ganas de complacer... y sobre todo después de los peligros que me habían amenazado durante el día. La primera vez que formé parte de una patrulla aprendí que nada excita tanto aquella antigua necesidad biológica como el hecho de que disparen generosamente contra uno y salga con vida de la experiencia...

Si hubiese sido una sola, podría haber llegado tarde a la cena. Siendo dos, se vigilaban la una a la otra, aunque no creo que lo hicieran a propósito. Pellizqué el trasero de la pelirroja cuando la otra no estaba mirando, y me pareció haber llegado a un acuerdo tácito para más tarde.

Bueno, el hecho de que le enjabonen a uno la espalda es divertido también. Trasquilado, cepillado, afeitado, duchado, oliendo como una rosa belígera, embutido en el atuendo más caprichoso desde que Cecil B. de Mille volvió a escribir la Biblia, fui entregado puntualmente por ellas en la sala del banquete.

Pero el uniforme de procónsul que yo llevaba era un traje de faena comparado con el equipo de Star. Había perdido todos sus bonitos vestidos a primera hora del día, pero nuestra anfitriona había sabido acudir en su ayuda.

El vestido cubría a Star desde el mentón hasta el tobillo, como una segunda piel plateada. Parecía ser de color azul humo, y estaba recamado de zafiros, y se amoldaba maravillosamente a las maravillosas curvas de su cuerpo. Era algo tan espectacular como un bikini y mucho más eficaz.

Su calzado eran unas sandalias en forma de 5 de algo transparente y esponjoso. No tenían tiras ni hebillas de ninguna clase; los encantadores pies de Star, desnudos, reposaban sobre ellas, produciendo la impresión de que estaba de puntillas a unos diez centímetros del suelo.

Su mata de cabellos rubios estaba peinada hacia arriba en una estructura tan complicada como un barco con todas las velas desplegadas, y tachonada de zafiros. Llevaba un par de fortunas en zafiros aquí y allí sobre su cuerpo también; no pormenorizaré.

Me localizó al mismo tiempo que yo la localizaba a ella. Su rostro se iluminó y dijo, en inglés:

-¡Héroe mío, estás muy guapo!

Yo dije:

-Uh...

Luego añadí:

-Tú tampoco has perdido el tiempo. ¿Me siento contigo? Necesito que me aleccionen.

-¡No, no! Tú te sentarás con los caballeros, y yo me sentaré con las damas. No tendrás ningún problema.

Esto no es un mal arreglo pára un banquete. Teníamos mesas separadas, los hombres en una hilera frente a las mujeres, con unos cinco metros de distancia entre ambos. No era necesario parlotear con las damas, y todas ellas eran dignas de ser contempladas. La Dama Doral estaba frente a mí y competía en espectacularidad con Star. Su vestido era opaco en algunos lugares, pero no en los lugares habituales. Estaba cubierta de diamantes. Supongo que eran diamantes: no creo que fabriquen piedras falsas de ese tamaño.

Los comensales eran unos veinte; y había un número dos o tres veces superior de servidores. Tres muchachas sólo se ocupaban de comprobar que yo no me moría de sed ni desfallecía de hambre. No tuve que aprender a utilizar sus cubiertos: no llegué a tocarlos. Las muchachas estaban arrodilladas a mi lado; yo estaba sentado sobre un gran almohadón. A una hora más avanzada, Jocko se tumbó de espaldas con la cabeza apoyada sobre un regazo, de modo que sus doncellas pudieran introducir comida en su boca o acercar una copa a sus labios.

Jocko tenía tres doncellas a su servicio, como yo; Star y la señora Jocko tenían dos cada una; el resto se las arreglaba con una por cabeza. Mi anfitriona y mi Princesa iban vestidas como para quitar el sentido, desde luego... pero una de mis sirvientes, una nena de dieciséis años aspirante a la corona de Miss Nevia, sólo llevaba encima joyas, aunque en tal cantidad que su atuendo resultaba más «decente» que los de Star o Doral Letva, la Dama Doral.

Las muchachas no actuaban como sirvientes, aparte de su desapasionada decisión de asegurarse de que yo me atiborraba de comida y de bebida. Charlaban entre ellas en su jerga juvenil, y hacían muecas y visajes, maravillándose de mi recia musculatura, etc., como si yo no estuviera presente. Al parecer, nadie espera que un héroe hable, ya que cada vez que abría la boca me introducían algo en ella.

En el espacio que separaba las mesas había siempre algo en marcha: bailarinas, juglares, rapsodas... Los niños andaban de un lado para otro y agarraban bocados de las bandejas antes de que éstas llegaran a las mesas. Una muñequita de unos tres años de edad se paró delante de mi, con los ojos y la boca muy abiertos, y me conternpló fijamente, obligando a las bailarinas a efectuar extrañas contorsiones para no tropezar con ella. Intenté convencerla para que se acercara a mi, pero no me hizo el menor caso, limitándose a mirarme con las manos entrelazadas y haciendo girar sus pulgares.

Una damisela con un dulcémele pasó entre las mesas cantando y tocando. El instrumento podría hacer sido un dulcémele, y ella podría haber sido una damisela.

Una dos horas después de iniciado el festín, Jocko se puso en pie, rugió reclamando silencio, eructó ruidosamente, rechazó a las doncellas que trataban

de sujetarle para que no se cayera, y empezó a recitar.

Los mismos versos, la melodía distinta.., estaba recitando mis hazañas. Yo hubiera dicho que estaba demasiado borracho para recitar una simple cuarteta, pero me llevé una gran sorpresa al oírle recitar perfectamente, dando la debida inflexión a cada uno de los pasajes, en una asombrosa demostración de virtuosismo retórico.

Se atenía al relato de Star en sus líneas maestras, pero embelleciéndolo. Yo escuchaba con creciente admiración hacia Jocko como poeta y hacia el buen Scar Gordon, el ejército de un solo hombre. Llegué a la conclusión de que yo era un héroe con todas las de la ley, de modo que cuando Jocko se sentó yo me puse en pie.

Las muchachas habían tenido más éxito atiborrándome de bebida que de comida. La mayoría de los alimentos eran exóticos y sabrosos. Pero habían servido un plato frío, unos animalitos semejantes a las ranas metidos en hielo y enteros. Había que mojarlos en una salsa y comerlos en dos bocados.

La nena de las joyas agarró uno, lo mojó en la salsa y me lo acercó a la boca para que mordiera. Y el bicho despertó.

Aquel animalito -llamémosle «Elmer»- hizo girar sus ojos en sus órbitas y me miró, en el preciso instante en que me disponía a morderlo.

Súbitamente se me pasó el apetito y eché la cabeza hacia atrás.

Miss Joyería se echó a reír, volvió a mojar el bicho en la salsa, y me demostró cómó había que comerlo. No más Elmer...

Dejé de comer y bebi más de la cuenta. Cada vez que me ofrecían un bocado veía las patas de Elmer desapareciendo, y tragaba saliva, y bebía otro trago.

Por eso me puse en pie.

Se produjo un gran silencio. La música se interrumpió porque los músicos esperaban a que yo empezara mi poema para improvisar un acompañamiento adecuado.

De pronto me di cuenta de que no tenía nada que decir.

Absolutamente nada. Me sentía incapaz de recitar un poema de gratitud, un fino cumplido a mi anfitrión.., en neviano. Diablos, no podía hacerlo en inglés.

Star me estaba mirando con una expresión de tranquila confianza.

Aquello me decidió. No me arriesgué a hablar en neviano; ni siquiera podía recordar cómo había que preguntar por dónde se iba al lavabo de caballeros. De modo que me solté el pelo, como suele decirse, en inglés. Empecé con «Congo», de Vachel Lindsay.

Todo lo que recordaba, es decir, unas cuatro páginas. Lo que les ofrecí tenía ritmo, un ritmo pegadizo, especialmente aquel fragmento que dice: «¡Golpeando una mesa con el mango de una escoba! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bomlay bum!» La orquesta captó el espíritu, y el público se incorporó al acompañamiento golpeando rítmicamente la mesa con los platos.

El aplauso fue maravilloso, y la señorita Tiffany agarró mi tobillo y lo besó.

De modo que les serví las «Campanas» de Edgar Allan Poe como postre. Jocko me besó en el ojo izquierdo y sollozó sobre mi hombro.

A continuación, Star se puso en pie y explicó, en verso, que en mi propio país, en mi propio idioma, entre mi propia gente, guerreros y artistas, yo tenía la misma fama como poeta que como héroe (lo cual era cierto: cero igual a cero), y que les había hecho el honor de componer mi obra maestra, con las mejoras gemas de mi lengua natal, un canto de gratitud a los Doral y a la casa Doral por la hospitalidad de techo, mesa y cama... y que, con el tiempo, aportaría su modesto esfuerzo para traducir mi música al idioma neviano.

Dicho sea entre nosotros, ganamos el Oscar.

Luego trajeron la piéce de résistance, una res asada entera y transportada por cuatro hombres. Por el tamaño y la forma podría haber sido campesino asado en una vitrina. Pero estaba muerto y olía deliciosamente, y yo comí un buen trozo y me sentó muy bien. Después del asado siguieron solamente otras ocho o nueve cosas, sopas y sorbetes y gollerías por el estilo. La reunión empezó a disolverse y la gente comenzó a abandonar sus mesas. Una de mis muchachas se quedó dormida y derramó mi copa de vino, y entonces me di cuenta de que la mayoría de los invitados se habían marchado.

Doral Letva, flanqueada por dos muchachas, me condujo a mis habitaciones y me acostó. Tamizaron las luces y se retiraron mientras yo trataba de encontrar un modo galante de darles las buenas noches en su idioma.

No tardaron en regresar, despojadas de todas sus joyas y otros engorros, y se situaron al lado de mi lecho, como las Tres Gracias. Yo había llegado a la conclusión de que las jóvenes eran las hijas de mamá. La mayor de las muchachas aparentaba unos dieciocho años, estaba completamente desarrollada, y era el vivo retrato de lo que su madre debió ser a aquella edad; la más joven parecía tener unos cinco años menos, apenas núbil, muy bonita para su edad, y consciente de que lo era. Se ruborizó y dejó caer sus pestañas cuando la miré. Pero su hermana sostuvo mi mirada con ojos apasionados, audazmente provocativa.

Su madre, con un brazo alrededor de cada una de las cinturas, explicó sencillamente pero en verso que yo había honrado su techo y su mesa.., y ahora su cama. ¿Cuál era el placer de un Héroe? ¿Una? ¿Dos? ¿O las tres?

Soy un gallina. Ya sabemos eso. De no haber sido porque aquella hermanita era del tamaño aproximado de aquellas hermanitas morenas que me habían asustado en otro tiempo, quizá podría haber demostrado más aplomo.

Pero, diablos, aquellas puertas no se cerraban. Eran simples arcos. Y Jocko podía despertarse en cualquier momento; no sabía dónde estaba. No diré que no me he acostado nunca con una mujer casada ni con la hija de un hombre en su propia casa.., pero en tales materias he tenido siempre en cuenta los convencionalismos norteamericanos. Esta propuesta sin tapujos me asustó más que las Cabras Cornudas. Quiero decir los «Fantasmas».

Luché por expresar mi decisión en lenguaje poético.

No lo conseguí, pero di a entender que mi respuesta era negativa.

La muchachita empezó a chillar y huyó. Su hermana, con los ojos como dagas, exclamó en tono despectivo: «¡Héroe!» y se marchó tras ella. La madre se limitó a mirarme y se marchó también.

Regresó al cabo de dos minutos. Me habló en tono muy formal, ejerciendo obviamente un gran control sobre sí misma, y me rogó que le hiciera saber si alguna de las mujeres de la casa había despertado el interés del Héroe. ¿Su nombre, por favor? ¿O podía describirla? ¿O deseaba que desfilaran todas delante de mi para que pudiera reconocerla?

Traté de explicarle que, si se tratara de elegir, la escogería a ella.., pero que estaba cansado y deseaba dormir solo.

Letva se tragó unas lágrimas, me deseó un descanso de héroe, y se marchó por segunda vez, más aprisa aún. Por un instante creí que iba a abofetearme.

Cinco segundos más tarde me levanté y corrí tras ella. Pero había desaparecido, y la galería estaba a oscuras.

Me quedé dormido y soñé en el Gang del Agua Fría. Eran más feos aún de lo que Rufo había sugerido, y trataban de hacerme comer unas grandes pepitas de oro, todas ellas con los ojos de Elmer.

IX

Rufo me despertó sacudiéndome.

-¡Jefe! ¡Levántate! ¡Ahora mismo!

Enterré mi cabeza debajo de las sábanas.

-¡Déjame en paz!

Tenía la boca pastosa, la cabeza cargada, y me zumbaban los oídos.

-*¡Ahora* mismo! Lo ha dicho *Ella.*

Me levanté. Rufo llevaba sus ropas de Payaso y la espada al cinto, de modo que me vestí del mismo modo y me ceñi la espada. Mis ayudas de cámara no estaban a la vista, ni mi uniforme de procónsul. Entré tambaleándome detrás de Rufo en el gran comedor. Allí estaba Star, vestida para viajar, con aire enfurruñado. La sala no recordaba en absoluto los esplendores de la noche anterior; parecía un establo abandonado. Había una sola mesa, y encima de ella un trozo de carne fría en grasa congelada, y un cuchillo a su lado.

La miré sin el menor entusiasmo.

-¿Qué es eso?

-Tu desayuno, sí lo quieres. Pero *yo* no me demoraría debajo de este techo para comer carne fría.

Star había hablado en un tono y con una expresión que desconocía en ella.

Rufo tocó mi manga.

-Jefe. Salgamos de aquí. Ahora.

De modo que salimos. No había un alma a la vista, ni dentro ni fuera, ni siquiera niños o perros. Pero había tres de aquellos animales de ocho patas, ensillados y a punto para emprender la marcha. Los aparejos eran terriblemente complicados; cada uno de los pares de patas tenía un yugo de cuero encima, y la carga estaba repartida por medio de unas pértigas que se flexionaban lateralmente, una a cada lado, y montada sobre ellas había una silla con un respaldo, un asiento almohadillado y apoyos para los brazos. Atados a los respaldos se hallaban lo que podríamos llamar riendas.

A la izquierda, una palanca servía al mismo tiempo de freno y de acelerador, y prefiero no decir cómo eran transmitidas las sugerencias a los animales. Sin embargo, a los «caballos» no parecía importarles.

No eran caballos. Tenían la cabeza ligeramente equina, pero sus patas terminaban en una especie de pies planos en vez de pezuñas, y eran omnívoros, no comedores de alfalfa. Pero uno aprendía a simpatizar con aquellas bestias. Yo bauticé a la mía con el nombre de *Ars Longa.* Era una hembra, y tenía unos ojos afectuosos.

Rufo ató mi ballesta y mi carcaj detrás de mi silla y me mostró cómo había que subir a bordo, ajustar el cinturón de mi asiento, e instalarme cómodamente con los pies sobre unos apoyos especiales que hacían las veces de estribos y la espalda contra el respaldo: tan cómodos como asientos de primera clase en un avión de pasajeros. Emprendimos la marcha a un paso sostenido de dieciocho kilómetros por hora (con aquellos animales no podía hablarse de trote, ni de galope, ni de etc.), suavizado por aquella suspensión de ocho puntos, de modo que era como viajar en automóvil por un camino de grava.

Star cabalgaba en cabeza, y no había pronunciado ni una sola palabra. Traté de hablar con ella, pero Rufo tocó mi brazo.

-No lo hagas, Jefe -dijo en voz baja-. Cuando *Ella* está así, lo único que se puede hacer es esperar.

Más adelante, con Rufo a mi lado y Star fuera del alcance de mi voz, dije:

-Rufo, ¿qué diablos ha ocurrido?

Rufo enarcó las cejas.

-Nunca lo sabremos. *Ella* y el Doral discutieron por algo,eso es evidente. Pero es mejor que finjamos que no pasó nada.

Rufo se calló, y yo hice lo mismo. ¿Se había mostrado Jocko impertinente con Star? No cabía duda de que estaba borracho, y en tal estado podía haber molestado a Star con sus apetencias «amorosas». Pero me costaba trabajo imaginar a Star incapaz de manejar a un hombre para que no la asaltara sin herir sus sentimientos.

Esto hizo que mis pensamientos siguieran una línea más bien desagradable. Si la hermana mayor hubiera entrado sola.Si la señorita Tiffany no se hubiera

dormido... Si mi ayuda de cámara pelirroja se hubiera presentado a desvertirme tal como yo había dado por supuesto que haría... ¡Oh, diablos!

De pronto, Rufo aflojó el cinturón de su asiento, inclinó hacia atrás el respaldo, levantó los apoyos para los pies, se tapó la cara con un pañuelo, y empezó a roncar. Al cabo de un rato yo hice lo mismo; había dormido muy poco, no había desayunado, y tenía una resaca descomunal. Mi «caballo» no necesitaba ninguna ayuda; los dos seguían dócilmente a la montura de Star.

Cuando desperté me encontré mucho mejor, aparte del hambre y la sed. Rufo seguía durmiendo; la montura de Star se mantenía a una distancia de cincuenta pasos delante de las nuestras. Nos rodeaba aún un paisaje de tierras cultivadas, y a un kilómetro de distancia delante de nosotros se erguía una vivienda: no el hogar de un hacendado, sino una casa de labor. Pude ver un pozo y pensé en pozales cubiertos de musgo, frescos y húmedos y rezumando fiebres tifoideas ...Bueno, en Heidelberg me había vacunado. Necesitaba beber. Agua, quiero decir. Mejor todavía, cerveza: por esos andurriales elaboraban una cerveza excelente.

Rufo bostezó, apartó el pañuelo de su rostro y levantó su asiento.

-Creo que me he adormilado -dijo, con una estúpida sonrisa.

-Rufo, ¿ves aquella casa?

-Sí. ¿Qué pasa con ella?

-Comida, eso es lo que pasa. No puedo seguir adelante con el estómago vacio. Y tengo tanta sed, que podría exprimir una piedra y beberme su suero.

-En tal caso, será mejor que empieces a hacerlo.

-¿Eh?

-Mi señor, lo siento, yo también tengo sed, pero no vamos a pararnos aquí. A *Ella* no le gustaría.

-A *Ella* no le gustaría, ¿eh? Mira, Rufo, vamos a aclarar las cosas. El hecho de que mi dama Star esté de mal humor no es motivo para que yo cabalgue todo el día sin comer ni beber. Tú puedes hacer lo que te parezca; yo me pararé a almorzar. Uh... ¿llevas algún dinero encima? ¿Dinero local?

Rufo sacudió la cabeza.

-No hagas eso, no aquí, Jefe. Espera otra hora. Por favor.

-¿Por qué?

-Porque nos encontramos todavía en tierras del Doral, por eso. No sé que él haya enviado aviso para que nos maten sin previa advertencia; Jock no es mala persona. Pero preferiría llevar una buena armadura; una lluvia de flechas no me sorprendería lo más mínimo.

-¿De veras crees eso?

-Depende de lo furioso que esté. En cierta ocasión, cuando un hombre le

ofendió *realmente,* el Doral hizo que le destriparan y... no, no puedo contar eso. -Rufo tragó saliva, y pareció marearse-. Después de la noche que he pasado, no soy yo mismo. Es mejor que hablemos de cosas agradables. Has mencionado el exprimir el suero de una roca. ¿Pensabas acaso en Muldoon el Fuerte?

-¡Maldita sea, no cambies de tema! -Me latían las sienes-. El hombre que dispare una flecha contra mí será mejor que revise los agujeros en su propio pellejo. Tengo sed.

-Jefe -suplicó Rufo-, *Ella* no comerá ni beberá en tierras del Doral... aunque le supliquen que lo haga. Y *Ella* tiene razón. Tú no conoces las costumbres. Aquí, uno acepta lo que se da de buena gana... pero incluso un niño es demasiado orgulloso como para tomar algo exigido por la fuerza. Diez kilómetros más. ¿Acaso el héroe que mató a Igli no puede recorrer otros diez kilómetros antes de desayunar?

-Bueno... dc acuerdo, de acuerdo. Pero este es un país demencial, tienes que admitirlo. Completamente absurdo.

-Mmmmm... -murmuró Rufo-. ¿Has estado alguna vez en Washington, Distrito de Columbia?

-Bueno... -Hice una mueca-. *¡Touché!* Olvidaba que este es tu país natal. No pretendía ofenderte.

-¿Mi país natal? Ni hablar. ¿Qué te hace pensarlo?

-Verás... -Ni Rufo ni Star lo habían dicho, pero...-Conoces las costumbres, hablas el idioma como un nativo...

-Mi señor Oscar, he olvidado los idiomas que hablo.Cuando oigo uno de ellos, lo hablo.

Bueno, tú no eres norteamericano. Ni francés, creo.

Sonrió alegremente.

-Podría enseñarte certificados de nacimiento de los dos paises..o al menos hubiese podido hacerlo antes de perder nuestro equipaje. Pero no, no soy de la Tierra.

-Entonces,. ¿de dónde eres?

Rufo vaciló.

-Será mejor que se lo preguntes a *Ella.*

-¡Maldita sea! Tengo los dos pies trabados y un saco sobre mi cabeza. Esto es absurdo.

-Jefe -se apresuró a decir Rufo-, *Ella* contestará a cualquier pregunta que le hagas. Pero tienes que hacérsela.

-¡Desde luego que se la haré!

-Hablemos de otra cosa. Has mencionado a Muldoon el Fuerte...

-Lo has mencionado *tú.*

-Bueno, tal vez lo haya hecho. No llegué a conocer a Muldoon, aunque he estado en aquella parte de Irlanda. Un hermoso país, y el único pueblo realmente lógico de la Tierra. Los hechos no les desvían del camino de la verdad más elevada. Un pueblo admirable. Oí hablar de Muldoon a uno de mis tíos, un hombre veraz que durante muchos años se dedicó a escribir discursos para los políticos. Pero en aquella epoca, debido a un malentendido (escribió algunos discursos para candidatos rivales), estaba disfrutando de unas vacaciones como corresponsal independiente de un sindicato norteamericano especializado en artículos para las ediciones dominicales de los periódicos. Oyó hablar de Muldoon el Fuerte y decidió entrevistarle, para lo cual tomó un tren en Dublin, luego un autobús local, y finalmente las Yeguas de Shank. Encontró a un hombre labrando un campo con un arado de un caballo.., pero aquel hombre empujaba el arado delante de él sin ningún caballo, abriendo un surco de veinte centímetros de profundidad.

«-¡Ajá! -dijo mi tío. Y llamó al hombre-: ¡Señor Muldoon!

»El hombre interrumpió su tarea y dijo:

»-¡Dios le bendiga por el error, amigo! -Cogió el arado con una sola mano, señaló con él y añadió-: Encontrará usted a Muldoon por ahí. El es un hombre fuerte.

»De modo que mi tío le dio las gracias y continuó su camino, hasta que encontró a otro hombre que clavaba unos postes en el suelo con las manos desnudas... y en un suelo rocoso, por añadidura. Y mi tío le llamó por el nombre de Muldoon.

»El hombre quedó tan sorprendido que dejó caer los diez o doce postes de quince centímetros de diámetro que sostenía debajo del otro brazo.

»-¡Siga adelante, amigo! -dijo-. Sepa que Muldoon vive mucho más lejos, al final de este mismo camino. El es *fuerte.*

»Poco después mi tío encontró a otro hombre que estaba construyendo una valla de piedra. No utilizaba ninguna clase de argamasa. Las piedras eran muy grandes, y él las partía sin mazo ni cincel, golpeándolas con el filo de la mano y descantillando los bordes con los dedos. De modo que mi tío volvió a dinigirse al hombre por aquel nombre glorioso.

»El hombre empezó a hablar, pero su garganta estaba seca a causa del polvo de la piedra; le falló la voz. Así que agarró una roca enorme, la estrujó como tú estrujaste a Igli... extrajo agua. de ella, y bebió. Luego dijo:

»-No soy yo, amigo mío. El es *fuerte,* como todo el mundo sabe. Bueno, más de una vez le he visto insertar su dedo meñique...»

Mi mente fue distraída de aquella sarta de mentiras por una chica que estaba recogiendo heno en un campo al borde del camino. Tenía unos poderosos músculos pectorales, y llevaba un simple lava-lava. Se dio cuenta de que yo la miraba y me pareció que me guiñaba un ojo...

-¿Qué estabas diciendo? -le pregunté a Rufo.

-¡Eh?... con un solo dedo... y se sostenía sobre un brazo durante *horas* enteras.

-Rufo -dije-, no creo que pudiera sostenerse más allá de unos cuantos minutos. La tensión sobre los tejidos, y todo eso.

-Jefe -respondió Rufo en tono dolido-, podría llevarte al lugar en el que el Poderoso Dugan solía realizar ese ejercicio.

-Dijiste que se llamaba Muldoon.

-Era un Dugan por parte de su madre, a la que apreciaba mucho. Creo que te alegrará saber, mi señor, que el límite de las tierras del Doral está a la vista. El almuerzo es cuestión de minutos.

Será bien acogido por mi parte. Con unos cuantos litros de cualquier cosa, incluso agua.

-Aprobado por aclamación. La verdad sea dicha, mi señor, hoy no me encuentro en mi mejor forma. Necesito comida y bebida y una larga siesta antes de que empiece el jaleo, o bostezaré cuando tenga que luchar. La noche ha sido demasiado larga.

-No te vi en el banquete.

-Estaba allí en espíritu. En la cocina la comida es más caliente, se pueden elegir los mejores bocados, y la compañía es menos formal. Pero no tenía intención de pasar la noche allí. Mi lema es acostarme temprano. Moderación en todas las cosas. Epícteto. Pero la repostera... Bueno, me recuerda a otra muchacha que conocí, asociada conmigo en un negocio legal, contrabando. Pero *su* lema era que si una cosa merece la pena conviene sacarle todo el jugo posible... y ella lo hacía. Contrabandeaba más de lo normal, por su cuenta y sin que yo lo supiera, estropeando así el trato que yo tenía con los aduaneros, a los que sobornaba de acuerdo con la importancia del contrabando, y exponiéndome a que ellos creyeran que yo no era un hombre honrado.

«Pero una muchacha no puede cruzar las barreras gorda como una oca sobrealimentada y volver a cruzarlas en sentido contrario veinte minutos después tan flaca como el número uno (no es que estuviera tan flaca, es sólo una manera de hablar), sin provocar miradas pensativas. Si no hubiera sido por la cosa rara que hizo el perro por la noche, los aduaneros nos hubieran empaquetado.

-¿Cuál era la cosa rara que el perro hacía por la noche?

-Lo mismo que yo estuve haciendo anoche. El ruido nos despertó y saltamos del tejado libres, pero sin nada que mostrar después de seis meses de duro trabajo aparte unas rodillas despellejadas. Pero aquella repostera... Tú la viste, mi señor. Pelo castaño, ojos azules, una grupa de viuda y el resto asombrosamente parecido a Sofía Loren.

-Tengo un vago recuerdo de algo así.

-Entonces no la viste, porque en Nalia no hay nada vago. Desde luego, anoche me había propuesto comportarme honestamente, sabiendo que hoy

tendríamos jaleo. Ya sabes..

Cuando se hace de noche se apaga la luz; Cuando amanece, nace un nuevo día.

«.. .como dijo el Sabio. Pero yo no había contado con Naha... De modo que aquí estoy sin haber dormido ni desayunado, y si caigo muerto antes de que anochezca, en un charco de mi propia sangre, la culpa será en parte de Nalia.

-Yo afeitaré tu cadáver, Rufo; te lo prometo. -Habíamos cruzado la línea fronteriza de las tierras del Doral, pero Star no aminoró el paso-. A propósito, ¿dónde aprendiste el oficio de enterrador?

-¿El qué? ¡Oh! Eso fue en un lugar muy lejano. Mira, en la cumbre de aquel montículo, detrás de aquellos árboles, hay una casa, y allí es donde almorzaremos. Una gente muy agradable.

-¡Bien! -La idea del almuerzo fue un punto luminoso mientras yo lamentaba de nuevo mi honesto comportamiento de la noche anterior-. Rufo, tienes una idea equivocada de la cosa rara que el perro hizo por la noche.

-¿Mi señor?

-El perro no hizo nada por la noche, esa fue la cosa rara.

-Bueno, ciertamente no *parece* ser así -dijo Rufo, en tono dubitativo.

-Otro perro, otro lugar lejano. Lo siento. Lo que había empezado a decir era: anoche me ocurrió algo curioso al ir a acostarme... y yo *me comporté* honestamente.

-¿De veras, mi señor?

-De veras, aunque sólo fuera de obra y no de pensamiento.

Necesitaba contárselo a alguien, y Rufo era la clase de bribón en el que podía confiar. Le conté la Historia de las Tres Sílfides.

-Tendría que haberme arriesgado -terminé-. Y desde luego lo hubiera hecho, si aquella niña se hubiese acostado a su hora.., sola. O al menos creo que lo hubiera hecho, exponiéndome a recibir un estacazo o a tener que saltar por una ventana... Rufo, ¿por qué será que las mujeres más guapas tienen siempre padres o maridos? Pero te digo la verdad, allí estaban: la Gran Sílfide, la Sílfide Mediana y la Pequeña Sílfide, las tres al alcance de mi mano y todas ellas ansiosas por mantener mi cama caliente... ¡y no hice absolutamente nada! Anda, ríete. Lo merezco.

Rufo no rió. Me volví a mirarle, y su expresión era lamentable.

-¿Mi señor! ¡Camarada Oscar! *¡Dime que no es verdad!*

-Es verdad -murmuré-. Y lo lamenté inmediatamente. Demasiado tarde. ¡Y *tú* te quejas de *tu* noche!

-¡Oh, Dios mío!

Rufo hostigó a su montura y se alejó. *Ars Longa* miró hacia atrás con aire

interrogador por encima de su hombro, y luego siguió avanzando al paso.

Rufo se reunió con Star; se detuvieron, cerca de la casa donde nos aguardaba el almuerzo. Esperaron, y me reuní con ellos. El rostro de Star no reflejaba ningua emoción; Rufo, en cambio, parecía insoportablemente turbado.

Star dijo:

-Rufo, ve a pedir comida para nosotros. Tráela aquí.Yo hablaré con mi señor a solas.

-Sí, mi dama. -Y Rufo se alejó rápidamente.

Star me dijo, con el rostro inexpresivo:

-Mi señor héroe, ¿es eso cierto? ¿Lo que tu lacayo acaba de contarme?

-No sé lo que te ha contado.

-Acerca de tu fracaso... tu supuesto fracaso... anoche.

-Ignoro lo que tú entiendes por «fracaso». Si quieres saber lo que hice después del banquete... dormí solo. Punto.

Star suspiró, pero su expresión no cambió.

-Quería oírlo de tus labios. Para ser justa. -Luego su expresión cambió, y confieso que nunca había visto reflejarse tanta rabia en un rostro humano. Sin levantar la voz, y en un tono casi desapasionado, empezó a machacarme-: Tú, héroe. Tú, increíble mameluco sin sesos. Torpe, zángano, patán, desgraciado, fanfarrón, idiota...

-¡Basta!

-Silencio, no he terminado contigo. Insultar a tres inocentes damas, ofender a...

-¡CÁLLATE!

Mi vehemencia pareció sorprenderla; no le di tiempo a recobrarse.

-No vuelvas a hablarme. nunca más en ese tono, Star. Nunca más.

-Pero...

-¡Cierra el pico, mocosa! No te has ganado el derecho a hablarme en ese tono. Ni permitiré que ninguna mocosa se gane nunca ese derecho. Te dirigirás a mí siempre, *¡siempre!,* cortésmente y con respeto. Una palabra más en tu asqueroso vocabulario, y te azotaré las nalgas hasta que tus lágrimas fluyan como un manantial.

-¡No te *atreverás!*

-Aparta la mano de esa espada o la sacaré de su vaina, te bajaré los pantalones aquí mismo, y te azotaré con *ella.* Hasta que tu trasero esté rojo y pidas misericordia. Star, no acostumbro a pegar a las mujeres... pero castigo a las niñas desobedientes. A las damas las trato como damas. A las mocosas

díscolas las trato como mocosas díscolas. Star, podrías ser la Reina de Inglaterra y la Emperatriz Galáctica en una sola pieza... pero UNA PALABRA MÁS fuera de tono y no podrás sentarte durante una semana. ¿Me has entendido?

Al final, Star murmuro:

-Te he entendido, mi señor.

-Y además de eso, dimito de mi papel de héroe. No estoy dispuesto a que me hablen de ese modo dos veces, y no quiero trabajar para una persona que me trata así incluso una sola vez.

Suspiré, dándome cuenta de que acababa de perder de nuevo mis galones de cabo. Pero siempre me había sentido más cómodo y más libre sin ellos.

-Sí, mi señor. -Apenas pude oírla. Se me había ocurrido que Niza quedaba muy lejos. Pero en el fondo aquello no me preocupaba.

-De acuerdo, vamos a olvidarlo.

-Sí, mi señor. -Y Star añadió en voz baja-: Pero, ¿puedo explicarte *por qué* te he hablado de esa manera?

-No.

-Sí, mi señor.

Un largo y silencioso rato más tarde, Rufo regresó. Se detuvo fuera del alcance de nuestras voces, y le hice señas de que se uniera a nosotros.

Comimos en silencio, y yo no comí mucho, pero la cerveza era buena. Rufo trató de entablar una conversación escogiendo como tema una imposibilidad acerca de otro de sus tíos. Pero no tardó en desistir al comprobar que nadie le escuchaba.

Después del almuerzo, Star hizo girar a su montura: aquellos «caballos» no poseen demasiada facilidad de maniobra, y hay que «acompañarlos» para hacerles dar media vuelta.

Rufo dijo:

-¿Mi dama?

Star anunció, impasible:

-Voy a regresar al Doral.

-*¡Mi Dama!* ¡No lo hagas, por favor!

-Mi querido Rufo -dijo Star, en tono cariñoso pero triste-, tú puedes esperar en aquella casa y si dentro de tres días no he regresado, eres libre. -Me miró, desvió sus ojos-. Espero que mi señor Oscar no tendrá inconveniente en escoltarme. Pero no se lo pediré. No tengo derecho a pedírselo-. Y emprendió la marcha.

Tardé un rato en lograr que *Ars Longa* diera media vuelta; me faltaba

práctica. Star se encontraba ya a cierta distancia. Cabalgué tras ella.

Rufo esperó hasta que terminé la maniobra, mordiéndose las uñas; luego, súbitamente, trepó a bordo y marchó conmigo. Cabalgamos rodilla contra rodilla, a unos cincuenta pasos detrás de Star. Finalmente, Rufo dijo:

-Esto es un suicidio. Lo sabes, ¿verdad?

-No, no lo se.

-Bueno, pues es así.

-¿Es por eso por lo que no te molestas en decir «mi señor»?

-¿Mi señor? -Rufo rió silenciosamente y dijo-: Supongo que sí. No vale la pena pararse en esas tonterías cuando uno no tardará en morir.

-Estás equivocado.

-¿Eh?

-«Eh, mi señor», por favor. Sólo para practicar. Pero a partir de ahora, aunque sólo duremos treinta minutos. Porque ahora el espectáculo lo dirijo *yo...* y no sólo como lacayo de Star. No quiero que tu mente albergue ninguna duda acerca de quién es el jefe una vez empiece la lucha. Si no estás de acuerdo, puedes dar media vuelta y largarte con viento fresco. ¿Me has oído?

-Sí, mi señor Oscar. -Rufo añadió pensativamente-:

Supe que eras el jefe en cuanto regresé. Pero no comprendo cómo lo hiciste. Mi señor, nunca la había visto a *Ella* tan dócil. ¿Puedo preguntarte cómo lo lograste?

-No. Pero tienes mi permiso para preguntárselo a ella. Si crees que vas a salir bien librado. Ahora, háblame de este asunto del «suicidio»... y no me digas que ella no quiere que me aconsejes. En adelante me darás tu consejo cada vez que te lo pida... y mantendrás la boca cerrada si no lo hago.

-Sí, mi señor. De acuerdo. La perspectiva de suicidio. No hay modo de calcular las probabilidades. Depende de lo furioso que esté el Doral. Pero no habrá una lucha, no puede haberla. O nos dejarán secos en el momento en que asomemos nuestras narices allí.., o estaremos a salvo hasta que abandonemos de nuevo esta región, incluso si el Doral nos dice que demos media vuelta y nos marchemos. -Rufo tenía un aspecto muy pensativo-. Mi señor, si quieres saber lo que opino... Bueno, imagino que has insultado al Doral como nadie le había insultado en el curso de toda una vida larga y azarosa. De modo que hay noventa probabilidades contra diez de que en cualquier revuelta del camino lluevan sobre nosotros más flechas que sobre San Sebastián.

-¿Sobre Star, también? Ella no ha hecho nada. Ni tú. (Ni yo tampoco, añadí para mis adentros. ¡Qué país!).

-Mi señor, cada mundo tiene sus propias normas. Jock *no desea* lastimarla a Ella. Le gusta Ella. Está terriblemente encariñado con Ella. Podría decirse que la ama. Pero, si te mata a ti, tiene que matarla a Ella. Cualquier otra cosa sería inhumana de acuerdo con sus principios.., y el Doral es un hombre de

principios morales muy sólidos; es uno de los rasgos que le caracterizan. Y matarme también a mí, desde luego, pero yo no cuento. *Tiene* que matarla a *Ella* aunque al hacerlo desencadene una sucesión de acontecimientos que acabarán con él en cuanto se sepa la noticia. La cuestión es: ¿Tiene que matarte *a ti?* Imagino que tiene que hacerlo, conociendo a esa gente. Lo siento... mi señor.

Rumié todo aquello.

-Entonces, ¿por qué estás aquí, Rufo?

-¿Mi señor?

-Puedes reducir los «mi señor» a uno por hora. ¿Por qué estás aquí? Si tus cálculos son correctos, tu espada y tu ballesta no pueden afectar al desenlace. Ella te ofreció la posibilidad de quedar al margen. ¿De qué se trata? ¿De orgullo? ¿O estás enamorado de ella?

-¡Oh, Dios mío, no!

De nuevo vi a Rufo realmente trastornado.

-Discúlpame -continuó-. Me has pillado con la guardia baja. -Meditó unos instantes-. Por dos motivos, supongo. El primero es que si Jock nos permite parlamentar... bueno, *Ella* sabe hablar. En segundo lugar -me miró de soslayo-, soy supersticioso, lo admito. Tú eres un hombre de suerte. Lo he comprobado. De modo que quiero estar cerca de ti, aunque la razón me diga que eche a correr. Podrías caer en un sumidero y...

-Tonterías. Tendrías que oír la historia de mi mala suerte.

-En el pasado, tal vez. Pero yo hago mi apuesta mientras ruedan los dados. -Y Rufo se calló.

Un poco más tarde dije:

-No me sigas. -Avivé el paso de mi montura y me reuní con Star-. Este es el plan -le dije-. Cuando lleguemos allí, tú te quedarás en el camino con Rufo. Yo iré solo.

Star ahogó una exclamación.

-¡Oh, mi señor! ¡No!

-Sí.

-Pero...

-Star, ¿quieres que regrese? ¿Como paladín tuyo?

-¡Con todo mi corazón!

-De acuerdo. En tal caso, haz lo que te digo.

Star esperó antes de contestar.

-Oscar...

-Sí, Star.

-Haré lo que tú digas. Pero, ¿me dejas explicar antes de decidir lo que dirás?

-Adelante.

-En este mundo, el lugar de una dama está junto a su paladín. Y ahí es donde yo quiero estar, Héroe mío, cuando hay peligro. Especialmente cuando hay peligro. Pero a veces hay que prescindir de los sentimientos y de los formulismos. Sabiendo lo que sé, puedo profetizar con certeza que, si tú te adelantas, morirás inmediatamente, y moriré yo, y Rufo, en cuanto nos den alcance. Que será muy pronto, ya que nuestras monturas están cansadas. En cambio, si me adelanto yo...

-No.

-Por favor, mi señor, no lo estaba proponiendo. Si fuera yo sola, probablemente moriría tan pronto como tú. O tal vez, en lugar de arrojarme como comida a los cerdos, el Doral se limitaría a obligarme a alimentar a los cerdos y a ser un juguete para los porquerizos.., un destino más misericordioso teniendo en cuenta mi absoluta degradación al volver sin ti. Pero el Doral me estima y creo que podría dejarme vivir... como una porqueriza y no mejor que los cerdos. Me arriesgaría a eso en caso necesario y esperaría mi oportunidad para escapar, ya que no puedo permitirme ser orgullosa; no tengo orgullo, sólo necesidad. -Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

-¡Star, Star!

-¡Querido!

-¡Eh? Decías...

-¿Puedo decirlo? Es posible que no tengamos mucho tiempo. Héroe mío.., cariño. -Se inclinó hacia mí ciegamente, tomó una de mis manos, y la apretó contra su pecho.

Luego se irguió, pero sin soltar mi mano.

-Ahora estoy bien. Soy una mujer cuando menos lo esperaba. No, mi querido Héroe, sólo hay una manera de presentarnos y es uno al lado del otro, orgullosamente. No sólo es la más segura, sino también la única que yo desearía... si pudiera permitirme el tener orgullo. Puedo permitirme cualquier otra cosa. Podría comprarte la Torre Eiffel para que jugaras con ella, y reemplazarla cuando la rompieras. Pero no orgullo.

-¿Por qué es la manera más segura?

-Porque el Doral podría, digo «podría», dejarnos parlamentar. Si puedo pronunciar diez palabras, me concederá cien. Y luego mil. Y es posible que pueda cicatrizar su herida.

-De acuerdo. Pero... Star, ¿qué *hice* yo para herirle? *¡No hice nada!* Me tomé un montón de molestias para *no* herirle.

Star permaneció en silencio unos instantes. Luego dijo:

-Tú eres un norteamericano.

-¿Qué tiene que ver con ello? Jock no lo sabe.

-Tal vez sea esa la clave de la cuestión. No, América es un simple nombre para el Doral, puesto que, aunque ha estudiado los Universos, nunca ha viajado. Pero... ¿no te enfadarás conmigo otra vez?

-Uh... di lo que tengas que decir para explicar las cosas, pero no me riñas. Oh, diablos, ríñeme si quieres... por una sola vez. Pero no te lo tomes por costumbre... querida.

Star apretó mi mano.

-¡No volveré a hacerlo! El error fue *mío,* al no tener en cuenta que eres norteamericano. No conozco América como la conoce Rufo. Si Rufo hubiese estado allí... Pero estaba putañeando en la cocina. Supongo que supuse, cuando te ofrecieron techo, mesa y cama, que te comportarías como se hubiera comportado un francés. Ni por un momento soñé que te negaras. De haberlo sabido, podría haber tejido un millar de excusas para ti. Un juramento. Un día sagrado en tu religión... Jock se hubiera sentido decepcionado, pero no herido; es un hombre de honor.

-Pero... Maldita sea, sigo sin comprender por qué quiere matarme por *no* haber hecho algo que, en mi país, podría ser motivo para que deseara matarme. En este país, ¿está obligado un hombre a aceptar cualquier proposición que le haga una mujer? ¿Y por qué corrió a quejarse la esposa del Doral? ¿Por qué no lo mantuvo en secreto? Lo hizo todo a la descarada, trayendo incluso a sus propias hijas.

-Pero, querido, *nunca* fue un secreto. El Doral te lo pidió públicamente, y tú lo aceptaste públicamente. ¿Cómo te sentirías *tú* si tu esposa, en vuestra noche de bodas, te echara del dormitorio? «Techo, mesa y cama». Y tú aceptaste.

-«Cama». Star, en América las camas son muebles que sirven para muchas cosas. A veces dormimos en ellas. Dormimos, simplemente. No se me ocurrió pensar otra cosa.

-Lo sé. No conoces el idioma. Fue culpa mía. Pero, ¿comprendes ahora por qué el Doral se sintió completamente, y públicamente, humillado?

-Bueno, sí, pero él mismo se lo buscó. Me lo pidió en público. Hubiera sido peor si le hubiese dicho que no entonces.

-En absoluto. Tú no tenías la obligación de aceptar. Podías haberte negado con elegancia. Tal vez el modo más elegante hubiera consistido en alegar que el héroe padecía una trágica incapacidad, temporal o permanente, a causa de unas heridas recibidas en la misma batalla que le consagró como un héroe.

-Me acordaré de eso. Pero sigo sin comprender por qué se mostró tan asombrosamente generoso.

Star me miró a los ojos.

-Querido, ¿puedo decirte que *tú* me has asombrado a mi cada vez que he

hablado contigo? Y yo había creído que mi capacidad de asombrarme estaba agotada desde hacía muchos años.

-Lo mismo te digo. Tú siempre me has asombrado a mí. Sin embargo, me has gustado siempre... excepto una vez.

-Mi señor Héroe, ¿cuán a menudo crees que un simple hacendado tiene la oportunidad de adquirir para su familia un hijo de Héroe, y criarlo como si fuera suyo? ¿No puedes comprender su amarga decepción al verse defraudado después de creer que le habías prometido ese momio? ¿Su vergüenza? ¿Su cólera?

Pensé en ello.

-Bueno, admito que eso ocurre también en América. Pero es algo de lo que no se alardea

-Otros países, otras costumbres. Como mínimo, el Doral había creído que gozaba del honor de que un héroe le tratara como a un hermano. Y con un poco de suerte esperaba obtener un héroe para la casa Doral.

-¡Un momento! ¿Fue por eso por lo que me envió *tres?* ¿Para aumentar las probabilidades?

-Oscar, el Doral no hubiera vacilado en enviarte *treinta...* si tú hubieses sugerido que te sentías lo bastante heroico como para intentarlo. De todos modos, te envió a su esposa principal y a sus dos hijas preferidas -Star vaciló-. Lo que no entiendo... -Se interrumpió, y me formuló una pregunta más bien grosera.

-¡Diablos, no! -protesté, enrojeciendo-. No desde que tenía quince años. Pero algo que me deshinchó fue la presencia de aquella niña. La hermana pequeña, quiero decir. Creo que es virgen.

Star se encogió de hombros.

-Es posible. Pero no es una niña; en Nevia es una mujer.Y aunque sea virgen, como tú dices, apuesto a que será madre dentro de doce meses. Pero, si no te sentías con ánimos para desflorarla, ¿por qué no la hiciste salir y tomaste a su hermana mayor? Muri dejó de ser virgen hace muchísimo tiempo, lo sé a ciencia cierta.., y he oído decir que es «algo golfa», como creo que se dice en tu idioma.

Contesté con un gruñido. Yo había estado pensando lo mismo. Pero no quería hablar de ello con Star.

Star dijo:

-Pardonne-moi, mon cher? Tu as dit?

-He dicho que había renunciado a las prácticas sexuales en Cuaresma.

Star me miró, intrigada.

-Pero la Cuaresma ha terminado, incluso en la Tierra. Y aquí no existe, desde luego.

-Lo siento.

-De todos modos, me alegra que no eligieras a Muri prefiriéndola a Letva; Muri se hubiera mostrado insoportablemente petulante con su madre después de una cosa así. Pero, ¿debo entender que *repararás* esto, si puedo arreglarlo? -Y Star añadió-: Tengo que saberlo, para enfocar adecuadamente el asunto.

(¡Star, Star! *¡Tú* eres la única con la que quiero acostarme!).

-¿Esto es lo que tú deseas... cariño?

-¡Oh, ayudaría mucho!

-De acuerdo. Tú eres el médico. Una... tres... treinta: moriré intentándolo. ¡Pero nada de niñas!

-No hay problema. Déjame pensar. Si el Doral me permite pronunciar solamente *cinco* palabras... -Star quedó silenciosa. Su mano era agradablemente cálida.

Yo también pensé. Aquellas extrañas costumbres tenían ramificaciones, algunas de las cuales no estaban todavía lo suficientemente claras para mí. Por ejemplo, si Letva le había contado inmediatamente a su marido el desaire que yo le había hecho...

-¡Star! ¿Dónde dormiste *tú* anoche!

Star me miró con el ceño fruncido.

-Mi señor... ¿puedo pedirte, por favor, que *te ocupes de tus propios asuntos?*

-Eso pretendo. Pero todo el mundo parece ocuparse de los míos.

Lo siento. Pero estoy muy preocupada, y no conoces aún mis peores preocupaciones. Es una pregunta razonable, y merece una respuesta sincera. La hospitalidad se equilibra siempre, y los honores fluyen en los dos sentidos. Dormí en el lecho del Doral. Sin embargo, si tiene importancia, y es posible que la tenga para ti: todavía no comprendo a los norteamericanos, te diré que ayer recibí una herida y me molestaba aún. Jock es un hombre amable y comprensivo. Dormí en su cama, pero no hicimos más que eso: dormir.

Traté de que mi voz sonara indiferente.

-Siento mucho lo de la herida. ¿Te duele ahora?

-Ni pizca. El apósito caerá mañana. Sin embargo... anoche no fue la primera vez que disfruté de techo, mesa y cama en la casa Doral. Jock y yo somos viejos amigos, muy buenos amigos... y ese es el motivo de que crea que podrá concederme unos cuantos segundos antes de matarme.

-Bueno, me había imaginado algo por el estilo.

-Oscar, de acuerdo con tus normas, de acuerdo con la educación que has recibido, yo soy una ramera.

-¡Oh, nunca! Eres una princesa.

-Una ramera. Pero yo no nací en tu país, y mi educación estuvo determinada por otros principios. De acuerdo con mis normas, y a mí me parecen buenas, soy una mujer honesta. Ahora... ¿sigo siendo «tu cariño»?

-¡Cariño mío!

-Mi querido héroe. Mi paladín. Acércate y bésame. Si morimos, quiero conservar en mis labios el calor de tus besos. La entrada se encuentra inmediatamente detrás de esa Curva.

-Lo sé.

Unos instantes después penetrábamos orgullosamente en la zona de peligro, con las espadas envainadas y las ballestas en bandolera.

X

Tres días más tarde salíamos de nuevo de la hacienda. Esta vez el desayuno fue opíparo. Esta vez los músicos formaron pasillo para nosotros. Esta vez el Doral cabalgó en nuestra compañía.

Esta vez Rufo se tanbaleó hasta su montura, cada uno de sus brazos alrededor de una fregona, una botella en cada mano, y tras ser achuchado por una docena más, fue izado hasta su asiento y sujetado a él en posición reclinada. Se quedó dormido, roncando, antes de que nosotros hubiésemos montado.

Fui besado más veces de las que podría contar y por algunas mujeres que no tenía ningún motivo para hacerlo tan cariñosamente.., ya que yo no era más que un héroe principiante, que aprendía aún el oficio.

No es un mal oficio, a pesar de las muchas horas de trabajo, de los riesgos ocupacionales y de la absoluta falta de seguridad; tiene sus ventajas, con muchas oportunidades y rápido ascenso para un hombre con empuje y voluntad de aprender. El Doral parecía haber quedado muy satisfecho de mí.

A la hora del desayuno había cantado mis proezas poniéndolas al día en un millar de intrincados versos. Pero yo estaba sobrio y no dejé que sus elogios me impresionaran acerca de mi propia grandeza; yo sabía la verdad. Era obvio que un pajarito le había estado informando de un modo regular... pero aquel pajarito era un mentiroso. John Henry el Hombre de Impulso de Acero no podría haber hecho lo que la oda de Jocko decía que había hecho yo.

Pero lo escuché todo con mis heroicas facciones nobles e impasibles, y luego me puso en pie y les ofrecí «Cassey el Bateador», poniendo alma y corazón en aquello de «¡El potente Casey ha bateado FUERA!».

Star lo interpretó libremente. Yo había (cantó ella) elogiado a las damas de Doral, tomando como puntos de referencia a Madame Pompadour Nell Gwyn, Theodora, Ninon de Lenclos y Rangy Lii. Star no nombró a aquellas famosas damas; en lugar de ello fue específica, en un panegírico neviano que hubiera sobresaltado a François Villon.

De modo que tuve que volver a levantarme para bisar mi actuación. Les ofrecí «La hija de Reilly», y luego «Jabberwocky», con mímica.

Star me había interpretado en espíritu; había dicho lo que hubiera dicho yo si hubiese sido capaz de expresarme poéticamente Al final del segundo día había coincidido por casualidad con Star en la sala de vapor de los baños en la hacienda. Durante una hora permanecimos envueltos en sábanas sobre losas contiguas, sudando Y restaurando los tejidos. De pronto no pude contenerme y le hablé de lo sorprendido -y satisfecho..... que estaba. Lo hice tímidamente, pero Star era alguien con quien me atrevía a desnudar mi alma.

Ella me había escuchado con aire grave. Cuando terminé, comentó en voz baja:

-Héroe mío, como tú sabes, no conozco América. Pero por, lo que Rufo me ha contado, vuestra cultura es única entre todos los Universos.

-Bueno, me doy cuenta de que los Estados Unidos no son tan sofisticados en estas materias como lo es Francia, por ejemplo.

-«¡Francia!» -Star se encogió desdeñosamente de hombros-. «Los latinos son unos amantes horribles». He oído eso en alguna parte, y puedo atestiguar que es verdad. Oscar, que yo sepa, vuestra cultura es la única semicivilizada en la cual el amor no es reconocido como el arte más excelso ni recibe el serio estudio que merece.

-Te refieres a cómo lo tratan aquí. ¡Bah! «Demasiado bueno para la gente vulgar.»

-No, no me refiero a cómo lo tratan aquí -Star me hablaba en inglés-. A pesar de lo mucho que quiero a nuestros amigos de aquí, esta es una cultura bárbara, y sus artes son bárbaras. Oh, es arte bueno en su estilo; su modo de enfocarlo es sincero. Pero, si sobrevivimos a lo que nos espera, cuando hayan terminado nuestros problemas quiero que viajes a través de los Universos. Entonces comprenderás lo que quiero decir. -Se puso en pie, convirtiendo su sábana en una toga-. Me alegro de que estés satisfecho, Héroe mío. Estoy orgullosa de ti. Permanecí allí un rato más, pensando en lo que Star había dicho. El «arte más excelso».., y en mi país natal no lo estudiábamos, y mucho menos intentábamos enseñarlo. El ballet requiere años y años. Y a uno no le contratan para cantar en el Metropolitan sólo porque tiene una voz potente.

¿Por qué había de ser clasificado el «amor» como un «instinto»?

Desde luego, el apetito sexual es un instinto... ¿pero acaso otro apetito convierte a todo glotón en un gourmet, a todo cocinero en un Cordon Bleu? Diablos, había que aprender incluso para ser cocinero.

Salí de la sala de vapor silbando «Las Mejores Cosas de la Vida no Cuestan Dinero».., y me interrumpí, súbitamente entristecido por todos mis pobres y desdichados compatriotas privados de sus derechos de nacimiento por la paparrucha más descomunal en la historia del hombre.
A un par de kilómetros de la casa el Doral se despidió de nosotros, abrazándome, besando a Star y acariciando sus cabellos; luego, su escolta y él desenvainaron sus espadas y permanecieron en posición de saludo hasta que una elevación del terreno hizo que les perdiéramos de vista. Star y yo cabalgamos rodilla contra rodilla mientras Rufo roncaba detrás de nosotros.

Miré a Star, y su boca se crispó en una contracción nerviosa. Vio que la miraba y dijo:

-Buenos días, mi señor.

-Buenos días, mi dama. ¿Has dormido bien?

-Muy bien, gracias, mi señor. ¿Y tú?

-También, gracias.

-¿De veras? «¿Cuál fue la cosa rara que hizo el perro durante la noche?».

-«El perro no hizo nada durante la noche, esa fue la cosa rara» -contesté, con el rostro impasible.

-¿De veras? ¿Un perro tan juguetón? Entonces, ¿quién era aquel caballero al que vi con una dama?

-No era de noche, y lo sabes perfectamente

-De noche o de día, mi muchacho travieso.,.

-No me busques las cosquillas, mi dama -dije suavemente-, Tengo amigos, tengo.., puedo presentar una coartada. Además, «mi fuerza es como la fuerza de diez porque mi corazón es puro.»

-Y el verso anterior... Sí, lo sé, tus amigos me hablaron de ello, mi señor.

Súbitamente, Star se echó a reír y me dio una palmada en el muslo y empezó a cantar a voz en grito el coro de «La Hija de Reilly». Vita Brevis relinchó; Ars Longa enderezó las orejas y miró a su alrededor con aire de reprobación.

-Basta -dije-. Estás escandalizando a los caballos.

-No son caballos, y no pueden escandalizarse ¿Has visto cómo lo hacen ellos, mi señor? ¿A pesar de todas esas patas? Primero...

-¡Cierra el pico! Ars Longa es una dama, aunque tú no lo seas.

-Ya te advertí que era una ramera. Primero, la hembra se coloca...

-Lo he visto. Muri pensó que me divertiría. Pero lo que hizo fue infundirme un complejo de inferioridad que duró toda la tarde.

-Me aventuro a no creer que fue toda la tarde, mi señor Héroe. Vamos a cantar lo de Reilly, entonces. Tú diriges, y yo te sigo.

-Bueno.., pero sin gritar demasiado; despertaremos a Rufo.

-Rufo está embalsamado.

-Entonces me despertarás a mí, que es peor. Star, querida, ¿cuándo y dónde fue Rufo enterrador? ¿Y cómo se salió de aquel negocio? ¿Acaso le echaron del pueblo?

Star me miró, intrigada.

-¿Enterrador? ¿Rufo? Ni hablar.

-Me lo contó con mucho detalle.

-¿De veras? Rufo tiene muchos defectos. Pero decir la verdad no es uno de ellos. Además, nuestro pueblo no tiene enterradores.

-¿No los tenéis? ¿Qué hacéis entonces con los cadáveres? No podéis dejarlos en el vestíbulo. Sería poco saludable.

-Opino lo mismo, pero eso es precisamente lo que hace nuestro pueblo: guardarlos en el vestíbulo. Al menos durante unos cuantos años. Una costumbre demasiado sentimental, pero nosotros somos un pueblo sentimental. Siempre hay alguien que se pasa de la raya, desde luego. Una de mis tías abuelas conservaba a todos sus ex maridos en su dormitorio: ocupaban mucho espacio, y resultaba fastidioso también, porque hablaba de ellos, repitiéndose a sí misma y exagerando. Dejé de visitarla.

-Bueno. ¿Les quitaba el polvo?

-Oh, sí. Era un ama de casa muy exigente.

-Uh... ¿Cuántos eran?

-Siete u ocho. Nunca los conté.

-Comprendo. Star, ¿hay sangre de viuda negra en tu familia?

-¿Qué? ¡Oh! Querido, hay sangre de viuda negra en toda mujer. -Star sonrió, extendió una mano, y palmeó mi rodilla-. Pero mi tía no les mataba. Créeme, Héroe mío, las mujeres de mi familia aprecian demasiado a los hombres para acabar con ellos. No, mi tía quería conservarlos, aunque hubieran muerto. Creo que es una tontería. Hay que mirar hacia adelante, no hacia atrás.

-«Y dejar que los muertos entierren a sus muertos». Mira, si tu pueblo conserva cadáveres alrededor de la casa, deberíais tener embalsamadores, como mínimo. ¿O acaso no se enrarece el aire?

-¿Embalsamarlos? ¡Oh, no! Basta con aplicarles una estasis cuando se está seguro de que han muerto. O de que se están muriendo. Cualquier colegial puede hacer eso. -Star añadió-: Tal vez me he equivocado con Rufo. Ha pasado mucho tiempo en tu Tierra, le gusta el lugar, le fascina, y es posible que se haya dedicado a las pompas fúnebres. Pero me parece una ocupación demasiado honrada y sedentaria para que le atraiga.

-No me has dicho lo que hace eventualmente tu pueblo con un cadáver.

-Enterrarlo no, desde luego. Les produciría una impresión terrible, -Star se estremeció- Incluso a mí, a pesar de que he viajado por los Universos y he aprendido a no asombrarme por ninguna costumbre.

-Entonces, ¿qué?

-Algo de lo que tú hiciste con Igli. Aplicar una opción geométrica y librarse de él.

-Oh. Star, ¿a dónde fue a parar Igli?

-No tengo ni idea, mi señor. Tal vez los que le hicieron lo sepan. Pero creo que a ellos les pilló la cosa más por Sorpresa incluso que a mí.

-Supongo que soy obtuso, Star, Tú lo llamas geometría; Jocko se refirió a mí como un «matemático». Pero yo hice aquello obligado por las circunstancias; y sigo sin entenderlo.

-Obligaste a Igli, deberías decir, mi señor Héroe. ¿Qué ocurre cuando ejerces una tensión insoportable sobre una masa, de tal magnitud que no puede permanecer donde está? ¿Y al mismo tiempo la dejas sin ninguna parte a donde ir? Esto es un problema escolar de geometría metafísica, y la proto-paradoja más antigua, la de la fuerza irresistible y el cuerpo inamovible. La masa estalla hacia dentro. Es exprimida fuera de su propio mundo en algún Otro. Esta es a menudo la manera como la gente de un universo descubre los Universos.., pero habitualmente con resultados tan desastrosos como los que tú desarrollaste sobre Igli; pueden pasar milenios antes de que lo controlen. Puede planear sobre los bordes como «magia» durante mucho tiempo, a veces funcionando, a veces fallando, a veces estallando prematuramente sobre el mago.

-¿Y tú llamas a eso «matemáticas»?

-¿Qué otro nombre puede dársele?

-Yo lo llamo magia.

-Sí, desde luego. Tal como le dije a Jocko, tú posees un genio natural. Podrías ser un gran hechicero.

Me encogí de hombros, molesto.

-Yo no creo en la magia.

-Ni yo -respondió Star-, del modo que tú lo planteas. Yo creo en lo que es.

-Eso es lo que quiero decir, Star. Yo no creo en los juegos de manos. Lo que le ocurrió a Igli, quiero decir, «lo que pareció ocurrirle a Igli», no puede haber ocurrido porque violaría la ley de conservación de masa-energía. Tiene que haber alguna otra explicación.

Star permaneció cortésmente silenciosa.

De modo que tuve que asumir el tenaz sentido común de la ignorancia y el prejuicio.

-Mira, Star, no voy a creer en lo imposible simplemente porque yo estaba allí. Una ley natural es una ley natural. Tienes que admitirlo.

Cabalgamos unos instantes en silencio antes de que Star respondiera:

-Mi señor Héroe, el mundo no es lo que nosotros queremos, que sea. Es lo que es. No, me he pasado de rosca. Quizá sea realmente lo que nosotros queremos que sea. De todos modos, es lo que es. Le voilá! No necesita demostración. Das Ding an sich. Muérdelo. Es. Ai-je raison? ¿Es verdad lo que digo?

-¡Eso es lo que yo estaba diciendo! El universo es lo que es y no puede ser cambiado por medio de trucos. Se rige por normas exactas, como una máquina. (Vacilé, recordando un automóvil que teníamos que era un hipocondriaco. «Caía enfermo», y se «ponía bien» en cuanto un mecánico intentaba tocarlo)-. La ley natural no se toma nunca vacaciones -añadí, en tono firme-. La invariabilidad de la ley natural es la piedra angular de la ciencia.

-Así es.

-¿ Entonces?

-Tanto peor para la ciencia.

-Pero... -Me callé, y continuamos cabalgando en hosco silencio.

De pronto, una esbelta mano tocó mi antebrazo, lo acarició.

-Un brazo tan fuerte -susurró Star-. Mi señor Héroe, ¿puedo explicártelo?

-Adelante -dije-. Si logras convencerme, puedes convertir al Papa al Mormonismo. Soy muy obstinado.

-(Te hubiera escogido entre centenares de miles de millones para ser mi paladín si no lo fueras?

-¿Centenares de miles de millones? Querrás decir millones, ¿no es cierto?

-Escúchame, mi señor. Sígueme la corriente. Seamos socraticos. Yo formularé las preguntas con trampa y tú darás las respuestas estúpidas... y sabremos quien afeitó al barbero. Luego cambiaremos los papeles, y yo haré de tonta. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, echa una moneda.

-Muy bien. Pregunta: ¿Son las costumbres de la casa Doral las costumbres a las que estabas habituado en tu país natal?

-¿Qué? Sabes que no. Nunca me había sentido tan desconcertado desde aquella vez en que la hija del predicador me hizo subir al campanario para enseñarme al Espíritu Santo. -Se me escapó una risa de conejo-. Todavía me estoy ruborizando, pero se me fundieron los plomos.

-Sin embargo, la diferencia básica entre las costumbres nevianas y las vuestras se apoya en un solo postulado. Mi señor, hay mundos en los cuales los machos matan a las hembras en cuanto han puesto los huevos.., y otros en los cuales las hembras devoran a los machos incluso mientras están siendo fecundadas.., como esa viuda negra que querías emparentar conmigo.

-No me refería a eso, Star.

-No me ofendí, amor mío. Un insulto es como un vaso de licor: sólo le afecta a uno si lo acepta. Y el orgullo es una carga demasiado pesada para mi equipaje; no tengo ninguno. Oscar, ¿encontrarías mundos más raros que éste?

-Estás hablando de arañas o cosas parecidas. No de personas.

-Hablo de personas, de la raza dominante en cada uno de sus mundos.

Altamente civilizadas.

-¡Bah!

-No dirás «¡Bah!» cuando las veas. Son tan diferentes de nosotros que su vida hogareña no puede importarnos. En cambio, este planeta es muy parecido a vuestra Tierra... aunque vuestras costumbres dejarían turulato al viejo Jocko. Querido, tu mundo tiene una costumbre única en los Universos. Es decir, en los Veinte Universos que conozco entre los miles o millones o billones de universos. En los veinte Universos conocidos, solamente la Tierra tiene esa asombrosa costumbre.

-¿Te refieres a la «Guerra»?

-¡Oh, no! La mayoría de los mundos son belicistas. Este planeta Nevia es uno de los pocos donde se mata al detall, y no al por mayor. Aquí existen Héroes, y se mata con pasión. Este es un mundo de amor y de matanza, ambos con alegre abandono. No, me refiero a algo más espantoso. ¿No lo adivinas?

-Uh... ¿Los anuncios de la televisión?

-Te acercas en espíritu, pero no es por ahí. Vosotros tenéis una expresión: «La profesión más antigua». Aquí, y en todos los otros mundos conocidos, no es ni siquiera la más joven. Nadie ha oído hablar de ella, y no lo creerían si oyeran hablar. Los pocos que visitamos la Tierra nos lo callamos, a pesar de que la mayoríá de la gente no cree las historias que cuentan los viajeros.

-Star, ¿me estás diciendo que no existe ninguna prostitución en otra parte del Universo?

-De los Universos, querido. Ninguna.

-¿Sabes una cosa? -dije pensativamente-. Eso va a ser un golpe muy fuerte para mi sargento primero. ¿Ninguna en absoluto?

-Quiero decir -respondió Star bruscamente- que la prostitución parace haber sido inventada en exclusiva por la gente de la Tierra... y la idea reduciría al viejo Jocko a la impotencia. Es un rígido moralista.

-¡Maldita sea! Debemos de ser un montón de basura.

-No me proponía ofender a nadie, Oscar; estaba enumerando unos hechos. Pero esta singularidad de la Tierra no es singular en su propio contexto. Cualquier mercancía es objeto de comercio y está sujeta a compra, venta, préstamo, alquiler, regateo, descuento, estabilización de precio, inflación y legislación.., y la «mercancía» mujer, como era considerada en la Tierra en otros tiempos, no es una excepción. Lo único que me parece absurdo es que se pueda pensar en la mujer como en una «mercancía». Me sorprendió tanto, que una vez incluso... No importa. Cualquier cosa puede ser transformada en mercancía. Algún día te mostraré civilizaciones que viven en el espacio, no en planetas -no todos los Universos tienen planetas-, civilizaciones en las que el aliento vital es vendido como un kilo de mantequilla en Provenza. Otros lugares están tan atestados que el privilegio de permanecer vivo está sujeto a impuesto... y los que no lo pagan son ajusticiados por el Departamento de Rentas Públicas, y la

población no sólo no se queja, sino que se alegra.

-¡Dios Santo! ¿Por qué?

-Ya te lo he dicho, mi señor, problemas de espacio; y la mayoría de la gente no quiere emigrar, pese a que hay innumerables planetas menos poblados. Pero estábamos hablando de la Tierra. En todas las otras partes no sólo es desconocida la prostitución, sino también sus permutaciones: pensiones de viudedad, premios nupciales, pensión para alimentos, todas las variantes que colorean las instituciones terráqueas... todas las costumbres relacionadas incluso remotamente con la increíble idea de que todas las mujeres poseen una reserva inagotable de mercancía con la cual se puede comerciar.

Ars Longa dejó oír un relincho de desagrado. No, no creo que comprendiera lo que Star estaba diciendo. Entiende algo de neviano, pero Star hablaba en inglés; el neviano carece de vocabulario para ese tipo de conversación.

-Incluso vuestras costumbres secundarias -continuó Star- están moldeadas por esa institución única. Las ropas...habrás observado que aquí no existe ninguna verdadera direrencia en el modo de vestir de los dos sexos. Esta mañana yo llevo pantalón largo y tú pantalón corto, pero si fuera al revés no llamaría la atención a nadie.

-¡Eso lo dices tú! Tus pantalones me quedarían estrechos.

-Se dan mucho... Y la timidez corporal, que es un aspecto de la especialización en el vestir. Aquí la desnudez es algo tan natural como en aquella pequeña isla donde te encontré. Todas las personas desprovistas de pelo llevan ropa a veces, y todas las personas por peludas que sean llevan adornos.., pero el tabú de la desnudez sólo se encuentra donde la carne es mercancía para ser empaquetada o exhibida... es decir, en la Tierra. Si algo no tiene que ser objeto de transacción, no es necesario hacer un misterio de ello.

-¿De modo que si nos libráramos de las ropas nos libraríamos de la prostitución?

-¡Cielos, no! No se trata de eso. -Star enarcó las cejas-. No veo cómo podría librarse la Tierra de la prostitución; es algo demasiado enraizado en todo lo que hacéis.

-Star, partes de unos hechos equivocados. Casi no hay prostitución en América.

Star pareció desconcertada.

-¿De veras? Pero... ¿acaso «pensión para alimentos» no es una expresión norteamericana? ¿Y «mina de oro»? ¿Y «fiesta de compromiso»?

-Sí, pero la prostitución casi ha desaparecido. Diablos, yo no sabría cómo encontrar un burdel, ni siquiera en un pueblo en el que abundaran los soldados. No digo que no existan relaciones sexuales. Pero no están comercializadas. Star, incluso una muchacha norteamericana que sea conocida por dar «facilidades», si un hombre le ofreciera cinco dólares, o veinte, lo más probable sería que le abofeteara.

-Entonces, ¿qué es lo que hay que hacer?

-Mostrarse agradable con ella. Invitarla a cenar, tal vez a un espectáculo. Regalarle flores, las muchachas se pirran por las flores. Y luego abordar el tema prudentemente.

-Oscar, esa cena y espectáculo, y posiblemente las flores, ¿no cuestan más de cinco dólares? ¿O incluso de veinte? Tengo entendido que en América los precios son tan altos como en Francia.

-Bueno, sí, pero no puedes esperar que una muchacha se arroje en tus brazos así, por las buenas. Un tacaño...

-Doy por cerrado el caso. Lo único que trataba de demostrar era que las costumbres pueden ser increíblemente diferentes en mundos distintos.

-Eso es cierto, incluso en la Tierra. Pero...

-Por favor, mi señor. No discuto la virtud de las mujeres norteamericanas, ni trato de criticarlas. Si yo me hubiera educado en América, creo que preferiría al menos un brazalete de esmeraldas en vez de una cena y un espectáculo. Pero yo quería llegar al tema de la «ley natural». ¿No es la invariabilidad de la ley natural una suposición sin demóstrar? ¿Incluso en la Tierra?

-Bueno.., no lo has expresado imparcialmente. Es una suposición, supongo. Pero no ha existido un solo caso en el cual haya fallado.

-¿Ningún cisne negro? ¿No podría ser que un observador que viera una excepción prefieriese no dar crédito a sus ojos? ¿Del mismo modo que tú no deseas creer que Igli se devoró a sí mismo, a pesar de que tú mismo, Héroe mío, le obligaste a hacerlo? No importa. Dejemos a Sócrates con su Jantipa. La ley natural puede ser invariable a través de todo un universo.., y parece serlo, en universos rígidos. Pero es cierto que las leyes naturales varian de un universo a otro... y tienes que creer esto, mi señor, o ninguno de nosotros vivirá mucho tiempo.

Medité en ello. Maldita sea, ¿a dónde había ido Igli?

-Todo esto es muy complicado.

-No es más complicado, una vez te has acostumbrado a ello, que los distintos idiomas en los diversos países. ¿Cuántos elementos químicos hay en la Tierra?

-Uh... noventa y dos y un montón de recién llegados. Ciento seis o ciento siete.

-Los mismos que aqui. Sin embargo, un químico de la Tierra recibiría algunas sorpresas. Los elementos no son completamente iguales, ni se comportan de la misma manera.Aquí, las bombas H no funcionarían, y la dinamita no estallaría.

Dije bruscamente:

-¡Un momento! ¿Me estás diciendo que los electrones y los protones no son iguales aquí, para limitarnos a los elementos básicos?

Star se encogió de hombros

-Tal vez sí, tal vez no. ¿Qué es un electrón sino un concepto matemático? ¿Has saboreado uno últimamente? ¿O has puesto sal en la cola de un protón? ¿Importa eso?

-Ya lo creo que importa. Un hombre puede morirse de hambre por falta de elementos básicos tanto como por falta de pan.

-Es cierto. En algunos universos los humanos tenemos que llevar comida si los visitamos.., lo cual tenemos que hacer a veces, aunque sólo sea para cambiar de trenes. Pero aquí, y en cada uno de los universos e incontables planetas donde vivimos los humanos, no es necesario preocuparse; los alimentos locales nos nutrirán. Desde luego, si vivieras aquí muchos años y luego regresaras a la Tierra y murieras pronto y te hicieran una autopsia con los más minuciosos microanálisis, el analista no daría crédito a sus resultados. Pero a tu estómago no le importaría.

Pensé en esto, con mi estómago lleno de exquisito alimento y el aire que me rodeaba suave y bueno... y desde luego a mi cuerpo no le importaba que existieran realmente las diferencias de las que hablaba Star.

Luego recordé un aspecto de la vida en el cual pequeñas diferencias producen grandes diferencias. Interrogué a Star acerca de él.

La expresión de Star no pudo ser más inocente.

-¿Te preocupa, mi señor? Estarás muy lejos antes de que el Doral se plantee la cuestión, si es que existe. Vaya, creí que tu propósito esos tres días era simplemente el de ayudarme en mi problema. Pero veo que encontraste placer en tu tarea... y que te sumergiste en el espíritu de la ocasión.

-¡Maldita sea, deja de pincharme! Lo hice para ayudarte. Pero un hombre no puede evitar el interrogarse a sí mismo.

Star palmeó mi muslo y se echó a reír.

-¡Oh, querido mío! Deja de interrogarte; las razas humanas pueden entrecruzarse en todos los Universos. A veces, el fruto del cruce es un ser híbrido, pero este no es tu caso. Vivirás aquí, aunque no vuelvas nunca. No eres estéril: esa fue una de las muchas cosas que comprobé cuando examiné tu maravilloso cuerpo en Niza. Nunca se puede estar seguro de cómo rodará el dado, pero... creo que el Doral no quedará decepcionado.

Star se inclinó hacia mí.

-¡Le darías a tu médico datos más exactos que los que el viejo Jocko cantó? Podría establecer una probabilidad estadística O incluso una Visión.

-¡No, no lo haría!

-Como quieras, mí señor. En un aspecto menos personal, el hecho del acoplamiento entre humanos de universos distintos, y algunos animales tales como perros y gatos, es una cuestión muy interesante. Lo único cierto es que los seres humanos sólo medran en aquellos universos cuya composición

química es tan similar que los elementos que producen los ácidos deoxiribonucleicos son prácticamente iguales. En cuando a lo demás, cada sabio tiene su teoría. Algunos esgrimen una explicación teleológica, afirmando que el Hombre evoluciona de un modo semejante en sus aspectos esenciales en todo universo capaz de sustentarle debido al Plan Divino.,, o a través de la ciega necesidad, según el grado de religiosidad del sabio.

«Algunos opinan que evolucionamos una sola vez, o fuimos creados, como podría ser, y trasladados a otros universos. Y discuten sobre qué universo fue el hogar de la raza.

-¿Cómo puede discutirse eso? -objeté-. La Tierra tiene evidencias fósiles de la evolución del hombre. Otros planetas pueden tenerlas o no, y eso debería aclarar la cuestión.

-¿Estás seguro, mi señor? Yo creía que, en la Tierra, el árbol familiar del hombre tiene tantas ramas como bastardos los árboles genealógicos reales europeos.

Me callé. Yo había leído simplemente algunos libros de divulgación popular. Tal vez Star tenía razón; una raza que no podía ponerse de acuerdo sobre quién le hizo qué a quién en una guerra que se remontaba solamente a veinte años no podía saber probablemente lo que ocurrió hace un millón de años, con la sola evidencia de unos cuantos huesos esparcidos. ¿No habían existido fraudes? ¿El Hombre de Piltdown, o algo por el estilo?

Star continuó:

-Sea cual sea la verdad, existen desplazamientos de seres entre mundos diversos. En tu propio planeta las desapariciones ascienden a centenares de miles, y no todos los que desaparecen huyen de la justicia o de sus esposas; basta con ver los archivos de cualquier departamento de policía.

Un lugar habitual para las desapariciones es el campo de batalla. La tensión se hace insoportable, y un hombre se desliza a través de un agujero que no sabía que estaba allí, y se le da por «desaparecido en acción». A veces, muy raras, se ve desaparecer a un hombre. Uno de vuestros escritores norteamericanos, Bierce o Pierce, se interesó por esos casos y los coleccionó. Llegó a coleccionar tantos que acabó siendo coleccionado también él. Y vuestras experiencias terráqueas en sentido contrario, los «Gaspar Hauser», personas procedentes de ninguna parte, no hablando ningún idioma conocido, e incapaces de explicarse a sí mismas.

-¡Un momento! ¿Por qué sólo personas?

-No he dicho «sólo personas». ¿Has oído hablar alguna vez de las lluvias de ranas? ¿De piedras? ¿De sangre? ¿Quién se interroga acerca del origen de un gato sin dueño? ¿Son ilusiones ópticas todos los platillos volantes? Yo te aseguro que no; algunos son pobres astronautas extraviados tratando de encontrar su camino de regreso. Mi pueblo utiliza muy poco el viaje espacial, ya que el desplazarse a una velocidad superior a la de la luz es la manera más fácil de perderse entre los Universos. Nosotros preferimos el sistema más seguro de las geometrías metafísicas.., o «magia» en lenguaje vulgar.

Star permaneció pensativa unos instantes.

-Mi señor -añadió finalmente-, tu Tierra puede ser el hogar del género humano. Algunos sabios lo creen.

-¿Por qué?

-Porque toca a muchos otros mundos. Encabeza la lista como punto de transferencia. Si su población la hiciera impropia para la vida, cosa improbable, pero posible, interrumpiría el tráfico de una docena de universos. La Tierra tiene anillos convenientes, y Puertas, y Puentes Congelados desde hace siglós; el que nosotros utilizamos en Niza estaba allí antes de que llegaran los Romanos.

-Star, ¿cómo puedes hablar de puntos en la Tierra «tocando» a otros planetas... durante siglos? La Tierra se mueve alrededor del Sol a unos treinta y cinco kilómetros por segundo, y gira sobre su eje, sin mencionar otros movimientos que incrementan una curva indeterminada moviéndose a una incalculable velocidad. De modo que, ¿cómo puede «tocar» otros mundos?

De nuevo cabalgamos en silencio. Finalmente, Star dijo:

-Héroe mío, ¿cuánto tiempo tardaste en aprender cálculo?

-Bueno, no llegué a aprenderlo. Lo estudié un par de años.

-¿Puedes decirme cómo una partícula puede ser una onda?

-¿Qué? Star, eso es mecánica cuántica, no cálculo. Podría dar una explicación, pero no significaría nada; no poseo la herramienta matemática. Un ingeniero no la necesita.

-Sería más sencillo -dijo Star modestamente- contestar a tu pregunta diciendo «magia», igual que tú has contestado a la mía con «mecánica cuántica». Pero a ti no te gusta esa palabra, de modo que lo único que puedo decir es que cuando hayas estudiado geometrías más elevadas, metafísica y conjetural, así como topológica y judiciaria, si te inteteresan tales estudios, te contestaré de buena gana. Aunque entonces no necesitarás preguntar.

(¿Nunca le han dicho a usted: «Espera hasta que seas mayor, querido; entonces lo entenderás»? Siendo niño, no me gustaba que me lo dijeran los adultos; y me gustaba todavía menos que me lo dijera una muchacha de la que estaba enamorado, cuando yo mismo era un adulto).

Star no me permitió enojarme; desvió la conversacion.

-Algunos cruces no son producto de traspiés accidentales ni de planes preestablecidos. ¿Has oído hablar de íncubos y súcubos?

-Oh, desde luego. Pero los mitos no han sido mi especialidad, precisamente.

-No son mitos, cariño, a pesar de la frecuencia con que la leyenda ha sido utilizada para explicar situaciones embarazosas. Los hechiceros y las brujas no son siempre santos, y algunos adquieren una gran afición al estupro. Una persona que ha aprendido a abrir Puertas puede permitirse ese vicio; él, o ella,

puede deslizarse hasta una persona dormida, doncella, casta esposa, muchacho virgen, dominar su voluntad, y desaparecer antes de que cante el gallo. -Star se estremeció-. El pecado en su forma más horrible. Si los atrapamos, los matamos. Yo atrapé a unos cuantos y los maté. Este pecado es el peor de todos, incluso si a la víctima llega a gustarle. -Star volvió a estremecerse.

-Star, ¿cuál es tu definición de «pecado»?

-¿Puede haber más de una? Pecado es crueldad e injusticia, todo lo demás son pecadillos. Oh, se experimenta una sensación de pecado al violar las costumbres de la propia tribu. Pero quebrantar una costumbre no es pecado, aunque produzca esa sensación; pecado es perjudicar a otra persona.

-¿Qué me dices del «pecar contra Dios»? -insistí.

Star me miró con el ceño fruncido.

-¿De modo que otra vez afeitamos al barbero? Antes, mi señor, dime lo que tú entiendes por «Dios».

-Sólo quería ver si me seguirías por ese camino.

-No he seguido ese camino desde hace un montón de años. Es como empujar con una muñeca doblada, o andar vestido por un pentáculo. Hablando de pentáculos, Héroe mío, nuestro punto de destino no es ya el de hace tres días. Ahora iremos a un Portillo que no esperaba utilizar. Es más peligroso, pero no podemos evitarlo.

-¡Es culpa mía! Lo siento, Star.

-Es culpa mía, mi señor. Pero no todo son desdichas. Cuando perdimos nuestro equipaje quedé. más preoçupada de lo que me atreví a manifestar...a pesar de que nunca fui partidaria de llevar armas de fuego a través de un mundo en el que no pueden ser utilizadas. Pero nuestra caja contenía mucho más que armas de fuego, cosas sin las cuales somos vulnerables. El tiempo que tú dedicaste a curar la herida de las damas del Doral yo lo pasé, en parte, convenciendo al Doral para que nos proporcionara un nuevo equipaje, con casi todo lo que podríamos desear menos armas de fuego. No todo son desdichas.

-¿Nos dirigimos ahora a otro mundo?

-No más tarde del amanecer de mañana, si estamos vivos.

-Maldita sea, Star, Rufo y tú habláis como si cada uno de nuestros suspiros pudiera ser el último.

-Y podría serlo.

-No esperarás una emboscada ahora; estamos aún en tierras del Doral. Pero Rufo está lleno de negros augurios como un melodrama barato. Y tú no andas muy lejos.

-Lo siento. Rufo se lamenta continuamente.., pero es un hombre capaz para cubrirte las espaldas cuando empieza el jaleo. En lo que a mí respecta, he tratado de ser sincera, mi señor, advirtiéndote de lo que podíamos esperar.

-En vez de eso me has confundido. ¿No crees que ya ha llegado el momento de que pongas tus cartas boca arriba?

Star me miró con aire preocupado.

-¿Y si la primera carta que destapo es el as de espadas?

-¿Me importa un bledo! Puedo hacer frente a lo que sea sin desmayarme...

-Sé que puedes hacerlo, paladín mio.

-Gracias. Pero el ignorar las cosas me pone nervioso. De modo que ya puedes empezar a hablar.

-Contestaré a cualquier pregunta, mi señor Oscar. Siempre he estado dispuesta a hacerlo.

-Pero tú sabes que yo no sé qué preguntas debo formular. Tal vez una paloma mensajera no necesite saber por qué ha estallado la guerra... pero yo me siento como un gorrión en un partido de tenis. Así que empieza por el principio.

-Lo que tú digas, mi señor. Hace unos siete mil años...

-Star se interrumpió-. Oscar, ¿quieres saber, ahora, todo lo que respecta a la interacción política de una miriada de mundos y veinte universos durante milenios hasta llegar a la crisis actual? Intentaré descríbírtela, si quieres, pero sólo bosquejarla nos ocuparía más tiempo del que disponemos hasta que tengamos que cruzar aquella Puerta. Tú eres mi verdadero paladín; mi vida depende de tu valentía y de tu habilidad. ¿Quieres que te describa la política que hay detrás de mi actual indefensión.., de una indefensión casin absoluta si no fuera por ti? ¿O prefieres que me concentre en la situación táctica?

(¡Maldita sea! Yo quería toda la historia).

-Vamos a atenernos a la situación táctica. Por ahora.

-Te prometo -dijo Star solemnemente- que si sobrevivimos conocerás todos los detalles. La situación es ésta: me había propuesto cruzar Nevia en barca, y luego las montañas hasta llegar a una Puerta más allá de los Picos Eternos. Es una ruta menos peligrosa pero más larga.

«Pero ahora tenemos que apresurarnos. Dejaremos el camino a última hora de esta tarde, y pasaremos a través de una región salvaje, todavía peor cuando se hace de noche. Tenemos que llegar a la Puerta antes de que amanezca; con un poco de suerte podremos dormir. Lo espero así, porque esa Puerta nos llevará a otro mundo con una salida mucho más peligrosa.

«Una vez allí, en aquel mundo, que se llama Hokesh o Karth, en Karth-Hokesh estaremos cerca, demasiado cerca, de una alta torre, de dos kilómetros de altura, y si la alcanzamos empezarán nuestros problemas. En ella se encuentra el Nonato, el Devorador de Almas...

-Star, ¿acaso tratas de asustarme?

-Preferiría que estuvieras asustado ahora, si ello fuera posible, que

sorprendido más tarde. Mi intención, mi señor, había sido la de advertirte de cada uno de los peligros a medida que lo alcanzáramos, de modo que pudieras concentrarte en un solo peligro cada vez. Pero has echado a perder mi plan.

-Tal vez estabas en lo cierto. Supongamos que me das los detalles de cada uno a medida que lo alcanzamos, y una somera descripción ahora. De modo que tendré que luchar contra el Devorador de Almas, ¿no es cierto? El nombre no me asusta; si trata de devorar mi alma, se va a atragantar. ¿Con qué lucharé con él? ¿A escupitajos?

-Ese es un sistema -dijo Star seriamente-; pero, con un poco de suerte, no tendrás que luchar con él... con ello. Necesitamos lo que guarda.

-¿ Y qué es ello?

-El Huevo del Fénix.

-El Fénix no pone huevos.

-Lo sé, mi señor. Eso hace que su valor sea único.

-Pero...

Star se apresuró a decir:

-Ese es el nombre. Es un pequeño objeto, algo mayor que un huevo de avestruz, y de color negro. Si no logro capturarlo, ocurrirán muchas desgracias. Entre ella una insignificante: moriré. Menciono esa porque a ti puede que no te parezca insignificante, ¡cariño mío!, y me resulta más fácil decirte esa verdad que explicar las consecuencias.

-De acuerdo. Robamos el Huevo. ¿Y luego?

-Luego nos marchamos a casa. A mi casa. Después de lo cual tú podrás regresar a la tuya. O quedarte en la mía, O ir al lugar que prefieras, a través de Veinte Universos y miríadas de mundos. Sea cual sea tu elección, cualquier tesoro que imagines será tuyo; te habrás ganado eso y más... así como mi más cordial gratitud, mi señor Héroe, y cualquier cosa que me pidas.

(El mayor cheque en blanco firmado nunca.., si podía hacerlo efectivo).

-Star, no pareces estar muy segura de que sobreviviremos.

Star respiró profundamente.

-No es probable, mí señor. Te digo la verdad. Mi error nos ha forzado a la más desesperada de las alternativas.

-Comprendo. Star, ¿te casarás conmigo? ¿Hoy? -Luego dije-: ¡Cuidado! ¡No te caigas! -Star no había estado en peligro de caer; el cinturón del asiento la sujetaba. Pero se había tambaleado. Me incliné hacia ella y coloqué mi brazo alrededor de sus hombros-. No hay ningún motivo para llorar. Limítate a decirme sí o no... y yo lucharé por ti de todos modos. Oh, lo olvidaba. Te amo. Al menos, yo creo que es amor. Una sensación extraña, excitante, cada vez que te miro o que pienso en ti... que es lo que hago la mayor parte del tiempo.

-Yo también te amo, mi señor -dijo Star con voz ronca-. Te he amado desde la primera vez que te vi: Sí, «una sensación extraña y excitante», como si todo lo que hay dentro de mí estuviera a punto de deshincharse.

-Bueno, no es exactamente eso -admití-. Pero se trata probablemente de una polaridad de signo contrario para el mismo hecho. Excitante, sí. Con escalofríos y calenturas. ¿Cómo podremos casarnos aquí?

-Pero, mi señor, amor mío, siempre me asombras. Sabía que me amabas. Y esperaba que me lo dijeras antes de... bueno, en su momento. Déjamelo oír una vez más. ¡No esperaba que te ofrecieras a casarte conmigo!

-¿Por qué no? Yo soy un hombre, tú eres una mujer. Es lo acostumbrado.

-Pero... ¡Oh, amor mío, ya te lo dije! No es necesario que te cases conmigo. De acuerdo con tus normas.., soy una ramera.

-Ramera, bruja, todo lo que tú quieras. ¡Qué diablos, cariño! Lo dijiste tú, no yo. Y casi me convenciste de que las normas que me enseñaron eran bárbaras y las tuyas correctas. Es mejor que te suenes la nariz.., toma, ¿quieres mi pañuelo?

Star se secó los ojos y se sonó la nariz, pero en vez del síquerido que yo deseaba oír se irguió en su asiento y no sonrió. Dijo seriamente:

-Mi señor Héroe, ¿no es mejor que pruebes el vino antes de comprar el barril?

Fingí que no la había entendido.

-Por favor, cariño -insistió Star-. Hablo en serio. Hay un espacio cubierto de hierba a tu derecha, un poco más adelante. Puedes llevarme allí ahora mismo, y yo iré de buena gana.

Me incorporé en el asiento y fingí mirar.

-Parece una hierba áspera. Y tiene pinchos.

-¡Entonces, escoge tu propia hierba! Mi señor... estoy deseosa de que me hagas tuya... pero te enterarás de que soy una pintora dominguera comparada con las artistas que conocerás algún día. Soy una mujer trabajadora. No he tenido tiempo para dedicar al asunto el estudio a fondo que merece. ¡Créeme! No, pruébame. No puedes saber que quieres casarte conmigo.

-De modo que eres una fregona torpe y fría, ¿eh?

-Bueno.., no he dicho eso. No soy demasiado hábil... pero no me falta entusiasmo.

-Sí, como tu tía, la del dormitorio atestado. Es un rasgo familiar, como tú misma dijiste. Vamos a poner en claro una cosa: quiero casarme contigo a pesar de tus evidentes defectos.

-Pero...

-Star, hablas demasiado.

-Sí, mi señor -dijo Star humildemente.

-Vamos a casarnos. ¿Cómo lo haremos? ¿Es el señor local también juez de paz? En caso afirmativo, no habrá droit du seigneur; no tenemos dinero para frivolidades.

-Cada hacendado es el juez local -asintió Star pensativamente-, y celebra matrimonios, aunque la mayoría de nevjanos no se molestan en casarse. Pero... Bueno, sí, él esperaría ejercer el droit du seigneur y, como tú has dicho muy bien, no podemos perder tiempo.

-Y esa no es la idea que yo tengo de una luna de miel. Star... mírame. No pretendo mantenerte en una jaula; sé que no te educaron de esa manera. Pero prescindiremos del señor. ¿Cuál es el tipo local de predicador? Un tipo célibe, con preferencia.

-Pero el señor local es el sacerdote también. No es que la religión sea una materia importante en Nevia; lo único que les interesa son los ritos de la fecundidad. Mi señor, el modo más sencillo es saltar sobre tu espada.

-¿Es esa una ceremonia matrimonial en el lugar del que procedes, Star? -pregunté.

-No, es de tu mundo:

«Salta truhán, y brinca ramera,
Y casados quedaréis para siempre... »

«...Y es muy antigua.

-Mmnim... No creo en los versos matrimoniales. Es posible que yo sea un truhán, pero sé lo que tú opinas de las rameras. ¿Qué otras posibilidades existen aquí?

-Déjame pensar. Hay un «propalador de rumores» en una aldea por la que pasaremos poco después de la hora del almuerzo. Esos individuos casan a veces a pueblerinos que desean que su boda sea ampliamente conocida; el servicio incluye propagar la noticia.

-¿Qué clase de servicio?

-Lo ignoro. Y no me importa, mi señor. ¡Estaremos casados!

-¡Ese es el espíritu! No nos pararemos a almorzar.

-No, mi señor -dijo Star en tono firme-. Si voy a ser esposa, seré una buena esposa y no permitiré que pases por alto una comida.

-¿Imponiéndote ya? Creo que voy a zurrarte.

-Como quieras, mi señor, pero tienes que comer, necesitarás toda tu fuerza...

-¡Desde luego!

-. . .para luchar. Y ahora siento que se han decuplicado mis deseos de sobrevivir... Aquí hay un lugar apropiado para almorzar.

Star desvió a Vita Brevis del camino; Ars Longa siguió a su compañera. Star miró hacia atrás por encima de su hombro y sonrió, con hoyuelos.

-¿Te había dicho hoy que eres muy apuesto... amor mío?

XI

La montura de Rufo nos siguió al paraje herboso que Star había escogido para comer. Rufo estaba aún tan desmadejado como un calcetín mojado, y seguía roncando. Yo le hubiera dejado dormir, pero Star le sacudió.

Se despertó de golpe, echando mano a su espada y gritando:

-A moi! M'aidez! Les vaches!

Afortunadamente, algún amigo había colocado su espada y su cinto fuera de su alcance en la parte de atrás de su silla, junto con la ballesta, el carcaj y nuestra nueva caja plegable.

Luego, Rufo sacudió la cabeza y dijo:

-¿Cuántos eran?

-Apéate, viejo amigo -dijo Star alegremente-. Nos hemos parado para comer.

-¡Comer! -Rufo tragó saliva y se estremeció-. Por favor, mi dama. No hables de cosas hediondas. -Hurgó en el cinturón de su asiento, y cayó de su silla; yo le sostuve.

Star buscaba algo en su bolsa; sacó un frasquito y se lo ofreció a Rufo, el cual retrocedió vivamente

-¡Mi dama!

-¿Tengo que sujetarte la nariz? -dijo Star amablemente.

-Me pondré bien en seguida. Concédeme un minuto... y el pelo del perro.

-Desde luego que te pondrás bien. ¿Tengo que pedirle a mi señor Oscar que te sujete los brazos?

Rufo me miró con aire suplicante; Star abrió el pequeño frasco, del cual se desprendió una leve humareda.

-¡Ahora!

Rufo se estremeció, se sujetó la nariz entre el pulgar y el indice, y se tragó el contenido del frasco.

No diré que brotó humo, de sus orejas. Pero se agitó como una lona desgarrada en una galerna y emitió unos sonidos horribles.

Luego se normalizó tan súbitamente como una imagen de televisión. Pareció incluso más robusto y unos centímetros más alto. Su piel tenía un color sonrosado en vez de una palidez mortal.

-Gracias, mi dama -dijo jovialmente, con voz retumbante y viril-. Algún día espero devolverte el favor.

-Cuando los griegos cuenten el tiempo por calendas-asintió Star.

Rufo apartó las monturas a un lado y les dio de comer, abriendo la caja plegable y sacando varios trozos de carne que rezumaban sangre. Ars Longa devoró un quintal, y Vita Brevis y Mors Profunda todavía más; yendo de camino, aquellos animales necesitaban una dieta muy rica en proteínas. Terminada aquella tarea, Rufo empezó a silbar mientras instalaba mesa y sillas para Star y para mí.

-Cariño -le dije a Star-, ¿qué clase de mejunje es ése?

-Una antigua receta familiar:

«Ojo de lagartija y anca de rana,
Pelusa de murciélago y lengua de perro,
Glándula de víbora y aguijón de escorpión,
Pata de lagarto y ala de lechuza...

-¡Shakespeare! -dije-. Macbeth.

-«Enfríese con sangre de babuino... » No, Guillermo la copió de mí, mi señor. Eso es lo que pasa con los escritores; se aprópian de todo, y luego pretenden que es suyo. Yo obtuve la receta de mi tía (otra tía), que era profesora de medicina interna. La rima es una especie de recordatorio para los verdaderos ingredientes, que son mucho más complicados: uno no sabe nunca cuándo va a necesitar un remedio para la resaca. Lo preparé anoche, sabiendo que Rufo, por la seguridad de nuestros pellejos, lo necesitaría hoy para estar en su mejor forma; preparé dos dosis, en realidad, por si tú necesitabas otra. Pero me has sorprendido, amor mío; has resistido como un noble de las épocas más remotas.

-Una debilidad familiar. No puedo evitarlo.

-El almuerzo está servido, mi dama.

Ofrecí mi brazo a Star. Los alimentos calientes estaban calientes, los fríos estaban helados; esta nueva caja plegable, de color verde Lincoln con el emblema de los Doral, contenía muchas cosas que faltaban en la caja perdida. Todo era delicioso, y los vinos soberbios.

Rufo comió vorazmente en su tabla de servir, permaneciendo atento a nuestras necesidades. Se había acercado a servir el vino para la ensalada cuando le comuniqué la noticia.

-Rufo, viejo camarada, mi dama Star y yo vamos a casarnos hoy. Quiero que seas mi padrino de boda y que me ayudes a acicalarme.

Rufo dejó caer la botella.

Luego estuvo ocupado secándome a mí y fregando la mesa; cuando finalmente habló, se dirigió a Star.

-Mi dama -dijo secamente, con las facciones rígidas-, hasta ahora he estado aguantando lo indecible sin quejarme, por motivos que no necesito exponer en este momento. Pero creo que la cosa ha llegado demasiado lejos. No voy a

permitir…

-¡Cierra el pico!

-No -intervine-, deja que lo abra para que yo pueda cortarle la lengua. ¿La quieres frita? ¿O hervida?

Rufo me miró y respiró pesadamente. Luego se marchó bruscamente, alejándose hasta más allá de la tabla de servir. Star murmuró:

-Mi señor, lo siento mucho.

-¿Qué mosca le ha picado? -inquirí, con extrañeza. Luego pensé en lo evidente-. ¡Star! ¿Está celoso Rufo?

Star me miró con aire asombrado, empezó a reír, y dejó de hacerlo de golpe.

-¡No, no, querido! Nada de eso. Rufo… Bueno, Rufo tiene sus rarezas, pero podemos confiar en él en toda la extensión de la palabra. Y le necesitamos. Olvídalo. Por favor, cariño.

- Lo que tú digas. Hoy se necesitaría algo más que eso para estropear mi felicidad.

Rufo regresó, con el rostro impasible, y terminó de servir. Volvió a empaquetar sin decir nada, y reemprendimos la marcha.

El camino bordeaba la verde aldea; dejamos a Rufo allí y fuimos en busca del propalador de rumores; su oficina, si puede dársele ese nombre, resultaba fácil de localizar: un aprendiz estaba golpeando un tambor delante de ella y gritando retazos de habladurías a un grupo de aldeanos. Pasamos al interior.

El maestro propalador de rumores estaba leyendo algo en cada mano, con un tercer pergamino apoyado contra sus pies sobre un escritorio. Nos miró, dejó caer los pies al suelo, se levantó de un salto, nos saludó con varias reverencias, y nos señaló unos asientos.

-¡Pasen, pasen, amigos míos! -canturreó-. ¡Me hacen ustedes un gran honor, mi día ha quedado completo! Y sin embargo si se me permite decirlo han venido ustedes al lugar adecuado sea cual sea su problema sea cual sea su necesidad sólo tienen que hablar buenas noticias malas noticias de toda clase menos noticias tristes reputaciones restablecidas acontecimientos embellecidos historia escrita de nuevo grandes hazañas cantadas y todo el trabajo garantizado por la agencia de noticias más antigua de Nevia noticias de todos los mundos y todos los Universos propaganda implantada o desarraigada o reconvertida satisfacción garantizada honradez es la mejor política pero el cliente siempre tiene razón no me digan nada lo sé tengo espías en todas las cocinas oídos en todos los dormitorios sin duda el Héroe Gordon y su fama no necesitan heraldos mi señor pero me siento honrado por el hecho de que recurra a mí una biografía quizá para completar el relato de sus hazañas con recuerdos de antigua niñera que conserva en su memoria las señales y portentos que marcaron el nacimiento del Héroe Gordon…

Star le interrumpió:

-Queremos casarnos.

El propalador de noticias cerró la boca, miró fijamente la cintura de Star, y estuvo a punto de ganarse un puñetazo en la nariz.

-Es un placer hacer negocio con clientes que saben lo que quieren. Y debo añadir que apruebo de todo corazón un proyecto tan juicioso. Las modernas costumbres de unirse sin más ni más hacen subir los impuestos y bajar los beneficios como es lógico. Ojalá tuviera tiempo para casarme yo como le he dicho tantas veces a mi mujer. En cuanto a los planes, si puedo hacer una modesta sugerencia...

-Queremos casarnos de acuerdo con las costumbres de la Tierra.

-Ah, sí, desde luego. -El propalador de rumores se volvió hacia un fichero situado junto a su escritorio, manipuló unos diales. Al cabo de un rato dijo-: Perdonen, amigos, pero mi cabeza está atestada con un billón de hechos, grandes y pequeños, y... ese nombre... ¿Va con una «R», o con dos?

Star se acercó al fichero, examinó los diales, manipuló un par de ellos.

El propalador de rumores parpadeó.

-¿Ese universo? No recibimos prácticamente nunca una petición relacionada con él. A menudo he lamentado no disponer de tiempo para viajar, pero negocios negocios negocios... ¡ARCHIVO!

-¿Sí, maestro? -respondió una voz.

-Planeta Tierra, Costumbres Matrimoniales de; va con R doble y empieza con T. -Añadió un número de serie de cinco cifras-. ¡Espabílate!

Poco después un aprendiz llegó corriendo con un delgado pergamino.

-El Archivero dice que lo maneje usted con mucho cuidado, Maestro. Es muy quebradizo, dice. Dice...

-Cierra el pico. Perdonen, amigos. -Insertó el pergamino en un lector, y empezó a leer.

Sus ojos se desorbitaron y se inclinó hacia adelante.

-Increí... -Luego murmuró-: ¡Asombroso! ¿Qué puede haberles hecho pensar en eso? -Durante varios minutos pareció haber olvidado que estábamos allí, limitándose a proferir exclamaciones tales como: «iPasmoso! ¡Fantástico!», y otras semejantes.

Le di unos golpecitos en el brazo.

-Tenemos prisa.

-¿Eh? Sí, sí, mi señor Héroe... mi dama. -Se apartó del lector de mala gana, unió las palmas de sus manos y dijo-: Han venido al lugar adecuado. Ningún otro propalador de rumores en tono Nevia podría manejar un proyecto de tal magnitud. Ahora, lo primero que hay que resolver es el asunto de la procesión que debemos efectuar por la región circundante, ya que para la cencerrada

podremos arreglarnos con los habitantes de la aldea, en el supuesto de que deseen algo que sin desmerecer de su reputación esté revestido de sencilla dignidad: digamos un día para la procesión y dos noches de cencerrada con niveles de ruido garantizado...

-Olvídelo.

-¿Mi señor? No voy a ganar nada con esto; será una obra de arte, una tarea de amor: los gastos, simplemente, más un pequeño plus por las ideas que aporte. Mi opinión profesional es la de que una pre-ceremonia samoana seria más sincera, más impresionante, que el opcional rito zulú. Con un toque de comedia.., sin ningún recargo; una de mis empleadas está embarazada de siete meses y le gustará presentarse súbitamente e interrumpir la ceremonia.., y desde luego queda el asunto de los testigos de la consumación, cuántos para cada uno de ustedes, aunque esto puede esperar una semana; en lo primero que tenemos que pensar es en los adornos de las calles, y...

Cogí el brazo de Star.

-Vámonos.

-Sí, mi señor -asintió Star.

El propalador de rumores corrió detrás de nosotros, gritando algo acerca de ruptura de contratos. Desenvainé a medias mi espada y le mostré quince centímetros de hoja; enmudeció de repente.

Rufo parecía haber superado su malestar; nos acogió civilizadamente, casi con alegría. Montamos y reemprendimos la marcha. Habíamos recorrido cosa de dos kilómetros cuando dije:

-Star, querida...

-¿Sí, mi señor?

-¿Eso de «saltar sobre la espada» es realmente una ceremonia matrimonial?

-Y muy antigua, querido. Creo que se remonta a la época de las Cruzadas.

-Yo había pensado en un ritual puesto al día:

«Salta truhán, y brinca Princesa,
Mi esposa eres tú y mía para siempre.»

«...¿Te parece bien?

-¡Sí, sí!

-Pero en el segundo verso tú dirás:

«Prometo ser tu esposa para siempre.»

«¿Entendido?

Star asintió rápidamente.

-¡Sí, amor mío!

Dejamos a Rufo con las monturas, sin darle ninguna explicación, y trepamos a una pequeña colina boscosa. En Nevia todo es hermoso, sin una lata de cerveza ni un Kleenex sucio que afeen aquel encantador Edén, pero allí encontramos un templo al aire libre, un lugar cubierto de césped y rodeado de árboles, un santuario encantador.

Desenvainé mi espada y miré a lo largo de ella, sintiendo su exquisito equilibrio mientras observaba de nuevo la inscripción trazada en la hoja con refinada maestría por un artesano de primera fila. Se la mostré a Star.

-Lee el lema, Star.

-«Dum vivimus, vivamus!»: «Mientras tengamos vida, vivamos». ¡Sí, amor mío, sí! -Besó la hoja y me devolvió la espada. La coloqué en el suelo.

-¿Recuerdas tus versos? -pregunté.

-Los tengo grabados en el corazón.

Tomé su mano en la mía.

-Salta. ¡Una... dos... y tres!

XII

Cuando regresé con mi esposa de aquella bendita colina, rodeando su cintura con mi brazo, Rufo nos ayudó a montar sin hacer ningún comentario.Pero no podía dejar de notar que Star se dirigía ahora a mí como «Mi señor marido». Rufo montó a su vez y se mantuvo detrás de nosotros, a una distancia respetuosa.

Cabalgamos cogidos de la mano al menos durante una hora. Cada vez que miraba a Star, estaba sonriendo; cada vez que ella me sorprendía mirándola, la sonrisa formaba hoyuelos en sus mejillas. En un momento determinado le pregunté:

-¿Cuándo entraremos en «estado de alerta»?

-No hasta que dejemos el camino, mi señor marido.

Cabalgamos otro par de kilómetros. Al final, Star dijo tímidamente:

-¿Mi señor marido?

-¿Sí, esposa mía?

-¿Sigues pensando que soy «una fregona torpe y fría»?

-Mmmm... -contesté pensativamente-. «Fría», no, no podría decir honradamente que eres fría. Pero, «torpe»... Bueno, comparada con una artista como Muri, digamos...

-¡Mi señor marido!

-¿Sí? Estaba diciendo...

-¿Y tú te estás buscando un puntapié en la barriga! -dijo Star. Y añadió-: ¡Americano!

-Esposa mía... ¿me darías un puntapié en la barriga?

Star respondió lentamente y en voz muy baja:

-No, mi señor marido. Nunca.

-Me alegra oírlo. Pero, si lo hicieras, ¿qué pasaría?

-Tú... me zurrarías. Con mi propia espada. Pero no con tu espada. Por favor, nunca con tu espada... marido mío.

-Ni con la tuya tampoco. Con mi mano. Fuerte. Primero te zurraría. Y luego...

-¿Y luego qué?

Se lo dije.

-Pero no me des motivo. De acuerdo con los planes, tengo que luchar más tarde. Y en el futuro no me interrumpas.

-Sí, mi señor marido.

-Muy bien. Ahora, asignemos a Muri una puntuación de, digamos, diez. En esa arbitraria escala de valores tú alcanzarías un... Déjame pensar.

-¿Un tres o un cuatro, quizá? ¿Tal vez un cinco?

-Silencio. Yo te atribuiría alrededor de un mil. Sí, mil, punto más punto menos. No tengo una calculadora a mano.

-¡Oh, qué bestia eres, cariño mío! Acércate y bésame... y espera a que se lo diga a Muri.

-No le dirás nada a Muri, esposa mía, si no quieres que te zurre. Y deja de «pescar» cumplidos. Sabes perfectamente lo que eres, fregona saltaespadas.

-¿Y qué soy?

-Mi princesa.

-Oh.

-Y un visón con la cola de fuego... y tú lo sabes.

-¿Es bueno eso? He estudiado cuidadosamente el idioma norteamericano, pero a veces no estoy segura.

-Significa lo mejor de lo mejor. Es una frase hecha y se aplica en sentido figurado: los visones no son mi especialidad. Ahora, piensa en cosas más importantes, o podrías quedarte viuda el mismo día de tu boda. ¿Hablaste de dragones?

-No hasta que se haga de noche, mi señor marido.., y no son realmente dragones.

-Tal como los describiste, la diferencia sólo podría ser importante para otro dragón. Dos metros y medio de altura hasta los hombros, un peso de varias toneladas, y unos dientes tan largos como mi antebrazo: lo único que les falta es vomitar fuego.

-¡Oh, lo vomitan! ¿No te lo dije?

Suspiré.

-No, no me lo dijiste.

-No vomitan fuego, exactamente. Si lo hicieran, se quemarían ellos mismos. Contienen la respiración mientras despiden el fuego por la boca. Es un gas, metano, que procede del tubo digestivo. Se trata de un eructo controlado, con un efecto hipergólico de una enzima segregada entre la primera y la segunda hilera de dientes. El gas se inflama al salir.

-No me importa cómo lo hacen; el hecho es que son lanzallamas. Bien, ¿cómo esperas que los maneje?

-Confiaba en que se te ocurriría alguna idea. Verás -añadió Star en tono de disculpa-, no había planeado nada al respecto, ya que no esperaba que siguiéramos esta ruta.

-Bueno... Esposa mía, vamos a regresar a aquella aldea. Le haremos la competencia a nuestro amigo el propalador de rumores: apuesto a que somos capaces de charlar más que él.

-¡Mi señor marido!

-No importa. Si quieres que mate dragones todos los miércoles y sábados, estoy a tu entera disposición. A propósito, ese metano inflamado... ¿lo expulsan por delante y por detrás?

-¡Oh, no! Sólo por delante. ¿Cómo podrían expulsarlo por los dos extremos del cuerpo?

-Muy fácilmente. Vea el modelo del año próximo, señora. Ahora, silencio: estoy pensando en una táctica. Necesitaré a Rufo. Supongo que él ya ha matado dragones más de una vez...

-No tengo noticia de que ningún hombre haya matado nunca uno, mi señor marido.

-¿De veras? Princesa, estoy halagado por la confianza que depositas en mí. ¿O es desesperación? No, no contestes, no quiero saberlo. Guarda silencio y déjame pensar.

Cuando estuvimos cerca de la próxima casa dc labor enviamos a Rufo para que arreglara lo de la devolución de nuestras monturas. Eran nuestras, regalos del Doral, pero teníamos que devolverlas a la hacienda ya que no podrían vivir en el lugar al cual nos dirigíamos. Muri me había prometido que cuidaría a Ars Longa y se encargaría de que hiciera ejercicio. Rufo regresó con un patán montado sobre un pesado animal de tiro; el jinete se deslizaba continuamente entre el segundo y el tercer par de patas para aliviar el lomo de, la bestia de su

peso, y lo controlaba con la voz.

Cuando hubimos desmontado y recuperado nuestras ballestas y carcajes, y nos disponíamos a ponérnoslos en bandolera, Rufo se acercó a mí.

-Jefe, Pies de Estiércol se muere de ganas de conocer al héroe y tocar su espada. ¿Le digo que se largue?

El alto rango tiene sus privilegios, pero también sus obligaciones.

-Tráelo aquí.

El muchacho, talludo y con una barba incipiente, casi corrió hacia mí, tropezando por el camino, y me hizo una reverencia tan profunda que estuvo a punto de dar con su nariz en el suelo.

-Incorpórate, hijo -le dije-. ¿Cómo te llamas?

-Pug, mi señor Héroe.

(«Pug», perro chato, era un nombre apropiado para él. El humor neviano es más bien negro, como lo demostraban los chites de Jocko).

-Un nombre imponente. ¿A qué piensas dedicarte cuando seas mayor?

-¡Quiero ser un héroe, mi señor! Como tú.

Estuve a punto de hablarle de aquellas piedras en la Ruta de Gloria. Pero no tardaría en descubrirlas por sí mismo si alguna vez decidía recorrerlo, y una de dos: o le tendrían sin cuidado, o daría media vuelta y se olvidaría de aquella absurda cuestión. Asentí con aire de aprobación, y le aseguré que siempre había sitio para un Héroe más.., y que cuanto más humildes fueran sus comienzos mayor sería la gloria... de modo que a trabajar duro y a estudiar con entusiasmo, y a esperar su oportunidad. La aventura llegaría a él sin que él fuera en su busca. Luego le dejé tocar mi espada... pero no tomarla en sus manos. La Dama Vivamus es mía, y preferiría compartir mi cepillo de dientes.

En cierta ocasión, siendo muy joven, fui presentado a un Congresista. Me había hablado en el mismo tono paternal que yo estaba plagiando ahora. Lo mismo que el sermón de un predicador, no puede hacer ningún daño, y podía hacer algún bien. Y descubrí que era sincero al hablar, como sin duda lo había sido el Congresista. Bueno, estimular el ansia de gloria de un jovenzuelo podría resultar perjudicial para él, ya que existía la posibilidad de que le mataran en el primer kilómetro de aquella ruta. Pero es preferible eso a sentarse junto al fuego en la vejez, chupándose las encías y pensando en las oportunidades que se dejaron escapar y en las doncellas que pudieron compartir nuestro lecho. ¿No es cierto?

Decidí que la ocasión era tan importante para Pug que merecía ser señalada, de modo que rebusqué en mi bolsillo y encontré una moneda de veinticinco centavos U.S.A.

-¿Cuál es el resto de tu nombre, Pug?

-Sólo «Pug», mi señor. De la casa Lerdki, desde luego.

-Ahora tendrás tres nombres, porque voy a darte uno de los míos. -Yo tenía uno que no necesitaba, pues con Oscar Gordon me las arreglaba perfectamente. No me refiero a «Flash», ya que ese nombre no fue reconocido nunca por mí. Ni a mi apodo del Ejército: no lo escribiría en la pared de una letrina. El nombre del que podía desprenderme era «Easy». Siempre había utilizado el «E. C. Gordon» en vez del «Evelyn Cyril Gordon», y en la escuela mi nombre había derivado de «E. C.» a «Easy» debido a mi estilo de correr: nunca corría de un modo alocado ni esforzándome más de lo que la ocasión requería. De ahí lo de «Easy», Tranquilo.

En virtud de la autoridad que me ha sido conferida por el Cuartel General del Ejército de los Estados Unidos en el Sudeste de Asia, yo, el Héroe Oscar, ordeno que a partir de ahora seas conocido como Lerdki't Pug Easy. Llévalo con orgullo.

Le entregué la moneda de veinticinco centavos, y le mostré a George Washington en el anverso.

Este es el creador de mi casa, un héroe mucho más grande de lo que yo llegaré a ser. Dijo siempre la verdad, y luchó por lo que él creía que era justo, sin dejarse amilanar en ningún momento por las circunstancias adversas, que eran muchas. Trata de imitarlo.Y aquí -di la vuelta a la moneda- está el emblema de mi casa, la casa que él fundó. El ave representa el valor, la libertad y los ideales que leremontaron a elevadas cumbres.

(No le dije que el Aguila norteamericana come carroñas no se enfrenta nunca con algo de su propio tamaño, y no tardará en extinguirse: un símbolo tiene el significado que uno quiere darle).

Pug Easy asintió enérgicamente, y unas lágrimas brotaron de sus ojos. Yo no le había presentado a mi esposa; no sabía que ella deseara conocerle. Pero Star se adelantó y dijo amablemente:

-Pug Easy, recuerda las palabras de mi señor Héroe. Consérvalas como un tesoro, y te durarán toda la vida.

El muchacho se dejó caer de rodillas. Star acarició sus cabellos y le dijo:

-Levántate, Lerdki't Pug Easy.

Me despedí de Ars Longa, diciéndole que se portara bien, y que algún día regresaría. Pug Easy se alejó con nuestras monturas a remolque de la suya y nosotros nos adentramos en el bosque, con una flecha en la ballesta y los ojos de Rufo detrás. En el lugar donde dejamos el camino de ladrillo amarillo había un letrero; traducido libremente, decía:

ABANDONA TODA ESPERANZA, TÚ QUE ENTRAS AQUÍ.

(Una traducción literal recuerda más bien al Parque de Yellowstone: «Aviso: los animales de este bosque no están domesticados. Se aconseja a los viajeros que permanezcan en el camino, ya que sus restos no serán devueltos a sus familiares. El Lerdki, Su Emblema»).

De pronto Star dijo:

-Mi señor marido...

-¿Sí, pies bonitos? -dije sin mirarla; estaba vigilando mi flanco y un poco del suyo, sin descuidar la atención hacia lo alto, ya que aquí podíamos ser bombardeados: unas aves de presa de menor tamaño que las anteriores pero que atacaban directamente a los ojos.

-Héroe mío, eres realmente noble, y has hecho que tu esposa se sienta muy orgullosa.

-¿Eh? ¿Cómo?

Yo estaba pensando en blancos.., que aquí eran de dos clases en el suelo; una rata lo bastante grande como para devorar gatos e incluso personas, y un cerdo salvaje casi del mismo tamaño y sin jamón para un solo bocadillo en ninguna parte de su cuerpo, ya que era todo pellejo y mal genio. Los cerdos eran unos blancos más fáciles, me habían dicho, porque embestían en línea recta. Pero no había que fallar. Y había que tener la espada desenvainada, ya que no daría tiempo a colocar una segunda flecha en la ballesta.

-Ese muchacho, Pug Easy. Lo que hiciste por él.

-¿Por él? Me limité a alimentarle con buenas palabras. No cuestan nada.

-Fue una actitud regia, mi señor marido.

-Oh, tonterías. El esperaba palabras grandilocuentes de un héroe, de modo que se las di.

-Oscar, querido, ¿puede una esposa leal llamarle la atención a su marido cuando dice cosas absurdas de sí mismo? He conocido a muchos héroes, y algunos eran tan idiotas que daban ganas de hacerles comer en la cocina si sus hazañas no hubieran justificado un lugar en la mesa. He conocido a pocos hombres que fueran nobles, ya que la nobleza es mucho más escasa que el heroísmo. Pero la verdadera nobleza siempre puede ser reconocida... incluso en alguien tan beligerantemente tímido respecto a manifestarla como eres tú. El muchacho lo esperaba, de modo que tú se lo diste... pero noblesse oblige es una emoción que sólo experimentan los que son nobles.

-Bueno, es posible. Star, ya vuelves a hablar demasiado. ¿No crees que esos bichos tienen oídos?

-Perdona, mi señor. Tienen tan buenos oídos, que oyen pasos a través del suelo mucho antes de oír voces. Déjame pronunciar la última palabra, ya que hoy es el día de mi boda. Si fueras... no, cuando eres galante con alguna beldad, digamos con Letva... o con Muri, ¡malditos sean sus bonitos ojos!, no lo interpreto como nobleza; hay que suponer que brota de una emoción mucho más vulgar que noblesse oblige. Pero cuando le hablas a un palurdo campesino con estiércol en los pies, ajo en su aliento, peste a sudor en todo él, y barrillos en la cara... y le hablas amablemente, haciéndole sentir lo noble que eres e infundiéndole la esperanza de que un día será tu igual... sé que no lo haces porque esperas acostarte con él.

-Oh, no lo sé. Los muchachos de esa edad son muy apreciados en algunos círculos. Dale un baño, perfúmale, riza sus cabellos...

-Mi señor marido, ¿me está permitido pensar en propinarte un puntapié en la barriga?

-Nadie puede ser sometido a consejo de guerra por pensar, es lo único que no pueden quitarle a uno. De acuerdo, prefiero las muchachas; soy un ser normal, y no puedo evitarlo. ¿Qué decías de los ojos de Muri? ¿Acaso estás celosa, Piernas Largas?

Puedo oír los hoyuelos incluso cuando no puedo pararme a mirarlos.

-Sólo en el día de mi boda, mi señor marido; los otros días son tuyos. Si te sorprendo en esa clase de deporte, haré una de estas dos cosas: fingir que no he visto nada, o felicitarte.

-No espero que me sorprendas.

-Y yo confío en que no me sorprenderás a mi, mi señor truhán -respondió Star serenamente.

Ella pronunció la última palabra, ya que en aquel preciso instante la ballesta de Rufo hizo ¡Fwung!, Rufo gritó: «¡Le he dado!», y luego todos estuvimos ocupados. Cerdos tan feos que comparados con ellos las ballenas de aletas eran verdaderas beldades... Yo alcancé a uno con una flecha, atravesando su asquerosa garganta, y atraqué de acero a su hermano un segundo después. Star le dio al suyo, pero la flecha tropezó en un hueso y el bicho siguió corriendo, y yo lo derribé de una patada en el hombro mientras trataba de liberar la hoja de mi espada del cuerpo de su primo. El acero entre sus costillas lo inmovilizó, y Star colocó fríamente otra flecha en su ballesta y la hizo volar mientras yo acababa con su primera víctima. Star liquidó a otro con su espada, empuñándola como un torero en el momento de la verdad, y esquivando al bicho que embestía ciegamente, sin querer admitir que ya estaba muerto.

La lucha había terminado. El viejo Rufo había cobrado tres piezas sin ayuda de nadie, a cambio de una fea herida en la pierna; yo tenía un rasguño, y mi esposa estaba ilesa, de lo cual me aseguré en cuanto las cosas se tranquilizaron. Luego monté guardia mientras nuestro cirujano se ocupaba de Rufo, después de lo cual me atendió a mi.

-¿Cómo marcha eso, Rufo? -pregunté-. ¿Puedes andar?

-Jefe, no me quedaría en este bosque aunque tuviera que arrastrarme. Larguémonos de aquí. De todos modos -añadió, señalando los cadáveres de los cerdos a nuestro alrededor-, las ratas no nos molestarán inmediatamente.

Cambié la formación, situando delante a Star y a Rufo con su pierna sana en la parte exterior y ocupando yo la retaguardia, donde tenía que haber estado desde el primer momento. La retaguardia es un poco más segura que la vanguardia en la mayoría de las circunstancias, pero allí no se daban la mayoría de las circunstancias. Yo había permitido que mi ciego deseo de proteger personalmente a mi esposa afectara a mi criterio.

Habiendo ocupado la posición más peligrosa avancé casi bizqueando, intentando mirar hacia atrás y al mismo tiempo hacia adelante, a fin de poder adelantarme rápidamente si Star -sí, y Rufo- tropezaban con algún problema. Por fortuna, nos tomamos un pequeño respiro en nuestra marcha, y lo

aproveché para recapacitar y recordar la más antigua de las lecciones sobre patrullas: uno no puede hacer el trabajo de otro hombre. Y a partir de entonces dediqué toda mi atención a nuestra retaguardia. Rufo, a pesar de su edad y de su herida, no moriría sin cargarse a una guardia de honor que le escoltara hasta el infierno.., y Star no era de las heroínas que se desmayan. Yo habría apostado sin miedo por ella contra cualquiera de su propio peso, con cualquier tipo de arma o a brazo partido, y compadezco al hombre que alguna vez intentara violarla: probablemente aún debe estar buscando sus *cojones*. (1).

(1). En español en el original. (N. del 1.).

Los cerdos no volvieron a molestarnos, pero a medida que se acercaba el crepúsculo empezamos a ver y con más frecuencia a oír a aquellas ratas gigantes; nos venían siguiendo, escurriéndose para que no pudiéramos verlas; nunca atacan de frente, como habían hecho los cerdos, sino que acechan la oportunidad de hacerlo a traición, como es costumbre en las ratas.

Las ratas siempre me han inspirado horror. Hubo un tiempo, siendo yo niño, cuando mi padre acababa de morir y mi madre no había vuelto aún a casarse, en que andábamos muy mal de dinero y vivíamos en el desván de un antiguo edificio. Podían oírse las ratas en el interior de las paredes, y en dos ocasiones corrieron ratas por encima de mí mientras dormía.

Todavía me despierto gritando.

No cambiaba las cosas el hecho de que estas ratas tuvieran el tamaño de coyotes. Eran ratas de verdad, incluso en los bigotes, y tenían forma de ratas, con la única diferencia de que sus patas y sus pies abultaban demasiado; quizá la ley del cubo-cuadrado sobre proporciones animales funciona en cualquier parte.

No desperdiciábamos una flecha disparando contra una rata a menos de que fuera un blanco óptimo, y avanzábamos zigzagueando para aprovechar los claros del bosque... lo cual aumentaba el peligro procedente de lo alto. Sin embargo, el bosque era tan tupido que los ataques procedentes del cielo no eran nuestra preocupación principal.

Alcancé a una rata que se acercó demasiado y fallé a otra por muy poco. Teníamos que gastar una flecha cada vez que se mostraban atrevidas; eso hacía que las otras fueran más prudentes. Y en un momento determinado, mientras Rufo apuntaba con su ballesta a una rata y Star le apoyaba con su espada, una de aquellas pequeñas y malignas aves se lanzó en picado sobre Rufo.

Star la partió en dos en el aire cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo. Rufo ni siquiera la había visto: estaba ocupado ensartando a la hermana rata.

No teníamos que preocuparnos por la maleza; aquel bosque parecía un parque, todo árboles y hierba, sin matorrales siquiera. El paraje no era demasiado malo, salvo por el hecho de que nos estábamos quedando sin flechas. Estaba rumiando aquel problema cuando observé algo.

-¡Hey, vosotros! Os estáis desviando de la ruta. Derivad hacia la derecha.

Star había establecido la ruta para mí cuando abandonamos el camino, pero

el mantenerla era tarea mía: el sentido de orientación de Star era muy deficiente, lo mismo que el de Rufo.

-Lo siento, mi señor marido -me gritó Star-. El terreno era un poco ascendente.

Me acerqué a ellos.

-Rufo, ¿cómo marcha tu pierna?

Había sudor en su frente. En vez de contestarme, dijo:

-Mi dama, pronto se hará de noche.

-Lo sé -dijo Star tranquilamente-, de modo que ha llegado el momento de que comamos algo. Mi señor marido, aquella gran roca plana allí delante parece un lugar adecuado.

Rufo objetó:

-Pero mi dama, llevamos un gran retraso.

-Y nos retrasaremos mucho más si no vuelvo a curarte la pierna en seguida.

-Será mejor que me dejéis atrás -murmuró Rufo.

-Será mejor que te mantengas callado hasta que te pidan tu opinión -dije yo-. No dejaría a un Fantasma Cornudo para que se lo comieran las ratas. Star, ¿cómo haremos esto?

La gran roca plana que sobresalía entre los árboles delante de nosotros era la parte superior de un peñasco de piedra caliza con su base enterrada. Yo monté guardia en el centro, con Rufo sentado a mi lado, mientras Star instalaba defensas en puntos cardinales y semicardinales. No llegué a ver lo que ella hacía debido a que mis ojos tenían que estar atentos a cualquier cosa que se moviera en las proximidades, dispuesto a aniquilarla o a ponerla en fuga, mientras Rufo vigilaba el otro flanco. Sin embargo, Star me dijo más tarde que las defensas no eran ni remotamente «magia», sino que estaban al alcance de la tecnología de la Tierra en cuanto algún muchacho brillante captara la idea: una «verja electrificada» sin la verja, del mismo modo que la radio es un teléfono sin alambres, una analogía que no tenía pies ni cabeza.

Pero lo cierto es que mantuve una estricta vigilancia en vez de intentar averiguar cómo instalaba Star aquel círculo mágico, y fue una suerte que lo hiciera así, ya que Star fue atacada por la única rata que conocimos que no tenía sentido común. Se dirigió rectamente hacia Star, el silbido de mi flecha la advirtió y Star terminó de liquidar al bicho con su espada. Era un macho muy viejo, desdentado, canoso y débil mental. Era tan grande como un lobo, y con dos heridas mortales de necesidad seguía agitándose furiosamente con los ojos inyectados en sangre.

Una vez instalada la última defensa Star me dijo que podía dejar de preocuparme por los ataques procedentes del cielo; las defensas formaban techo lo mismo que paredes. Y como dice Rufo, si *Ella* lo dice, no hay más que hablar. Rufo había desplegado parcialmente la caja mientras vigilaba; yo saqué

el equipo quirúrgico de Star, más flechas para todos nosotros, y comida. Sin tonterías de criado y señores, comimos juntos, sentados en el suelo, y con Rufo tumbado de espaldas para que su pierna reposara mientras Star le servía, a veces introduciendo comida en su boca al estilo neviano. Star había trabajado largo rato en la pierna de Rufo, mientras yo sostenía una luz y le entregaba a Star lo que me iba pidiendo. Cubrió la herida con una especie de gelatina transparente antes de colocar un apósito encima de ella. Si le dolió, Rufo no lo dio a entender.

Mientras comíamos, se hizo de noche, y la verja invisible empezó a llenarse de ojos, reflejando la luz que teníamos encendida, y casi tan numerosos como la multitud de espectadores la mañana que Igli se devoró a sí mismo. Calculé que la mayoría serían ratas. Un grupo permanecía aparte interrumpiendo el círculo por ambos lados; decidí que eran cerdos; los ojos estaban a una mayor altura del suelo.

-Mi dama -dije-, ¿resistirán esas defensas toda la noche?

-Si, mi señor marido.

-Será mejor que lo hagan. La oscuridad es demasiado intensa para disparar flechas, y no veo cómo podríamos abrirnos paso a través de esa multitud. Temo que tendrás que volver a revisar tu plan.

-No puedo hacerlo, mi señor Héroe. Pero olvida a esos animales. Ahora volaremos.

Rufo gruñó.

-Me lo estaba temiendo. Ya sabes que me mareo.

-Pobre Rufo -murmuró Star-. No temas, viejo amigo, tengo una sorpresa para ti. Previendo una posibilidad como ésta, compré dramamina en Cannes... ya sabes, la droga que permitió la invasión de Normandía, en la Tierra.

O quizá no lo sabías...

-¿Saberlo? -dijo Rufo-. Yo *estuvé* en aquella invasión, mi dama.., y soy alérgico a la dramamina; alimenté a los peces durante todo el trayecto hasta la Playa Omaha. La peor noche que he pasado en mi vida... Bueno, prefiero estar *aquí.*

-Rufo -pregunté-, ¿de veras estuviste en la Playa Omaha?

-Sí, Jefe. Yo me encargué de pensar por Eisenhower.

-Pero, ¿por qué? Aquella lucha no te afectaba.

-Podrías preguntarte a ti mismo por qué estás en esta lucha, Jefe. En mi caso eran las nenas francesas. Inhibidas, siempre bien dispuestas, y deseosas de aprender. Recuerdo a una pequeña mademoiselle de Armentiéres -lo pronunció correctamente- que no había sido...

Star le interrumpió.

-Mientras vosotros continuáis con vuestros recuerdos de solteros, yo iré a

preparar el equipo de vuelo. -Se puso en pie y se dirigió hacia la caja plegable.

-Adelante, Rufo -dije, preguntándome cuán lejos llegaría esta vez.

-No -dijo Rufo, enfurruñado-. A *Ella* no le gustaría. Lo sé, Jefe, ejerces una extraña influencia sobre *Ella.* Cadavez se muestra más femenina y menos *Ella* misma. Cuando quieras darte cuenta se habrá suscrito a *Vogue,* y luego quiensabe lo que hará. No lo entiendo, no puede ser por tu cara bonita. Y no pretendo ofenderte.

-Ni yo me doy por ofendido. Bueno, me lo contarás en otro momento. Si es que puedes recordarlo.

-Nunca la olvidaré. Pero Jefe, el mareo no es ni la mitad del asunto. Tú crees que este bosque está infestado... Bueno, los que nos aguardan, y me tiemblan las rodillas sólo de pensarlo, están llenos de dragones.

-Lo sé.

-¿De modo que *Ella* te lo ha dicho? Pero tienes que verlo para creerlo. El bosque está plagado de ellos. Abundan más que los Doyle en Boston. Grandes, pequeños, y los medianos de dos toneladas, con un apetito insaciable. *Tú* puedes imaginar el ser devorado por un dragón; yo no. Es algo humillante. Y definitivo. Tendrían que rociar el lugar con veneno matadragones, eso tendrían que hacer. Tendría que haber una ley.

Star había regresado.

-No, no tendría que haber una ley -dijo en tono firme-. Rufo, no hables de cosas que no entiendes. Trastornar el equilibrio ecológico es el peor error que cualquier gobierno puede cometer.

Rufo se calló, refunfuñando. Yo dije:

-Amor mio, ¿para qué sirve un dragón? Descíframe eso.

-No pretendí fijar las pautas ecológicas de Nevia, no es asunto mío. Pero puedo sugerir los desequilibrios que podría provocar cualquier tentativa para eliminar a los dragones... cosa que los nevianos podrían hacer; ya has visto que su tecnología no es para ser tomada a risa. Esas ratas y cerdos destruyen cosechas. Las ratas contribuyen a evitar la proliferación de cerdos comiéndose a sus crías. Pero las ratas son todavía peor que los cerdos, en lo que respecta a las cosechas. Los dragones pastan en este bosque durante el día: los dragones son diurnos, las ratas son nocturnas y se ocultan en sus madrigueras en el calor del día. Los dragones y los cerdos mantienen el bosque limpio comiéndose la maleza. Pero a los dragones también les apetecen las ratas tiernas, de modo que cuando localizan una madriguera, introducen el hocico en ella y sueltan un chorro de llamas, sin matar siempre a los adultos ya que estos excavan sus nidos con dos salidas, pero matando indefectiblemente a las crías. Luego, los dragones excavan un poco y se regalan con su bocado favorito. Hay un acuerdo tácito, equivalente a un tratado, según el cual mientras los dragones permanezcan en su propio territorio y «controlen» por así decirlo a las ratas, los humanos no los molestarán.

-Pero, ¿por qué no matar a las ratas y luego eliminar a los dragones?

-¿Y dejar que los cerdos campen a su antojo? Por favor, mi señor marido, no conozco todas las respuestas en este caso; lo único que sé es que trastornar un equilibrio natural es algo que hay que afrontar con miedo y temblando... y con una computadora muy versátil. Los nevianos parecen contentarse con no molestar a los dragones.

-Según todos los indicios, nosotros vamos a molestarlos. ¿Romperá eso el tratado?

-No es realmente un tratado, sino sentido común por parte de los nevianos, y un reflejo condicionado, o posiblemente instinto, por parte de los dragones. Y nosotros no vamos a molestar a los dragones si podemos evitarlo. ¿Has hablado de tácticas con Rufo? No habrá tiempo para ello cuando lleguemos allí.

Así que hablé de cómo matar dragones con Rufo, mientras Star escuchaba y terminaba sus preparativos.

-De acuerdo -dijo Rufo en tono displicente-, atacan sentados muy tiesos, como una ostra sobre media concha esperando ser devorada. Más dignos. Yo soy mejor arquero que tú, o al menos tan bueno, de modo que me encargaré de la parte trasera, ya que esta noche no estoy tan ágil como debería estar.

-Procura estar preparado por si gira en redondo.

-Procura estar preparado *tú,* Jefe. Yo lo estaré por el mejor de los motivos: mi pellejo favorito.

Star estaba lista, y Rufo había cerrado la caja plegable mientras conferenciábamos. Star colocó ligas redondas sobre cada rodilla de cada uno de nosotros, y luego nos hizo sentar en la roca de cara a nuestro punto de destino.

-Esa flecha de roble, Rufo.

-Star, ¿no estarás sacando esto del libro de Alberto Magno?

-Algo por el estilo -dijo Star-. Pero mi fórmula es de más confianza, y los ingredientes que utilizo en las ligas no manchan. Por favor, mi señor marido, debes concentrarte en mi brujería. Coloca la flecha de modo que apunte a la cueva.

Obedecí.

-¿Es correcta la posición? -preguntó Star.

-Si el mapa que me mostraste es correcto, sí. Está apuntada en la misma dirección que he venido siguiendo desde que dejamos el camino.

-¿A qué distancia se encuentra el Bosque de los Dragones?

-Uh, mira, amor mío, puesto que vamos a ir por el aire, ¿por qué no nos dirigimos directamente a la cueva y eludimos a los dragones?

Star dijo pacientemente:

-Me gustaría que pudiéramos hacerlo. Pero ese bosque es tan tupido en la parte superior que no podemos dejarnos caer directamente en la cueva, no hay

espacio. Y los seres que viven en lo alto de esos árboles son peores que los dragones. Crecen...

-¡Por favor! -dijo Rufo-. Ya estoy mareado, y todavía no hemos despegado.

-Te lo diré más tarde, Oscar, si aún deseas saberlo. En cualquier caso, no nos arriesgaremos a encontrarnos con ellos; permanecen a una altura que los dragones no pueden alcanzar, tienen que hacerlo. ¿A qué distancia está el bosque?

-Mmmn, a unos quince kilómetros, según el mapa y la distancia que hemos recorrido.., y menos de cuatro kilómetros mas alla se encuentra la Cueva de la Puerta.

-De acuerdo. Rodeadme la cintura con los brazos, los dos, y mantened el mayor contacto corporal posible; tiene que funcionar sobre todos nosotros igualmente. -Rufo y yo colocarnos un brazo cada uno alrededor de Star, y entrelazamos las manos a través de su estómago-. Así está bien. ¡Atención!

Star escribió unas cifras sobre la roca, al lado de la flecha.

La flecha emprendió el vuelo en la noche, con nosotros detrás de ella.

No veo la manera de evitar el llamar a esto magia, del mismo modo que no veo ninguna manera de confeccionar cinturones a lo Buck Rogers con ligas elásticás. Oh, si queréis, Star nos hipnotizó y luego utilizó poderes psíquicos para teleportarnos a quince kilómetros. «Psíquico» suena mejor que «mágico», aunque yo no comprendo ninguna de las dos palabras, del mismo modo que no puedo explicar por qué nunca me he extraviado. Sólo creo que es absurdo que otras personas puedan extraviarse.

Cuando vuelo en sueños, utilizo dos estilos: uno es un picado de cisne, planeando y girando y haciendo cabriolas; el otro es sentarme a la turca como el Pequeño Príncipe Cojo y volar empujado por la fuerza de la personalidad.

Esto último era lo que hacíamos, volar sobre una alfombra... sin alfombra. Hacía una noche estupenda para volar (en Nevia todas las noches son estupendas; dicen que en la estación de las lluvias sólo llueve un poco antes del amanecer), y la luna mayor plateaba el terreno debajo de nosotros. Los bosques se convertían en grupos de árboles; el bosque al cual nos dirigíamos aparecía negro a lo lejos, mucho más alto y enormemente más imponente que los bonitos bosques que dejábamos atrás. Muy lejos, a la izquierda, se divisaban algunos campos de la casa Lerdki.

Llevábamos unos dos minutos en el aire cuando Rufo dijo: «¡Perdonadme!», y volvió su cabeza a un lado. No tiene un estómago débil; no derramó una sola gota sobre nosotros. Lo soltó en forma de surtidor. Aquel fue el único incidente de un vuelo perfecto.

Poco antes de que alcanzáramos los altos árboles Star exclamó: *«¡Amech!».* Nos detuvimos como un helicóptero, y descendimos verticalmente. La flecha reposó en el suelo delante de nosotros, de nuevo muerta. Rufo la devolvió a su carcaj.

-¿Cómo te encuentras? -le pregunté-. ¿Y cómo va tu pierna?

Rufo tragó saliva.

-La pierna está bien. Pero el suelo sube y baja.

-¡Silencio! .-susurró Star-. Rufo está perfectamente. ¡Pero silencio, por vuestras vidas!

Inmediatamente nos pusimos en marcha, yo delante con la espada desenvainada, Star detrás de mí, y Rufo detrás de ella, con una flecha en la ballesta.

El cambio de la luz de la luna a una sombra profunda resultaba cegador, y avancé palpando los troncos de los árboles y rezando por que ningún dragón se interpusiera en mi camino. Desde luego, sabia que los dragones duermen por la noche, pero no me fío un pelo de los dragones. Tal vez los solteros monten guardia, tal como hacen los babuinos solteros. Yo deseaba ceder aquel lugar de honor a San Jorge y ocupar una posición más a retaguardia.

En un momento determinado mi olfato captó un inconfudible olor a almizcle. Me detuve, esperé, y lentamente adquirí consciencia de una forma del tamaño de una casa de campo: un dragón, durmiendo con la cabeza apoyada en su cola; Conduje a mis compañeros alrededor del animal, sin hacer el menor ruido y confiando en que los latidos de mi corazón no resultarían tan audibles para los demás como para mí.

Mi visión estaba mejorando ahora, ayudada por algún ocasional rayo de luna que se filtraba a través de las copas de los árboles.., y por algo más. El suelo era musgoso y despedía una leve fosforescencia, como la que desprende a veces un tronco podrido. No demasiada. Oh, muy poca. Pero era como entrar en una habitación oscura, sin ver casi nada al principio, pero mejorando a medida que los ojos se adaptan a la falta de luz. Ahora podía ver árboles, y el suelo... y dragones.

Antes había pensado: «Oh, ¿qué son una docena de dragones en un bosque enorme? Lo más probable es que no veamos ninguno, del mismo modo que no le echamos la vista encima a un venado la mayoría de los días en una región en la que abundan los venados.»

El hombre que obtenga la concesión de aparcamiento nocturno en aquel bosque ganará una fortuna si inventa un sistema para que los dragones paguen. Hasta donde alcanzaba nuestra vista, no dejábamos de ver un dragón ni un solo instante.

Desde luego, no son dragones. No, son más feos. Son saunos, más parecidos a *tyrannosaurus rex* que a cualquier otra cosa: grandes cuartos traseros y pesadas patas posteriores, cola voluminosa, y patas delanteras más pequeñas que utilizan para andar o para agarrar su presa. La cabeza es casi todo dientes. Son omnívoros, en tanto que tengo entendido que el *t. rex* come solamente carne. Esto no representa ninguna ayuda; los dragones comen carne cuando pueden obtenerla, la prefieren. Además, aquellos no-tan-pseudo-dragones habían desarrollado aquel truco encantador de quemar sus propios gases. Pero ningún capricho evolutivo puede ser considerado corno raro si se utiliza como término de comparación la manera de hacer el amor de los pulpos.

En una ocasión, muy lejos y a la izquierda, brotó un enorme chorro de llamas, acompañado de un gruñido semejante al de un cocodrilo muy viejo. La luz brillé durante varios segundos, y luego se apagó. No me pregunten: dos machos disputándose a una hembra tal vez. Seguimos avanzando, pero tuve que aminorar el paso cuando la luz se apago, ya que incluso aquello era suficiente para afectar a nuestros ojos hasta que recuperamos nuestra visión nocturna.

Yo soy alérgico a los dragones... literalmente, es decir, al margen del miedo que me inspiran. Tan alérgico como el pobre Rufo a la dramamina, pero más de como la piel de gato afecta a algunas personas.

Mis ojos empezaron a lagrimear en cuanto estuvimos en aquel bosque, luego mis senos nasales se obturaron, y antes de haber recorrido medio kilómetro estaba utilizando mi puño izquierdo para frotar mi labio superior con todas mis fuerzas, tratando de reprimir un estornudo. Al final no pude contenerlo, y me apreté la nariz con los dedos y me mordí los labios, y la explosión interna casi reventé mis tímpanos. Ocurrió cuando estábamos bordeando el extremo meridional de un ejemplar del tamaño de un camión con remolque; me paré en seco, y mis compañeros se pararon, y esperamos. El bicho no se despertó.

Cuando reemprendí la marcha, mi amada se acercó a mí y me agarró del brazo; volví a pararme. Star rebuscó en su bolsa, encontró algo y, silenciosamente, frotó con ello mi nariz y mis fosas nasales; luego, con un suave empujón, me indicó que podíamos continuar.

Al principio mi nariz quedó muy fría, como si me hubiera aplicado pomada Vick's; luego se entumeció, y de pronto empezó a despejarse.

Después de más de una hora de deslizarnos a través de altos árboles y formas gigantescas, creí que estaban a punto de terminar nuestros apuros. La Cueva de la Puerta debía encontrarse a cosa de un centenar de metros delante de nosotros, y pude ver la elevación del terreno donde debía hallarse la entrada.., y solamente un dragón en nuestro camino y no en línea recta.

Apresuré el paso.

Allí estaba aquel pequeñajo, no mayor que un canguro y casi de la misma forma, aparte de unos dientes de leche de diez centímetros de longitud. Tal vez era tan joven que tenía que despertarse para mamar durante la noche, no lo sé. Lo único que sé es que pasé cerca de un árbol detrás del cual estaba él, y le pisé la cola, ¡y él *berreó!*

Tenía motivo para hacerlo. Pero desencadené la catástrofe. El dragón adulto situado entre nosotros y la cueva despertó inmediatamente. No era muy grande... digamos unos doce metros, incluida la cola.

El bueno de Rufo entró en acción como si hubiera tenido muchísimo tiempo para ensayar, precipitándose hacia el extremo sur de la fiera, con una flecha en la ballesta, presto a disparar.

-¡Procura que levante la cola! -me gritó.

Corrí hacia la parte delantera y traté de enfurecer al animal, gritando y agitando mi espada, mientras me preguntaba qué distancia podía alcanzar

aquel lanzallamas. Sólo hay cuatro lugares en los que colocar una flecha en un dragón neviano; el resto está acorazado como un rinoceronte, pero con una coraza más dura. Esos cuatro lugares son la boca (cuando está abierta), los dos ojos (un blanco difícil: son pequeños y porcinos), y aquel lugar directamente debajo de su cola donde casi cualquier animal es vulnerable. Yo había calculado que una flecha colocada en aquella zona delicáda debería aumentar poderosamente aquella sensación de «prurito y ardor» a la que aluden unos pequeños anuncios en los periódicos, esos que dicen: ¡EVITE LA CIRUGIA!

Mi idea era la de que, si el dragón, no demasiado inteligente, era fastidiado insoportablemente por los dos extremos al mismo tiempo, su coordinación se iría al diablo y podríamos hostigarle hasta que resultara inofensivo o, mejor todavía, se mareara y huyera. Pero yo tenía que obligarle a levantar la cola, a fin de que Rufo pudiera dispararle una flecha. Aquellos animales, tan pesados como el antiguo *t.rex,* atacan con la cabeza y las patas delanteras levantadas, y para mantener el equilibrio tienen que alzar la cola.

El dragón movía su cabeza de un lado a otro y yo trataba de moverme en sentido contrario al de su cabeza, para mantenerme fuera de la línea de fuego... y nunca mejor aplicada la expresión. Súbitamente, capté el primer soplo de metano, olfateándolo antes de que se inflamara, y retrocedí tan aprisa que tropecé con aquel bebé al que antes había pisado, pasé por encima de él, aterricé sobre mis hombros y rodé sobre mí mismo, y aquello me salvé. Las llamas se proyectaban hasta unos siete metros. El dragón adulto se había erguido y podía haberme achicharrado, pero el bebé se interponía entre nosotros. No soltó la llama.., pero Rufo aulló:

-¡He hecho blanco!

El motivo de que retrocediera a tiempo fue la halitosis. Dicen que «el metano puro es un gas incoloro e inodoro». El metano del dragón no era puro; estaba tan cargado de acetonas y aldehidos caseros que su hedor era horrible.

Star, al aplicarme aquel ungüento para despejar mi nariz, me salvó la vida. Con la nariz obstruida, no puedo oler ni siquiera mi labio superior.

La acción no se interrumpió mientras yo pensaba todo esto; mejor dicho, lo pensé antes o después, no durante. Inmediatamente después de que Rufo hiciera blanco, el animal se mostró profundamente indignado, abrió de nuevo la boca sin vomitar fuego, y trató de alcanzarse el trasero con sus dos manos. No lo consiguió -sus patas delanteras eran demasiado cortas-, pero lo intentó. Yo había envainado apresuradamente mi espada al comprobar la longitud de aquel chorro de llama y había empuñado mi ballesta. Tuve tiempo de colocar una flecha en la boca del dragón, en la amígdala izquierda tal vez.

Aquel mensaje recibió una rápida respuesta. Con un grito de rabia que sacudió el suelo, el animal se precipité hacia mí, vomitando fuego... y Rufo auló:

-¡Otra almorrana reventada!

Yo estaba demasiado ocupado para felicitarle; aquellos bichos eran rápidos para su tamaño. Pero yo también soy rápido, y tenía más incentivo. Una mole tan grande no puede cambiar de dirección con mucha rapidez, pero puede

hacer oscilar su cabeza y con ella la llama. Cuando ésta chamuscó mis pantalones me moví todavía más aprisa, girando en círculos en torno al dragón.

Star colocó cuidadosamente una flecha en la otra amígdala, exactamente por donde brotaba la llama, mientras yo corría. Entonces, el pobre bicho intentó tan desesperadamente girar a *ambos* lados al mismo tiempo que se enredó con sus propios pies y cayó al suelo, provocando un pequeño terremoto. Rufo hundió otra flecha en su trasero, y Star solté una que atravesé su lengua y se clavó en el paladar, sin causarle un gran daño pero molestándole horriblemente.

Con un visible esfuerzo el animal se puso en pie, se irguió, y trató de nuevo de achicharrarme. La idea no me gusté, desde luego.

Y la llamó se apagó.

Era algo que yo había esperado que sucediera. Un dragón como es debido, con castillos y princesas cautivas, tiene todo el fuego que necesita, como los seis tiros en las películas del Oeste. Pero aquellos animales fermentaban su propio metano y no podían tener un tanque de reserva demasiado grande ni a una presión demasiado elevada.., o al menos así lo esperaba yo. Si lográbamos obligarle a gastar toda su munición, podríamos disponer de un espacio de tiempo de relativa seguridad mientras volvía a cargar.

Entretanto, Rufo y Star no le dejaban en paz con sus flechas, como si fuera un acerico. Realizó un verdadero esfuerzo para volver a vomitar fuego mientras yo cruzaba rápidamente, procurando mantener entre él y yo al berreante dragoncillo, y se comportó como un Ronson casi seco; la llama parpadeó y prendió, recorrió un par de metros, y se apagó. Pero el animal se había esforzado tanto en su tentativa por alcanzarme con aquel último chorro de llama que volvió a desplomarse.

Me arriesgué, confiando en que permanecería aturdido un par de segundos como un hombre que acaba de recibir un duro golpe, corrí hacia él, y hundí mi espada en su ojo derecho.

Se agité espasmódicarnente y se inmovilizó.

(Un golpe de suerte. Dicen que los dinosaurios de ese tamaño tienen un cerebro no mayor que una castaña. Vamos a admitir que este animal tuviera un cerebro del tamaño de un melón... pero incluso así se necesita suerte para pinchar un ojo y alcanzar directamente el cerebro. Nada de lo que le habíamos hecho hasta entonces eran más que picaduras de mosquito. Pero murió de aquel pinchazo. San Miguel y San Jorge guiaron mi espada.)

Y Rufo aulló:

-¡Jefe! ¡Corramos a casa!

Una manada de dragones se precipitaba hacia nosotros. Producían la misma impresión que aquel ejercicio de teórica en el que había que excavar un agujero, metense dentro y dejar que un tanque pasara por encima.

-¡Por aquí! -aullé-. ¡Rufo! ¡Por aquí, no por allí! *¡Star!*

Rufo frenó su carrera y siguió la dirección que yo le indicaba. Y vi la boca de la cueva, negra como el pecado y tan atractiva como los brazos de una madre.

Star se quedó atrás; la empujé, y Rufo tropezó detrás de ella, y di media vuelta para enfrentarme con más dragones por el amor de mi dama.

Pero Star empezó a aullar:

-¡Mi señor! ¡Oscar! ¡Métete dentro, idiota! ¡Yo *tengo que instalar las defensas!*

De modo que me apresuré a entrar, y ella lo hizo, y nunca le pedí cuentas por haber llamado idiota a su marido.

XIII

El dragón más pequeño nos siguió hasta la cueva, no beligerantemente (aunque yo no confío en nada con unos dientes de ese tamaño) sino más bien, creo, como un patito sigue a cualquiera que marque el camino. Intentó entrar detrás de nosotros, pero retrocedió bruscamente cuando su hocico tocó la barrera invisible, como un gatito alcanzado por una chispa de electricidad estática. Luego se dedicó a merodear por los alrededores, emitiendo sonidos semejantes a sollozos.

Empecé a preguntarme si las defensas de Star podrían detener o no las llamas. Encontré la respuesta poco después, cuando un viejo dragón introdujo su cabeza en la abertura, la echó hacia atrás sorprendido e indignado como había hecho la cría, y luego nos miró fijamente e hizo funcionar su lanzallamas.

No, las defensas no detenían las llamas.

Nos habíamos adentrado en la cueva lo suficiente como para que el fuego no nos alcanzara, pero el humo, la peste y el calor eran horribles y podían resultar tan nocivos como las propias llamas si el juego se repetía.

Una flecha silbó junto a mi oído, y aquel dragón perdió todo interés en nosotros. Fue reemplazado por otro que no estaba convencido. Rufo, o posiblemente Star, le convencieron antes de que tuviera tiempo de encender su antorcha. La atmósfera se aclaró; desde alguna parte del interior sopló una fuerte corriente de aire,

Entretanto, Star había encendido una luz, y los dragones éstaban celebrando una indignada reunión. Miré detrás de mí: un pasadizo bajo y estrecho que descendía y giraba. Dejé de prestar atención a Star y a Rufo y al interior de la cueva; otro comité estaba llamando.

Alcancé al presidente en su paladar blando antes de que pudiera eructar. El vicepresidente ocupó su puesto e hizo una observación de unos cinco metros de longitud antes de cambiar, también él, de opinión. Los miembros del comité retrocedieron y se aullaron malos consejos unos a otros.

El dragón pequeñito merodeaba por allí mientras ocurría todo esto. Cuando los adultos se retiraron se acercó de nuevo a la puerta, a poca distancia de donde se había quemado la nariz.

-¿Koo-werp? -dijo, en tono plañidero-. ¿Koo-werp? ¡Keet!

Era evidente que quería entrar.

Star tocó mi brazo.

-Cuando mi señor marido quiera, estamos preparados.

-¡Keet!

-¡De acuerdo -convine, y luego aullé-: ¡Lo siento, muchacho! Vuelve con tu mamá.

Rufo se encogió de hombros.

-Probablemente no puede hacerlo -comenté-. Seguro que el dragón que liquidamos era su madre.

No contesté, ya que la cosa tenía sentido; el dragón adulto que habíamos eliminado se había despertado inmediatamente cuando le pisé la cola al chaval. Esto sonaba a amor maternal, si es que los dragones conocen el amor maternal, cosa que ignoro.

Pero es un fastidio que uno no pueda matar a un dragón y sentirse después libre de todo remordimiento.

Nos adentramos en aquella colina inclinándonos para eludir estalactitas y sorteando estalagmitas mientras Rufo abría la marcha con una antorcha. Llegamos a una cámara abovedada con un suelo liso y vitrificado por un número desconocido de años de sedimentación calcificada. Tenía estalactitas en suaves tonos pastel cerca de las paredes y un candelabro encantador, casi simétrico en el centro, pero sin ninguna estalagmita debajo de él. Star y Rufo habían pegado trozos de la masilla luminiscente que es la iluminación nocturna habitual en Nevia en una docena de puntos alrededor de la estancia; la bañaban en una suave luz y hacían resaltar las estalactitas.

Entre ellas Rufo me mostró telarañas.

-Esos bichos son inofensivos -me dijo-. Sólo grandes y feos. Ni siquiera muerden como una araña. Pero... ¡cuidado donde pisas! -Me empujé hacia atrás-. Esos animales son venenosos incluso al tacto. Gusanos ciegos. Eso es lo que nos ha retrasado tanto. Teníamos que asegurarnos de que el lugar estaba limpio antes de instalar las defensas. Pero ahora que *Ella* está instalando defensas en las entradas, daré otro repaso.

Los llamados gusanos ciegos eran unos animales translúcidos e iridiscentes del tamaño de serpientes de cascabel y viscosos como lombrices; me alegré de que estuvieran muertos. Rufo los ensarté en su espada y se los llevó a través de la entrada por la que habíamos llegado.

Regresó en seguida, y Star terminó con su instalación.

-Eso está mejor -dijo Rufo con un suspiro, y empezó a limpiar la hoja de su espada-. No me gusta su olor en la casa. Se pudren rápidamente y me recuerdan las pieles sin curtir. O la copra. ¿Te he contado alguna vez lo que me pasó cuando me embarqué como cocinero en Sydney? Teníamos un segundo oficial que no se bañaba nunca y que compartía su camarote con un pingüino.

Hembra, desde luego. Aquel pajarraco no iba más limpio que su amo y solía...

-Rufo -dijo Star-, ¿me ayudarás con el equipaje?

-Voy, mi dama.

Sacaron comida, colchonetas, más flechas, cosas que Star necesitaba para su brujería o lo que fuera, y cantimploras para llenar de agua, también de la caja. Star me había advertido ya de que Karth-Hokesh era un lugar donde la química local no era compatible con la vida humana; todo lo que comiéramos o bebiéramos teníamos que traerlo con nosotros.

Contemplé aquellas cantimploras de un litro con muy poco entusiasmo.

-Nena, creo que estamos limitando demasiado las raciones y el agua.

Star agité la cabeza.

-No necesitaremos más, de veras.

-Lindbergh cruzó el Atlántico con un simple bocadillo de manteca de cacao -observé Rufo-. Aunque yo le había aconsejado que se llevara algo mas.

-¿Cómo sabes que no necesitaremos más? -insistí-. Especialmente agua.

-Yo estoy llenado la mía con brandy -dijo Rufo-. Tú repartirás conmigo, y yo repartiré contigo.

-Amor mío, el agua pesa mucho. Si tratamos de cargar con todo para un caso de emergencia, como el Caballero Blanco, será un engorro para luchar. Tengo que hacer un gran esfuerzo para conducir a tres personas, armas y un mínimo de ropas. Los cuerpos vivos no plantean tantos problemas: puedo tomar prestada energía de vosotros dos. A continuación vienen los materiales otrora vivientes; creo que habréis observado que nuestras ropas son de lana, nuestras ballestas de madera y las cuerdas de tripa. Las cosas que nunca vivieron son más pesadas, especialmente el acero, pero necesitamos espadas y, si tuviéramos aún armas de fuego, me esforzaría hasta el límite para transportarlas, ya que ahora las necesitaremos. Sin embargo, mi señor Héroe, me limito a informarte. Tú debes decidir.., y yo estoy segura de que puedo cargar con todo lo que consideres indispensable. De modo que elige lo que tu genio te sugiera.

-Mi genio se ha ido a pescar. Pero, Star, amor mío, hay una respuesta muy sencilla. Llevárnoslo todo.

-¿Mi señor?

-Jocko nos proporcionó media tonelada de comida, según parece, y vino suficiente para emitir un empréstito, y un poco de agua. Además de una amplia variedad de las mejores herramientas de Nevia para matar, pinchar y cortar. Incluso armaduras. Y más cosas. En esa caja hay lo suficiente corno para resistir un asedio, sin comer ni beber nada de Karth-Hokesh. Lo bueno del caso es que sólo pesa alrededor de seis kilos, empaquetado. Si me lo cargo a la espalda no notaré el peso ni andaré más despacio. Y podría protegerme de un ataque por la retaguardia. ¿Qué te parece la idea?

La expresión de Star habría encajado en una madre cuyo hijo acabara de decirle que sabía que lo de la cigüeña era un cuento chino y se preguntara cómo eludir un tema espinoso.

-Mi señor marido, la masa es demasiado grande. Dudo que ninguna bruja o hechicero pudiera moverla sin ayuda.

-Pero, ¿plegada?

-Eso no cambia las cosas, mi señor; la masa continúa ahí.., todavía más peligrosamente ahí. Piensa en un potente muelle, muy comprimido de modo que resulte muy pequeño, y almacenando así mucha energía. Hace falta una fuerza enorme para situar una caja plegable a través de una transición en su forma compacta, o estallaría.

Recordé un volcán de barro que nos había empapado, y dejé de discutir.

-De acuerdo, estoy equivocado. Pero uno pregunta: si la masa está siempre ahí, ¿por qué pesa tan poco una vez plegada?

La misma expresión de antes asomé al rostro de Star.

-Perdona, mi señor, pero no compartimos el lenguaje, el lenguaje matemático, que me permitiría contestar. Sin embargo, me reafirmo en mi promesa de que tendrás la posibilidad de estudiar, si lo deseas. Como simple sugerencia, piensa en ello como un remolque espacial. O piensa en la masa como en algo tan sumamente lejano, en una nueva dirección, de los lados de la caja plegable que la gravitación local apenas importa.

(Recordé una ocasión en la que mi abuela me había pedido que le explicara la televisión: las entrañas, no las divertidas imágenes. Hay cosas que no pueden ser enseñadas en diez lecciones elementales, ni popularizadas para las masas; requieren años enteros de sudor mental. Esto resulta inconcebible en una época en la que la ignorancia reclama sus derechos yla opinión de un hombre es tan buena como la de otro. Pero es así. Como dice Star, el mundo es lo que es...y no perdona la ignorancia).

Pero mi curiosidad no había quedado satisfecha.

-Star, ¿existe alguna manera de decirme por qué algunas cosas se transportan con más facilidad que otras? ¿La madera más fácilmente que el hierro, por ejemplo?

Star se encogió de hombros.

-No, porque yo misma no lo sé. La magia no es una ciencia, es una serie de sistemas para hacer cosas... sistemas que funcionan pero que a menudo no sabemos por qué.

-Algo así como la ingeniería. Se planea de acuerdo con la teoría, y luego... que sea lo que Dios quiera.

-Sí, mi señor marido. Un mago es una especie de ingeniero con un solo pulgar.

-Y un filósofo -intervino Rufo- es un científico sin ningún pulgar. Yo soy un

filósofo. La mejor de todas las profesiones.

Star le ignoré y sacó un bloque de abocetar, mostrándome lo que sabía de la gran torre de la cual debíamos robar el Huevo de Fénix. Aquel bloque parecía ser un gran cubo de plexiglás; tenía aspecto de plexiglás, el tacto del plexiglás, y retenía las huellas dactilares como el plexiglás.

Pero Star tenía un largo puntero que hundió en el bloque como si fuera de aire. Con su punta podía dibujar en tres dimensiones; dejaba una delgada línea brillante donde ella quería: una pizarra tridimensional.

Aquello no era magia; era tecnología avanzada.., y mandaría al diablo todos nuestros métodos de dibujo industrial cuando la aprendiéramos, especialmente para montajes complicados tales como motores de aviación y circuitos de UHF: mejor incluso que la isometría con superposiciones transparentes. El bloque tenía unos treinta centímetros de longitud, y el boceto situado en su interior podía ser examinado desde cualquier ángulo.., incluso volteado y estudiado desde su parte inferior.

La Torre de Dos Kilómetros de Altura no era un campanario sino un bloque macizo, algo semejante a esos edificios escalonados de Nueva York, pero inmensamente mayor.

Su interior era un laberinto.

-Mi señor paladín -dijo Star en tono de disculpa-, cuando salimos de Niza había en nuestro equipaje un boceto completo de la Torre. Ahora tengo que trabajar de memoria. Sin embargo, había estudiado el boceto durante tanto tiempo que creo que puedo fijar las relaciones correctamente, aunque las proporciones no sean exactas. Me siento segura de los caminos verdaderos, los caminos que conducen al Huevo. Es posible que los falsos caminos y los callejones sin salida no sean tan completos; no los estudié tan a fondo.

-No veo qué importancia puede tener eso -le aseguré-. Si conozco los caminos verdaderos, cualquiera que no conozca será falso. Y no lo utilizaremos. Excepto para ocultarnos, en caso de apuro.

Star dibujó los caminos verdaderos en rojo brillante, los falsos en verde... y había mucho más verde que rojo. El individuo que había diseñado aquella torre tenía una mente retorcida. Lo que parecía ser la entrada principal era un camino ascendente que se bifurcaba y convergía, pasaba cerca de la Cámara del Huevo... y luego retrocedía por una tortuosa ruta y le devolvía a uno al exterior, como el «La Salida en Esta Dirección» de P. T. Barnum.

Otros caminos se adentraban en la torre y le conducían a uno a laberintos de los que no era posible salir siguiendo- la-pared-izquierda. Si uno lo hacía, se exponía a morirse de hambre. Incluso los caminos marcados en rojo eran muy complicados. A menos de que uno supiera dónde estaba guardado el Huevo, podía entrar correctamente... y pasarse este año y el mes de enero del año próximo buscando mutilmente.

-Star, ¿has estado en la Torre?

-No, mi señor. He estado en Karth-Hokesh. Pero muy lejos de la Torre, en las Colinas de las Grutas. Sólo la he visto desde una gran distancia.

-Alguien tiene que haber estado en ella. No creo que tus... adversarios.., te hayan enviado un mapa.

Star dijo sobriamente:

-Mi señor, sesenta y tres hombres valientes han muerto reuniendo la información que ahora te ofrezco.

(¡De modo que íbamos a por la tentativa número sesenta y cuatro!)

-¿Hay alguna posibilidad de estudiar solamente los caminos marcados en rojo?

-Desde luego, mi señor.

Star tocó un control y las líneas verdes se borraron. Los caminos rojos partían cada uno de ellos de una de las tres aberturas, una «puerta» y dos «ventanas».

Señalé el nivel más bajo.

-¿Esta es la única de treinta o cuarenta puertas que conducen al Huevo?

-En efecto.

-Entonces, pueden estar esperándonos detrás de esa puerta para acabar con nosotros.

-Parece lo más probable, mi señor.

-Mmmm... -Me volví hacia Rufo-. Rufo, ¿tienes alguna cuerda larga, fuerte y que pese poco en esa caja?

-Tengo algo que Jocko utiliza para los montacargas. Parecido al hilo de pescar más resistente, con una capacidad de aguante de seiscientos kilos, aproximadamente.

-¡Buen muchacho!

-Imaginé que podrías necesitarlo. ¿Te basta con un millar de metros?

-Sí. ¿Algo más ligero que eso?

-Un poco de hilo de pescar truchas.

Al cabo de una hora habíamos realizado todos los preparativos que se me ocurrieron, y aquel laberinto estaba grabado en mi cerebro de un modo tan indeleble como el alfabeto.

-Star, querida, estamos preparados para ponernos en marcha. ¿Quieres darle cuerda a tu sortilegio?

-No, mi señor.

-¿Por qué no? Es mejor actuar rápidamente.

-Porque no puedo, cariño. Esas Puertas no son verdaderas puertas; existe siempre un problema de sincronización. Esta se abrirá, durante unos cuantos

minutos, dentro de siete horas, y luego no volverá a abrirse durante varias semanas.

Fruncí el ceño, asaltado por un desagradable pensamiento.

-Si los tipos con los que tenemos que vérnoslas saben esto, nos atacarán en cuanto crucemos la Puerta.

-Espero que no, mi señor paladín. Seguramente esperarán nuestra aparición en las Colinas de las Grutas, ya que saben que tenemos una Puerta en alguna parte de aquellas colinas... y en realidad aquella es la Puerta que yo pensaba utilizar. Pero esta Puerta, aunque ellos conocen su existencia, está tal mal situada -para nosotros-, que no creo que esperen que nos atrevamos a utilizarla.

-Cada vez me alegras más el corazón con tus palabras. ¿Has pensado en decirme algo acerca de lo que debemos esperar? ¿Tanques? ¿Caballería? ¿Grandes gigantes verdes con orejas peludas?

Star se mostró preocupada.

-Cualquier cosa que te dijera te desorientaría, mi señor. Podemos suponer que sus tropas serán elementos mecánicos más bien que verdaderos seres vivientes.., lo cual significa que pueden ser cualquier cosa. Asimismo, cualquier cosa puede ser ilusoria. ¿Te he hablado de la gravedad?

-Creo que no.

-Perdóname, estoy cansada y mi mente no es aguda. La gravedad varía, a veces erráticamente. A un nivel determinado parecerá muy baja, y luego aumentará rápidamente. Y otras cosas.., cualquiera de las cuales puede ser una ilusión.

Rufo dijo:

-Jefe; si se mueve, dale fuerte; si habla, córtale el pescuezo. Eso echa a perder la mayoría de las ilusiones. No necesitas un programa de actuación; allí sólo estaremos nosotros.., y todos los demás. De modo que, en caso de duda, mátalo. No hay que sudar por anticipado.

Sonreí.

-No hay que sudar por anticipado. De acuerdo, nos preocuparemos cuando lleguemos allí. De modo que basta de charla.

-Si, mi señor marido -asintió Star-. Será mejor que aprovechemos estas horas que faltan para dormir un poco.

Algo en su voz había cambiado. La miré, y también ella era sutilmente distinta. Parecía más pequeña, más delicada, más femenina y sumisa que la Amazona que había disparado flechas contra un animal que pesaba cien veces más que ella, hacía menos de dos horas.

-Una buena idea -dije lentamente, y miré a mi alrededor. Mientras Star había estado dibujando los laberintos de la Torre, Rufo había vuelto a empaquetar lo que no podíamos llevarnos y -ahora me di cuenta- había colocado una

colchoneta en un extremo de la cueva, y las otras dos juntas tan lejos de la primera como era posible.

Interrogué silenciosamente a Star, mirando a Rufo y encogiéndome de hombros, como queriendo decir: «¿Y ahora qué?»

La mirada que Star me dirigió no dijo ni sí ni no. Pero se volvió hacia Rufo.

-Rufo, acuéstate y dale una oportunidad a esa pierna. No te tiendas sobre ella. Túmbate boca abajo o de cara a la pared.

Por primera vez, Rufo manifestó su desaprobación de lo que habíamos hecho. Respondió bruscamente, no a lo que Star había dicho, sino a lo que podían implicar sus palabras:

-¡No podríais contratarme para que mirara!

Star me dijo, en voz tan baja que apenas la oí:

-Perdónale, mi señor marido. Es viejo y tiene sus manías. En cuanto se haya acostado apagaré las luces.

Susurré:

-Star, querida, esta no es la idea que yo tengo de una luna de miel.

Star me miró a los ojos.

-¿Es esta tu voluntad, amor mío?

-Sí. La receta habla de una copa de vino y una rebanada de pan. No dice una sola palabra acerca de un rodrigón. Lo siento.

Star apoyó una esbelta mano contra mi pecho y alzó la mirada hacia mi.

-Yo me alegro, mi señor.

-¿De veras?

No comprendí por qué tenía que decir aquello.

-Sí. Los dos necesitamos dormir. Pienso en lo que nos espera mañana. Y tu fuerte brazo puéde garantizarnos muchos mañanas.

Me sentí mejor y le devolví su sonrisa.

-De acuerdo, princesa mía. Pero dudo de que pueda dormir.

-¡Dormirás!

-¡Quieres apostar algo?

-Escúchame, mi señor, amor mío. Mañana... después de que hayas triunfado.., marcharemos rápidamente a mi hogar. No más esperas, no más problemas. Quiero que conozcas el idioma de mi hogar, de modo que no te sientas como un extraño. Quiero que sea también tu hogar, inmediatamente. ¿De acuerdo? ¿Quiere mi señor marido acostarse en seguida? ¿Tumbarse de espaldas y permitirme que le dé una lección de idioma?

Dormirás, cariño mío, sabes perfectamente que dormirás.

-Bueno... es una idea excelente. Pero tú necesitas dormir todavía más que yo.

-Perdona, mi señor, pero no es así. Cuatro horas de sueño pondrán alas en mis pies y una canción en mis labios.

-Bueno...

Cinco minutos más tarde estaba tumbado de espaldas, mirándome en los ojos más bellos de cualquier mundo, y escuchando la voz amada de Star hablándome suavemente en un idioma desconocido para mí...

XIV

Rufo estaba sacudiendo mi hombro.

-¡El desayuno, Jefe! -Introdujo un bocadillo en mi mano y una lata de cerveza en la otra-. Esto es suficiente para luchar, y el almuerzo ya está empaquetado. He preparado ropas limpias y tus armas, y te vestiré en cuanto hayas terminado. Pero date prisa. Sólo disponemos de unos cuantos minutos.

El ya estaba vestido y armado.

Bostecé, ataqué el bocadillo (anchoas, jamón y mahonesa, con algo que no era del todo tomate y lechuga), y miré a mi alrededor. El lugar a mi lado estaba vacío, pero Star parecía haberse levantado muy poco antes; no estaba vestida. Estaba arrodillada en el centro de la cueva, trazando un gran dibujo en el suelo.

-Buenos días, parlanchina -dije-. ¿Un pentáculo?

-Mmmm... -respondió Star, sin alzar la mirada.

Me acerqué a mirar lo que estaba haciendo. Fuera lo que fuese, no estaba basado en la estrella de cinco puntas. Tenía tres centros principales, era muy complicado, había anotaciones aquí y allá -no reconocí ni el idioma ni el tipo de escritura-, y el único sentido que pude extraer de ello era que parecía ser un hipercubo visto de frente.

-¿Has desayunado, cariño?

-Esta mañana ayuno.

-Has adelgazado mucho. ¿Qué es eso, un tesseract?

-¡Cállate!

Luego, Star echó sus cabellos hacia atrás, alzó la mirada y sonrió disculpándose.

-Lo siento, querido. Soy una bruja, desde luego. Pero, por favor, no mires por encima de mi hombro. Tengo que hacer esto de memoria; perdí mis libros en el marjal... y es difícil. Y no hagas preguntas ahora, por favor, por favor. Podrías

hacer vacilar mi confianza.., y debo tener una seguridad absoluta en mí misma.

Hice una reverencia.

-Perdonad, mi dama.

-No te pongas serio conmigo, querido. Quiéreme de todas maneras, dame un beso rápido... y luego déjame ser yo misma.

De modo que me incliné sobre ella y le di un beso rico en calorías, con mahonesa, y la dejé ser ella misma. Me vestí mientras terminaba con el bocadillo y la cerveza, y luego me dirigí a un nicho natural, situado muy cerca de las defensas en el pasadizo, que había sido destinado a lavabo masculino. Cuando regresé, Rufo estaba esperando con mi espada y mi cinto.

-Jefe, llegarás tarde a tu propio ahorcamiento.

-Eso espero.

Unos minutos más tarde estábamos de pie sobre aquel diagrama, Star en la posición del *pitcher*, y Rufo y yo como primero y tercer bases. Rufo y yo íbamos muy cargados, yo con dos cantimploras y la espada y el cinto de Star (en su último agujero), además del mío, y Rufo con la ballesta y el carcaj de Star, el maletín médico y el almuerzo. Los dos llevábamos la ballesta debajo del brazo izquierdo y la espada desenvainada. Los pantalones de Star estaban debajo de mi cinturón, en la parte de atrás, ondeando como un rabo; su chaqueta estaba doblada debajo del cinturón de Rufo, en tanto que sus borceguíes y su sombrero estaban metidos en bolsillos.., etc. Parecíamos unos traperos.

Pero esto dejaba libres la mano izquierda de Rufo y la mía. Nos colocamos de cara al exterior con las espadas a punto, echamos hacia atrás la mano libre, y Star agarró nuestras manos con fuerza. Star se encontraba en el centro exacto, con los pies separados y plantados sólidamente en el suelo, sin más atuendo que el que se exige profesionalmente a las brujas cuando realizan una tarea difícil, es decir, ni siquiera una horquilla. Tenía un aspecto magnífico, con los cabellos sueltos, los ojos brillantes y el rostro enrojecido y lamenté de veras tener que darle la espalda.

-¿Preparados, mis galanes? -preguntó Star, en tono excitado.

-Preparados -confirmé.

-Ave, Imperatrix, nos morituri te...

-¡Déjate de tonterías, Rufo! ¡Silencio!

Star empezó a canturrear en un idioma desconocido para mí. Los pelos de mi nuca se erizaron.

Star se interrumpió, apretó nuestras manos con mucha fuerza y gritó:

-¡Ahora!

Tan de golpe como se cierra una puerta, descubro que soy un héroe de Booth Tarkington en una situación de Mickey Spillane.

No tengo tiempo para lamentarme.. Aquí está esta cosa delante de mí, a punto de atacarme, de modo que hundo mi hoja a través de sus tripas y la libero mientras él decide de qué lado caerse; luego obsequio con el mismo tratamiento a su camarada. Otro está agachado y tratando de alcanzarme en las piernas, más allá de las piernas de sus compañeros espachurrados. Estoy tan ocupado como un empapelador de paredes manco, y apenas noto un tirón en mi cinto cuando Star recupera su espada.

Luego observo cómo mata al tipo que quiere liquidarme. Star está en todas partes al mismo tiempo, desnuda como una rana y dos veces más vivaracha. Noto una sensación como de ascensor en caída libre, y la súbita disminución de la gravedad podría haber resultado fastidiosa si hubiésemos tenido tiempo para permitírnoslo.

Star la aprovecha. Después de ensartar al tipo que trataba de liquidarme, vuela por encima de mi cabeza y de la cabeza de un nuevo escollo, pinchándole en el cuello al pasar.., y deja de ser un escollo.

Pienso que Star ayuda a Rufo pero no puedo pararme a comprobarlo. Oigo los gruñidos de Rufo detrás de mí y eso me revela que aún está dando más de lo que recibe.

Súbitamente, Rufo grita «¡Abajo!», y algo golpea la parte posterior de mis rodillas y desciendo.., aterrizando limpiamente, y estoy a punto de ponerme de pie cuando me doy cuenta de que Rufo está tumbado en el suelo, boca abajo, disparando lo que tiene que ser un arma de fuego contra un blanco móvil a través de la llanura, él mismo detrás del cadáver de uno de nuestros compañeros de juego.

Star está abajo también, pero no luchando. Algo ha abierto un agujero en su brazo derecho entre el codo y el hombro.

Nada más parecía estar vivo a mi alrededor, pero había blancos a unos ciento cincuenta metros de distancia y desplegándose rápidamente. Vi caer a uno, oí Zzzzt, olfateé carne quemada cerca de mí. Una de aquellas armas de fuego estaba caída a través de un cadáver a mi izquierda; la agarré y traté de hacerla funcionar. Era una especie de culata con un tubo que debía ser un cañón; nada más parecía familiar.

-Presta atención, Héroe mío -me gritó Star, con su brazo herido colgando y dejando un rastro de sangre-. Colócalo como un rifle y apunta. Hay un botón debajo de tu pulgar izquierdo. Apriétalo. Eso es todo: ni corrección de la bala, ni elevación.

Ni retroceso, descubrí cuando enfoqué en el visor a una de las figuras que corrían y apreté el botón. Brotó una leve humareda, y la figura se desplomó. «Rayo de la muerte», o rayo Laser, o lo que fuera: se apuntaba, se apretaba el botón, y cualquiera que se encontrase en la trayectoria abandonaba la fiesta con un agujero en el cuerpo.

Alcancé a otros dos, disparando de derecha a izquierda, y por entonces Rufo me había dejado sin blancos. No se movía nada, que yo pudiera ver,en ninguna parte.

Rufo miró a su alrededor.

-Será mejor que permanezcas tumbado, Jefe.

Avanzó arrastrándose hacia Star, abrió el maletín médico que colgaba de su cinturón, y aplicó una tosca y apresurada compresa sobre el brazo de Star. Luego se volvió hacia mí.

-¿Te duele mucho la herida, Jefe? -inquirió.

-¿Yo? No tengo ni un rasguño.

-¿Y qué es eso que hay en tu camisa? ¿Salsa de tomate? Algún día, alguien va a ofrecerte una pulgarada de rapé. Vamos a ver eso.

Le dejé que abriera mi chaqueta. Alguien, utilizando una hoja de sierra, había abierto un agujero en mi costado izquierdodebajo de las costillas. Yo no lo había notado ni lo había sentido.., hasta que lo vi, y entonces me dolió y me entraron náuseas. Desapruebo enérgicamente la violencia ejercida contra mí. Mientras Rufo me curaba, miré a otra parte para no ver la herida.

Habíamos matado a una docena de ellos alrededor de nosotros, más otra media docena que habían huido.., y creo que habíamos matado también a todos los que huían. ¿Cómo? ¿Cómo puede un perro de veinticinco kilos de peso sin más armas que sus dientes atacar, derribar y mantener prisionero a un hombre armado? Respuesta: Atacando rápidamente, con decisión.

Creo que nosotros llegamos cuando ellos estaban relevando la guardia en aquel lugar conocido como una Puerta... y si hubiésemos llegado con las espadas envainadas habrían acabado con nosotros. Tal y como marcharon las cosas, matamos a unos cuantos antes de que la mayoría de ellos se enterasen de que se había entablado un combate. Se desmoralizaron, y liquidamos al resto, incluyendo a los que trataron de huir. El karate y numerosas formas serias de lucha (el boxeo no es serio, ni nada que se ajuste a unas reglas) funcionan bajo el mismo principio: tomar la iniciativa, atacar sin contemplaciones y sin conceder un solo respiro al rival. Esta es una de aquellas cosas en las que cuenta más la actitud que las habilidades.

Tuve tiempo de examinar a nuestros difuntos enemigos: uno estaba de cara a mí con el vientre abierto. Yo les habría llamado «Iglis», pero del modelo económico. Sin belleza, sin ombligo y con muy poco cerebro, presumiblemente construidos para hacer una sola cosa: luchar y tratar de mantenerse con vida. Lo cual nos describe también a nosotros.., sólo que nosotros fuimos más rápidos.

El mirarles me revolvía el estómago, de modo que alcé la mirada al cielo. Ninguna mejoría: no era un cielo decente, y no había manera de enfocarlo. Serpenteaba, y los colores eran incorrectos, tan «chirriantes» como algunas pinturas abstractas. Volví a mirar a nuestras víctimas, que parecían casi saludables comparadas con aquel «cielo».

Mientras Rufo me estaba curando, Star se deslizó dentro de sus pantalones y se puso sus borceguíes.

-¿Puedo incorporarme para ponerme la chaqueta? -preguntó.

-No -dije-. Tal vez creen que estamos muertos.

Rufo y yo la ayudamos a terminar de vestirse sin que ninguno de nosotros se arriesgara a asomar la cabeza por encima de la barricada de carne. Yo estaba seguro de que le lastimábamos el brazo, pero lo único que dijo fue:

-Colocadme el cinto de modo que pueda desenvainar la espada con la mano izquierda. ¿Qué haremos ahora, Oscar?

-¿Dónde están las ligas?

-Las tengo yo. Pero no estoy segura de que funcionen. Este es un lugar muy extraño.

-Ten confianza -le dije-. Eso es lo que tú me dijiste hace unos instantes. Pon tu pequeño cerebro en marcha creyendo que puedes hacerlo.

Nos alineamos con nuestro equipo, aumentado ahora con tres «rifles», y situamos la flecha de roble apuntando a la cumbre de la Torre de Dos-Kilómetros-de-Altura. Dominaba un lado completo del escenario, más una montaña que un edificio, negra y monstruosa.

-¿Preparados? -preguntó Star-. ¡Ahora creed también vosotros dos! -Garabateó con su dedo índice en la arena-. ¡En marcha!

Subimos. Una vez en el aire, me di cuenta del blanco que presentábamos.., pero también lo presentábamos en el suelo para cualquiera que estuviera en lo alto de aquella torre, y peor habría sido ir andando.

-¡Más aprisa! -aullé al oído de Star-. ¡Haz que vayamos más aprisa!

Lo hicimos. El aire silbó junto a nuestros oídos, y nos zambullimos y ascendimos y nos deslizamos de costado mientras pasábamos por aquellos cambios gravitacionales acerca de los cuales me había advertido Star... y quizás aquello nos salvó; éramos un blanco inestable. Sin embargo, si habíamos liquidado a todos los miembros de la guardia, era posible que nadie en la Torre supiera que habíamos llegado.

-¿Qué clase de planeta es éste, en nombre del cielo? -pregunté.

-No es un planeta -me gritó Star-. Es un lugar, en un tipo distinto de universo. No es apto para vivir en él.

-Alguien vive aquí -dije, señalando la Torre.

-No, aquí no vive nadie. La Torre fue construida tan sólo para guardar el Huevo.

Lo monstruoso de aquella idea no penetró en mí del todo en aquel momento. De pronto recordé que no osaríamos comer ni beber aquí... y empecé a preguntar cómo podíamos respirar el aire si la atmósfera era tan ponzoñosa. Noté una opresión en el pecho y un intenso ardor. De modo que le pregunté a Star, y Rufo gimió. (Rufo no había vomitado; no creo que tuviera nada que vomitar).

-Oh, al menos doce horas -dijo Star-. Olvídalo, No tiene importancia.

Después de lo cual el pecho me dolió de veras, y también yo gemí.

Inmediatamente después de aquello aterrizamos en la cumbre de la Torre; Star apenas pudo decir «*¡Amech!*» a tiempo para evitar que pasáramos de largo.

La parte superior de la Torre era plana, parecía ser de cristal negro, tenía unos doscientos metros cuadrados de superficie... y no había en ella ningún saliente al cual poder amarrar una cuerda. Yo había contado al menos con una chimenea de ventilación.

El Huevo del Fénix se encontraba a unos cien metros debajo. Yo había elaborado dos planes por si llegábamos a alcanzar la Torre. Había tres aberturas (entre centenares de ellas) que conducían a caminos verdaderos hacia el Huevo... y hacia el Nonato, el Devorador de Almas, el Guardián del Tesoro. Una de ellas estaba al nivel del suelo, y la descarté desde el primer momento. Una segunda se encontraba a unos sesenta metros de altura, y había pensado en ella seriamente: disparar una flecha a la cual se habría atado previamente una cuerda, y hacerla pasar por encima de cualquier proyección sobre aquel agujero; una vez asegurada la cuerda, encaramarse por ella, cosa que no habría de resultar difícil para un buen alpinista: yo no era un escalador nato precisamente, pero Rufo sí.

Pero resultaba que la gran Torre no tenía ninguna proyección, su sencillez de diseño era realmente moderna... incluso llevada demasiado lejos.

El tercer plan, si podíamos alcanzar la parte superior, consistía en deslizarnos hacia abajo por una cuerda hasta la tercera de las entradas útiles, casi al mismo nivel del Huevo. De modo que aquí estábamos, con todo preparado... y sin ningún lugar al que agarrarnos.

Los segundos pensamientos son pensamientos maravillosos: ¿por qué no había hecho que Star nos condujera directamente a aquel agujero de la pared?

Bueno, hubiese requerido apuntar con mucho tino aquella flecha de roble tan difícil de gobernar; podríamos habernos metido en una falsa abertura. Pero el motivo más importante era que yo no había pensado en ello.

Star estaba sentada y curando su brazo herido.

-Cariño -le dije-, ¿podrías llevarnos volando, lentamente, hasta aquella abertura por la que tenemos que entrar?

Star alzó la mirada, y por la expresión de su rostro adiviné cuál iba a ser su respuesta.

-No.

-Bueno. Es una lástima.

-Lamento tener que decírtelo... pero agoté las ligas cuando me obligaste a acelerar. No servirán para nada hasta que pueda recargarlas. Y aquí no puedo obtener lo que necesito. Artemisa fresca, sangre de una liebre.., cosas por el estilo.

-Jefe -dijo Rufo.- ¿no podríamos utilizar toda la parte superior de la Torre

como puesto de amarre?

-¿Qué quieres decir?

-Tenemos cuerda de sobra.

Era una idea aprovechable: rodear con la cuerda el perímetro de la Torre, atarla, y bajar por el extremo colgante. Lo hicimos... y resulté que la cuerda sobrante era unos treinta metros demasiado corta.

Star contempló nuestras maniobras. Cuando me vi obligado a admitir que una cuerda treinta metros demasiado corta equivalía a no tener ninguna cuerda, Star dijo pensativamente:

-Me pregunto si la Vara de Aaron serviría de algo...

-Desde luego, si estuviera clavada sobre esta mesa de ping-pong. ¿Qué es la Vara de Aaron?

-Hace que las cosas rígidas se pongan blandas y las cosas blandas se pongan rígidas. No, no me refiero a eso. Bueno, eso también, pero me refiero a tender esta cuerda a través del tejado dejando colgar unos tres metros en un extremo. Y luego hacer que el extremo y la parte de cuerda que cruza el tejado se endurezcan como el acero... una especie de garfio.

-¿Puedes hacerlo?

-No lo sé, Pertenece a La Clavícula de Salomón y es un ensalmó. Depende de que pueda recordarlo... y de que esas cosas funcionen en este universo.

-¡Confianza, confianza! Desde luego que puedes.

-Ni siquiera recuerdo cómo empieza. Querido, ¿puedes hipnotizar? Rufo no puede... o al menos no a mi.

-No sé absolutamente nada de hipnotismo.

-Sólo tienes que hacer lo que hacía yo contigo para una lección de idioma. Mirarme a los ojos, hablarme suavemente, y decirme que recuerde las palabras. Tal vez será mejor tender primero la cuerda.

Lo hicimos así, y utilicé treinta metros en vez de tres para el extremo del garfio, basándome en el principio de valemás-que-sobre-que-no-que -falte.

Star se tumbé de espaldas y empecé a hablarle, suavemente (y sin convicción), pero una y otra vez.

Star cerré los ojos y pareció quedarse dormida. Súbitamente, empezó a murmurar en un idioma desconocido para mi.

-¡Hey, Jefe! ¡La cuerda está tan dura corno una roca y tan rígida como una sentencia a cadena perpetua!

Le dije a Star que despertara, y nos deslizamos por la cuerda hacia abajo con la mayor rapidez posible, rogando que no volviera a ablandarse mientras descendíamos. Yo bajé el primero, asegurándome de que la abertura por la que íbamos a introducirnos era la correcta; luego bajó Star y la atrapé en mis

brazos; Rufo hizo bajar el equipaje, principalmente armas, y a continuación bajó él. Estábamos en la Torre, y no hacía más de cuarenta minutos que habíamos llegado al planeta -rectifico: al «lugar»-, que habíamos llegado al lugar llamado Karth-Hokesh.

Me detuve, comparé mentalmente el edificio con el mapa que me había mostrado Star, fijé la dirección y la situación del Huevo, y la «línea roja» que conducía a él, el camino verdadero.

¡De acuerdo, avanzar unos centenares de metros, agarrar el Huevo del Fénix, y largarnos! El pecho dejó de dolerme.

XV

-Jefe -dijo Rufo-, mira hacia la llanura.

-¿Qué es lo que tengo que ver?

-Nada -contestó Rufo-. Esos cadáveres han desaparecido. No cabe duda de que tendríamos que verlos, contra un fondo de arena negra y sin un solo arbusto que dificulte la visión.

No miré.

-¡Eso no es problema nuestro, maldita sea! Tenemos otras cosas en que ocuparnos. Star, ¿puedes disparar con la mano izquierda? ¿Uno de esos «rifles»?

-Desde luego, mi señor.

-Mantente a diez pasos detrás de mí y dispara contra cualquier cosa que se mueva. Rufo, tú sigue a Star, con una flecha en la ballesta. Dispara contra cualquier cosa que veas. Cuélgate en bandolera uno de esos rifles.., puedes atarlo con un trozo de cuerda. -Enarqué las cejas-. Tenemos que abandonar la mayor parte de esto. Star, tú no puedes manejar una ballesta, de modo que despréndete de ella, por muy bonita que la encuentres, lo mismo que de tu carcaj. Rufo puede atar mi carcaj con el suyo; utilizamos las mismas flechas. Me disgusta abandonar mi ballesta, me había acostumbrado a ella. Pero tengo que hacerlo, maldita sea.

-Yo la llevaré, Héroe mío.

-No, tenemos que desprendernos de todo lo que no podamos utilizar. -Tomé la cantimplora que llevaba colgada al cinto, bebí un buen trago, y la pasé a mis compañeros-. Bebeos el agua que queda y tirad la cantimplora.

Mientras Rufo bebía, Star se colgó mi ballesta en bandolera.

-¿Mi señor marido? De este modo no pesa nada y no me molesta para disparar. ¿De acuerdo?

-Bueno Si resulta un engorro para ti, corta la cuerda y olvídate de ella. Ahora, bebe tu parte y nos pondremos en marcha. -Examiné el pasillo en el que nos encontrábamos: cinco metros de ancho y la misma altura, iluminado desde

ninguna parte y curvándose hacia la derecha, lo cual coincidía con la imagen mental que me había proporcionado el mapa-. ¿Preparados? No debemos separarnos. Si no podemos liquidarlo con la espada, el fusil ni la flecha, lo saludaremos.

Desenvainé mi espada, y echamos a andar rápidamente.

¿Por qué mi espada, en vez de uno de aquellos «rayo de la muerte»? Star transportaba uno y los conocía mejor que yo, que ni siquiera era capaz de decir si el arma estaba cargada, ni sabía durante cuanto tiempo había que mantener apretado el botón. Star sabía disparar, lo demostraba su maestría con la ballesta, y era al menos tan fría en una lucha como Rufo o yo mismo.

Yo había dispuesto armas y tropas lo mejor que sabía. Rufo, detrás con una provisión de flechas, podría utilizarlas en caso necesario, y su posición le daba tiempo para recurrir a su espada o al «rifle» Buck Rogers si lo juzgaba oportuno.., y sin que necesitara mi consejo; él sabría actuar por cuenta propia.

De modo que yo estaba respaldado por armas de largo alcance antiguas y ultramodernas en manos de personas que sabían manejarlas y que poseían espíritu combativo.., siendo esto último lo más importante. (¿Sabe usted cuántos hombres de un pelotón disparan realmente en el curso de un combate? Tal vez seis. Y más probablemente tres. El resto se limita a agachar la cabeza).

Con todo, ¿por qué no envainaba mi espada y empuñaba una de aquellas armas prodigiosas?

Una espada adecuadamente equilibrada es el arma más versátil que se ha inventado para la lucha a corta distancia. Pistolas y fusiles son armas ofensivas, no defensivas; si uno se acerca a él rápidamente, un hombre armado con un fusil no puede disparar, tiene que pararle a uno antes de que le alcance. Si uno se acerca a un hombre que esgrime una espada será ensartado como un pichón en el asador... a menos de que uno esgrima a su vez una espada y sepa utilizarla mejor que él.

Una espada nunca se escasquilla, nunca tiene que ser recargada, siempre está a punto de funcionar. Su peor desventaja es que requiere una gran habilidad, que sólo puede adquirirse a base de mucha práctica; los reclutas no pueden aprender a manejarla bien en una semana, ni siquiera en unos meses.

Pero, por encima de todo (y este era el verdadero motivo), empuñar a Lady Vivamus y sentir su avidez por pinchar me infundía valor en un lugar en el que me dominaba el miedo.

Ellos (quienesquiera que fuesen «ellos») podían disparar contra nosotros desde un escondrijo, gaseamos, hacernos mil perrerías. Pero podían hacerlo aunque yo llevara una de aquellas extrañas armas. Espada en mano, me sentía relajado y sin miedo, y ello aumentaba en la medida de lo posible la seguridad de mi pequeño «comando». Si el comandante de una patrulla necesita llevar una pata de conejo debería llevarla... y el contacto de aquella espada era mejor amuleto que todas las patas de conejo de Kansas.

El pasillo se extendía hacia adelante, sin ningún recelo, ningún sonido, ninguna amenaza. La abertura al exterior no tardó en hacerse invisible. La gran

Torre parecía vacía, pero no muerta; estaba viva como está vivo un museo por la noche, con antiguas y malignas presencias. Agarré mi espada fuertemente; luego me relajé conscientemente y flexioné mis dedos.

El pasillo giró bruscamente a la izquierda. Me paré en seco.

-Star, esto no figuraba en tu boceto.

Star no contestó. Insistí:

-Bueno, no estaba allí. ¿Estaba?

-No estoy segura, mi señor.

-Bueno yo lo estoy. .....

-Jefe -dijo Rufo-, ¿estás completamente seguro de que entramos por la abertura correcta?

-Sí. Puedo estar equivocado, pero no inseguro.., y si estoy equivocado podemos darnos por muertos de todas maneras. Mmm... Rufo, coge tu ballesta, pon tu sombrero encima de ella, hazla asomar por donde un hombre se asomaría a mirar por esa esquina si estuviera de pie... y mantenla allí mientras yo echo una mirada, pero desde el suelo.

Me tumbé boca abajo.

-¡Preparados... *ahora*!

Me arrastré y asomé la cabeza por la esquina, a unos quince centímetros del suelo, mientras Rufo ejecutaba la maniobra que yo le había indicado.

Nada a la vista, sólo el pasillo desnudo, ahora recto.

-¡De acuerdo, seguidme!

Avanzamos apresuradamente.

Cuando habíamos recorrido unos metros me detuve.

-¿Qué diablos...?

-¿Alguna pega, Jefe?

-Muchas. -Me giré, y olfateé el aire-. No podría haber más. El Huevo está hacia allí -dije, señalando-, tal vez a unos doscientos metros de distancia.., de acuerdo con el mapa.

-¿Es malo eso?

-No estoy seguro. Porque era esa misma dirección y ángulo, pero a la izquierda, antes de que doblásemos esa esquina. De modo que ahora tendría que estar a la derecha.

-Mira, Jefe -dijo Rufo-, ¿por qué no nos limitamos a seguir los pasadizos que memorizaste? Es posible que no recuerdes todos los pequeños...

-Cállate. Vigila hacia adelante, a lo largo del pasillo. Star, sitúate allí en la

esquina y obsérvame. Voy a intentar algo.

Se situaron los dos, Rufo «ojos adelante», y Star donde podía ver en ambas direcciones, en la esquina que formaba ángulo recto. Retrocedí por el pasillo y luego regresé. Poco antes de llegar a la esquina cerré los ojos y continué avanzando.

Una docena de pasos más adelante me paré y abrí los ojos.

-Eso lo demuestra -le dije a Rufo.

-¿Qué es lo que demuestra?

-No hay ningún recodo en el pasillo -dije, señalando el recodo.

Rufo me miró con aire preocupado.

-Jefe, ¿cómo te sientes? -Trató de tocar mi mejilla.

Di un paso atrás.

-No estoy delirando. Venid conmigo, los dos. -Les hice retroceder unos cincuenta pasos más allá de aquel ángulo recto, y me paré-. Rufo, dispara una flecha contra aquella pared delante de nosotros, en el recodo. Apunta de modo que choque contra la pared a unos tres metros de altura.

Rufo suspiré, pero lo hizo. La flecha desapareció en la pared. Rufo se encogió de hombros.

-Debe tratarse de un material muy blando. Nos has hecho perder una flecha, Jefe.

-Es posible. Seguidme.

Doblamos de nuevo la esquina y allí estaba la flecha, en el suelo. Dejé que Rufo la recogiera; examinó atentamente el emblema del Doral grabado en el astil, y volvió a meterla en su carcaj. No hizo ningún comentario. Reemprendimos la marcha.

Llegamos a un lugar en el que había unos escalones que conducían hacia abajo... pero en el que según el mapa que yo había memorizado tenía que haber unos escalones ascendentes.

-Cuidado con el primer escalón -advertí a mis compañeros-, Tentadlo antes de asentar el pie y no os caigáis.

Los escalones parecían normales, tratándose de escalones descendentes... con la salvedad de que mi sentido de la orientación me decía que estábamos subiendó, y nuestro punto de destino cambiaba consiguientemente de ángulo y de distancia. Cerré los ojos para una rápida comprobación y descubrí que en realidad estaba subiendo, y que los engañados eran mis ojos. Era como una de aquellas «casas encantadas» de los parques de atracciones, en las cuales un suelo «llano» es cualqúier cosa menos llano: algo así pero cubicado.

Dejé de poner en duda la exactitud del boceto de Star y seguí su rastro en mi

cerebro al margen de lo que mis ojos me decían. Cuando el pasadizo se ramificó en cuatro caminos mientras que mi memoria retenía una sola ramificación, en la cual uno de los caminos era un callejón sin salida, cerré los ojos sin vacilar y me guié por mi olfato... y el Huevo permanecía donde debía estar, en mi mente.

Pero el Huevo no estaba necesariamente más cerca con cada vuelta y revuelta, salvo en el sentido de que una línea recta no es la distancia más corta entre dos puntos... ¿lo es siempre? El camino era tan zigzagueante como los intestinos en un vientre; el arquitecto había utilizado como regla una sierra de dientes irregulares. Peor aún: en otro momento, cuando estábamos «subiendo» escalones -en un sector llano según el boceto-, una anomalía gravitacional nos pilló con una vuelta completa, y súbitamente nos encontramos deslizándonos por el techo.

No ocurrió nada malo, salvo que la anomalía se repitió, y esta vez nos envió del techo al suelo. Con los dos ojos avizores ayudé a Rufo a recoger las flechas, y reemprendimos la marcha. Estábamos acercándonos a la madriguera del Nonato... y al Huevo.

Los pasadizos empezaron a ser angostos y roqueños, los falsos recodos duros y difíciles de superar... y la luz empezó a fallar.

Aquello no era lo peor. No me asustan la oscuridad ni los lugares angostos: hace falta el ascensor de unos Grandes Almacenes el Día del Dólar para que sienta claustrofobia. Pero empecé a oír ratas.

Ratas, montones de ratas, corriendo y chillando en las paredes alrededor de nosotros, debajo de nosotros, encima de nosotros. Empecé a sudar, y me arrepentí de haber bebido tanta agua para vaciar la cantimplora. La oscuridad y la angostura se hicieron más intensas, hasta que nos vimos obligados a arrastrarnos a través de un áspero túnel abierto en la roca, avanzando palmo a palmo sobre nuestros estómagos en medio de una oscuridad total, como si nos estuviéramos fugando del Castillo de If... y las ratas nos rozaban al pasar junto a nosotros, chillando y rechinando.

No, no grité. Star estaba detrás de mí y no gritó ni se quejó de su brazo herido.., de modo que yo no podía gritar. Star me daba un golpecito en el pie de cuando en cuando para indicarme que se encontraba perfectamente y para informarme de que también Rufo estaba bien. No gastábamos fuerzas hablando.

Vi un leve algo, dos fantasmas de luz delante, y me paré, y miré, y parpadeé, y miré otra vez. Luego le susurré a Star:

-Veo algo. Quédate aquí, mientras yo avanzo y compruebo lo que es. ¿Me oyes?

-Sí, mi señor Héroe.

-Díselo a Rufo.

Entonces hice lo único realmente osadó que he hecho en toda mi vida: arrastrarme hacia adelante. La valentía aparece de todos modos cuando uno está tan aterrorizado que sus esfínteres se aflojan, y no puede respirar, y su corazón amenaza con pararse, y esa es una descripción exacta para aquel

momento de E. C. Gordon, ex soldado raso y héroe de profesión. Yo estaba completamente seguro de lo que eran aquellas dos leves lucecitas, y cuanto más me acercaba a ellas más seguro estaba: podía captar su maldito olor y situar sus contornos.

Una rata. No la rata común que vive en los estercoleros de las ciudades y a veces muerde a bebés, sino una rata gigante, lo bastante grande como para bloquear aquella madriguera, pero lo bastante más pequeña que yo como para tener espacio para maniobrar al atacarme... espacio del que yo no disponía. Lo mejor que podía hacer era arrastrarme hacia adelante con la espada frente a mí y tratar de mantenerla apuntada de modo que ensartara a la rata y la hiciera comer acero... porque si el bicho eludía la punta de mi espada no me quedarían más que las manos desnudas y ningún espacio para utilizarlas. Se me echaría encima.

Me tragué un vómito agrio y me arrastré hacia adelante.

Los ojos de la rata parecieron descender un poco, como si se estuviera agachando para embestir.

Pero no ocurrió nada. Las luces se hicieron más concretas y aumentó la distancia entre ellas, y después de arrastrarme medio metro más comprobé con tembloroso alivio que no eran ojos de rata sino alguna otra cosa... cualquier cosa, no me importaba el qué.

Continué arrastrándome. No sólo el Huevo estaba en aquella dirección, sino que yo ignoraba aún qué era aquello, y sería mejor comprobarlo antes de decirle a Star que avanzara.

Los «ojos» eran mirillas gemelas abiertas en un tapiz que cubría el extremo de aquella madriguera. Pude ver su textura bordada, y descubrí que podía mirar a través de una de sus imperfecciones cuando levanté la cabeza hasta ella.

Al otro lado había una amplia estancia, con el suelo a un nivel medio metro más bajo que el del túnel en el que yo me encontraba. En el extremo más alejado, a unos quince metros de distancia, un hombre estaba de pie junto a un banco, leyendo un libro. Mientras le observaba alzó la cabeza y miró en dirección a mí. Pareció vacilar.

Yo no vacilé. Aparté el tapiz a un lado con mi espada y me precipité hacia adelante. Estuve a punto de caer pero logré mantenerme en pie... y en guardia.

El hombre fue al menos tan rápido como yo. Había dejado caer el libro sobre la banco y desenvainó la espada, avanzando hacia mi, mientras yo salía de aquel agujero. Se paró, con las rodillas ligeramente dobladas, la muñeca recta, el brazo izquierdo detrás de su espalda, enfilándome con su espada, perfecto como un maestro de esgrima, y me miró de arriba a abajo, aprovechando que había aún una distancia de tres o cuatro pasos entre nuestros aceros.

No me precipité contra él. Hay una táctica rompedora llamada «el tiro al blanco», que enseñan los mejores espadachines y que consiste en avanzar de sopetón con el brazo, la muñeca y la espada completamente extendidos: todo ataque y ninguna tentativa de parada. Pero sólo da resultado haciéndola coincidir exactamente con un momentáneo desfallecimiento del adversario. En

caso contrario, equivale a suicidarse.

Esta vez hubiera sido un suicidio; mi rival estaba tan alerta como un gato acorralado. De modo que le estudié mientras él seguía midiéndome con la mirada. Era un hombre más bajo que yo, aunque con unos brazos muy largos para su estatura, lo cual compensaba lo que a primera vista parecía su desventaja; además, su espada era de un modelo muy antiguo, más larga que *Lady Vivarnus* (pero en consecuencia más lenta, a menos que el hombre tuviera una muñeca mucho más fuerte que la mía)-, e iba vestido más para el París de Richelieu que para Karth-Hokesh. No, eso no es exacto; la gran Torre negra carecía de estilos, de otro modo yo habría estado tan fuera de lugar como él con mi atuendo de Robin Hood de pega. Los Iglis a los que habíamos matado no llevaban ninguna clase de ropa.

Era un hombrecillo insolentemente feo, con una alegre sonrisa y la mayor nariz al oeste de Jimmy Durante: me hizo pensar en la nariz de mi sargento primero, y en lo mucho que le fastidiaba que le llamaran «Narizotas». Pero el parecido terminaba ahí; mi sargento primero no sonreia nunca, y tenía unos ojos pequeños y porcinos; los ojos de este hombre eran alegres y arrogantes.

-¿Eres cristiano? -me preguntó.

-¿Tiene alguna importancia para ti?

-Ninguna. La sangre es sangre, en cualquiera de los, casos. Si eres cristiano, confiésate. Si eres pagano, apela a tus falsos dioses. No te concederé más de tres estrofas. Pero soy sentimental, me gusta saber lo que estoy matando.

-Soy norteamericano.

-¿Es eso una nacionalidad? ¿O una enfermedad? ¿Y qué estás haciendo en Hoax?

-«¿Hoax?» ¿Hokesh?

Se alzó de hombros solamente con los ojos, sin desviar un milímetro la punta de su espada.

-Hoax, Hokesh... simple cuestión de geografía y de acento; este castillo estuvo en otro tiempo en los Cárpatos, de modo que es «Hokesh», si eso hace que mueras más feliz. Adelante, vamos a cantar.

Avanzó tan rápida y ágilmente que pareció autotransportarse por el aire, y nuestros aceros retiñeron mientras yo paraba su ataque en sexta y replicaba, era contraatacado -entrega, repetición, parada-y-ataque-, todo tan plácido, tan prolongado y con tanta variación que un espectador podría haber pensado que estábamos ensayando el Gran Saludo.

¡Pero *yo* sabía! Aquella primera estocada estaba destinada a matarme, lo mismo que cada uno de los movimientos de mi adversario durante todo el fraseo. Al mismo tiempo me estaba estudiando, probando su muñeca, buscando mis puntos débiles, si temía a la línea baja y siempre volvía a la alta, o si era propicio a dejarme desarmar... No ataqué a fondo en ningún momento, no tuve la oportunidad de hacerlo; bailaba al compás que marcaba mi rival, Limitándome a replicar, a tratar de mantenerme con vida.

Supe en tres segundos que me enfrentaba a un espadachín mucho mejor que yo, con una muñeca de acero y a la vez tan flexible como una serpiente. Era el único espadachín que había conocido que utilizaba la primera y la octava... que las *utilizaba,* repito, con tanta facilidad como la sexta y la cuarta. Todo el mundo las aprende y mi propio maestro de esgrima me las hizo practicar tanto como las otras seis... pero la mayoría de los esgrimidores no las *utilizan;* simplemente pueden verse obligados a hacerlo, con torpeza e inmediatamente antes de perder un asalto.

Yo perdería, no un asalto, sino mi vida.., y sabía, mucho antes del final de aquel primer y prolongado fraseo, que mi vida era lo que estaba a punto de perder, según todas las probabilidades.

¡Pero con el primer entrechocar de nuestros aceros el idiota empezó a cantar!

«¡Tírate a fondo y replica sin vacilar,
Cántame la lógica del acero!
Dime, señor, ¿cómo te sientes?
Avanza y retrocede si debes hacerlo
De acuerdo con la lógica conocida desde hace mucho.
¿Tenemos que discutir, rebatir y refutar
En entimema clara como tus ojos?
Dime, señor, ¿por qué suspiras?
Tu es fatigué, sans dou te?
En tal caso, duerme mientras yo cuento el botín.»

Lo anterior fue bastante largo para un mínimo de treinta casi-logradas tentativas contra mi vida, y con la última palabra mi adversario se desentendió de la lucha tan fácil e inesperadamente como la había iniciado.

-¡Vamos, vamos, muchacho! -dijo-. ¡Anímate! ¿Permitirás que cante yo solo? ¿Morirás como un payaso en presencia de damas? ¡Canta! Y despídete graciosamente, haciendo coincidir tu último verso con el estertor de la muerte. -Taconeó con su bota derecha, como sí bailara flamenco-. ¡Inténtalo! El precio es el mismo de todas maneras.

No incliné la mirada al sonido de su bota; es un viejo truco que algunos espadachines utilizan con cada avance, con cada finta, por si el ruido desconcierta al adversario, descentrándole y haciéndole perder un asalto. Yo me había dejado engañar por él la última vez cuando todavía era imberbe.

Pero sus palabras me dieron una idea. Sus estocadas eran cortas: el tirarse a fondo resulta elegante en un torneo amistoso, pero demasiado peligroso cuando la cosa va en serio. Pero yo había ido retrocediendo, lentamente, con la pared detrás de mí. Dentro de poco, cuando mi rival volviera a atacar, yo sería una mariposa clavada en aquella pared, suponiendo que no tropezara con algo invisible y cayera de espaldas, para ser ensartado como un papel tirado en el parque. No me atrevía a dejar aquella pared detrás de mí.

Y lo que era peor, Star saldría de aquella madriguera detrás de mí en cualquier momento, y podría recibir la muerte mientras salía incluso si yo lograba matar a mi rival al mismo tiempo. En cambio, si podía hacerle dar media vuelta... Mi amada era una mujer práctica; ninguna consideración «deportiva» le impediría acuchillar a nuestro enemigo por la espalda.

Pero la feliz contraidea fue que si le seguía la corriente, imitando su chaladura y tratando de versificar y cantar, él podía prolongar el juego, interesado en oír lo que yo era capaz de improvisar antes de matarme.

Pero yo no podía permitirme alargar demasiado la cosa. Acababa de darme cuenta de que, sin que yo lo sintiera, me había pinchado en el antebrazo. Un simple rasguño sanguinolento que Star podría hacer desaparecer en unos instantes.., pero que no tardaría en debilitar mi muñeca situándome en desventaja para la línea baja: la sangre hace que el pomo de la espada resbale de la mano.

-Primera estrofa -anuncié, avanzando y amagando apenas algunas estocadas, lanzadas sin demasiada convicción. El respetó nuestro tácito pacto, sin atacarme, limitándose a juguetear con la punta de mi espada, parando fácilmente.

Aquello era lo que yo quería. Empecé a desplazarme en círculo y hacia la derecha al mismo tiempo que iniciaba mi recitado.., y él me lo permitió:

«Tweedledum y Tweedledee Acordaron robar ganado.
Tweedledun le dijo a Tweedledee:
"Usaré mi nueva y hermosa silla de montar .»

-¡Vamos, vamos, amigo mío! -me reprendió mi adversario-. Nada de robar. Honor entre reses vacunas, siempre. Y rima y métrica correctas. Deja que vuestro Carroll caiga ágilmente de tu lengua.

-Lo intentaré -dije, sin dejar de desplazarme a la derecha-. Segunda estrofa:

«Canto sobre dos doncellas de Birmingham.
¿Debemos sollozar ante el escándalo que las afecta?... »

...y me tiré a fondo.

No resultó del todo. Mi rival, tal como yo había esperado, se había relajado un poco, confiando evidentemente en que yo seguiría con aquellos escarceos con la punta de la espada mientras recitaba.

Le pillé ligeramente desprevenido, pero no lo suficiente como para hacerle caer hacia atrás; en vez de eso paró con fuerza, y súbitamente nos encontramos en una posición insostenible, cuerpo a cuerpo, casi *téte-t~z-téte.*

Se rió en mi cara y saltó hacia atrás al mismo tiempo que yo, situándonos de nuevo *en garde.* Pero yo añadí algo. Hasta entonces sólo hablamos estado punteando. La punta de la espada es más poderosa que el filo, pero mi arma tenía las dos cosas, y un hombre acostumbrado a la punta es a veces un novato para un corte. Mientras nos separábamos descargué un mandoblazo sobre su cabeza.

Me proponía rajársela. El golpe fue poco preciso y propinado con escasa fuerza, pero hendió su sien derecha casi hasta la ceja.

-*Touché* -gritó-. Bien jugado. Y bien cantado. Veamos el resto.

-De acuerdo -asentí, fintando cautelosamente y esperando a que la sangre

llegara a sus ojos. Una herida en el cuero cabelludo es la más sanguinolenta de las heridas, y yo había depositado grandes esperanzas en ésta. La esgrima es una cosa rara; en ella no se utiliza realmente el cerebro, es demasiado rápida para ello. La muñeca es la que piensa y la que le dice a los pies y al cuerpo lo que tienen que hacer, anticipándose al cerebro: lo que se piensa es para más tarde, instrucciones almacenadas, como una computadora que se programa.

Continué:

«Ahora están en el muelle
Para levantar el...

Le alcancé en el antebrazo, como él me había alcanzado a mí, pero más a fondo. Creí que le tenía a mi merced y forcé la acción. Pero él hizo algo de lo que yo había oído hablar pero que nunca había visto: retrocedió con mucha rapidez, y se cambió la espada de mano.

Mi situación no mejoró... A un esgrimidor dextro no le seduce la idea de utilizar la mano izquierda; se encuentra desequilibrado, en tanto que un zurdo suele conocer los puntos flacos de la mayoría de los dextros. Pero este hijo de perra era tan fuerte y tan hábil con su mano izquierda como con la derecha. Y mis esperanzas de que la sangre cegara sus ojos no se habían cumplido.

Me pinchó otra vez, en la rodilla, y el pinchazo me dolió como una quemadura y me restó agilidad. A pesar de *sus* heridas, mucho peores que las mías, yo sabía que no podría resistir mucho más tiempo. Continuamos con la terrible lucha.

Hay una respuesta en segunda, desesperadamente peligrosa pero brillante.., si termina bien. Me había hecho ganar varios combates a espada sin que hubiera nada en juego, aparte del amor propio. Se empieza en sexta, esperando que el adversario contraataque; entonces, en vez de parar en cuarta, se adelanta el brazo trabando con la propia espada la espada del rival, para terminar tirándose a fondo hasta que la punta encuentra carne. O se puede partir de un contraataque propio, aprovechando la parada del adversario en sexta para iniciar la maniobra.

La única pega es que, si no se realiza perfectamente, es demasiado tarde para parar y replicar: lanza uno su propio pecho contra la punta de la espada del rival.

Yo no traté de iniciarla, no contra *este* espadachín; me limité a pensar en ella.

La lucha continuó, sin fallos por ninguna de las dos partes. Luego, mi adversario retrocedió ligeramente al contraatacar y resbaló un poco en su propia sangre.

Mi muñeca aprovechó la oportunidad: me tiré a fondo cambiando a segunda en un perfecto tirabuzón.., y mi acero penetró a través de su cuerpo.

Pareció sorprendido, levantó su espada en posición de saludo, y cayó de rodillas mientras el arma se desprendía de su mano. Tuve que moverme hacia adelante con mi espada mientras él caía, y luego empecé a extraerla de su cuerpo.

El la agarró.

-No, no, amigo mío, déjala ahí, por favor. Taponará el vino, por unos instantes. Tu lógica es aguda y me llega al corazón. ¿Cómo te llamas, señor?

-Oscar de Gordon.

-Un buen nombre. Uno no debería ser matado nunca por un desconocido. Dime, Oscar de Gordon, ¿has estado alguna vez en Carcasona?

-No.

-Ve allí. Ama a una doncella, mata a un hombre, escribe un libro, vuela a la Luna... yo he hecho todo eso. -Abrió mucho la boca, como si le faltara aire para respirar, y una espuma sonrosada manchó sus labios-. Incluso me ha caído una casa encima. ¡Qué devastadora gracia! ¿De qué valen los honores cuando el maderamen te horada la tapadera? ¿Tapadera? Amigo mío, tú has afeitado a mi barbero.

Tosió, atragantándose, y luego continuó:

-Se hace de noche. Vamos a intercambiar regalos y a separarnos como buenos amigos, si quieres. Primero mi regalo en dos partes. Primera: eres afortunado, no morirás en la cama.

-Supongo que no.

-Por favor. Segundo: la navaja de Fray Guillermo nunca afeitó al barbero, es demasiado roma. Y ahora tu regalo, amigo mío, y date prisa, lo necesito. Pero, antes... ¿cómo terminaba aquella absurda estrofa?

Se lo dije. Asintió débilmente y susurró, casi agónicamente:

-Muy bueno. Sigue intentándolo. Ahora, entrégame tu regalo; estoy más que preparado. -Trató de persignarse.

De modo que le di la absolución, me puse pesadamente en pie, me dirigí hacia el banco y me dejé caer en él; luego limpié las dos hojas, primero la Solingen y después, más cuidadosamente la *Lady Vivamus.* Conseguí ponerme de pie y saludarle con una espada limpia. Había sido un honor conocerle.

Lamenté no haberle preguntado su nombre. Parecía creer que ya lo conocía.

Volví a sentarme y miré hacia el tapiz que cubría la madriguera al otro extremo de la estancia, y me pregunté por qué no habían entrado Star y Rufo... Con todo aquel entrechocar de aceros y nuestra conversación...

Pensé en acercarme al tapiz y gritar, llamándoles. Pero estaba demasiado cansado para moverme, Suspiré y cerré los ojos...

Debido a mi temperamento bullicioso (y al descuido que parecía inherente a mi personalidad infantil), yo había roto una docena de huevos. Mi madre contempló el estropicio y pude ver que estaba a punto de llorar. De modo que yo también me entristecí. Ella reprimió sus lágrimas, me tomó cariñosamente del hombro y dijo:

-No pasa nada, hijo mío. Los huevos no son tan importantes.

Pero yo estaba avergonzado, de modo que me desprendí de su mano y eché a correr.

Corrí colina abajo, casi sin tocar con los pies en el suelo, como si volara... y luego quedé asombrado al tener consciencia de que estaba al volante y había perdido el control del automóvil. Traté de pisar el pedal del freno, no pude encontrarlo y sentí pánico.., luego lo encontré y noté que se hundía con aquella falta de resistencia que significa que el líquido del freno ha perdido presión. Había algo delante de mí en la carretera y yo no podía *verlo.* Ni siquiera podía girar la. cabeza y mis ojos estaban nublados por algo que se había introducido en ellos. Giré el volante y no ocurrió nada: la barra de dirección había desaparecido.

¡Gritos en mi oído cuando chocamos! Y desperté en la cama con un sobresalto, y el que gritaba era yo. Iba a llegar tarde a la escuela, una vergüenza difícil de soportar. Y tuve que soportarla, una vergüenza espantosa, ya que el patio de la escuela estaba vacío; los otros niños, limpios y virtuosos, ocupaban sus asientos, y yo no podía encontrar mi aula. Ni siquiera había tenido tiempo de ir al retrete, y aquí estaba en mi pupitre con los pantalones bajados a punto de hacer lo que había tenido demasiada prisa para hacer antes de salir de casa, y todos los otros niños tenían sus manos levantadas pero la maestra me estaba llamando *a mi.* Yo no podía ponerme de pie para contestar; mis pantalones no sólo estaban bajados sino que habían desaparecido, y si me ponía en pie todos lo verían y los niños se reirían de mí y las niñas chillarían y mirarían a otro lado y fruncirían sus narices. ¡Pero lo peor de todo era que *yo no conocía la respuesta!*

-¡Vamos, vamos! -dijo la maestra en tono severo-. No perdamos el tiempo de clase, E. C. Usted No Ha Estudiado Su Lección.

Bueno, no, no la había estudiado. Sí, la había estudiado, pero ella había escrito «Problemas 1-6» en la pizarra, y yo lo había interpretado como «1 *y 6»...* y esto era el número 4. Pero *Ella* nunca me creería; la excusa era demasiado floja. Nosotros vivíamos de resultados, no de excusas.-Esa es la verdad, Easy -continuó mi Entrenador, con voz más dolida que furiosa-. La velocidad es muy importante, pero no ganarás ni una perra a menos de que cruces la línea de meta con el huevo bajo el brazo. -Señaló el balón que reposaba sobre su escritorio-. Ahí está. Lo había hecho dorar, con tu nombre grabado, al principio de la temporada; parecías muy bueno y yo tenía mucha confianza en ti... tenía que ser tuyo al final de la temporada, en el banquete de la victoria. -Frunció el entrecejo, y habló como si se esforzara en ser imparcial-. No voy a decir que podías haberlo solucionado todo sin la ayuda de nadie. Pero te tomas las cosas con demasiada tranquilidad, Easy... tal vez necesitas otro nombre. Cuando el partido se pone feo, tendrías que forzar la acción. -Suspiró-. Es culpa mía, debí mostrarme más duro. En vez de eso, traté de ser un padre para ti.Pero quiero que sepas que tú no eres el único que sale perdiendo con esto: a mi edad, no es fácil encontrar otro empleo.

Me tapé la cabeza con las mantas; no podía soportar el mirarle. Pero no me dejaron en paz; alguien empezó a sacudir mi hombro.

-¡Gordon!

-¡Dejadme en paz!

-Despierta, Gordon, y pon el culo en remojo. Tienes problemas.

Los tenía, desde luego; lo supe en cuanto entré en la oficina. Tenía un agrio sabor a vómito en la boca y el cuerpo molido.., como si un rebaño de búfalos me hubiera pisoteado, dejando las sucias huellas de sus pezuñas aquí y allí.

El sargento primero no alzó la mirada cuando entré; me dejó que aguardara y sudara un poco. Cuando por fin me miró, me examinó de pies a cabeza antes de hablar.

Luego habló lentamente, permitiéndome saborear cada una de sus palabras.

-No presentarse al terminar su permiso, aterrorizar e insultar a mujeres nativas, utilizar sin autorización material del gobierno.., conducta escandalosa... insubordinación y lenguaje obsceno... resistirse a la detención.., golpear a un Policía Militar... Gordon, ¿por qué no robó un caballo? Aquí colgamos a los cuatreros. Y ello hubiera simplificado mucho las cosas.

Sonrió ante su propia agudeza. El viejo bastardo siempre se había tenido por un tipo muy agudo. Lo era, pero no en el sentido que él creía.

Pero a mí me importaba un bledo lo que él decía. Me daba cuenta vagamente de que todo había sido un sueño, otro de aquellos sueños que últimamente tenía con demasiada frecuencia, deseando escapar de aquella maldita selva. Ni siquiera *Ella* había sido real. Mi... -¿cuál era su nombre?- incluso había tenido que inventar su nombre. Star. Mi Estrella de la Suerte... ¡Oh, Star, querida, tú *no existes!*

El sargento primero continuó:

-Veo que se ha quitado los galones. Bueno, eso ahorra tiempo, pero es lo único bueno que tiene. Sin Uniforme. Sin afeitar. ¡Y con la ropa hecha un asco! Gordon, es usted una vergüenza para el Ejército de los Estados Unidos. Lo sabe, ¿no es cierto? Pero esta vez se le va a caer el pelo. Ningún Documento de Identidad encima, ningún pase, utilizando un nombre supuesto. Bueno, Evelyn Cyril, ahora utilizaremos su verdadero nombre. Oficialmente.

Hizo rodar su sillón giratorio: no había levantado su gordo trasero de él desde que le enviaron a Asia, ignoraba lo que era una patrulla.

-Hay algo que ha despertado mi curiosidad. ¿Dónde consiguió *eso?* ¿Y qué le impulsó a intentar robarlo? -Señaló hacia un armario-fichero situado detrás de su escritorio.

Reconocí lo que estaba encima del armario, a pesar de que la última vez que recordaba haberlo visto estaba pintado con purpurina dorada, en tanto que ahora aparecía cubierto del pegajoso barro negro que cultivan en exclusiva en el Sudeste de Asia. Di unos pasos hacia el armario.

-¡Eso es mío! -dije.

-¡No, no! -replicó enérgicamente el sargento primero-. ¡Calma, muchacho! -

Echó el balón un poco más atrás-. El que lo hayas robado no lo convierte en tuyo. Me he hecho cargo de él como prueba. Para tu información, héroe de pega, el médico cree que él va morir.

-¿Quién?

-¿Por qué habría de importarte quién? Dos balazos a un prestamista de Bangkok cuyo nombre desconocías cuando le asaltaste. No puedes ir por ahí liquidando nativos sólo porque el cuerpo te pide juerga... ellos también tienen sus derechos, aunque es posible que no te hayas enterado. Se supone que sólo debes liquidarles cuándo y dónde te lo ordenan.

Súbitamente, sonrió. Su aspecto no mejoró. Con su larga y afilada nariz y sus ojiilos inyectados en sangre, me di cuenta de pronto de lo mucho que se parecía a una rata.

Pero él continuó sonriendo y dijo:

-Evelyn, muchacho, tal vez te hayas quitado esos galones demasiado pronto.

-Sí. Puede haber una manera de salir de este embrollo. Siéntate. -Repitió bruscamente-: Siéntate, he dicho. Si tuviera que decidir yo, te enviaría a la Sección Octava y me olvidaría de ti: cualquier cosa con tal de librarme de ti. Pero el comandante de la Compañía tiene otras ideas... una idea realmente brillante que puede poner la nota final a tu expediente. Se ha planeado una incursión para esta noche. De modo... -Se ladeó ligeramente, sacó una botella de Cuatro Rosas y dos copas de un cajón de su escritorio, vertió licor en las dos copas-. Toma un trago.

Todo el mundo estaba enterado de la existencia de aquella botella... todo el mundo menos el comandante de la Compañía, tal vez. Pero, que se supiera, el sargento primero no había invitado nunca a beber a nadie... excepto en una ocasión, antes de decirle a su víctima que había sido recomendado para comparecer ante un Consejo de Guerra.

-No, gracias.

-Vamos, bebe. Te dará suerte. Y vas a necesitarla. Luego toma una ducha y haz que tu aspecto resulte un poco decente, aunque tú no lo seas, antes de presentarte al comandante de la Compañía.

Me puse en pie. Deseaba aquel trago, lo necesitaba. Hubiera aceptado el peor matarratas.., y el Cuatro Rosas es bastante suave. Pero no quería beber con el sargento. No debía beber absolutamente nada aquí. Ni comer absolutamente nada,

Le escupí a la cara.

Su rostro adquirió una expresión de infinito asombro y luego empezó a derretirse. Desenvainé mi espada y me precipité contra él.

De pronto se hizo la oscuridad, pero yo continué dando mandobles a mi alrededor, a veces conectando, a veces no.

XVI

Alguien estaba sacudiendo mi hombro.

-¡Despierta!

-¡Dejadme en paz!

-Tienes que despertar. Por favor, Jefe, despierta.

-Sí, Héroe mío... *por favor.*

Abrí los ojos, sonreí a Star, y luego traté de mirar a mi alrededor. ¡Diablos, qué matadero! En el centro de él, cerca de mí, había una columna de cristal negro, maciza y de un metro y medio de altura aproximadamente. Encima de ella estaba el Huevo.

-¿Es eso?

-¡Sí! -asintió Rufo-. ¡Es eso! -Tenía un aspecto maltrecho, pero alegre.

-Sí, mi Héroe paladín -confirmó Star-, ese es el verdadero Huevo del Fénix. Lo he comprobado.

-Uh... -Miré a mi alrededor-. Entonces, ¿dónde está el viejo Devorador de Almas?

-Tú le mataste. Antes de que llegáramos aquí. Tenías aún la espada en la mano y el Huevo apretado fuertemente debajo de tu brazo izquierdo. Nos costó mucho lograr que los soltaras a fin de que yo pudiera trabajar contigo.

Incliné los ojos, vilo que Star quería decir, y aparté la mirada. El rojo no es mi color. Para no pensar en la cirugía, le dije a Rufo:

-¿Por qué habéis tardado tanto?

Star respondió:

-¡Creí que no te encontraríamos nunca!

-¿Cómo me encontrasteis?

Rufo dijo:

-Jefe, no podíamos perderte exactamente. Nos limitamos a seguir tu rastro de sangre... incluso cuando parecía terminar en una pared. *Ella* es obstinada.

-Uh... ¿visteis algún hombre muerto?

-Tres o cuatro. Desconocidos, no tenían nada que ver con nosotros. Artificiales, probablemente. No nos entretuvimos. -Y añadió-: Y no vamos a entretenemos ahora tampoco, en cuanto te sientas con fuerzas para andar. El tiempo es corto.

Flexioné mi rodilla derecha, cautelosamente. El pinchazo seguía doliéndome, pero lo que Star había hecho estaba aliviando rápidamente el dolor.

-Mis piernas están bien -dije-. Puedo andar perfectamente en cuanto Star haya terminado. Pero -enarqué las cejas-, no quiero volver a pasar a través de aquel túnel de ratas. Las ratas me descomponen.

-¿Qué ratas, Jefe? ¿A qué túnel te refieres?

De modo que se lo dije.

Star no hizo ningún comentario, limitándose a seguir aplicándome ungüentos y parches. Rufo dijo:

-Jefe, te pusiste de rodillas y empezaste a arrastrarte... en un pasillo exactamente igual que los otros. No le encontré ningún sentido a la cosa, pero tú habías demostrado que sabías lo que te hacías, de modo que no discútimos y te imitamos. Cuando nos dijiste que esperásemos mientras tú te adelantabas a explorar, te obedecimos también.., hasta que la espera se nos hizo demasiado larga y *Ella* decidió que sería mejor que tratásemos de encontrarte.

Ahora fui yo el que no hizo ningún comentario.

Nos marchamos casi inmediatamente, por el camino «recto», y no tropezamos con ninguna dificultad, ninguna alucinación, ninguna trampa, absolutamente nada aparte del hecho de que el «camino verdadero» era largo y tedioso. Rufo y yo permanecíamos alerta, en la misma formación, y Star en el centro portando el Huevo.

Ni Star ni Rufo sabían si corríamos aún el peligro de ser atacados, ni hubiésemos podido hacer frente a algo que no fuera una patrulla de Boy Scouts. Unicamente Rufo podía sostener una ballesta, y yo no me sentía con fuerzas para empuñar una espada. Sin embargo, sólo precisábamos proporcionarle a Star el tiempo suficiente para destruir el Huevo, de modo que no pudiera ser capturado.

-Pero no hay que preocuparse por eso -me aseguró Rufo-. Será como contemplar la explosión de una bomba-A desde la fila cero. Ni siquiera te darás cuenta.

Una vez en el exterior, emprendimos una larga caminata hasta la Colina de las Grutas y la otra Puerta. Almorzamos por el camino -yo tenía un hambre terrible-, y compartí el brandy de Rufo y el agua de Star sin demasiada agua. Me encontraba perfectamente cuando llegamos a la cueva de esta Puerta; ni siquiera me importaba el cielo que no era cielo sino algún tipo de techo, ni los extraños caprichos de la gravitación.

Un diagrama o «pentáculo» se encontraba ya en esta cueva. Star sólo tuvo que repasado, y luego esperamos un poco: nos habíamos dado tanta prisa a fin de llegar allí antes de que aquella Puerta pudiera ser abierta; después tardaría semanas o quizá meses en volver a abrirse... un espacio de tiempo demasiado largo para que un humano viviera en Karth-Hokesh.

Nos situamos en posición cuando faltaban pocos minutos. Yo iba vestido como el Señor de la Guerra de Marte: solamente yo y el cinto de la espada y la espada. Todos nos desprendimos de lastre hasta el límite, ya que Star estaba cansada y tirar de unos cuerpos vivos seria para ella un esfuerzo suficiente. Star quería que yo conservara mi ballesta, pero me opuse. Cuando insistió en que conservara la *Lady Vivamus,* en cambio, mi oposición fue mucho más débil; no deseaba volver a separarme de mi espada. Star la tocó y dijo que ahora *no* era metal muerto, sino parte de mí.

Rufo llevaba solamente su sonrosada y poco atractiva piel, más los parches; su opinión fue la de que una espada es una espada, y él tenía mejores en casa. Star, por motivos profesionales, no iba más vestida que nosotros.

-¿Cuánto falta? -preguntó Rufo, mientras uníamos nuestras manos.

-Dos minutos -respondió Star. El reloj en el cerebro de Star es tan exacto como mí sentido de la orientación. Nunca la había visto utilizar un reloj.

-¿Se lo has dicho? -inquirió Rufo.

-No.

Rufo dijo:

-¿Acaso no te queda ni pizca de vergüenza? ¿No crees que ya has jugado bastante con él?

Rufo hablaba con sorprendente brusquedad, y estuve a punto de decirle que no debía dirigirse a Star en aquel tono, pero ella se me adelantó.

-¡SILENCIO!

Empezó a canturrear. Luego...

¡Ahora!

Súbitamente nos encontramos en otra cueva.

-¿Dónde estamos? -pregunté. Me sentía más pesado.

-En el planeta Nevia -respondió Rufo-. Al otro lado de los Picos Eternos... y creo que no sería mala idea ir a visitar a Jocko.

-Puedes hacerlo -dijo Star furiosamente-. Hablas demasiado.

-Iré si mi compañero Oscar me acompaña. ¿Te apetece, camarada? Podríamos estar allí dentro de una semana. Sin dragones por el camino. Los Doral se alegrarían de verte... especialmente Muri.

-¡Deja a Muri fuera de esto! -Star estaba realmente furiosa.

-No puedes soportarlo, ¿eh? -dijo Rufo irónicamente-. Una mujer más joven y todo eso...

-¡Sabes que no es verdad!

-¡Sé muy bien lo que me digo! -replicó Rufo-. ¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir adelante con la farsa? No es justo, nunca lo fue. Es...

-¡Silencio! ¡Empieza el conteo!

Unimos de nuevo nuestras manos y, ¡zas!, nos encontramos en otro lugar. Esto era otra cueva con un lado parcialmente abierto al exterior; el aire era muy tenue y extremadamente frío, y olía a nieve. El diagrama estaba grabado en la roca con una materia dorada.

-¿Dónde estamos? -quise saber.

-En tu planeta -respondió Star-. En un lugar llamado Tibet.

-Y podrías cambiar de tren aquí -añadió Rufo-, si *ella* no fuera tan obstinada. O podrías ir andando, aunque es una larga y dura caminata; yo la hice en una ocasión.

La idea no me sedujo. Según las últimas noticias que había tenido del Tibet, se encontraba en manos de hostiles pacifistas.

-¿Estaremos aquí mucho tiempo? -pregunté-. Este lugar necesita calefacción central.

Deseaba oír cualquier cosa que no fueran discusiones. Star era mi amada y yo no podía soportar que alguien se mostrara rudo con ella.., pero Rufo era mi hermano de sangre por mucha sangre perdida; me había salvado la vida más de una vez.

-No mucho -respondió Star. En su rostro se reflejaba un cansancio infinito.

-Pero sí el tiempo suficiente -añadió Rufo- para aclarar las cosas de modo que puedas tomar tu propia decisión y para que no sigan llevándote de un lado para otro como un gáto dentro de un saco. *Ella* debió decírtelo hace mucho tiempo. *Ella...*

-¡En posición! -gritó Star-. Empieza el conteo. Si no te callas, Rufo, te dejaré aquí y tendrás que caminar otra vez.., con nieve hasta la barbilla.

-Adelante -dijo Rufo-. Las amenazas me hacen tan obstinado como tú, por imposible que pueda parecer. Oscar, *Ella* es...

¡SILENCIO!

-. . . Emperatriz de los Veinte Universos...

XVII

Estábamos en una amplia estancia octogonal, de paredes lujosamente plateadas.

-. . .y mi abuela -terminó Rufo.

-«Emperatriz» no -protestó Star-. Esa es una palabra absurda para ello.

-Algo muy parecido.

-Y en cuanto a lo otro, hay que anotarlo en la cuenta de mis desgracias, no de mis culpas. -Star se puso en pie de un salto, desaparecida su expresión de cansancio, y colocó un brazo alrededor de mi cintura mientras sostenía el Huevo del Fénix con el otro-. ¡Oh, querido! ¡Soy tan feliz! ¡Lo hemos conseguido! ¡Bienvenido a casa, Héroe mío!

Yo estaba desconcertado: demasiadas zonas de tiempo, demasiadas ideas, demasiada rapidez.

-En casa. En mi hogar. Tu hogar ahora... si lo áceptas. *Nuestro* hogar.

-Uh, comprendo... mi Emperatriz.

Star golpeó el suelo con el pie.

-¡No me llames eso!

-La forma correcta de dirigirse a ella -dijo Rufo- es «Su Sabiduría». ¿No es cierto, Su Sabiduría?

-Oh, Rufo, cállate. Trae ropa para nosotros. Rufo sacudió la cabeza.

-La guerra ha terminado y acabo de licenciarme. Tráelas tú misma, abuelita.

-Rufo, eres imposible.

-¿Estás enfadada conmigo, abuelita?

-Lo estaré si no dejas de llamarme «abuelita». -Súbitamente, Star me entregó el Huevo, abrazó a Rufo y le besó-. No, abuelita no está enfadada contigo -dijo suavemente-. Siempre fuiste un chiquillo insoportable, y nunca olvidaré el día en que pusiste ostras en mi cama. Pero supongo que las adquiriste honradamente.., de tu abuela. -Volvió a besarle y acarició su oria de cabellos blancos-. Abuelita te quiere. Abuelita siempre te querrá. Después de Oscar, creo que eres casi perfecto... aparte de ser un mocoso insoportable, embustero, malcriado, desobediente e irrespetuoso.

-Eso está mejor -dijo Rufo-. Ahora que pienso en ello, me inspiras los mismos sentimientos. ¿Qué quieres ponerte?

-Mmm... saca un montón de cosas. Hace tanto tiempo que no he tenido un vestuario decente... -Star se giré hacia mí-. Y a ti, ¿qué te gustaría ponerte, Héroe mío?

-No lo sé. No sé nada. Cualquier cosa que tú consideres adecuada... Su Sabiduría.

-Oh, querido, no me llames eso, por favor. No siempre.

-Súbitamente, pareció que estaba a punto de echarse a llorar.

-De acuerdo. ¿Cómo debo llamarte?

-Star es el nombre que me diste. Si tienes que llamarme de otra manera, podrías llamarme tu «princesa». No soy una princesa... y tampoco soy una «emperatriz»; eso es una mala traducción. Pero *me gusta* ser «tu princesa»... del modo que tú lo dices. O puedo ser «fregona vivaracha», o Cualquiera de los montones de cosas que me has estado llamando -Star alzó la mirada hacia mí muy seriamente-. Lo mismo que antes. Para siempre.

-Lo intentaré.., princesa mía.

-Héroe mío.

-Pero parecen existir muchas cosas que ignoro.

Star pasó del inglés al neviano.

-Mi señor marido, deseaba decírtelo todo. Suspiraba por decírtelo. Y mi señor lo sabrá todo. Pero tenía un miedo mortal de que mi señor, si se lo decía

demasiado pronto, se negara a venir conmigo. No a la Torre Negra, sino aquí. A nuestro hogar.

-Tal vez obraste juiciosamente -contesté en el mismo idioma-. Pero estoy aquí, mi señora esposa... princesa mía. De modo que ahora puedes decírmelo. Lo deseo.

Star pasó de nuevo al inglés.

-Hablaré, hablaré. Pero requerirá tiempo. Querido, ¿quieres refrenar tus caballos sólo un poquito más? ¿Después de haber sido paciente conmigo, ¡tan paciente, amor mío!, durante tanto tiempo?

-De acuerdo -dije-. Refrenará mis caballos. Pero mira, no conozco las calles de esta vecindad, necesito algunas indicaciones. Recuerda el error que cometí con el viejo Jocko sólo por desconocer las costumbres locales.

-Sí, querido, te comprendo. Pero no te preocupes, aquí las costumbres son sencillas. Las sociedades primitivas son siempre más complicadas que las civilizadas.., y esta no es primitiva. -En aquel momento se presentó Rufo y dejó caer un gran montón de ropas a sus pies. Star se giró, sin soltarme el brazo, y se llevó un dedo a la boca con una expresión pensativa, casi preocupada-. Ahora, déjame ver. ¿Qué voy a ponerme?

«Complicado» es una cuestión de relatividad; bosquejará solamente los esquemas generales.

Center es el planeta capital de los Veinte Universos. Pero Star no era «Emperatriz», y no se trata de un imperio.

Seguirá llamándola «Star» como uno de los centenares de nombres que eran suyos, y lo llamo un «imperio» porque no hay ninguna otra palabra que lo defina mejor, y me referirá a «emperadores» y «emperatrices»... y a la Emperatriz, mi esposa.

Nadie sabe cuantos universos existen. La teoría no fija ningún límite: todas y cualquiera de las posibilidades en ilimitado número de combinaciones de leyes «naturales», cada una de las gavillas adecuada a su propio universo. Pero esto es simple teoría, y la Navaja de Occam es demasiado roma. Lo único que se sabe en Veinte Universos es que han sido descubiertos veinte, que cada uno de ellos tiene sus propias leyes, y que la mayoría de ellos tienen planetas, o a veces «lugares», donde viven seres humanos. No intentaré decir lo que vive en otras partes.

Los Veinte Universos incluyen muchos verdaderos imperios. Nuestra Galaxia en nuestro universo tiene sus imperios estelares.., pero nuestra Galaxia es tan enorme que nuestra raza humana no puede pasar a otra, salvo a través de las Puertas que enlazan los universos. Algunos planetas no tienen Puertas conocidas. La Tierra tiene muchas, y ésa es su única importancia; por lo demás su nivel es el de un atrasado suburbio.

Hace siete mil años se fraguó una idea para hacer frente a problemas políticos cuya magnitud los hacía difíciles de manejar. Al principio fue algo modesto: ¿Cómo podía ser gobernado un planeta sin arruinarlo? La población de este planeta incluía a expertos cibernéticos, pero en otros aspectos no

habían llegado mucho más lejos que la población de la Tierra; seguían pegando fuego al granero para acabar con las ratas y pillándose los dedos en las máquinas. Aquellos experimentadores escogieron a un gobernante prominente y trataron de ayudarle.

Nadie sabía por qué aquel individuo tenía tanto éxito, pero lo tenía y eso bastaba; los experimentadores no estaban anclados en la teoría. Le proporcionaron ayuda cibernética, registrando para él todas las crisis en su historia, todos los detalles conocidos, lo que se había hecho y el resultado que había dado en cada caso, todo organizado de manera que pudiera consultarlo casi como uno consulta a su memoria.

Funcionó. Con el tiempo, aquel gobernante llegó a supervisar todo el planeta Center, que entonces tenía otro nombre. En realidad no lo gobernaba, sino que se limitaba a desenmarañar los casos difíciles.

Registraron también todo lo que hizo aquel primer «Emperador», bueno y malo, para orientación de su sucesor.

El Huevo del Fénix es un archivo cibernético de las experiencias de doscientos tres «emperadores» y «emperatrices», la mayoría de los cuales «gobernaron» todos los universos conocidos. Al igual que una caja plegable, es mayor por dentro que por fuera. En uso, su tamaño es el de la Gran Pirámide, más o menos. Más que menos.

Las leyendas del Fénix abundan en todos los Universos: la criatura que muere pero que es inmortal, resurgiendo siempre joven de sus propias cenizas. El Huevo *es* una maravilla semejante, ya que ahora es mucho más que una biblioteca de consulta; es un compendio de *todas* las experiencias de *todas* aquellas personalidades descollantes, desde Su Sabiduría IX hasta Su Sabiduría CCIV, la señora de Oscar Gordon.

El cargo no es hereditario. Los antepasados de Star incluyen a Su Sabiduría I y a la mayor parte de los otros sabidurías.., pero hay otros millones con tanta sangre «real» como ella. Su nieto Rufo no fue escogido a pesar de que comparte todos los antepasados de Star. O tal vez renunció. Nunca se lo pregunté, le hubiera recordado la época en que uno de sus tíos hizo algo obsceno e improbable. Es una de las preguntas que uno no debe hacer.

Una vez élegido, la educación de un candidato abarca desde rudimentos de cocina hasta matemáticas superiores... incluidas todas las formas de lucha personal, ya que hace milenios que se comprobó que, por muy bien protegida que esté, la víctima tendría más posibilidades si era capaz de luchar como un gato panza arriba. Averigué esto a raíz de formularle a mí amada una pregunta indiscreta.

Yo estaba aún intentando acostumbrarme al hecho de que me había casado con una abuela, cuyo nieto parecía más viejo que yo y era todavía más viejo de lo que parecía. Los habitantes de Center viven mucho más tiempo que nosotros, en cualquier caso, y lo mismo Star que Rufo habían recibido el tratamiento de «Larga Vida». Cuesta un poco acostumbrarse a eso.

-¿Cuántos años de vida tenéis los «sabidurías»? -le pregunté a Star.

-No demasiados -respondió Star casi roncamente-. Habitualmente somos asesinados.

(Soy un bocazas...).

El adiestramiento de un candidato incluye el viajar por muchos mundos. No por todos los planetas-lugares habitados por seres humanos: nadie vive tanto tiempo. Pero muchos. Después de que un candidato termina con todo esto y si es seleccionado como heredero, empieza el trabajo de postgraduado: el propio Huevo. El heredero tiene que imprimir en él (ella) los recuerdos y las personalidades de los emperadores del pasado, hasta «integrarse» con ellos, convirtiéndose en una Estrella-Positiva. En una supernova. En Su Sabiduría.

La personalidad viva es la que predomina, pero toda aquella multitud está allí también. Sin utilizar el Huevo, Star podía recordar experiencias de personas que habían muerto hacía muchos siglos. *Con* el Huevo -en el que ella misma estaba integrada-, tenía siete mil años de recuerdos tan claros y concretos como si pertenecieran al día anterior.

Star me confesó que había vacilado diez años antes de aceptar el nombramiento. No había *deseado* ser todas aquellas personas; le hubiera gustado seguir siendo ella misma, viviendo a su antojo. Pero los métodos utilizados para escoger a los candidatos (no los conozco, están alojados en el. Huevo) parecían casi infalibles; únicamente tres habían sido rechazados desde que se implanté el sistema.

Cuando Star se convirtió en Emperatriz apenas había iniciado la segunda mitad de su adiestramiento, ya que solamente habían sido impresos en ella siete de sus predecesores. La impresión en sí no requería mucho tiempo, pero la víctima tenía que restablecerse después de cada una de ellas... ya que debía asimilar todo lo que le había sucedido al personaje, bueno y malo: la vez qué fue cruel con un animalito doméstico siendo niño y la vergüenza con que lo recordaba en su madurez, la pérdida de su virginidad, la vez insoportablemente trágica en que cometió un error realmente grave.., absolutamente *todo.*

-*Debo* experimentar sus equivocaciones -me dijo Star-. Las equivocaciones son el único medio seguro para aprender.

De modo que la estructura entera está basada en sorneter a *una persona* a todos los miserables errores de siete mil años.

Misericordiosamente, el Huevo no tenía que ser utilizado con frecuencia. La mayor parte del tiempo Star podía ser ella misma, no más importunada por recuerdos impresos de lo que le importuna a usted aquella desagradable observacion que le hicieron cuando cursaba el segundo grado. Star podía resolver la mayoría de los problemas disparando desde la cadera.., sin tener que recurrir al Cuarto Negro ni a toda una serie de diagramas.

Ya que lo único que quedaba claro a medida que exponía aquel sistema empírico de gobernar un imperio era la respuesta a la mayoría de los problemas: *No hacer nada.*

Siempre *King Log,* nunca *King Stork:* «Vive y deja vivir.» «Deja que las cosas se arreglen por sí mismas.» «El tiempo es el mejor médico.» «No molestes a los

perros que duermen.» «Déjalos en paz y volverán a casa, agitando sus rabos detrás de ellos.»

Incluso los edictos positivos del Imperio solían estar redactados en forma negativa: No Destruirás El Planeta De Tus Vecinos. (Destruye el tuyo, si quieres). Manos libres para los guardianes de las Puertas. No pidas justicia, tú también serás juzgado.

Por encima de todo, no plantees serios inconvenientes a una votación popular. Oh, no existe ninguna norma contra la democracia local, sólo en cuestiones imperiales. El viejo Rufo -perdón, el *Doctor* Rufo, un eminente culturólogo comparativo (con gustos más bien plebeyos)-, Rufo me dijo que todas las razas humanas prueban todas las formas políticas, y que la democracia es utilizada en muchas sociedades primitivas.., pero que él no conocía ningún planeta civilizado que la utilizara, ya que *Vox Populi, Vox Dei* se traduce como: «¡Dios mío! ¿Cómo pudimos meternos en *este* atolladero?»

Pero Rufo pretendía gustar de la democracia: cada vez que se sentía deprimido citaba el ejemplo de Washington, y los atractivos del Parlamento francés venían inmediatamen te detrás de los atractivos de las mujeres francesas.

Le pregunté cómo dirigían los asuntos públicos las sociedades avanzadas.

Rufo frunció el entrecejo.

-En términos generales no hacen nada.

Eso describía a la Emperatriz de Veinte Universos: En términos generales no hacía nada.

Pero a veces hacía algo. Podía decir: «Este problema se resolvería si os llevarais a ese chismoso -¿Cómo te llamas? Tú, el de la perilla- y le fusilarais. Hacedlo.» (Yo estaba presente. Lo hicieron. Era el jefe de la delegación que había acudido a ella para plantearle el problema -algo relacionado con el comercio intergaláctico entre imperios del VIIº Universo-, y sus propios compañeros de delegación le arrastraron al exterior y le mataron. Star continué tomando café. Es un café mucho mejor que el que tenemos en la Tierra, y yo estaba tan trastornado que me serví una taza a mí mismo).

Un Emperador no tiene ningún poder. Pero, si Star decidía que un planeta debía ser eliminado, la gente se afanaría, y habría una nova en aquel cielo. Star no lo había hecho nunca, pero existía algún precedente. Escasos, desde luego: Su Sabiduría escudriñará su alma (y el Huevo) largamente antes de decretar algo tan definitivo, aunque su hipertrofiado sentido de la realidad le diga que no hay otra solución.

El Emperador es fuente única de ley Imperial, juez único, ejecutivo único... y hace muy pocas cosas y no dispone de ningún medio para imponer sus normas. Lo que él o ella poseen es el enorme prestigio de un sistema que ha funcionado durante siete milenios. Este no-sistema se mantiene a base de no buscar la unanimidad, la uniformidad, la utópica perfección: sólo respuestas suficientemente buenas para ser aceptadas, con mucha tolerancia y espacio para muchas conductas y actitudes.

Los asuntos locales son locales. ¿Infanticidio? Son vuestros bebés, vuestro planeta. Asociaciones de padres y maestros, censura cinematográfica, ayuda en caso de catástrofe... el Imperio es poderosamente inútil.

La Crisis del Huevo empezó mucho antes de que yo naciera. Su Sabiduría CCIII fue asesinado y el Huevo robado al mismo tiempo. Algunos exaltados deseaban el poder... y el Huevo, con sus recursos únicos, tenía latente la clave de un poder que Genghis Kan nunca soñó.

¿Por qué tendría que desear alguien el poder? Yo no lo comprendía. Pero aquellos exaltados opinaban de una forma distinta.

De modo que Star entró en funciones a medio adiestrar, enfrentada a la mayor crisis que habla sufrido el Imperio y desposeída de su almacén de Sabiduría.

Pero no indefensa. Habían imprimido en ella las experiencias de siete hombres hipersensibles, y disponía de todo el sistema ciber-computador, salvo aquella única parte conocida como el Huevo. Lo primero que tenía que descubrir era lo que habían hecho con el Huevo. No era prudente organizar un ataque contra el planeta de los exaltados; podría acarrear la destrucción del Huevo.

Había medios para hacer hablar a un hombre si a uno no le importaba utilizarlos. A Star no le importó. No me refiero a nada tan tosco como el potro y las tenazas. Esto era más parecido a pelar una cebolla, y ellos pelaron varias.

Karth-Hokesh era un lugar tan horrible que muy pocos de los exploradores que se habían arriesgado a visitarlo regresaron vivos. (Nosotros estuvimos en una «subdivisión jardín», el resto es mucho peor). Los exaltados no demostraron el menor interés en permanecer allí; se limitaron a ocultar el Huevo y a instalar guardianes y trampas alrededor de él y en los caminos que conducían a él.

Le pregunté a Rufo:

-¿Qué utilidad tenía el Huevo *allí?*

-Ninguna -admitió-. Pero los que lo hablan robado no tardaron en comprobar que no tenía utilidad en ninguna parte... sin *Ella.* Necesitaban, o a su equipo de cibernéticos... o a Su Sabiduría en persona. Ellos eran incapaces de abrir el Huevo. *Ella* es la única persona que puede hacerlo sin la ayuda de nadie. De manera que montaron una trampa para *Ella.* El objetivo era capturar a Su Sabiduría -capturarla con preferencia- o matarla en caso necesario, y luego tantear a las personas clave aquí, en Center, cosa que no se atrevían a hacer estando *Ella* viva.

Star inició inmediatamente una investigación para decidir la mejor manera de recuperar el valioso Huevo. ¿Invadir Karth-Hokesh? Las máquinas dijeron: «¡Diablos, no!» Yo también lo hubiera dicho. La idea era descabellada. ¿Cómo organizar una invasión de un lugar en el que un hombre no sólo no puede comer ni beber nada local, sino que ni tan siquiera puede respirar el aire más allá de unas cuantas horas? ¿Cuando un asalto en masa destruirá lo que vas a buscar? ¿Cuando tus únicas cabezas de playa son dos limitadísimas Puertas?

Las computadoras acabaron por dar una respuesta absurda, no importa

cómo fuera formulada la pregunta.

Yo.

Un «Héroe», es decir: un hombre con unas espaldas muy fuertes, una mente débil y un profundo apego a su propio pellejo. Aparte de otros rasgos. Una incursión a cargo de un hombre de características semejantes, ayudado por la propia Star, podría tener éxito. Rufo fue añadido a raíz de un presentimiento de Star (los presentimientos de Sus Sabidurías equivalían a las intuiciones de un genio), y las máquinas lo confirmaron.

-Fui reclutado -dijo Rufo-. Contra mi voluntad, de modo que me negué en redondo. Pero cuando se trata de algo relacionado con *Ella* siempre me falla el sentido común, maldita sea; *Ella* me echó a perder cuando yo era un chiquillo.

Siguieron años de búsqueda del hombre especificado. (Yo, de nuevo.., nunca sabré por qué). Entretanto, unos hombres valientes fueron haciéndose cargo de la situación y, eventualmente, trazaron el mapa de la Torre. La propia Star participé en los reconocimientos, y consiguió ganarse buenos amigos en Nevia, también.

(¿Forma parte Nevia del «Imperio»? Sí y no. El planeta Nevia tiene las únicas Puertas a Karth-Hokesh aparte de la que se encuentra en el planeta de los exaltados; esa es su importancia para el Imperio.., y el Imperio no tiene la menor importancia para Nevia).

Lo más probable era que aquel «Héroe» pudiera encontrarse en un planeta bárbaro, como la Tierra por ejemplo. Star se trasladó a nuestro planeta y examiné a numerosos candidatos procedentes de diversas naciones antes de que su olfato le dijera que yo podría ser su hombre.

Le pregunté a Rufo qué probabilidades nos habían concedido las máquinas.

-¿Qué te hace preguntar eso? -inquirió.

-Bueno, sé algo de cibernética.

-Eso te crees tú. Sin embargo... hubo una predicción. Trece por ciento de éxito, diecisiete por ciento de abstención, y setenta por ciento de muerte para todos nosotros.

Silbé.

-*¡Tú* puedes silbar! -exclamó Rufo en tono indignado-. No sabías más de lo que sabe un caballo de un escuadrón de caballería. No tenias nada de que asustarte.

-Estaba asustado.

-No tuviste tiempo para estarlo. Estaba planeado así. Nuestra única posibilidad residía en la rapidez de nuestra acción y en una absoluta sorpresa. Pero yo *sabia.* Hijo, cuando nos dijiste que esperásemos, allí en la Torre, y desapareciste y no regresabas, bueno, me entró un miedo que no había conocido en toda mi accidentada vida.

Una vez en marcha, la incursión discurrió tal como he contado. Al menos eso

creo, aunque es posible que yo viera lo que mi mente podía aceptar más bien que lo que ocurrió exactamente. Me refiero a la «magia». ¿Cuántas veces los salvajes han llegado a una conclusión de «magia» cuando un hombre «civilizado» se ha presentado con algo que el salvaje no podía entender? ¿Cuán a menudo es aceptada una etiqueta, tal como «televisión», por salvajes de la cultura (que sin embargo hacen girar diales), cuando la palabra más honrada sería «magia»?

No obstante, Star nunca insistió en aquella palabra. La aceptó cuando *yo* insistí en ello.

Pero quedaría muy decepcionado si *todo* lo que vi resultara ser algo que la Western Electric construirá en cuanto los Laboratorios Bell descubran el truco. Tendría que haber *alguna* magia, en alguna parte, sólo como condimento.

Oh, sí, el sumirme en un profundo sueño para la primera transición fue para evitar que un pobre salvaje se asustara más de la cuenta de buenas a primeras. En cuanto a los «ataúdes negros»... bueno, aquello fue sugestión posthipnótica, a cargo de un experto: mi esposa.

¿He dicho los que les ocurrió a los exaltados? Nada. Sus Puertas fueron destruidas; permanecerán aislados hasta que desarrollen los viajes interestelares. Un castigo suficiente, que responde a las normas del Imperio. Sus Sabidurías son incapaces de alimentar un rencor.

XVIII

Center es un planeta encantador, parecido a la Tierra, pero sin los defectos de la Tierra. Ha sido estructurado a lo largo de milenios para hacer de él una especie de Jauja, conservando desierto, nieve y selva suficientes para disfrutarlos, y eliminando toda posibilidad de inundaciones y otros desastres mediante obras de ingeniería.

No está atestado, pero tiene una considerable población para su tamaño; el de Marte, pero con océanos. La gravedad en la superficie es casi la de la Tierra. (Una constante más elevada, creo). Casi la mitad de la población es transeunte, ya que su gran belleza y sus valores culturales únicos -foco de veinte universos- lo convierten en un paraíso turístico. No se ha escatimado ningún esfuerzo para lograr que los visitantes se encuentren cómodos, con la minuciosidad de los suizos, pero con una tecnología desconocida en la Tierra.

Star y yo teníamos residencias en una docena de lugares alrededor del planeta (y muchísimas en otros universos), desde palacios hasta un pequeño pabellón de pesca donde Star atendía personalmente la cocina. La mayor parte del tiempo vivíamos en apartamentos en una montaña artificiál que albergaba al Huevo y su plana mayor; allí había salones, salas de conferencias, secretariados, etc. Si Star tenía deseos de trabajar, le gustaba tener aquellas cosas a mano. Pero un embajador de un sistema o un emperador de un centenar de sistemas que nos visitara tenía tantas posibilidades de ser invitado a nuestro hogar privado como un mendigo en la puerta trasera de una mansión de Beverly HilIs la tiene de ser invitado al salón principal.

Pero si por casualidad Star simpatizaba con el visitante, podía traerle a casa para un piscolabis a medianoche. Lo hizo una vez: una especie de pequeño silfo

con cuatro brazos que parecía bailar claqué continuamente. Pero Star no ofrecía recepciones oficiales ni se sentía obligada a asistir a reuniones sociales. No daba conferencias de prensa, ni pronunciaba discursos, ni recibía a comisiones de *Girl Scouts,* ni ponía primeras piedras, ni proclamaba «Días» especiales, ni firmaba documentos, ni desmentía rumores, ni hacía ninguna de las cosas que consumen buena parte del tiempo de los soberanos y de las V.I.P. en la Tierra.

Consultaba a individuos, a veces haciéndoles venir de otros universos, y tenía a su disposición todas las noticias de todas partes, organizadas en un sistema que había sido desarrollado a través de siglos. Y a través de ese mismo sistema, Star decidía qué problemas debía estudiar. Una queja crónica era la de que el Imperio ignoraba «cuestiones vitales»., y era verdad. Su Sabiduría sólo tomaba en cuenta los problemas que ella elegía; según la filosofía del sistema, la mayoría de los problemas se resolvían por sí mismos.

Acudíamos a menudo a acontecimientos sociales; a los dos nos gustaban las fiestas, y para Su Sabiduría y Consorte la posibilidad de elección era ilimitada. Había un protocolo negativo: Star no aceptaba ni rechazaba invitaciones; se presentaba cuando quería, y se negaba a ser apremiada al respecto. Esto representaba un cambio drástico para la sociedad de Center, ya que el predecesor de Star había impuesto un protocolo más rígido que el del Vaticano.

Un día, en una fiesta, nuestra anfitriona acudió a mí quejándose de lo *aburrida* que había llegado a ser la sociedad bajo las nuevas normas: tal vez yo pudiera hacer algo al respecto...

Lo hice. Fui en busca de Star, le hablé de aquella observación, e inmediatamente nos marchamos a un baile de artistas borrachos: ¡una juerga!

Center es un amasijo tal de culturas, razas, costumbres y estilos, que tiene pocas normas. La única costumbre invariable era: no *me* impongas *tus* costumbres. La gente vestía como en su lugar de origen, o experimentaba con otros estilos; cualquier reunión social parecía un baile de máscaras. Un invitado podía presentarse completamente desnudo sin provocar comentarios... y algunos lo hacían, una pequeña minoría. No me refiero a no-humanos o a humanos hirsutos: las ropas no son para ellos. Me refiero a humanos que no habrían llamado la atención en Nueva York con ropas norteamericanas... y a otros que habrían llamado la atención incluso en la Isla del Levante debido a que no tenían un solo pelo, ni siquiera en las cejas. Esto es una fuente de orgullo para ellos; demuestra su «superioridad» sobre los monos peludos que somos nosotros, y se ufanan tanto de su carencia de pelo como un georgiano de su deficiencia en melanina. De modo que van desnudos con más frecuencia que otras razas humanas. Yo encontré desconcertante su aspecto, pero uno acaba por acostumbrarse.

Star iba vestida fuera de nuestro hogar, lo mismo que yo. Star no desaprovechaba nunca una ocasión para lucir un vestido, una simpática debilidad que hacía posible olvidar, a veces, su categoría Imperial. Nunca llevaba dos veces el mismo vestido, y siempre exhibía algo nuevo... sintiéndose decepcionada si yo no lo advertía. Algunos de sus modelos hubieran producido fallos cardíacos incluso en una playa de la Riviera. Star creía que un vestido de mujer éra un fracaso a menos de que hiciera que los hombres desearan

desgarrarlo.

Uno de los atuendos más eficaces de Star fue el más sencillo. Rufo estaba casualmente con nosotros, y a Star se le ocurrió súbitamente que vistiéramos como lo habíamos hecho durante la Búsqueda del Huevo.., y pim, pam, pum, los trajes estuvieron a nuestra disposición, o fueron confeccionados por encargo, en la medida de lo posible; las ropas nevianas son prácticamente desconocidas en Center.

Ballestas, flechas y carcajes fueron fabricados con la misma rapidez, y nos vimos convertidos en Payasos. Experimenté una agradable sensación al ceñirme a *Lady Vivanzus;* había permanecido colgada en una pared de mi estudio desde que regresamos de la gran Torre negra.

Star se irguió, con los pies ampliamente separados, los puños en las caderas, la cabeza echada hacia atrás, los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas.

-¡Oh, esto es divertido! ¡Me siento estupendamente, me siento *joven!* Querido, prométeme, prométeme de veras que algún día volveremos a vivir una aventura... Me estoy cansando de portarme de un modo sensato.

Hablaba en inglés, ya que el idioma de Center no es apropiado para ideas semejantes. Es un idioma adulterado con millares de años de importaciones y cambios, y carece de inflexiones y de sutilezas.

-De acuerdo -asentí-. ¿Qué opinas, Rufo? ¿Quieres volver a recorrer aquella Ruta de Gloria?

-Cuando la hayan pavimentado.

-Tonterías. Vendrás, te conozco. ¿Dónde y cuándo, Star? No importa «dónde»... sólo «cuándo». ¡Prepara la expedición a partir de este momento!

Súbitamente, Star se puso seria.

-Cariño, sabes que no puedo. No he pasado aún la tercera parte de mi adiestramiento.

-Tenía que haber destruido aquel Huevo cuando lo encontré.

-No te enfades, cariño. Vayamos a la fiesta y pasémoslo bien.

Así lo hicimos. En Center se viaja por medio de trasladadores, «Puertas» artificiales que no requieren ninguna «magia» (o quizá todavía más); uno marca su punto de destino como si apretara botones en un ascensor, de modo que no hay problemas de tráfico en las ciudades... ni otras mil cosas desagradables; no permiten que asomen los huesos en sus ciudades. Star decidió que viajáramos hasta muy cerca de nuestro verdadero punto de destino, cruzáramos un parque, e hiciéramos una entrada espectacular. Sabe lo bien que les sientan los pantalones ajustados a sus largas piernas y solidas nalgas; hacía oscilar sus caderas corno una mujer hindú.

¡Muchachos, fuimos una sensación! En Center nadie lleva espada, salvo algún ocasional visitante, quizá. Las ballestas y flechas son dientes de gallina también. Llamamos la atención tanto como un caballero con armadura en la

Quinta Avenida.

Star era tan feliz como un niño jugando a los disfraces. Lo mismo que yo. Con mi ballesta en bandolera, me sentía dispuesto a cazar dragones.

Era un baile parecido a los de la Tierra. (Según Rufo, todas nuestras razas en todas partes tienen la misma diversión básica: reunirse en multitudes para bailar, beber y charlar. Pretendía que las reuniones de hombres solos o de mujeres solas son síntomas de una cultura enferma. Yo no se lo discutí). Descendimos por una amplia escalinata, la música se interrumpió, la gente miró boquiabierta... y Star disfruté con la atención que había despertado. Los músicos hicieron sonar de nuevo sus instrumentos y los invitados volvieron a asumir la actitud de cortesía negativa que la Emperatriz solía exigir. Pero seguíamos llamando la atención. Yo había creído que la historia de la Búsqueda del Huevo era un secreto de estado ya que nunca la había oído mencionar. Pero, aun en el caso de que fuera conocida, cabía esperar que sólo nosotros tres estuviésemos enterados de los detalles.

No era así. Todo el mundo sabía lo que significaban aquellos atuendos, y más. Me encontraba en el *buffet,* empapando en brandy un Dagwood de mi propia invención, cuando fui acorralado por la hermana de Scherezade, la guapa. Pertenecía a una de las razas humana-pero-no-como-la- nuestra. Iba vestida con rubíes del tamaño del pulgar y una tela razonablemente opaca. Medía alrededor de un metro sesenta, descalza, era increíblemente delgada, y su cintura no podía medir más de treinta centímetros, lo cual exageraba otras dos medidas que destacaban poderosamente. Era morena, con los ojos más rasgados que he visto. Parecía un hermoso gato, y me miraba como un gato mira a un pájaro.

-Yo misma -anuncié.

-Habla.

-Sverlani. Mundo... -(Nombre y código: nunca había oído hablar de él)-. Estudiante diseñadora alimentación. Matemático-sibarítica.

-Oscar Gordon. Tierra. Soldado. -Omití el Número de Identificación para la Tierra; ella sabía quién era yo.

-¿Interrogatorio?

-Pregunta.

-¿Es espada?

-Es.

La miró, y sus pupilas se dilataron.

-¿Es-era espada destruir organismo guardián Huevo?

-(«¿Es esta espada ahora presente la sucesora directa en cambio secuencial espacio-tiempo, aparte de anomalías teóricas involucradas en transiciones entre-universos, de la espada utilizada para matar al Nonato?» El tiempo doble del verbo, presente-pasado, estipula y aparta a un lado el concepto de que la

identidad es una abstracción carente de significado: es esta la espada que realmente utilizaste, en el significado cotidiano, y no me engañes, soldado, no soy ninguna niña).

-Era-es -asentí. («Yo estuve allí y garantizo que la he seguido hasta aquí, de modo que todavía lo es»).

Ella profirió una leve exclamación, y sus pezones se irguieron. Alrededor de cada uno de ellos estaba pintado, o tal vez tatuado, el dibujo multi-univeral que nosotros llamamos «Muralla de Troya»... y su reacción fue tan intensa que los baluartes de Ilium volvieron a desmoronarse.

-¿Tocar? -dijo ella en tono suplicante.

-Tocar.

-¿Tocar *dos veces?* («Por favor, ¿puedo tocarla lo suficiente para captar la sensación que produce? Pido demasiado y tienes derecho a negármelo, pero te aseguro que no la lastimaré»... Su vocabulario es escaso, pero la gracia está en la manera de utilizarlo).

Yo no lo deseaba, tratándose de *Lady Vivamus.* Pero mi debilidad son las muchachas bonitas.

-Toca... dos veces -asentí de mala gana. Desenvainé mi espada y se la tendí con el pomo por delante, dispuesto a agarrarla antes de que la muchacha le vaciara un ojo a alguien o se pinchara su propio pie.

La aceptó cautelosamente, con los ojos y la boca muy abiertos, agarrándola por el recazo en vez de por el pomo.Tuve que mostrarle cómo debía empuñarla. Su mano era demasiado pequeña; sus manos y sus pies, al igual que su cintura, eran ultradelgados.

Localizó la inscripción.

-¿Significa?

Dum vivimus; vivamus no se traduce bien, no porque ellos no pueden comprender la idea, sino porque es agua para un pez. ¿De qué otro modo se podría vivir? Pero lo intenté.

-Tocar-dos-veces vida. Comer. Beber. Reír.

Ella asintió pensativamente, y luego azoté el aire, con la muñeca doblada y el codo hacia fuera. No pude soportarlo, de modo que tomé la espada de sus manos, la incliné lentamente dominando el acero de un imaginario rival, y efectué un rápido tirabuzón para situarme de nuevo en guardia: un movimiento tan elegante que mereció la silenciosa aprobación de hombres grandes y peludos. Ese es el motivo por el que las bailarinas estudian esgrima.

Saludé y le devolví la espada a la muchacha, ajustando después su codo y su muñeca derechos y su brazo izquierdo.., algo que resulta muy divertido para el maestro de esgrima. La muchacha se tiró a fondo, casi ensartando a uno de los invitados.

Recuperé la espada, froté la hoja, y la envainé. Habíamos reunido a un buen

grupo de espectadores. Cogí mi Dagwood del bufete pero la muchacha no habla terminado conmigo.

-¿Yo saltar sobre espada?

Me atraganté. Si ella comprendía el significado -o silo comprendía yo-, me estaba haciendo proposiciones amorosas con más delicadeza que las que hasta entonces me habían hecho en Center. Habitualmente son invitaciones sin tapujos. No podía creer que Star hubiera divulgado los detalles de nuestra ceremonia nupcial. ¿Rufo, quizá? Yo no se lo había dicho, pero Star podía haberlo hecho.

Al ver que yo no contestaba, la muchacha decidió ser más explícita sin bajar el tono de su voz.

-Yo no virgen no madre no embazarada fértil.

Le expliqué tan cortésmente como el idioma permite, que no es mucho, que estaba comprometido. Pareció olvidarse del tema y miró al Dogwood.

-¿Morder para probarlo?

Aquello era harina de otro costal; asentí. La muchacha tomó un buen bocado, masticó pensativamente, y pareció complacida.

-Sabroso. Primitivo. Fuerte. Gran disonancia. Arte excelente.

Luego se alejó, dejándome maravillado.Alcabo de diez minutos volvieron a plantearme la cuestión Recibi más proposiciones que en cualquier otra fiesta en Center, y estoy seguro de que la espada tuvo mucho que ver conello. Desde luego, ese tipo de proposiciones me salían al paso en cada acontecimiento social; yo era el consorte de su Sabiduría. *Y* me hubieran llovido las ofertas aunque hubiese sido un orangután. Algunos peludos parecían orangutanes y eran socialmente aceptables, pero yo podría haber sido como uno de ellos. Y haberme comportado peor. La verdad era que muchas damas sentían curiosidad por saber lo que la Emperatriz se llevaba a la cama, y el hecho de que yo fuera un salvaje, o en el mejor de los casos un bárbaro, aumentaba su curiosidad. No existía ningún tabú contra las multirelaciones sexuales, y eran muy pocos los que renunciaban a ellas.

Pero yo estaba aún en plena luna de miel. Y en cualquier caso, si hubiera aceptado todos aquellos ofrecimientos, habría quedado tan transparente como un visillo. Pero debo confesar que en mi fuero íntimo aquellas proposiciones me halagaban; el ser tan solicitado es bueno para la moral de cualquiera.

Aquella noche, mientras nos desvestíamos, dije:

-¿Te has divertido, cariño?

Star bostezó y sonrió.

-Desde luego. Y tú también te lo has pasado bomba, viejo espadachín. ¿Por qué no te has traído a casa a aquella gatita?

-¿Qué gatita?

-Lo sabes perfectamente. Aquella a la que enseñabas esgrima. -

-¡Miau!

-No, no, querido. Tendrías que enviar a buscarla. Oí que te hablaba de su profesión, y hay una estrecha relación entre el buen cocinar y el buen...

-¡Mujer, hablas demasiado!

Star pasó del inglés al neviano.

-Sí, mi señor marido. Pero no profiero ningún sonido que no brote de unos labios angustiados por el amor.

-Mi dama, mi amada esposa... espíritu elemental de las Aguas Cantarinas...

El neviano es más útil que la jerga que hablan en Center. Center es un lugar divertido, y la vida del consorte de una Sabiduría discurre de un modo fácil y cómodo. Después de nuestra primera visita al pabellón de pesca de Star, mencioné lo agradable que resultaría volver algún día y capturar unas cuantas truchas en aquel paraje encantador, la Puerta por la cual habíamos penetrado en Nevia.

-Me gustaría que estuviera en Center -dije.

-Lo estará.

-Star... ¿Podrías trasladarla? Sé que algunas Puertas, las comerciales, pueden dejar paso a verdaderas masas, pero incluso así...

-No, no. Pero sería prácticamente lo mismo. Déjame ver. Se tardará un día, aproximadamente, en estereotiparlo y medirlo y tipografiarlo desde el aire, etc. La corriente de agua, esas cosas. Pero entretanto... No hay muchas cosas más allá de esta pared, sólo una planta de energía y poco más. Digamos una puerta aquí, y el lugar donde asamos el pescado un centenar de metros más allá. Estará terminado en una semana, o tendremos un nuevo arquitecto. ¿Te parece bien?

-Star, no harás nada de eso.

-¿Por qué no, cariño?

-¿Destruir la casa entera para que yo pueda pescar unas truchas? ¡Absurdo!

-A mí no me lo parece.

-Bueno, lo es. De todos modos, amor mío, no pensaba en trasladar aquel paraje aquí, sino en ir *allí.* Unas vacaciones.

Star suspiró.

-Cuánto me gustarían unas vacaciones.

-Hoy has tomado una impresión. Tu voz es distinta.

-Agota mucho, Oscar.

-Star, las estás tomando demasiado aprisa. Te estás sometiendo a un

esfuerzo excesivo.

-Es posible. Pero soy yo quien debe juzgar acerca de eso, como sabes muy bien.

-¡No *quiero* saberlo! No pretendo inmiscuirme en tus asuntos de gobierno, son cosa tuya y lo sé, pero en mi calidad de *marido* tuyo debo juzgar si trabajas demasiado.., y evitarlo.

-¡Querido, querido!

Se producían demasiados incidentes como ese.

Yo no estaba celoso de ella. Aquel fantasma de mi salvaje pasado había quedado enterrado en Nevia. Y no había vuelto a acosarme.

Y Center no es un lugar propicio para las andanzas de un fantasma semejante. Center tiene tantas costumbres matrimoniales como culturas: millares. Algunos humanos son monogamos por instinto, como se ha dicho de los cisnes. De modo que la fidelidad no puede ser clasificada como una «virtud». Al igual que el valor es la valentía ante el miedo, la virtud es portarse bien ante la tentación. Si no existe ninguna tentación, no puede haber virtud. Pero aquellos inflexibles monógamos no representaban ningún riesgo. Si alguien, por ignorancia, hacía proposiciones deshonestas a una de aquellas castas damas, no se exponía a un bofetón ni a una cuchillada; ella le dejaría con la palabra en la boca y seguirla conversando con los demás. Y no pasaría nada si el marido lo oyera; los celos son desconocidos en una raza automáticamente monógama. No es que yo lo hubiera probado nunca; a mis ojos, se parecían -y olían- a una masa de harina echada a perder. Donde no hay tentación no hay virtud.

Pero tuve oportunidades de mostrarme «virtuoso». Aquella gatita con la cintura de avispa me tentó... y me enteré de que pertenecía a una cultura en la cual las mujeres no pueden casarse hasta que han demostrado que pueden tener hijos, como en algunas partes de los Mares del Sur y ciertos lugares de Europa; de modo que ella no estaba quebrantando ningún tabú de su tribu. Y fui más tentado por otra muchacha, con una figura encantadora, un delicioso sentido del humor y una de las mejores bailarinas de cualquier universo. No lo escribió en la acera; sólo me dio a entender que no estaba ni demasiado ocupada ni desinteresada, utilizando aquella jerga de un modo hábilmente indirecto.

Resultaba atractivo. Muy «americano». Investigué (en otra parte) acerca de las costumbres de su tribu y descubrí que, si bien eran rígidos en lo que respecta al matrimonio, se mostraban muy tolerantes en lo demás. Yo no lo hubiera hecho nunca como yerno, pero la ventana estaba abierta a pesar de que la puerta estuviera cerrada.

De modo que me acoquiné. Me examiné a mí mismo y admití que sentía una curiosidad tan morbosa como la de cualquier mujer que me hacía proposiciones simplemente porque yo era el consorte de Star. La pequeña Zhai-ee-van era una de aquellas que no llevaban ropas. Pero no iba desnuda: desde la punta de su nariz hasta los diminutos dedos de sus pies estaba cubierta de un pelo suave, brillante, gris, asombrosamente parecido al de la chinchilla. ¡Espléndido!

Me faltó valor, era una chiquilla demasiado delicada.

Pero le confesé a Star que había tenido aquella tentación... y Star dio a entender amablemente que yo debía tener músculos entre las orejas; Zhai-ee-van era una eminente artista incluso entre su propia raza, que tenía fama por su talento en la devocion a Eros.

Persistí en mi actitud. Una aventura con aquella muchacha tan linda debería implicar amor, al menos un poco, y lo mío no era amor, sino simple admiración por aquella hermosa piel.., junto con el temor de que una aventura con Zhai-eevan pudiera convertirse en amor y ella no pudiera casarse conmigo, ni siquiera si Star me dejaba en libertad.

O no me dejaba en libertad: Center no tenía ninguna norma contra la poligamia. Algunas religiones tienen normas para y contra esto y aquello, pero ese revoltijo de culturas tenía incontables religiones que se contrarrestaban unas a otras del mismo modo que se contrarrestaban las costumbres conflictivas. Los culturólogos establecen una «ley» de libertad religiosa que según ellos es invariable: la libertad religiosa en un complejo cultural es inversamente proporcional a la fuerza de la religión predominante. Se supone que esto es un caso de una invariabilidad general, que todas las libertades proceden de conflictos culturales debido a que una costumbre que no tiene su correspondiente negación es obligatoria y se considera siempre como una «ley de la naturaleza».

Rufo no estaba de acuerdo; decía que sus colegas establecían como ecuaciones cosas que no son mensurables ni definibles -¡agujeros en sus cabezas!-, y que la libertad nunca pasaba de ser un feliz accidente, debido a que el impulso común a todas las razas humanas era el de dejar en libertad todos sus odios y temores, no sólo hacia sus vecinos sino también individualmente hacia sí mismos, y lo convertían en ley siempre que era posible.

Volviendo al tópico «A»... Los centristas utilizan toda clase de contratos matrimoniales. O ninguno. Practican la asociación, la cópula, la propagación, la amistad y el amor domésticos... pero no necesariamente todo al mismo tiempo ni con la misma persona. Los contratos pueden ser tan complicados como el de una razón social, especificando duración, objetivos, deberes, responsabilidades, número y sexo de los hijos, métodos de selección genética, si hay que contratar madres «auxiliares», condiciones para la cancelación y opciones para lo prolongación.., cualquier cosa menos «fidelidad conyugal». Allí es axiomático que la fidelidad conyugal no puede imponerse y en consecuencia no es contractual.

Pero la fidelidad conyugal es más corriente allí que en la Tierra; no está legislada, simplemente. Tienen un antiguo proverbio extraído de *Mujeres y Gatos.* Significa: «Las Mujeres y los Gatos hacen lo que les place, y los hombres y los perros tienen que seguirles la corriente.» Tiene su réplica en *Hombres y Clima,* que es más áspera y al menos tan antigua, dado que el clima está bajo control desde hace mucho tiempo.

El contrato habitual es ningún contrato; el hombre traslada sus ropas al hogar de la mujer y se queda allí.., hasta que ella tira sus ropas a la calle. Esta

forma tiene la gran ventaja de su estabilidad: una mujer que «tira los zapatos» del hombre a la calle se encuentra con serias dificultades para pescar a otro hombre lo bastante valiente como para arriesgarse a las consecuencias de su mal genio.

Mi «contrato» con Star no era más que eso, suponiendo que los contratos, leyes y costumbres tuvieran aplicación con la Emperatriz, lo cual no era el caso y no podía serlo. Pero no era esa la fuente de mi creciente intranquilidad.

De veras, *no* estaba celoso.

Pero me fastidiaba cada vez más pensar en aquellos hombres que atestaban su mente.

Una noche, mientras nos vestíamos para asistir a una fiesta, Star me gritó. Yo había estado contándole cómo había pasado el día, aprendiendo matemáticas, y sin duda me había mostrado tan aburrido como un niño contando lo que había hecho en la escuela. Pero yo estaba entusiasmado, un nuevo mundo se abría ante mí... y Star se mostraba siempre tan paciente como una madre.

Pero en aquel momento me gritó con una voz de barítono.

Me paré en seco.

-¡Hoy te han impreso!

Noté el esfuerzo que hacía para recobrar la calma.

-¡Oh, perdóname, querido! No, no soy yo misma. Soy Su Sabiduría CLXXXII.

Efectué una rápida suma.

-Eso significa que has tomado catorce desde la Búsqueda... y sólo habías tomado siete durante todos los años anteriores. ¿Qué diablos estás tratando de hacer? ¿Consumirte a ti misma? ¿Convertirte en una idiota?

Star empezó a replicar en tono mordaz, pero se contuvo y respondió amablemente:

-No, no me estoy exponiendo a nada de eso.

-No son esas las noticias que tengo.

-Lo que puedas haber oído decir no significa nada, Oscar, ya que nadie más puede juzgar... ni mi capacidad, ni lo que representa aceptar una impresión. A menos que hayas estado hablando con mi heredero...

-No.

Yo sabia que Star le había seleccionado, y suponía que había tomado alguna impresión: una precaución habitual contra el asesinato. Pero no le conocía, no deseaba conocerle, y no sabía quién era.

-Entonces, olvida lo que te han contado. No responde a la verdad. -Star suspiró-. Pero si no te importa, querido, esta noche no voy a salir; prefiero acostarme y dormir. El Viejo Asqueroso CLXXXII es la persona más

desagradable que me ha sido impresa: gobernó brillantemente en una época crítica, tienes que leer algo acerca de él. Pero en su interior era un personaje bestial que odiaba a las mismas personas a las que ayudaba. Ahora está muy reciente en mí, y debo mantenerle encadenado.

-De acuerdo, vamos a acostarnos.

Star agitó la cabeza.

-He dicho «dormir». Utilizaré la autosugestión, y mañana por la mañana no sabrás que ha estado aquí. Vete a la fiesta. Encuentra una aventura y olvida que tienes una esposa difícil.

Obedecí, pero no estaba de humor para pensar en «aventuras».

El Viejo Asqueroso no era lo peor. Tengo suficiente carácter como para no dejarme manejar por Star, por muy Amazona que sea. Si se ponía pesada, acabaría ganándose aquella azotaina. No temería ninguna interferencia de los guardianes: cuando Star y yo estábamos juntos y a solas, estábamos realmente «a solas». Lo habíamos establecido así desde el primer momento, ya que cualquier tercera persona hubiera destruido nuestra intimidad. Cuando no estaba conmigo, Star no dejaba nunca de tener compañía, incluso cuando se bañaba. Ignoro si sus guardianes eran hombres o mujeres, ni creo que a ella le importase. Lo cierto era que nunca teníamos guardianes a la vista, de modo que nuestras peloteras eran absolutamente privadas, y posiblemente nos hacían bien a los dos, como desahogo temporal.

Pero «el Santo» fue más difícil de aceptar que el Viejo Asqueroso. Era Su Sabiduría CXLI, y tan insoportablemente noble y espiritual y más-inmaculado-que-tú, que me marché a pescar durante tres días. La propia Star era robusta y tenía muchos deseos de vivir y de disfrutar de la vida; aquel individuo no bebía, no fumaba, no mascaba chiclé, no profería una sola palabra que no fuera amable. Casi podía verse el halo de Star mientras estaba bajo su influencia.

Peor todavía, el tipo en cuestión había renunciado al sexo cuando se consagró a los Universos, y eso ejerció un asombroso efecto en Star; la dulce sumisión no era su estilo. De modo que me marché a pescar

Tengo algo bueno que decir del Santo. Star afirma que fue el emperador que cosechó más fracasos a lo largo de su reinado; estaba dotado de un auténtico genio para cometer los mayores errores posibles partiendo de motivos piadosos, de modo que Star aprendió más de él que de cualquier otro: incurrió en todas las equivocaciones del manual. Fue asesinado por clientes insatisfechos al cabo de únicamente quince años, lo cual no es un espacio de tiempo lo bastante largo corno para fastidiar a algo tan enorme como un imperio multiuniversal.

Su Sabiduría CXXXVII pertenecía al sexo femenino.., y Star estuvo ausente dos días. Cuando regresó explicó su ausencia.

-Tuve que hacerlo, querido. Siempre me había considerado a mí misma como una mujer de vida libertina.., pero ella me ha impresionado incluso a mí.

-¿Cómo?

-No pienso decir ni pío, Gobernador. Me he sometido a un tratamiento

intensivo para enterrarla donde nunca llegues a conocerla.

-Siento curiosidad.

-Sé que la sientes, y por eso he atravesado su corazón con una estaca; algo muy doloroso, puesto que era mi ascendiente directa. Pero temía que pudiera gustarte más de lo que yo te gusto. ¡Aquella execrable ramera!

Continúo sintiendo curiosidad.

La mayoría de ellos no eran malos individuos. Pero nuestro matrimonio hubiera marchado mejor si yo no hubiese sabido que ellos estaban allí. Resulta más fácil tener una esposa algo atolondrada que otra en la que están integrados varios personajes... la mayoría de ellos hombres. Tener consciencia de su presencia fantasmal incluso en los momentos de mayor intimidad con Star no le hacía ningún bien a mi líbido. Pero debo admitir que Star conocía el punto de vista masculino mejor que cualquier otra mujer en cualquier historia. Ella no tenía que suponer lo que complacería a un hombre; sabía más acerca de ello que yo, por «experiencia».., y mostraba una explosiva falta de inhibición en lo que respecta a compartir aquellos conocimientos.

No podía quejarme.

Pero lo hacía, reprochándole a Star que fuera aquellas otras personas. Ella soportaba mis injustas quejas mejor de lo que yo soportaba lo que consideraba la injusticia de mi situación con respecto a aquella multitud de fantasmas.

Aquellos fantasmas no eran la peor mosca en la sopa.

Yo no tenía ningún empleo. No me refiero al de nueve-a- cinco y cortar la hierba los sábados y emborracharme en el club aquella noche; quiero decir que vivía sin ningún objetivo concreto. ¿Ha visto usted alguna vez un león macho en un parque zoológico? Carne fresca a su hora, hembras a su disposición, ninguna preocupación por posibles cazadores... Una vida ideal, ¿no es cierto?

Entonces, ¿por qué tiene un aspecto tan aburrido?

Al principio, yo ignoraba que tenía un problema. Mi esposa era bella y cariñosa; disponía de tantas riquezas que no había manera de contarlas; vivía en el más lujoso de los hogares en una ciudad más hermosa que cualquiera de las de la Tierra; todo el mundo era amable conmigo; y tenía la posibilidad de «ir a la escuela» en un sentido maravilloso y que no tenía nada que ver con lo que en la Tierra se entiende por asistir a clase. Disponía de todas las ayudas concebibles. Era, para entendernos, como si Albert Einstein en persona me ayudara con mi álgebra, o como si los equipos de la Rand Corporation y la General Electric se hubieran unido para idear ayudas visuales que hicieran todas las cosas más fáciles para mí.

Este es un lujo superior a las riquezas.

No tardé en descubrir que no podía beber el océano ni siquiera si me lo acercaban a los labios. En la Tierra, el conocimiento se ha desarrollado hasta un punto en el que ningún hombre puede abarcarlo todo: en comparación, imaginese la masa de conocimientos acumulada en Veinte Universos, cada uno de ellos con sus leyes, sus historias, y sólo Star sabe cuantas civilizaciones.

En una fábrica de caramelos, se apremia a los obreros para que coman todo lo que deseen. Pronto quedan hartos y empalagados.

Yo no me harté nunca del todo; el conocimiento tiene más variedad. Pero mis estudios carecían de objetivo. El Nombre Secreto de Dios no resulta más fácil de descubrir en veinte universos que en uno.., y todos los otros temas son del mismo tamaño, a menos de que uno tenga una tendencia natural.

Yo no tenía ninguna tendencia concreta, era un *dilettante...* y me di cuenta de ello cuando vi que mis tutores se aburrían conmigo. De modo que renuncié a la mayoría de las materias, limitándome a las matemáticas y a la historia multiuniversal, sin intentar conocerlo todo.

Pensé en dedicarme a los negocios. Pero para disfrutar con los negocios hay que ser negociante de corazón (yo no lo soy), o disponer de mucho capital. Yo tenía dinero; lo unico que podía hacer era perderlo... y, si ganaba, nunca sabría si se había propagado la consigna (de cualquier gobierno en cualquier parte): Dejad ganar al consorte de la Emperatriz, nosotros nos haremos cargo de vuestras pérdidas.

Lo mismo ocurrió con el póker. Introduje el juego y se hizo popular rápidamente.., y descubrí que no podía jugar. El poker tiene que ser serio o no es nada.., pero cuando uno posee un océano de dinero añadir o perder unas cuantas gotas no significa *nada.*

Debo explicarme: la «lista civil» de Su Sabiduría podía ser menos importante que los gastos de muchos ciudadanos de Center; el lugar es rico. Pero era tan grande como Star deseaba que fuera, un pozo de riqueza sin fondo. No sé cuantos mundos integraban la cuenta, pero digamos que eran veinte mil con tres mil millones de habitantes cada uno.., y me quedo corto.

60.000.000.000.000 de personas a un penique cada una son seiscientos mil millones de dólares. La cifra no significa nada, salvo demostrar que contando tan por lo bajo que nadie pudiera notarlo equivalía aún a mucho más dinero del que yo podía mellar. El no-gobierno de Star de su no-Imperio era muy caro, supongo... pero sus gastos personales, y los míos, *por mucho que despilfarrásemos,* carecían de importancia.

El rey Midas perdió interés en su banco inagotable. Lo mismo me ocurrió a mí.

Oh, yo gastaba dinero. (Nunca toqué ninguno... innecesariamente). Nuestro «piso» (yo no lo llamaría un palacio), nuestro hogar tenía un gimnasio más fantástico que el de cualquier Universidad; hice que le añadieran una *salle d'armes* y practicaba mucha esgrima, casi diariamente, con toda clase de armas. Encargué la fabricación de floretes que pudieran competir con *Lady Vivamus,* y los mejores espadachines de varios mundos se turnaban ayudándome. Hice añadir también un campo de tiro, y ordené que fueran a recoger mi ballesta en aquella cueva de la Puerta de Karth-Hokesh, y me entrené en el tiro al arco y a otros tipos de armas. Oh, gastaba dinero a mi antojo.

Pero no resultaba divertido.

Un día estaba sentado en mi estudio, sin hacer otra cosa que cavilar, mientras jugueteaba con un cuenco lleno de joyas.

En otro tiempo me había atraído el diseñar joyas. Me había interesado en la Escuela Superior, y había trabajado con un joyero todo un verano. Sabía dibujar, y las piedras preciosas me fascinaban. El joyero me prestó algunos libros, saqué otros de la biblioteca... y en cierta ocasión el joyero realizó uno de mis diseños.

Me atraía aquella profesión.

Pero los joyeros no se libran del servicio militar, de manera que lo dejé correr... hasta llegar a Center.

Pensé que no existía ninguna posibilidad de que le hiciera un regalo a Star, a menos que se tratara de algo que hubiera confeccionado yo. De modo que lo hice. Diseñé un vestido a base de piedras preciosas, estudiando la materia (con la ayuda de expertos, como de costumbre), reuniendo una valiosa colección de gemas, dibujando diseños, y enviando las gemas y los diseños para su realización.

Sabía que a Star le gustaban los vestidos a base de piedras preciosas; sabía que le gustaban con locura, no en el sentido de hacer ostentación de riqueza - Star no necesitaba recurrir a eso-, sino en un sentido provocativo, para acentuar lo que apenas requería ser acentuado.

Lo que yo diseñé hubiera parecido muy adecuado en una revista francesa.., pero con piedras de verdad. Los zafiros y el oro encajaban con la belleza rubia de Star, y los utilicé. Pero Star podía llevar cualquier color, y utilicé también otras gemas.

A Star le entusiasmó mi primera producción, y la llevó aquella misma noche. Yo estaba orgulloso de ella; había copiado el diseño de memoria de un vestido que llevaba una artista de cabaret de Frankfurt la primera noche que quedé en libertad del Ejército: algo transparente, una falda larga abierta desde la cadera en un lado y adornada con lentejuelas *(yo* utilicé zafiros), una cosa que no era un sostén sino un realzador, tachonado de joyas, una diadema en los cabellos haciendo juego. Sandalias doradas con tacones de zafiro.

Star me agradeció calurosamente otros que siguieron.

Pero aprendí algo. Yo no era un diseñador nato. Y nunca podría compararme con los profesionales que vestían a las mujeres ricas de Center. Me di cuenta de que Star llevaba mis modelos simplemente porque se los había regalado yo, del mismo modo que una madre cuelga en las paredes de su hogar los dibujos que su hijito realiza en la escuela elemental. De manera que dejé de hacerlos.

Este cuenco de gemas se encontraba en mi estudio desde hacía varias semanas: ópalos de fuego, sardónices, cornalinas, diamantes, turquesas y rubíes, adularias y zafiros y granates, olivinos, esmeraldas, crisolitas... muchas sin nombres ingleses. Las hacía deslizar por entre mis dedos, contemplando los fuegos multicolores, y sentía lástima de mí mismo. Me preguntaba cuanto costarían aquellas piedras en la Tierra... No menos de un millón de dólares.

No me molestaba en guardarlas en un lugar cerrado por la noche. Y yo era el

individuo que no había asistido a la Universidad por falta de instrucción y de hamburguesas.

Las aparté a un lado y me dirigí hacia mi ventana.., existente porque le había dicho a Star que no me gustaría no tener una ventana en mi estudio. Aquello fue a mi llegada, y tardé varios meses en descubrir todo lo que habían tenido que derribar para complacerme; yo había creído que se habían limitado a practicar un orificio en la pared.

La vista que se divisaba era espléndida, más de un parque que de una ciudad, salpicada pero no atestada de hermosos edificios. Resultaba difícil creer que era una ciudad mayor que Tokio; sus «huesos» no eran visibles, y sus habitantes trabajaban incluso a medio planeta de distancia.

Había un murmullo suave como de abejas, semejante al apagado rugido del que uno no puede escapar nunca en Nueva York... pero más suave, sólo lo suficiente para que pudiera darme cuenta de que estaba rodeado de personas, cada una de ellas con su tarea, su objetivo, su función.

¿Mi función? Consorte.

¡Gigolo!

Star, sin darse cuenta, había introducido la prostitución en un mundo que nunca la había conocido. Un mundo inocente, en el que hombre y mujer se acostaban juntos por el solo motivo de que ambos deseaban hacerlo.

Un príncipe consorte no es una prostituta. Tiene sus tareas, a menudo tediosas, tales como representar a la soberana, asistir a inauguraciones, pronunciar discursos. Además de eso, tiene la obligación como semental regio de asegurar la continuación de la dinastía.

Yo no tenía ninguna de esas tareas. Ni siquiera la obligación de entretener a Star... diablos, en un radio de veinte kilómetros había millones de hombres dispuestos a aprovechar la primera oportunidad.

La noche anterior había sido mala. Empezó mal, y terminó en una de aquellas conferencias entre sábanas que a veces sostienen los matrimonios y que no son tan saludables como una discusión a grito pelado, con lanzamiento de vajilla incluido. Nosotros sostuvimos una, tan doméstica como la de cualquier pareja de trabajadores preocupados por las facturas y por el jefe.

Star había hecho algo que hasta entonces no había hecho nunca: traerse trabajo a casa. Cinco hombres, relacionados con algún problema intergaláctico: no llegué a enterarme, ya que la discusión se había prolongado por espacio de varias horas y frecuentemente en un idioma desconocido para mí.

Ellos me ignoraron, yo era un mueble. En Center, las presentaciones son raras; si uno desea hablar con alguien se limita a decir «soy yo» y a esperar. Si no obtiene ninguna respuesta, se marcha. Si la obtiene, intercambia identidades.

Ninguno de ellos lo hizo, y no sería yo quien empezara. Como forasteros en mi casa, yo estaba por encima de ellos. Pero ellos no actuaban como si aquello fuera *mi* casa.

Permanecí sentado allí, el Hombre Invisible, con un creciente malhumor.

Ellos seguían discutiendo, mientras Star escuchaba. De pronto, Star llamó a sus doncellas, que empezaron a desvestirla y a cepillarle los cabellos. Center no es América, yo no tenía ningún motivo para sentirme escandalizado. Lo que Star estaba haciendo era ser descortés con ellos, tratándolos como si fueran muebles (a Star no le había pasado por alto cómo me trataban ellos a mí).

Uno de los hombres dijo, en tono malhumorado:

-Su Sabiduría, me gustaría que escucharas tal como accediste a hacerlo. (Mi traducción no es demasiado literal).

Star replicó fríamente:

-Yo soy juez de mi conducta. Nadie más puede enjuiciarla.

Cierto. Star podía juzgar su conducta, y ellos no. Ni tampoco yo, pensé con amargura. Yo me había enfurecido con ella (a pesar de saber que el asunto no tenía importancia) porque había llamado a sus doncellas y había empezado a prepararse para acostarse delante de aquellos tipos... y me había propuesto decirle que no permitiría que volviera a ocurrir. Sin embargo, decidí pasar por alto aquel aspecto de la cuestión.

Bruscamente, Star terminó con la discusión.

-El tiene razón. Tú estás equivocado. No se hable más del asunto. Marchaos.

Pero yo me proponía exponerle a Star mis objeciones a que trajera a casa aquella clase de individuos.

Star se me anticipó. En cuanto nos quedamos solos, me dijo:

-Perdóname, amor mío. Accedí a escuchar esta absurda querella y la cosa se prolongaba interminablemente, y pensé que podría terminar rápidamente con la discusión si les arrancaba de sus sillas y les hacía permanecer de pie aquí, haciéndoles ver claramente que estaba aburrida. No creí que se pasaran otra hora discutiendo antes de que pudiera cortar por lo sano. Sabía que si lo aplazaba hasta mañana tendría que dedicarles varias horas. Pero e.l problema era importante y no podía eludirlo. -Suspiró-. Ese hombre ridículo... Pero esos individuos ocupan puestos muy elevados. Pensé en la posibilidad de hacerle eliminar. Pero tengo que permitirle que corrija su error, o la situación volvería a repetirse.

Ni siquiera pude sugerir que su decisión final había sido producto del aburrimiento: había dictaminado precisamente a favor del hombre que le había llamado la atención. Me limité a decir:

-Vamos a acostarnos, estás cansada...

Y luego no tuve el suficiente sentido común como para contenerme y no juzgarla por mi cuenta.

XIX

Nos acostamos.

De pronto, Star dijo:

-Oscar, estás disgustado.

-Yo no he dicho eso.

-Pero yo lo capto. No se trata solamente de esta noche y de esos pelmazos. Ultimamente te veo retraído, como si no fueras feliz.

Star esperé.

-No es nada.

-Oscar, cualquier cosa que te moleste o te preocupe no puede ser nunca «nada» para mí. Aunque es posible que no me de cuenta de ello hasta que sepa de qué se trata.

-Bueno... ¡me siento tan completamente *inútil!*

Star apoyó su mano suave y fuerte sobre mi pecho.

-Para mí no eres inútil. ¿Por qué has de sentirse inútil para ti mismo?

-Bueno... ¡mira esta cama! -Era una cama inimaginable para los norteamericanos; podía hacerlo todo menos besarle a uno dandole las buenas noches.., y, al igual que la ciudad, era bella y no mostraba sus huesos-. Este trasto, en mi país, si pudieran construirlo, costaría más que la mejor de las casas en las que mi madre ha vivido nunca.

Star medité unos instantes.

-¿Te gustaría enviarle dinero a tu madre? -Alargó una mano hacia el comunicador instalado junto a la cabecera de la cama-. ¿Bastará con la dirección Base de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas en Elmendorf?

(No recuerdo haberle dicho nunca dónde vivía mi madre).

-¡No, no! -Aparté su mano del comunicador-. No *quiero* enviarle dinero a mi madre. Su marido la mantiene. El no aceptaría dinero mío. Esa no es la cuestión.

-Entonces, no veo cuál pueda ser. Las cosas no importan, lo que cuenta es quién está en una cama. Querido, si no te gusta esta cama, podemos conseguir otra. O dormir en el suelo. Las camas no tienen importancia.

-Esta cama es perfecta. Lo único malo que tiene es que no pago por ella. Pagas tú. Esta casa. Mis trajes. Lo que como. Mis... ¡mis *juguetes!* Todo lo que tengo me lo das tu. ¿Sabes lo que soy, Star? ¡Un gigolo! ¿Sabes lo que es un gigolo? Un chulo, una prostituta macho.

Una de las costumbres más exasperantes de mi esposa era, a veces, su negativa a ponerse a mi altura cuando sabía que yo tenía ganas de jaleo. Me miré pensativamente.

-América es un lugar atareado, ¿no es cierto? La gente trabaja todo el tiempo, especialmente los hombres.

-Bueno.., sí.

-No es costumbre en todas partes, ni siquiera en la Tierra. Un francés no es desgraciado si tiene tiempo libre; pide otro *café au Zait* y deja que se amontonen los platillos. Yo no soy aficionada al trabajo. Oscar, he echado a perder nuestra velada por pereza, para evitarme la idea de que mañana me esperaba una tarea aburrida. No volveré a cometer ese error.

-Star, esto no importa. Ya está superado.

-Lo sé. La clave no suele encontrarse en el primer disgusto. Ni en el segundo. Ni, a veces, en el vigésimosegundo. Oscar, tú no eres un gigolo.

-¿Cómo lo llamarías tú? Cuando algo parece un pato, y grazna como un pato, y actúa como un pato, yo lo llamo un pato. Puedes llamarlo ramo de rosas. Pero sigue graznando.

-No. Todo lo que nos rodea... -Star señaló con la mano en torno a ella-. La cama. Esta hermosa habitación. Lo que comemos. Mis ropas y las tuyas. Nuestras deliciosas piscinas. El mayordomo de guardia por la noche por si a ti o a mí se nos ocurre pedir un pájaro cantor o un melón maduro. Nuestros bellos jardines. Todo lo que vemos o tocamos o usamos o se nos antoja... y mil veces más en lugares lejanos, todo eso te lo has ganado con tus propias manos; todo es tuyo, por derecho.

Mi risa resulté más bien sarcástica.

-Es tuyo -insistió Star-. Ese fue nuestro contrato. Te prometí grandes aventuras, y mayores tesoros, y peligros todavía mayores. Estuviste de acuerdo. Dijiste: «Princesa, acabas de contratar a un servidor» -Sonrió-. El más fiel de los servidores. Querido, creo que los peligros fueron mayores de lo que habías imaginado.., de modo que me ha complacido, hasta ahora, que el tesoro fuera también mayor de lo que probablemente imaginaste. Por favor, no dudes en aceptarlo. Te has ganado eso y mucho más... tanto como estés dispuesto a aceptar.

-Uh... Aunque tengas razón, es demasiado. ¡Me estoy ahogando en malvaviscos!

-Pero Oscar, no tienes que tomar nada que no desees. Podemos vivir sencillamente. En una habitación con una cama plegable, si quieres.

-Esa no es la solución.

-Tal vez te gustaría una vida de soltero...

-«Tirando mis zapatos», ¿eh?

Star dijo claramente:

-Marido mío, si alguien tira algún día tus zapatos, tendrás que ser tú mismo. Yo salté sobre tu espada. Y no la saltaré hacia atrás.

-¡Tómatelo con calma! -dije-. Fue sugerencia tuya. Si lo interpreté mal, lo siento. Sé que no faltarás a tu palabra. Pero podrías lamentarlo.

-Yo no lo lamento. ¿Y *tú?*

-¡No, Star, no! Pero...

-Esa es una pausa muy larga para una palabra tan corta -dijo Star gravemente-. ¿Me lo dirás?

-Uh... esa es precisamente la cuestión. ¿Por qué no me lo dijiste *tú a mí?*

-¿Decirte qué, Oscar? Hay tantas cosas que decir...

-Bueno, un montón de cosas. En qué me estaba metiendo. Que eras la Emperatriz de tantos mundos en particular... antes de permitirme saltar sobre la espada contigo.

La expresión del rostro de Star no cambió, pero unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

-Podría contestar que no me lo preguntaste...

-¡No sabía qué preguntar!

-Es cierto. Yo podría afirmar, sin faltar a la verdad, que si hubieras preguntado yo habría contestado. Podría objetar que no «te permití» saltar sobre la espada, que tú ahogaste mis protestas de que no era necesario que me ofrecieras el honor del matrimonio según las leyes de tu pueblo... que yo era una cualquiera a la que podías poseer a tu antojo. Podría puntualizar que no soy una emperatriz, sino una mujer trabajadora cuyas tareas no le permiten siquiera el lujo de ser noble. Todo eso son verdades. Pero no me ocultaré detrás de ellas; me enfrentaré a tu pregunta -Star pasó al neviano-. ¡Mi señor Héroe, tenía un miedo cerval a que si no me doblegaba a tu voluntad me abandonarías!

-Esposa mía, ¿de veras creíste que tu paladín te abandonaría en medio del peligro? -Continué en inglés-: Bueno, eso aclara las cosas. Te casaste conmigo porque había que recuperar el maldito Huevo y Tu Sabiduría te dijo que yo erá necesario para la tarea... y podría rajarme si no lo hacías. Bueno, Tu Sabiduría se equivocó en ese punto; no acostumbro a rajarme. Puedo ser tonto, pero soy obstinado.

Empecé a levantarme de la cama.

-¡Amor mío! -Star estaba llorando abiertamente.

-Discúlpame. Voy a buscar un par de zapatos para comprobar cuán lejos puedo arrojarlos.

Me estaba mostrando tan desagradable como sólo puede mostrarse un hombre lastimado en su orgullo.

-¡Por favor, Oscar, por favor! Escúchame primero.

Suspiré.

-Adelante, habla.

Star agarró mi mano con tanta fuerza que habría perdido mis dedos si

hubiera tratado de soltarme.

-Amado mío, escúchame bien, no hubo nada de eso. Sabia que no renunciarías a nuestra búsqueda hasta que hubiera terminado o estuviéramos muertos. *¡Lo sabia!* No sólo tenía informes que se remontaban a muchos años antes de conocerte, sino que habíamos compartido también alegrías y peligros y azares; sabía que podía confiar en ti. Pero, en caso necesario, te habría envuelto en una red de palabras, convenciéndote de que sólo debíamos ser prometidos... hasta que terminara la búsqueda. Tú eras un romántico, y hubieras accedido. Pero querido, querido... Yo *quería* casarme contigo... atarte a mí de acuerdo con *tus* normas, de modo que... -se interrumpió para sorberse unas lágrimas- de modo que cuando vieras todo esto, y esto, y esto, y las cosas que tú llamas «tus juguetes», te quedaras *todavía* conmigo. No era política, era *amor...* amor romántico e irracional, amor a ti por ti mismo.

Star enterró su rostro entre sus manos, y apenas pude oírla.

-Pero yo sabía muy poco del amor. El amor es una mariposa que vuela cuando le apetece y se marcha cuando se le antoja; nunca se deja atar con cadenas. Pequé. Traté de atarte, a sabiendas de que era injusta, y ahora comprendo que he sido cruel para ti. -Me miró con una triste sonrisa en los ojos-. Incluso a Su Sabiduría puede fallarle la sapiencia cuando es una mujer. Pero, por estúpida que sea, no soy tan obstinada como para ignorar que he perjudicado a mi amado cuando los hechos están delante de mí. Ve en busca de tu espada; saltaré hacia atrás sobre ella y mi paladín quedará libre de su jaula dorada. Ve, mi señor Héroe, mientras mi corazón conserva su firmeza.

-Ve a buscar tu propia espada, muchacha. Esa azotaina se ha demorado demasiado tiempo.

Súbitamente, Star sonrió, toda picardía.

-Pero querido, mi espada está en Karth-Hokesh. ¿No te acuerdas?

-¡Esta vez no podrás evitarla!

La agarré. Star es ágil y resbaladiza, con asombrosos músculos. Pero yo soy más robusto, y ella no luchó con todo el vigor con que podía haberlo hecho. A pesar de todo, perdí piel y gané unos cuantos moretones antes de haber podido sujetar sus piernas y retorcer uno de sus brazos detrás de su espalda. Le di un par de azotes en el trasero, lo bastante vigorosos como para dejar marcados los dedos en la sonrosada piel, y luego perdí interés.

Decidme ahora, ¿salían aquellas palabras directamente de su corazón.., o estaba actuando como la mujer más lista de veinte universos?

Más tarde, Star dijo:

-Me alegro de que tu pecho no sea una alfombra rugosa como el de algunos hombres, hermoso mío.

-Fui un bebé muy guapo también. ¿Cuántos pechos masculinos has tocado?

-Alguno, por casualidad. Cariño, ¿has decidido quedarte conmigo?

-Una temporada. Si te portas bien, desde luego.

-No sé hasta qué punto puedes esperar de mí una buena conducta. Pero.., ahora que te has desahogado, creo que será mejor que te cuente otra cosa.., y reciba mi azotaina si me la merezco.

-Tienes muchas ganas de que te zurre. Una azotaina al día es lo máximo, ¿me oyes?

-Como quieras, señor. Tú eres el jefe. Mañana haré que traigan mi espada y podrás azotarme con ella a tu antojo. Si crees que puedes pillarme. Pero debo decirte esto y descargarlo de mi pecho.

-En tu pecho no hay nada. A menos que cuentes...

-¡Por favor! Has estado acudiendo a nuestros terapeutas.

-Una vez a la semana. -Lo primero que Star había ordenado para mí fue un reconocimiento médico tan completo que, en comparación, el del Ejército parecía superficial-. El Matasanos Jefe insiste en que mis heridas no están curadas, pero yo no le creo. Nunca me he sentido mejor.

-Está alargando la cosa, Oscar,.. por orden mía. Estás curado, yo no soy torpe y te dediqué toda mi atención. Pero... cariño, hice esto por motivos egoístas, y ahora debes decirme si he sido injusta y cruel contigo otra vez. Admito que obré mal. Pero mis intenciones eran buenas, Sin embargo, sé, como lección elemental de mi profesión, que las buenas intenciones son la fuente de más insensateces que todas las otras causas juntas.

-Star, ¿de qué estás hablando? Las mujeres son la fuente de todas las insensateces.

-Sí, querido. Porque siempre tienen buenas intenciones... y pueden demostrarlo. Los hombres actúan a veces movidos por el propio interés, lo cual es más racional y más seguro. Aunque no siempre.

-Eso se debe a que la mitad de sus antepasados son hembras. ¿Por qué tenía que acudir a la consulta del médico, si no lo necesitaba?

-Yo no he dicho que no lo necesitaras. Pero es posible que tú no opines como yo. Oscar, estás en una fase avanzada de los tratamientos de Larga Vida -Star me miró como si se preparara a parar un golpe o a echar correr.

-¿Conque era eso?

-¿Tienes algún inconveniente? En esta fase del tratamiento sus efectos pueden ser anulados.

-No había pensado en ello.

Yo sabía que en Center era asequible el tratamiento de Larga Vida, pero sabía también que estaba rígidamente restringido. Cualquiera podía obtenerlo... inmediamente antes de emigrar a un planeta escasamente colonizado. Los residentes permanentes debían envejecer y morir. Esta era una cuestión en la cual uno de los predecesores de Star se había interferido en el gobierno local. Center, con las enfermedades prácticamente dominadas, su gran prosperidad y

su atractivo para miríadas de personas, había visto aumentar su población desmesuradamente, de un modo especial cuando la Larga Vida había rebajado considerablemente el índice de mortalidad.

Aquella norma severa había evitado que el exceso de población se convirtiera en un grave problema. Algunas personas se aplicaban la Larga Vida a una edad relativamente temprana, pasaban a través de una Puerta y corrían sus riesgos en planetas semidespoblados. Eran más los que esperaban hasta verse asaltados por las primeras premoniciones de la muerte, y entonces decidían que eran demasiado viejos para un cambio. Y algunos no hacían absolutamente nada y morían cuando llegaba su hora.

Yo conocía aquella premonición; me la había hecho llegar un vietnamita en una selva.

-Creo que no tengo ningún inconveniente.

Star suspiró, aliviada.

-No lo sabía, y no debí deslizarlo en tu café. ¿Merezco una azotaina?

-La añadiremos a la lista de las que ya te has ganado, y te las daré todas al mismo tiempo. Probablemente te dejaré lisiada. Star, ¿cuánto dura la «Larga Vida»?

-Es una pregunta difícil de contestar. Pocos de los que la han recibido han muerto en la cama. Si llevas una vida tan activa como sé que llevarás, por tu temperamento, es muy improbable que mueras de vejez. Ni de enfermedad.

-¿Y nunca envejeceré?

Cuesta acostumbrarse a la idea.

-Oh, sí, puedes envejecer. Peor aún, la época senil se alarga proporcionalmente. Si uno lo permite. Si los que le rodean lo permiten. Sin embargo... Cariño, ¿qué edad represento? No me lo digas con tu corazón, dímelo con tus ojos. Según las normas de la Tierra. Sé sincero, conozco la respuesta.

Siempre era una alegría mirar a Star, pero intenté mirarla con ojos críticos, buscando indicios otoñales: arrugas en las comisuras de los ojos, las manos, leves cambios en la piel... Diablos, no encontré absolutamente ninguno, a pesar de que sabía que tenía un nieto.

-Star, cuando te vi por primera vez, te calculé unos dieciocho años. Después de haber hablado contigo te eché alguno más. Ahora, mirándote de cerca y sin hacerte ningún favor.., no más de veinticinco. Y esto es debido a que tus facciones parecen haber madurado. Cuando te ríes, eres una quinceañera; cuando haces una carantoña, o pareces asustada, o deleitada súbitamente con un cachorrillo, o un gatito, o algo por el estilo, tienes alrededor de doce años. Desde la barbilla para arriba, quiero decir; desde la barbilla para abajo, nadie te haría menos de dieciocho.

-Unos dieciochó años elásticos -dijo Star-. Veinticinco años terrestres, de acuerdo con los índices de crecimiento en la Tierra, son exactamente la marca a

la que yo apuntaba. La edad en la que una mujer deja de crecer y empieza a envejecer. Oscar, la edad aparente bajo la Larga Vida es una cuestión de elección. Fíjate en mi tío José, el que a veces se llama a sí mismo «Conde Cagliostro». Se plantó en los treinta y cinco años, porque dice que cualquier hombre más joven es un muchacho. Rufo prefiere parecer más viejo: dice que así le tratan con más respeto, no corre el peligro de meterse en pendencias con hombres más jóvenes.., y no obstante puede darle una sorpresa a un hombre más joven si éste se mete con él porque, como ya sabes, la vejez de Rufo es principalmente de la barbilla para arriba.

-Y puede dar una sorpresa a mujeres más jóvenes -sugen.

-Con Rufo nunca se sabe. Querido, no he terminado de contártelo. Parte del tratamiento consiste en enseñar al cuerpo a repararse a sí mismo. Es algo parecido a las lecciones de idiomas: un hipnoterapeuta le da lecciones al cuerpo a través de la mente dormida. Parte de la edad aparente es terapia cosmética (Rufo no necesitaría ser calvo), pero otra parte mayor es controlada por la mente. Cuando decidas la edad que te gustaría aparentar, pueden empezar a imprimirla.

-Lo pensaré. No quiero parecer mucho mayor que tú.

Star sonrió, embelesada.

-¡Gracias, querido! Ya ves lo egoísta que he sido.

-¿Cómo? Se me ha pasado por alto el detalle.

Star colocó una mano sobre la mía.

-No quería que envejecieras, ¡y murieras!, mientras yo permanecía joven.

-Cielos, mi dama, eso *fue* muy egoísta por tu parte, ¿verdad? Pero podías barnizarme y conservarme en el dormitorio. Como tu tía.

Star hizo una mueca.

-Eres un hombre insoportable. Mi tía no los barnizaba.

-Star, no he visto ninguna de esos cadáveres en conserva por estos alrededores.

Star pareció sorprendida.

-Eso era en el planeta donde nací. En este universo, pero en otra estrella. Un lugar muy agradable. ¿No te he hablado de él?

-Star, cariño, la mayoría de las cosas no me las has dicho nunca.

-Lo siento, Oscar, no quería llenarte de sorpresas. Pregúntame. Esta noche. Cualquier cosa.

Medité sobre ello. Me había interrogado acerca de una cosa, de cierta carencia. O quizá las mujeres de su raza tenían otro ritmo. Pero no podía olvidar el hecho de que me había casado con una abuela... ¿de qué edad?

-Star, ¿estás embarazada?

-¿Qué? No, querido. *¡Oh!* ¿Quieres que lo esté? ¿Quieres que tengamos hijos?

Tartamudeé, tratando de explicar que no había estado seguro de que fuera posible... o de que tal vez ella estaba embarazada. Star me miró con aire turbado.

-Voy a sorprenderte otra vez, pero será mejor que te lo cuente todo. Oscar, yo no estaba más acostumbrada al lujo que tú. Tuve una infancia agradable, mis padres eran ganaderos. Me casé joven con un simple profesor de matemáticas, aficionado a las geometrías conjetural y opcional. A la magia, quiero decir. Tres hijos. Mi marido y yo nos llevábamos bien... hasta que fui nominada. No escogida, sólo nombrada para examen y posible adiestramiento. El sabía que yo era una candidata genética cuando se casó conmigo... pero hay millones de candidatos genéticos. La cosa no parecía importante.

«Quería que yo renunciara. Estuve a punto de hacerlo. Pero cuando acepté, él... bueno, «tiró mis zapatos». Lo hicimos legalmente; mi marido publicó la noticia de que yo había dejado de ser su esposa.

-Eso hizo, ¿eh? ¿Te importa que le busque y le rompa los brazos?

-¡Querido, querido! Aquello ocurrió hace muchos años y muy lejos de aquí; hace mucho tiempo que murió. No tiene importancia.

-En cualquier caso, él está muerto. Tus tres hijos... ¿uno de ellos es el padre de Rufo? ¿O la madre?

-¡Oh, no! Eso fue más tarde.

-¿Bien?

Star respiró a fondo.

-Oscar, tengo alrededor de cincuenta hijos.

Aquello fue una especie de puntilla. Demasiadas impresiones seguidas, y supongo que lo di a entender, ya que el rostro de Star reflejó una intensa preocupación. Se apresuró a darme explicaciones.

Cuando fue nombrada heredera fue sometida a cambios: quirúrgicos, bioquímicos y endocrinos. Nada tan drástico como la esterilización, y con resultados distintos y mediante técnicas más sutiles que las nuestras. Pero lo cierto es que unos doscientos fragmentos diminutos de Star -óvulos vivos y latentes- fueron almacenados a una temperatura de casi el cero absoluto.

Unos cincuenta de aquellos óvulos habían sido fecundados, la mayoría por emperadores muertos hacía mucho tiempo pero «vivos» en su semen almacenado: experimentos genéticos destinados a la obtención de uno o más emperadores futuros. Star no los había gestado: el tiempo de una heredera es demasiado valioso. No había visto a la mayoría de ellos; el padre de Rufo fue una excepción. Ella no lo dijo, pero yo creo que a Star le gustaba tener un niño cerca para jugar con él y quererle.., hasta que los agotadores primeros años de su reinado y la Búsqueda del Huevo absorbieron todo su tiempo.

Aquel cambio tenía un doble objetivo: obtener unos centenares de niños de

alta calidad de una sola madre, y dejar a la madre libre. Debido a algún tipo de control endocrino, Star quedó libre del ritmo de Eva, aunque joven en todos los sentidos.., sin píldoras ni inyecciones de hormonas; esto era permanente. Era simplemente una mujer sana que no tenía nunca «días malos». Esto no era para su comodidad, sino para garantizar que su criterio como Juez Supremo no se vería nunca mediatizado por sus glándulas.

-Es lamentable -me dijo, muy seria-. Recuerdo que había días en que hubiera mordido la cabeza de mi amigo más querido sin ningún motivo, y luego me asaltaba una crisis de llanto. Una no puede ser juiciosa en esa clase de tormenta.

-Uh... ¿afectó a tu interés? Me refiero a tu deseo de...

Star me dirigió una irónica sonrisa.

-¿Qué opinas *tú?* -Y añadió, seriamente-: Lo *único* que afecta a mi líbido, cambiándola para empeorar, quiero decir, son... ¿es? (el inglés tiene la más rara de las estructuras), es-son esas incómodas impresiones. A veces hacia arriba, a veces hacia abajo... y recuerdo a una mujer cuyo nombre no mencionaré, que me afectó hasta el extremo de que no me atreví a acercarme a ti hasta que hube exorcizado su negra alma. Una impresión reciente afecta asimismo a mi capacidad de juicio, de modo que nunca puedo oír un caso hasta que he digerido el último. ¡Me alegraré cuando hayan terminado!

-Yo también.

-No te alegrarás tanto como *yo.* Pero aparte de eso, querido, no soy muy distinta como mujer, y tú lo sabes. Mi único defecto es el de devorar a jovencitos a la hora del desayuno y seducinlos saltando sobre espadas.

-¿Cuántas espadas?

Star me miró intensamente.

-Desde que mi primer marido me repudió, no había estado casada hasta que me casé *contigo,* señor Gordon. Si no es eso a lo que te refieres, no creo que debas esgrimir contra mí cosas que ocurrieron antes de que tú nacieras. Si quieres detalles desde entoces, satisfaré tu curiosidad. Tu morbosa curiosidad, debería decir.

-Quieres alardear. Pero no caeré en la trampa.

-¡Yo *no* quiero alardear! Tengo pocas cosas de que alardear. La Crisis del Huevo me dejó casi sin un solo momento en el cual poder ser una mujer, maldita sea... Hasta que se presentó Oscar el Gallo. Gracias, señor.

-Refrena tu lenguaje y habla como una dama.

-Sí, señor. ¡Simpático Gallo! Pero nos has llevado lejos de nuestros carneros, querido. Si quieres hijos... *¡sí,* cariño! Quedan alrededor de doscientos treinta óvulos, y *me* pertenecen. No a la posteridad. No a mi amado pueblo, benditos sean sus codiciosos corazones. No a esos manipuladores genéticos que. juegan a ser Dios. ¡A *mí!* Son lo único que poseo. Todo lo demás es *ex officio.* Pero esos óvulos son *míos...* y si tú los quieres son tuyos, mi único amor.

Tenía que haber dicho «¡Sí!» y haberla besado. Lo que dije fue:

-Uh, no nos precipitemos.

El rostro de Star se desencajó.

-Como a mi señor Héroe marido le plazca.

-Mira, no nos pongamos nevianos y formales. Quiero decir, bueno, cuesta un poco acostumbrarse a la idea. Jeringuillas y cosas, supongo, y ser manipulado por los técnicos. Y, mientras me doy cuenta de que te falta tiempo para tener un bebé por ti misma...

Estaba tratando de decir que desde que me ilustraron acerca de la Cigüeña, había aceptado el proceso normal, y opinaba que la inseminación artificial era una jugada sucia incluso aplicada a una vaca... y que esta tarea, subcontratada por ambas partes, me hacía pensar en ranuras en un Horn & Hardart, o en un traje comprado por correo. Necesitaba tiempo para adaptarme. Tal como Star se había adaptado a aquellas malditas impresiones...

Star aferró mis manos.

-¡Quenido, no lo necesitas!

-¿Qué es lo que no necesito?

-Ser manipulado por los técnicos. Yo *conseguiré* tiempo para tener a tu hijo. Si no te importa ver cómo mi cuerpo engorda y se hace enorme -ocurre así, ocurre así, lo recuerdo-, me hará feliz complacerte. Y será como con las otras personas en lo que a ti respecta. Nada de jeringuillas. Nada de técnicos. Nada que lastime tu orgullo. Oh, tendré que ser preparada. Pero yo estoy acostumbrada a ser manejada como una vaca de concurso; no significará más que un lavado de cabeza.

-Star, ¿pasarías nueve meses de incomodidades, exponiéndote a morir en el parto, para ahorrarme unos momentos de malhumor?

-No moniré. Tres hijos, ¿recuerdas? Partos normales, sin ningún contratiempo.

-Pero, tal como tú has señalado, eso fue «hace muchos años».

-No importa.

-Uh, ¿cuántos años? (¿Qué edad tienes, querida?» La pregunta que nunca me atrevía a formular).

Star pareció preocupada.

-¿Importa eso, Oscar?

-Uh, supongo que no. Tú sabes más de medicina que yo...

Star dijo lentamente:

-Estás preguntando lo vieja que soy, ¿no es cierto?

No dije nada. Star esperó, y luego continuó:

-Según un antiguo dicho de tu mundo, una mujer es tan joven como se siente. Y yo me siento joven, y *soy* joven, y tengo ansias de vivir, y puedo llevar un niño, o muchos niños, en mi propio vientre. Pero sé, ¡oh, lo sé!, que tu preocupación no deriva únicamente del hecho de que yo sea demasiado rica y ocupe una posición incómoda para un marido. Sí, conozco también esa parte; mi primer marido me repudió por eso. Pero él tenía mi edad. La cosa más cruel e injusta que he hecho es que yo *sabía* que mi edad podía importarte... y seguí adelante. Por eso Rufo se enojó tanto conmigo. Cuando te quedaste dormido aquella noche en la cueva del Bosque de los Dragones, me lo echó en cara con palabras hirientes. Dijo que sabía que no podía reprocharme el que conquistara a hombres jóvenes, pero que nunca creyó que yo cayera tan bajo como para atrapar a uno en matrimonio sin hablarle antes de mi edad. Nunca había tenido un elevado concepto de su abuelita, dijo, pero esta vez...

-¡Cállate, Star!

-Sí, mi señor.

-¡Eso no cambia absolutamente nada! -Y lo dije de un modo tan rotundo que lo creí... y sigo creyéndolo-. Rufo no sabe lo que yo pienso. Tú eres más joven que el amanecer de mañana... siempre lo serás. ¡Y no quiero que se hable más del asunto!

-Sí, mi señor.

-Y déjate de formulismos también. Limítate a decir: «De acuerdo, Oscar».

-¡Sí, Oscar! ¡De acuerdo!

-Eso está mejor. A menos que quieras recibir otra azotaina. Y estoy demasiado cansado. -Cambié de tema-. En cuanto a este otro asunto... No hay ningún motivo para que distiendas tu hermosa tripita si existen otras posibilidades. Tengo una mentalidad de campesino, eso es todo; no estoy acostumbrado a los sistemas de la gran ciudad. Cuando sugeriste que lo harías por ti misma, ¿querías decir que podrían volver a dejarte tal como eras antes?

-No. Sería simplemente una madre-anfitniona, al mismo tiempo que madre genética. -Sonrió, y supe que estaba haciendo progresos-. Pero ahorrando una gran suma de ese dinero que tú no quieres gastar. Esas mujeres sanas y robustas que tienen hijos de otras personas cobran muy caro. Cuatro niños y pueden retirarse: diez, y se convierten en mujeres ricas.

-No me sorprende que cobren caros sus servicios... Star, no tengo inconveniente en gastar dinero. Admito, si tú lo dices, que he ganado más de lo que gasto, con mi trabajo como héroe profesional. Ese es un servicio duro, también.

-Te lo has ganado a pulso.

-Ese sistema ciudadano de tener hijos... ¿Se puede escoger? ¿Niño o niña?

-Desde luego. Los espermatozoides que producen machos nadan con más rapidez y pueden ser apartados. Por eso los Sabidurías suelen ser hombres: yo

fui un candidato sin planear. Tendrás un hijo, Oscar.

-Podría preferir una niña. Tengo una debilidad por las ninas.

-Un muchacho, una niña.., o los dos. O tantos como quieras.

-Star, déjame reflexionar en ello. Hay multitud de ángulos... y yo no pienso tan bien como tú.

-¡Pooh!

-Si tú no piensas mejor de lo que yo lo hago, arreglados están tus clientes... Mmmm, ¿el semen masculino puede ser almacenado tan fácilmente como los óvulos?

-Con mucha más facilidad.

-Esa es toda la respuesta que necesitamos ahora. No me impresionan demasiado las jeringuillas, ¿sabes? He fonmado en muchas colas del Ejército. Iré a la clínica o a donde sea, y luego lo arreglaremos todo con calma. Cuando decidamos -me encogí de hombros- echar la carta al correo, ¡o haremos y, *¡clunk!,* seremos padres. O algo por el estilo. A partir de entonces los técnicos y esas robustas matronas pueden manejarlo todo.

-Sí, mi se... ¡De acuerdo, querido!

La cosa iba mejor. Casi su rostro de niña. Desde luego, su rostro de dieciséis años, con un vestido nuevo para la fiesta y los muchachos como un estremecedor y delicioso peligro.

-Star, antes dijiste que a menudo lo que importa no es el segundo disgusto, ni siquiera el vigésimosegundo.

-Sí.

-Sé lo que marcha mal en mí. Puedo decírtelo... y tal vez Su Sabiduría conozca la respuesta.

Star parpadeó.

-Si puedes decírmelo, cariño... Su Sabiduría lo resolverá, aunque tenga que derruirlo todo y volver a edificarlo de un modo distinto, desde aquí hasta la próxima galaxia... o renunciaré al cargo de Sabiduría.

-Eso suena más a mi Estrella de la Suerte. De acuerdo, no es que yo sea un gigolo. Me he ganado mi café con leche y mis bollos, al menos; el Devorador de Almas estuvo a punto de comerse mi alma, conoce su forma exacta: él... ello sabe cosas que yo había olvidado hace mucho tiempo. Fue duro, y la paga debería ser elevada. No es tu edad, querida. ¿A quién le importa lo vieja que es Helena de Troya? Tú tienes siempre la edad correcta: ¿puede ser más afortunado un hombre? No estoy celoso de tu posición; no la desearía por nada del mundo. No estoy celoso de los hombres que pasaron por tu vida... ¡cadáveres con suerte! Ni siquiera ahora, mientras no tropiece con ellos al ir al cuarto de baño.

-No hay ningún otro hombre en mi vida ahora, mi señor marido.

-No tengo ningún motivo para creerlo. Pero siempre hay una semana próxima, y ni siquiera tú puedes tener una Visión acerca de *eso,* amada mía. Tú me has enseñado que el matrimonio no es una forma de muerte... y es obvio que tú no estás muerta, cariño.

-Una Visión tal vez no -admitió Star-. Pero sí una sensación.

-Yo no apostaría por ello. He leído el Informe Kinsey.

-¿Qué informe?

-El desaprobaba la teoría de la Sirena. Acerca de las mujeres casadas. Olvídalo. Pregunta hipotética: si Jocko visitara Center, ¿seguirías teniendo la misma sensación? Tendríamos que invitarle a dormir aquí.

-El Doral no sale nunca de Nevia.

-No se lo reprocho, Nevia es maravilloso. He dicho «si.».. Si lo hiciera, ¿le ofrecerías «techo, mesa y cama»?

-Eso -dijo Star en tono firme- tendrías que decidirlo *tu,* mi señor.

-Voy a plantearlo de otra manera. ¿ Esperarías que *yo* humillara a Jocko no devolviéndole su hospitalidad? ¿Al galante y viejo Jocko, que nos permitió vivir cuando tenía derecho a matarnos? ¿Cuyo equipo, flechas y muchas cosas, incluido un nuevo maletín médico, nos conservó vivos y nos permitió recuperar el Huevo?

-En las costumbres nevianas de techo, mesa y cama -insistió Star-, decide el *marido,* mi señor marido.

-No estamos en Nevia, y aquí una esposa piensa por su cuenta. Estás escurriendo el bulto, querida.

Star sonrió maliciosamente.

-¿Incluye ese «sí» tuyo a Muri? ¿Y a Letva? Son las favoritas de Jocko, no viajaría sin ellas. ¡Y qué me dices de la pequeña... ¿cómo se llama.., el capullito?

-Me rindo. Sólo trataba de demostrar que el saltar sobre una espada no convierte a una mujer temperamental en una monja.

-Tengo consciencia de ello, Héroe mío -dijo Star juiciosamente-. Lo único que puedo decir es que procuraré que *esta* mujer temperamental no proporcione nunca a su Héroe un solo momento de inquietud.., y habitualmente suelo llevar a cabo lo que me propongo. Por algo soy «Su Sabiduría».

-Me parece muy bien. Aunque nunca pensé que me causarías esa clase de inquietud. Trataba de demostrar que la tarea puede no ser demasiado difícil. Bueno, nos estamos desviando de la cuestión. Mi verdadero problema es que no soy bueno para nada.

-¡No digas eso, querido! Eres bueno para *,mí.*

-Pero no para mí mismo. Star, gigolo o no, no puedo ser un perrito faldero. Ni

siquiera tuyo. Mira, tú tienes un trabajo. Te mantiene ocupada y es importante. Pero, ¿y yo? No hay nada que yo pueda hacer, *absolutamente* nada... como no sea diseñar unos modelos horribles. ¿Sabes lo que soy? Un héroe de profesión, eso me dijiste; tú me reclutaste. Ahora estoy retirado. ¿Conoces algo en todos los veinte universos más inútil que un héroe *retirado?*

Star mencionó un par de cosas inútiles. Yo dije:

-En serio, Star, las cosas han llegado a un extremo que se me hace insoportable. Cariño, te ruego que dediques a mi problema toda tu atención.., con la ayuda de todos esos fantasmas. Trátalo como tratarías un problema Imperial. Olvida que soy tu marido. Considera mi situación general, todo lo que sabes de mí... y dime qué puedo hacer que valga la pena con las manos y el cerebro y el tiempo. *Yo,* siendo lo que soy.

Star permaneció en silencio durante largos minutos, mostrando en su rostro aquella calma profesional que yo había visto en ella las veces que había asistido a sus audiencias.

-Tienes razón -dijo finalmente-. En este planeta no hay nada que encaje con tus facultades.

-Entonces, ¿qué debo hacer?

Star dijo en tono inexpresivo:

-Tienes que marcharte.

-¿Crees que me gusta la respuesta, marido mío? ¿Crees que me gustan la mayoría de las respuestas que tengo que dar? Pero tú me has pedido que lo considere profesionalmente. He obedecido. Esta es la respuesta. Tienes que abandonar este planeta... y a mi.

-De modo que mis zapatos van a la calle, a fin de cuentas...

-No te enfades, mi señor. Esa *es* la respuesta. Yo puedo eludirla y ser femenina sólo en mi vida privada; no puedo negarme a pensar si accedo a hacerlo como «Su Sabiduría». Tienes que separarte de mí. ¡Pero, no, no, no, tus zapatos no van a la calle! *Te marcharás,* porque debes hacerlo. No porque *yo* lo desee. -Su rostro permaneció tranquilo, pero las lágrimas volvieron a fluir-. No se puede cabalgar a un gato... ni hacer correr a un caracol... ni enseñar a volar a una serpiente. Ni convertir a un Héroe en un perrito faldero. Lo sabía, pero me negaba a verlo. Tú harás lo que tengas que hacer. Pero tus zapatos continuarán junto a mi cama, no te estoy despidiendo... -Parpadeó para que no la cegaran las lágrimas-. No puedo mentirte, ni siquiera con mi silencio. No diré que no reposen otros zapatos aquí... si tu ausencia es muy prolongada. Me he sentido muy sola. No hay palabras para describir lo solitario que es este cargo. Cuando te marches... me sentiré más sola que nunca. Pero encontrarás tus zapatos aquí cuando regreses.

-¿Cuando regrese? ¿Tienes una Visión?

-No, mi señor Héroe. Sólo tengo lá sensación de que... si vives.., regresarás. Quizá muchas veces. Pero los Héroes no mueren en la cama. Ni siquiera en

esta. -Parpadeó de nuevo, y sus lágrimas dejaron de fluir, y su voz se hizo más firme-. Ahora, mi señor marido, creo que deberíamos apagar las luces y descansar.

Lo hicimos, y Star apoyó su cabeza sobre mi hombro y no lloró. Pero no dormimos. Al cabo de largo rato, dije:

-Star, ¿oyes lo que oigo yo?

Star alzó la cabeza.

-No oigo nada.

-La Ciudad. ¿No puedes oírla? Gente. Máquinas. Incluso pensamientos tan densos que los huesos los sienten y el oído casi los capta.

-Sí. Conozco ese sonido.

-Star, ¿te *gusta* vivir aquí?

-No. Nunca fue necesario que me gustara.

-¡Maldita sea! Has dicho que me marcharía. *¡Ven conmigo!*

-¡Oh, Oscar!

-¿Qué les debes a ellos? ¿No es suficiente haber recuperado el Huevo? Déjales que tomen una nueva víctima. ¡Vuelve a recorrer conmigo la Ruta de Gloria! Tiene que haber trabajo para mi especialidad en alguna parte.

-Siempre hay trabajo para los Héroes.

-De acuerdo; formemos compañía, tú y yo. El trabajo de Héroe no es malo. Las comidas son irregulares, y la paga insegura.., pero nunca es aburrido.. Pondremos anuncios:

«Gordon & Gordon, Heroicidades Razonables. Ninguna tarea demasiado grande, ninguna tarea demasiado pequeña. Se exterminan dragones por contrato, satisfacción garantizada o el cliente no paga. Precios a convenir para otros trabajos. Búsquedas, rescate de doncellas, localización de vellocinos de oro, etc.»

Estaba tratando de arrancarle una sonrisa a Star, pero Star no sonrió. Respondió, muy seria:

-Oscar, si decidiera retirarme, debería adiestrar a mi heredero antes de hacerlo. De hecho, nadie puede ordenarme que haga una cosa... pero tengo la obligación de preparar a quien deba reemplazarme.

-¿Cuánto tiempo tardarías en hacerlo?

-No demasiado. Unos treinta años.

-¡Treinta años!

-Bueno, forzando un poco las cosas, creo que podría reducirlos a veinticinco.

Suspire.

-Star, ¿sabes la edad que tengo?

-Desde luego. No has cumplido aún los veinticinco años. *¡Pero no envejecerás más!*

-Pero ahora mismo tengo esa edad. Ese es todo el tiempo que habrá existido para *mí.* Otros veinticinco años como un perrito faldero y no seré un héroe ni nada. Me habré convertido en un muñeco.

Star reflexionó unos instantes.

-Sí. Eso es verdad.

Tras lo cual, Star se volvió de espaldas, nos dimos las buenas noches, y fingimos dormir.

Más tarde noté el temblor de sus hombros, y supe que estaba sollozando.

-¿Star?

Ella no volvió la cabeza. Lo único que oi fue una voz entrecortada por los sollozos:

-¡Oh, querido, queridísimo mío! ¡Si yo fuera tan sólo un *centenar* de años más joven!

XX

Dejé que las inutiles piedras preciosas se deslizaran a través de mis dedos y las aparté a un lado. Si *yo* fuera tan sólo un centenar de años *más viejo...*

Pero Star tenía razón. Ella no podía dejar su puesto sin relevo. Su concepto del adecuado relevo, no el mío o el de cualquier otra persona. Y yo no podría permanecer mucho más tiempo en esta cárcel acolchada sin golpear mi cabeza contra los barrotes.

Sin embargo, los dos queríamos estar juntos.

Lo realmente terrible del caso era que yo sabía -lo mismo que Star- que cada uno de nosotros, olvidaría. Algo, de todos modos. Lo suficiente para que hubiera otros zapatos, otros hombres, y Star volviere a reír.

Y lo mismo haría yo... Star se había dado cuenta, y seriamente, amablemente, con sutil consideración para los sentimientos del otro, me había dicho indirectamente que no necesitaba sentirme culpable cuando cortejara a alguna otra muchacha, en algún otro mundo, en alguna parte.

Entonces, ¿por qué me sentía como en un cepo?

¿Cómo había quedado atrapado sin ningún medio para escapar que no me obligara a escoger entre lastimar a mi amada o seguir tumbado en mi mecedora? Leí en alguna parte acerca de un hombre que vivía en una alta montaña, debido a que padecía un tipo grave de asma, en tanto que su esposa vivía en la costa debajo de él, debido a trastornos cardíacos que no podían soportar la altitud. A veces se miraban el uno al otro a través de telescopios.

A la mañana siguiente no hablamos de la retirada de Star. El tácito *quid-pro-quo* era que, si ella planeaba retirarse, yo vagaría por allí *(¡treinta años!)* hasta que lo hiciera. Su Sabiduría había llegado a la conclusión de que yo no lo resistiría, y no habló de ello. Tomamos un suculento desayuno y nos mostramos alegres, cada uno con sus pensamientos secretos.

Tampoco mencionamos los hijos. Oh, yo encontraría aquella clínica, haría lo que fuera necesario. Si Star deseaba mezclar su linaje estelar con mi sangre plebeya, podría hacerlo, mañana o dentro de cien años. O senreír tiernamente y hacer que lo tiraran con el resto de la basura. Ninguno de mis antepasados había sido alcalde de Podunk, y un percherón no se cría en una cuadra de caballos de carreras. Si Star unía nuestros genes para hacer un niño, sería puro sentimiento, un regalo de San Valentín: un perrito de lanas más joven al que ella podría mimar hasta que lo dejase correr por su cuenta. Pero sólo sentimiento, tan pegajoso si no tan morboso como el de su tía con los maridos muertos, ya que el Imperio no podría utilizar mi tendencia siniestra.

Alcé los ojos hacia mi espada, colgada frente a mí. No la había tocado desde aquella fiesta, lejana ya, en la que Star decidió vestirse para la Ruta de Gloria. La descolgué, me la coloqué al cinto y la desenvainé.., sentí una emoción incontenible, y tuve una visión repentina de un largo camino y de un castillo sobre una colina.

¿Qué le debe un paladín a su dama cuando la búsqueda ha terminado?

¡Déjate de evasivas, Gordon! ¿Qué le debe un *marido* a su *esposa?* Esta misma espada... «Salta Truhán y Princesa salta. Mi esposa eres tú y mía para *conservarla.»* «.. .en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad... para amarte y respetarte, hasta que la muerte nos separe.» *Eso* era lo que yo había querido decir con aquellas aleluyas, y Star lo había sabido, y yo lo había sabido y lo sabía ahora.

Cuando juramos, había parecido probable que la muerte nos separase aquel mismo día. Pero eso no disminuyó la calidad del juramento ni la sinceridad con que yo lo había pronunciado. No había saltado la espada para revolcarme con Star sobre la hierba antes de morir: podía haberlo hécho sin que mediara ninguna ceremonia. No, yo había deseado «. . .tener y conservar, amar y respetar, hasta que la muerte nos separe».

Star habla cumplido su promesa al pie de la letra. ¿Por qué habla de sentir *yo* comezón en los pies?

Rascad a un héroe y encontraréis un zángano.

Y un héroe *retirado* era algo tan absurdo como esos reyes cesantes que abundan en Europa.

Salí dando un portazo de nuestro «piso», con la espada al cinto y sin importarme un comino las miradas de asombro que me dirigían, acudí a nuestros terapeutas, averigüé a dónde debía ir, fui allí, hice lo que era necesario, le dije al jefe biotécnico que Su Sabiduría debía ser informada, y le amenacé con rebanarle el cuello cuando empezó a hacer preguntas.

Luego me dirigí a la cabina de transporte más próxima y vacilé... Necesitaba

compañía del mismo modo que la necesita un Alcohólico Anónimo. Pero yo no tenía ningún amigo intimo, solo centenares de conocidos. Al consorte de la Emperatriz no le resulta fácil hacer amistades.

Tendría que ser Rufo. Pero en todos los meses que llevaba en Center no había estado en casa de Rufo. En Center no se practica la bárbara costumbre de *dejarse* caer en casa de la gente, y únicamente había visto a Rufo en la Residencia o en fiestas; Rufo no me habla invitado nunca a su hogar. No, no existía ninguna frialdad entre nosotros; le veíamos a menudo, pero siempre era él quien venía.

Le busqué en los listines de transporte... inútilmente. El mismo resultado en los listines de vea-hable. Llamé a la Residencia y hablé con el oficial de comunicaciones. Me dijo que «Rufo» no era un apellido y trató de quitárseme de encima. Le dije:

-¡Procura justificar el sueldo que no te ganas, amigo! Cuelga, y dentro de una hora estarás a cargo de las señales de humo en Timbuctu. Ahora escucha. Ese individuo es de edad madura, calvo, uno de sus nombres es «Rufo», y tiene fama como culturólogo comparativo. *Y* es nieto de Su Sabiduría. Creo que sabes quién es y que has estado arrastrando los pies por insolencia burocrática. Tienes cinco minutos. Entonces hablaré con Su Sabiduría y se lo preguntaré a *ella,* mientras *tú* empaquetas tus cosas.

(«¡Alto! ¡Peligro! Otro Rufo (?) viejo y calvo, compculturista. Sabiduría óvulo-esperma-óvulo. Cinco minutos. Embustero y/o tonto. ¿ Sabiduría? ¡ Catástrofe!»).

No habían pasado cinco minutos cuando la imagen de Rufo llenó el tanque.

-¡Bueno! -dijo-. Me estaba preguntando quién tenía el peso suficiente para llegar hasta mi.

-Rufo, ¿puedo ir a verte?

Su cuero cabelludo se llenó de arrugas.

- ¿Ratones en la despensa, hijo? Tu cara me recuerda la vez en que mi tío...

-¡Por favor, Rufo!

-Sí, hijo -dijo amablemente-. Enviaré a las bailarinas a su casa. ¿O es mejor que se queden?

-Me tiene sin cuidado. ¿Cómo te encontraré?

Me lo dijo, marqué su clave, añadí mi número de abonado, y me encontré allí, a dos mil kilómetros de distancia. El hogar de Rufo era una mansión tan lujosa como la de Jocko y millares de años más sofisticada. Mi primera impresión fue la de que Rufo tenía la servidumbre más numerosa de Center, toda femenina. Estaba equivocado. Pero todas las criadas, visitantes, primas, hijas, se constituyeron en comité de recepción... para ver al compañero de cama de Su Sabiduría. Rufo las ahuyentó y me llevó a su estudio. Una bailarina (evidentemente una secretaria) estaba ocupada con documentos y grabaciones. Rufo le dio una palmada en el trasero, despidiéndola, me señaló una cómoda

butaca, me sirvió un trago, puso cigarrillos a mi alcance, se sentó y no dijo nada.

El fumar no es popular en Center, y el motivo es lo que ellos utilizan como tabaco. Cogí un cigarrillo.

-¡Chesterfield! ¡Dios mío!

-Son de contrabando -dijo Rufo-. Pero ya no se elabora nada parecido a *Sweet Caps.* Ponen toda clase de hierbas menos tabaco.

Hacía meses que yo no había fumado. Pero Star me había dicho que podía olvidarme del cáncer y cosas por el estilo. De modo que lo encendí... y tosí como un dragón neviano. El vicio requiere una práctica continua.

-«¿Qué noticias hay en el Rialto?» -inquirió Rufo, echando una ojeada a mi espada.

-Oh, nada.

Habiendo interrumpido el trabajo de Rufo, ahora vacilaba en exponer mis problemas domésticos.

Rufo permaneció sentado, fumando y esperando. Yo necesitaba decir algo, y el cigarrillo norteamericano me recordó un incidente, algo que había venido a añadirse a lo inestable de mi condición. Una semana antes, en una fiesta, había conocido a un hombre que aparentaba unos treinla y cinco años, afable, cortés, pero con aquel aire altivo que expresa: «Tu bragueta está desabotonada, viejo, pero soy demasiado educado para mencionado.»

Pero a mí me había gustado mucho conocerle, puesto que hablaba *inglés.*

Yo había creído que Star, Rufo y yo éramos los únicos en Center que hablaban inglés. Lo hablábamos a menudo, Star para facilitarme las cosas, Rufo porque le gustaba practicar. Rufo hablaba cockney como un vendedor ambulante, norteamericano como un ciudadano do Boston, australiano como un canguro. Conocía todas las variantes del inglés.

Aquel individuo hablaba un buen inglés-americano.

-Me llamo Nebbi -dijo, estrechando mi mano en un lugar en el que nadie estrecha la mano-, y usted es Gordon, lo sé. Encantado de conocerle.

-El gusto es mío -dije-. Es una sorpresa y un placer oír mi propio idioma.

-Conocimiento profesional, mi querido amigo. Culturólogo comparativo, lingüista-histórico-político. Usted es norteamericano, lo sé.Déjeme situarlo: Profundo Sur, no nacido allí. Posiblemente Nueva Inglaterra. Chapeado por desplazamiento al Medio Oeste, California quizá. Lenguaje básico, clase media baja, mezclada.

El tipo era bueno. Mi madre y yo vivimos en Boston mientras mi padre estuvo ausente, 1942-45. No olvidaré nunca aquellos inviernos; yo llevaba chanclos desde noviembre hasta abril. Yo había vivido en el Profundo Sur, Georgia y Florida, y en California en La Jolla durante la noGuerra de Corea y, más tarde, en mi época de estudiante. «¿Clase media baja?» Mi madre no lo

había creído así.

-Se aproxima usted -convine-. Conozco a uno de sus colegas.

-Sé a quién se refiere, al «Científico Loco». Teorías maravillosamente extravagantes. Pero dígame: ¿cómo estaban las cosas cuando usted se marchó? Especialmente, ¿cómo marchan los Estados Unidos con su Noble Experimento?

-«¿Noble Experimento?» -Tuve que pensar. La Ley Seca había sido derogada antes de que yo naciera-. Oh, aquello ya terminó.

-¿De veras? Tengo que hacer un viaje allí. ¿Qué tienen ustedes ahora? ¿Un rey? Me di perfecta cuenta de que su país iba en esa dirección, pero no lo esperaba tan pronto.

-Oh, no -dije-. Yo me refería a la Ley Seca.

-Oh, eso. Sintomático, pero no básico. Yo estaba hablando del divertido concepto del gobierno de la palabrería. «Democracia». Una extraña quimera: como si añadir ceros pudiera producir una suma. Pero en su país tribal fue aplicada a escala gigantesca. Antes de que usted naciera, sin duda. Creí que había querido decir usted que incluso el cadáver había sido barrido. -Sonrió-. Entonces, ¿siguen teniendo relaciones y todo eso?

-La última vez que estuve allí, sí.

-Oh, maravilloso. Fantástico, realmente fantástico. Bueno, tenemos que vernos con frecuencia, quiero interrogarle a usted. He estado estudiando su planeta durante mucho tiempo: las patologías más asombrosas en todo el complejo explorado. Hasta la vista. No acepte ningún níquel de madera, como dicen los hombres de las tribus en su pais.

Le hablé a Rufo de ello.

-Rufo, sé que procedo de un planeta bárbaro. Pero, ¿justifica eso su descortesía? Si es que era descortesía. Aquí estoy hecho un taco, hasta el punto de que ya no sé a qué pueden llamarse buenos modales.

Rufo frunció el ceño.

-En cualquier parte son malos modales burlarse del lugar de nacimiento, tribus o costumbres de una persona. Un hombre lo hace por su cuenta y riesgo. Si le matas, no te pasará nada. Podría poner quizás en un pequeño apuro a Su Sabiduría. Si es que hay algo que pueda ponerla en un apuro a *Ella.*

-No le mataré, no tiene tanta importancia.

-Entonces olvídalo. Nebbi es un snob. Sabe un poco, no entiende nada, y cree que los universos serían mejores si él los hubiera diseñado. Ignórale.

-Lo haré. Sólo era... mira, Rufo, mi país no es perfecto. Pero no me gusta oírselo decir a un extranjero.

-¿A quién le gusta eso? A mí me agrada tu país, tiene sabor. Pero... yo no soy un extranjero y esto no es una burla. Nebbi tenía razón.

-¿Eh?

-Salvo que él sólo ve la superficie. La democracia no puede funcionar. Matemáticos, campesinos y animales, eso es todo lo que existe... de modo que la democracia, una teoría basada en el supuesto de que matemáticas y campesinos son iguales, no pueden funcionar nunca. El saber no es aditivo; su máxima expresión es el hombre más sabio en un grupo determinado.

«Pero una *forma* democrática de gobierno me parece bien, mientras no funcione. Cualquier organización social marcha bastante bien si no es rígida. La estructura no importa, con tal de que exista la holgura suficiente para permitir que un hombre en una multitud manifieste su genio. La mayoría de los llamados científicos sociales parecen creer que la organización lo es todo. Es casi nada... salvo cuando es una camisa de fuerza. Lo que cuenta es la incidencia de héroes, no la pauta de ceros.

Y añadió:

-Tu país tiene un sistema lo bastante libre como para permitir que sus héroes trabajen en su profesión. Debería durar mucho tiempo.., a menos que su tolerancia sea destruida desde dentro.

-Espero que tengas razón.

-*Tengo* razón. Conozco este tema y no soy estúpido, como opina Nebbi. El está en lo cierto al hablar de la inutilidad de «añadir ceros».., pero no se da cuenta de que él es un cero.

Sonreí.

-Sería una imbecilidad por mi parte dejarme impresionar por un cero -dije.

-En efecto. Especialmente cuando tú distas mucho de serlo. Dondequiera que vayas harás notar tu presencia, no serás uno más del rebaño. Te respeto, y no respeto a muchos. Nunca a la gente en conjunto, no podría ser un demócrata de corazón. Para pretender que se «respete» e incluso se «ame» a la gran masa con sus ladridos en un extremo y sus pies malolientes en el otro se requiere la fatua, empalagosa, ciega y sentimental ignorancia que se encuentra en algunos supervisores de guarderías infantiles, en la mayoría de los perros de aguas, y en todos los misioneros. No es un sistema político, es una enfermedad. Pero alegra el ánimo: tus políticos norteamericanos son inmunes a esa enfermedad.., y vuestras costumbres permiten que el no-cero se abra paso.

Rufo miró de nuevo mi espada.

-Viejo amigo, tú no has venido aquí para hablarme de Nebbi.

-No. -Incliné los ojos hacia mi *Lady Vivarnus-.* He traído esto para afeitarte, Rufo.

-¿*Eh*?

-Prometí que afeitaría tu cadáver. Te lo debo por los favores que me has hecho. De modo que aquí estoy, para afeitar al barbero.

Rufo dijo lentamente:

-Pero todavía no soy un cadáver. -No hizo ningún movimiento. Pero se movieron sus ojos, calculando la distancia entre nosotros. Rufo no contaba con mi «caballerosidad»; había vivido demasiado tiempo.

-Oh, eso puede arreglarse -dije alegremente-, a menos que obtenga respuestas directas de ti.

Rufo se relajó un poco.

-Lo intentaré, Oscar.

-Algo más que intentarlo, por favor. Tú eres mi última posibilidad, Rufo. Pero no te hagas ilusiones, hablo muy en serio. Y respuestas directas, las necesito. Quiero que me aconsejes acerca de mi matrimonio.

El rostro de Rufo se nubló.

-Y yo que pensaba haber salido hoy... En vez de eso me dediqué a trabajar. Oscar, preferiría criticar al primer hijo de una mujer, o incluso su gusto en sombreros. Es mucho más seguro enseñar a morder a un tiburón. ¿Qué pasará si me niego?

-¡En tal caso te afeitaré!

-¡Serías capaz de hacerlo, matasiete! -Rufo frunció el ceño-. «Respuestas directas... » No las deseas, lo que quieres es un hombro para llorar sobre él.

-Es posible que eso también. Pero quiero respuestas directas, no las mentiras que puedes contar en sueños.

-De modo que estoy perdido de todas maneras. Decirle a un hombre la verdad sobre su matrimonio equivale a suicidarse. Creo que me quedaré quieto y comprobaré si tienes córazón para liquidarme a sangre fría.

-Oh, Rufo, dejaré que guardes mi espáda bajo siete llaves, si quieres. Sabes que nunca la desenvainaría contra *ti.*

-No estoy seguro de eso -murmuró Rufo-. Siempre hay una primera vez. Puede predecirse lo que hará un malandrín, pero tú eres un hombre de honor, y eso es lo que me asusta. ¿No podríamos resolver esto por el vea-hable?

-En serio, Rufo. No tengo a nadie más a quien acudir. Quiero que me hables francamente. Este no es un problema para un consejero matrimonial corriente. En nombre de la sangre que vertimos juntos, te ruego que me aconsejes. ¡Y sinceramente, desde luego!

-«Desde luego», ¿verdad? La última vez que me arriesgué a hacerlo estuviste a punto de cortarme la lengua. -Me miró con aire enfurruñado-. Pero siempre he sido un tonto cuando se ha apelado a mi amistad. Mira, vamos a hacer un trato. Tú hablas, yo escucho.., y si resulta que tu relato es tan largo que mis viejos y cansados riñones se quejan y me veo obligado a abandonar tu agradable compañía por unos instantes.., bueno, entonces sabrás que pisas un terreno resbaladizo y no volveremos a aludir al tema que estés tocando. ¿Te parece bien?

-De acuerdo.

-La Presidencia te reconoce. Adelante.

De modo que hablé. Hablé de mi dilema y de mi frustración, sin ocultar nada mío ni de Star (era en beneficio de ella también, y no era necesario hablar de nuestros asuntos más íntimos; estos, al menos, marchaban bien). Pero mencione nuestras riñas y muchas otras cosas que es mejor mantener dentro del círculo familiar, *tenía* que hacerlo.

Rufo escuchaba. De pronto se levantó y paseó de un lado a otro del estudio, con aire preocupado. Me interrumpió cuando hablé de los hombres que Star había traído a casa.

-No tenía que haber llamado a sus doncellas -dijo-. Pero olvídalo, muchacho. *Ella* nunca recuerda que los hombres son tímidos, en tanto que las mujeres se limitan a tener costumbres. Concédele esto.

Más tarde, dijo:

-No debes tener celos de Jocko, hijo. Jocko clava una tachuela con un martillo pilón.

-No estoy celoso.

-Eso fue lo que dijo Menelao. Pero deja espacio para dar y tomar. Todo matrimonio lo necesita.

Finalmente le hablé de la predicción de Star de que yo me marcharía.

-No le reprocho nada, y el haberme podido desahogar contigo me ha hecho mucho bien. Creo que ahora podré controlarme mejor y ser un buen marido. Star realiza grandes sacrificios para cumplir con sus tareas, y lo menos que puedo hacer es facilitárselas Es tan dulce, tan amable y tan buena...

Rufo se paró a cierta distancia, de espaldas a su escritorio.

-¿Lo crees así?

-Sé que es así.

-¡Ella es una vieja pelleja!

Me puse en pie de un salto y me precipité hacia él. Nodesenvainé la espada. No se me ocurrió la idea, ni la hubiese desenvainado en ningún caso. Lo único que deseaba era echarle a Rufo las manos encima y castigarle por hablar de aquel modo de mi amada. Rufo botó sobre el escritorio como una pelota y, cuando hube cruzado la habitación, Rufo se encontraba detrás de la mesa, con una mano en uno de los cajones.

-Malo, malo -dijo-. Oscar, no *quiero* afeitarte.

-¡Sal de ahí y lucha como un hombre!

-Ni hablar, viejo amigo. Un paso más y te hago picadillo, Tantas promesas, tantas súplicas... «Hablo muy en serio», dijiste. «Quiero que me aconsejes», dijiste. «Habla francamente», dijiste. Siéntate en esa butaca.

- «¡Hablar francamente» no significa libertad para insultar!

-¿Quién ha de juzgarlo? ¿Debo someter mis observaciones a aprobación antes de hacerlas? No remiendes tus promesas rotas con una falta de lógica infantil. Y no me obligues a comprar una alfombra nueva. Nunca conservo una sobre la cual haya matado a un amigo: las manchas me ponen melancólico. Siéntate en esa butaca.

Me senté.

-Ahora -dijo Rufo, permaneciendo donde estaba-, tú escucharás mientras *yo* hablo. O tal vez te levantarás y te marcharás. En cuyo caso podría quedar tan complacido al dejar de ver tu fea cara que eso zanjaría toda la cuestión. O podría enfadarme tanto por el hecho de que me interrumpieras que caerías muerto en el umbral de la puerta, ya que tengo muchas cosas dentro y estoy dispuesto a soltarlas todas. Ponte cómodo.

«He dicho -continuó- que mi abuela es una vieja pelleja. Lo he dicho brutalmente; para descargar tu tensión... y ahora no es probable que te ofendas demasiado por las muchas cosas ofensivas que me quedan por decir. Ella es vieja, tú lo sabes, aunque no dudo que te resulta fácil olvidarlo la mayor parte del tiempo. Yo mismo lo olvido la mayor parte del tiempo, a pesar de que Ella ya era vieja cuando yo andaba a gatas y no había aprendido a hablar. Es una pelleja, y tú lo sabes. Podría haber dicho «un mujer con experiencia», pero tenía que darte en los dientes con la palabra que estabas eludiendo incluso mientras me estabas diciendo que lo sabías... y que no te importaba. Abuelita es una vieja pelleja, tenemos que partir de ahí.

«¿Y por qué tendría que ser *Ella* otra cosa? Respóndete mismo. Tú no eres tonto, eres simplemente joven. Normalmente, Ella tiene tan sólo dos placeres posibles, y el otro no puede permitírselo.

-¿Cuál es el otro?

-Tomar decisiones nefastas por sádico rencor, ese es el placer que Ella no se atreve a permitirse. De modo que demos gracias de que su cuerpo disponga de una inofensiva válvula de seguridad, ya que de no ser así todos sufriríamos las consecuencias antes de que alguien lograra asesinarla. Muchacho, querido muchacho, ¿puedes soñar lo mortalmente cansada que Ella tiene que estar en la mayoría de las cosas? Tu propio deleite se ha agriado en unos cuantos meses. Piensa lo que debe ser enfrentarse año tras año con la misma situación sin otra esperanza que la de un asesino más listo que los anteriores. Demos gracias a que Ella siga encontrando placer en un placer inocente. De modo que Ella es una vieja pelleja, y el afirmarlo no representa ninguna falta de respeto; al contrario, establece un balance favorable entre dos cosas que Ella debe ser para realizar su tarea.

»Ella no dejó de ser lo que es por recitar unos absurdos versos contigo un día brillante en la cumbre de una colina. Tú crees que Ella se ha tomado unas vacaciones desde entonces, pegándose únicamente a ti. Posiblemente lo ha hecho, si la has citado con exactitud y yo he leído las palabras correctamente; Ella dice siempre la verdad.

»Pero nunca *toda* la verdad, ¿quién puede hacerlo?, y Ella es la embustera más hábil diciendo la verdad que nunca has conocido. Estoy seguro de que tu memoria ha omitido alguna palabra de aspecto inocente con la que daba una

salida pero dejaba a salvo tus sentimientos.

»Si es así, ¿por qué tendría *Ella* que hacer algo más que dejar a salvo tus sentimientos? Ella está encariñada contigo, no cabe duda... pero sin fanatismo. Ha sido adiestrada precisamente para evitar el fanatismo, para encontrar siempre respuestas prácticas. Aunque es posible que no haya mezclado aún los zapatos, si te quedas una semana más, o un año, o veinte, y llega el momento en que Ella *desee* hacerlo, sabrá encontrar la manera de no mentirte con palabras y no herir en absoluto su conciencia, porque Ella no tiene conciencia. Sólo Sabiduría, completamente pragmática.

Rufo carraspeó.

-Ahora, refutación y contrapunto y viceversa. Me gusta mi abuela, y la quiero todo lo que mi flaca naturaleza permite, y la respeto profundamente a pesar de todo... y te mataría a ti o a cualquiera que se interpusiera en su camino o le causara alguna infelicidad.., y esto sólo se debe en parte al hecho de que hay en mí una sombra de su propio ser, de modo que puedo comprenderla mejor que nadie. Si se salva del cuchillo, de la bomba o del veneno del asesino el tiempo suficiente, pasará a la historia como «La Grande». Pero tú has hablado de sus «grandes sacrificios». ¡Absurdo! A Ella le gusta ser «Su Sabiduría», el Eje alrededor del cual giran todos los mundos. Y no creo que renunciara a serlo ni por ti ni por alguien cincuenta veces mejor que tú. Te repito que Ella no mintió, tal como tú lo has contado: Ella dijo *«sí»...* sabiendo que en treinta años, o en veinticinco, pueden ocúrrir muchas cosas, entre ellas la casi certeza de que - tú no te quedarías tanto tiempo. Una trampa.

«Pero es la menor de las trampas que Ella te ha tendido. Te engañó desde el momento en que la viste por primera vez, y mucho antes. Ella lo había planeado todo de antemano, te obligó a escoger las cartas que había marcado previamente, te infundió entusiasmo, te tranquilizó cuando empezaste a sospechar, te condujo de la mano a tu planeado destino... y logró que te gustara. *Ella* no vacila ante ningún método, y engañaría a la Virgen María y haría un pacto con el Viejo al mismo tiempo, si ello conviniera a sus propósitos. Oh, recibiste tu paga, sí, y una paga generosa: en *Ella* no hay nada mezquino. Pero ya es hora que sepas que fuiste engañado. Que conste que no la estoy censurando, al contrario, la estoy aplaudiendo... y la ayudé... salvo en un momento de debilidad en el que la víctima me inspiró compasión. Pero tú estabas tan obcecado que no hubieras escuchado al mismo Dios del cielo. Casi perdí el control de mí mismo, pensando que te estabas precipitando hacia una muerte horrible con tus inocentes ojos abiertos. Pero *Ella* fue más lista que yo. Siempre lo ha sido.

«Ahora bien, me gusta Ella. La respeto. La admiro. Incluso la amo un poco. A *toda* Ella, no sólo a sus aspectos agradables, sino también a todas las impurezas que la hacen tan dura como el acero, como *debe* ser. ¿Qué me dices de *ti,* señor? ¿Cuáles son tus sentimientos hacia Ella *ahora...* sabiendo que te engañó, sabiendo lo que es?

Yo continuaba sentado. Mi vaso estaba junto a mí: no lo había tocado durante toda aquella larga arenga.

Lo agarré y lo levanté.

-¡Por la mayor vieja pelleja de veinte universos!

Rufo rebotó de nuevo sobre el escritorio y cogió su vaso.

-¡Repite eso en voz alta y a menudo! ¡Y delante de Ella, a Ella le gustará! Bendita sea por Dios, quienquiera que sea, y que El la proteja. No veremos nunca a otro como *Ella,* por desgracia... ya que los necesitaríamos por docenas.

Brindamos, y estrellamos nuestros vasos contra el suelo. Rufo fue en busca de otros, los llenó, se instaló en su butaca, y dijo:

-Ahora bebamos en serio. ¿Te he contado alguna vez lo que le ocurrió a mi...?

-Desde luego. Rufo, quiero saber algo más acerca de esta trampa.

-¿Como qué?

-Bueno, hablemos por ejemplo de la primera vez que volamos...

Rufo se estremeció.

-No hablemos de eso.

-Entonces no me lo pregunté. Pero, dado que Star podía hacer aquello, podríamos haber eludido el Igli, los Fantasmas Cornudos, el marjal, el tiempo perdido con Jocko...

-¿Perdido?

-Para el objetivo de Star. Y las ratas y los cerdos y posiblemente los dragones. Volando directamente desde aquella primera Puerta a la segunda. ¿Correcto?

Rufo agitó la cabeza.

-Equivocado.

-No lo entiendo.

-Suponiendo que Ella pudiera transportarnos hasta tan lejos, una cuestión que espero no aclarar nunca, podría habernos transportado hasta la Puerta que Ella prefería. ¿Qué hubieras hecho tu entonces? ¿Trasladado casi directamente desde Niza a Karth-Hokesh? ¿Lanzarte hacia adelante y luchar como una loba, como hiciste? ¿O decir: «Señorita, ha cometido usted un error. Muéstreme la salida de esta Casa de la risa: no me divierto»?

-Bueno.., yo no hubiera escurrido el bulto.

-Pero, ¿habrías *ganado?* ¿Habrías tenido el grado de preparacion que era necesario?

-Comprendo. Aquellos primeros asaltos fueron ejercicios con fuego real en mi entrenamiento. Aunque, ¿fueron con fuego real? ¿No fue una trampa toda aquella primera parte? ¿Tal vez por medio de la hipnosis, para que todo pareciera normal? Dios sabe que Star es una experta en hipnotismo. ¿Ningún peligro hasta que llegamos a la Torre Negra?

Rufo volvió a estremecerse.

-¡No, no! Oscar, *cualquiera* de aquellas amenazas podía habernos matado. Nunca había luchado con más denuedo y nunca me había sentido tan asustado. *Ninguna* de ellas podía ser eludida. No comprendo todos los motivos de Ella, no soy Su Sabiduría. Pero Ella nunca se hubiera arriesgado *en persona* a menos que fuera absolutamente necesario. No habría vacilado en sacrificar a diez millones de hombres valientes, si era preciso, como el precio más barato. Ella sabe lo que Ella vale. Pero Ella luchó a nuestro lado... ¡tú lo *viste!* Porque tenía qué ser así.

-Sigo sin entenderlo.

-Ni lo entenderás. Ni lo entenderé yo. Ella te hubiera enviado a ti solo, de haber sido posible. Y en aquel último y supremo peligro, aquel ser llamado «Devorador de Almas», porque había devorado precisamente las de muchos valientes antes de enfrentarse contigo... si hubieras perdido, Ella y yo hubiéramos tratado de escapar, yo estaba preparado para hacerlo en cualquier momento; y si hubiésemos escapado, improbablemente, Ella no hubiera derramado ninguna lágrima por ti. O muy pocas. Luego habría trabajado otros veinte, o treinta, o cien años para encontrar y engañar y entrenar a otro paladín... y habría luchado con la misma fiereza al lado de *él.* Es valiente, la vieja. Ella sabía cuán remotas eran nuestras probabilidades de éxito; tú no sabías nada. ¿La viste desfallecer una sola vez?

-No.

-Pero tú eras la clave, primero para ser localizado, luego para que encajaras en tu papel. Tenias que *actuar* por ti mismo, sin ser una marioneta, o no habrías podido ganar. *Ella* era la única que podía engatusar a un hombre semejante y situarlo en el lugar donde debería *actuar* por su cuenta; ninguna persona inferior a *Ella* podía manejar al tipo de héroe que *Ella* necesitaba. De modo que buscó hasta que lo encontró.., y lo manipuló sabiamente. Dime, ¿por qué elegiste la espada? No es corriente en América.

-¿Qué? -Tuve que pensar. Leyendo *El Rey Arturo* y *Los Tres Mosqueteros,* y las maravillosas historias de Marte de Burroughs... Pero todos los muchachos hacen eso-. Cuando nos trasladamos a Florida, yo era un Explorador. El jefe de Exploradores era un francés, que enseñaba esgrima en la escuela superior. Empezó con algunos de los chicos. A mí me gustó, era algo que se me daba bien. Luego, en el instituto...

-¿Te preguntaste alguna vez por qué aquel inmigrante había obtenido aquel empleo en aquella ciudad? ¿Por qué se ofreció voluntario para enseñar a los Exploradores? ¿O por qué en tu Instituto había un equipo de esgrima, cuando en la mayoría de ellos no existe? No Importa; si hubieses ido a alguna otra parte, habría existido una escuela de esgrima en una Asociación de Jóvenes Cristianos o algo por el estilo. ¿No celebraste más combates que la mayoría de los de tu categoría?

-¡Diablos, sí!

-Podían haberte matado en cualquier momento, también.., y *Ella* se hubiera dedicado a engatusar a otro candidato que ya tenía a punto. Hijo, no sé cómo

fuiste elegido, ni cómo te convirtieron de un mozalbete inútil en el héroe que eras en potencia. No fue tarea mía. Lo mío era más sencillo, aunque más peligroso: ser tu lacayo y tu «retaguardia». Mira a tu alrededor. Bonita casa para un criado, ¿eh?

-Bueno, si. Casi había olvidado que se suponía que eras mi lacayo.

-«¿Se suponía?» ¡Diablos! Lo *era.* Fui tres veces a Nevia como criado de *Ella,* a fin de adquirir práctica. Jocko no se ha enterado aún. Si regresara allí, creo que sería bien acogido. Pero solamente en la cocina.

-Pero, *¿por qué?* Esa parte me parece absurda.

-¿Lo fue? Cuando nos hicimos contigo tu ego estaba en muy baja forma; teníamos que levantar tu moral.., y el llamarte «Jefe» y servirte las comidas estando yo de pie y tú sentado, con *Ella,* era parte del tratamiento. -Se mordisqueó un nudillo y añadió, enfurruñado-: Sigo creyendo que *Ella* embrujó tus dos primeras flechas. Algún día me gustaría que me concedieras la revancha.., sin que *Ella* estuviera presente.

-Puedo volver a ganarte. He estado practicando.

-Bueno, olvídalo. Conseguimos el Huevo, eso es lo importante. Y aquí tenemos esta botella, y eso es importante también. -Volvió a llenar los vasos-. ¿Te has desahogado del todo, «Jefe»?

-¡Maldita sea, Rufo! Sí, viejo malandrín. Me has ayudado mucho. O me has engañado otra vez, no estoy seguro.

-Nada de engaños, Oscar, por la sangre que hemos derramado. Te he dicho la verdad tal como yo la conozco, aunque me haya dolido. No deseaba hacerlo, tú eres amigo mío. El haber recorrido contigo aquella ruta pedregosa será algo que atesoraré todos los días de mi vida.

-Uh... sí. Yo también, Rufo.

-Entonces, ¿por qué frunces el ceño?

-Rufo, ahora comprendo a Star, hasta donde puede comprenderla una persona vulgar, y la respeto profundamente... y la amo más que nunca. Pero yo no puedo ser el capricho de nadie. Ni siquiera el de Ella.

-Me alegra no haber tenido que decir eso. Sí. Ella tiene razón. ¡Ella siempre tiene razón, maldita sea! Tienes que marcharte. En bien de los dos. Oh, *Ella* no saldría demasiado perjudicada, pero el quedarte sería tu ruina, con el tiempo. Te destruiría, si eres obstinado.

-Será mejor que regrese... y tire mis zapatos.

Me sentí extrañamente aliviado, como si acabara de decirle al cirujano: *Adelante: ampute.*

-¡No hagas eso!

-¿Qué?

-¿Por qué tendrías que hacerlo? No es preciso nada definitivo. Si un matrimonio ha de durar mucho tiempo, y el vuestro podría durar, incluso muchísimo tiempo, las vacaciones tienen que ser largas también. Y, sobre todo, nada de fijar fechas para el regreso, y nada de promesas. Ella sabe que los caballeros andantes pasan sus noches vagando, y espera que no seas una excepción. Siempre ha sido así, *un droit de la vocation...* y necesario. Aunque no lo mencionen en las historias para niños de tu mundo. De modo que busca un trabajo adecuado para ti en otra parte, y no te preocupes. Lo mismo si regresas dentro de cuatro que de cuarenta años, serás bien acogido. Los Héroes siempre se sientan en la primera mesa, tienen derecho a ello. Y vienen y van a su antojo, tienen derecho a ello también. A una escala más pequeña, te pareces a *Ella.*

-¡Gracias por el cumplido!

-«A una escala más pequeña», he dicho. Mmm, Oscar, parte de tu problema es una necesidad de volver a tu mundo. A tu país natal. Para recobrar tu perspectiva y descubrir quién eres. Todos los viajeros experimentan eso, yo mismo lo experimento de cuando en cuando. Y al presentarse la sensación, no vacilo ni un momento.

-No me había dado cuenta de que sentía añoranza. Es posible que estés en lo cierto.

-Es posible que *Ella* se haya dado cuenta. Es posible que estés algo ahito de Ella. Por mi parte, convertí en una norma concederle a cualquier esposa mía unas vacaciones cuando su rostro se me hacía demasiado familiar.., ya que el mío tenía que habérsele hecho a ella todavía más familiar, teniendo en cuenta lo feo que soy. ¿Por qué no, muchacho? Regresar a la Tierra no es lo mismo que morir. Yo mismo voy a ir pronto allí, por eso estoy enfrascado en mi actual trabajo. Podríamos encontrarnos en la Tierra, y tomar una copa o diez, y divertirnos en grande... y pellizcarle el trasero a la camarera y ver lo que ella dice. ¿Por qué no?

XXI

De acuerdo, aquí estoy.

No me marché aquella semana, pero sí poco después. Star y yo pasamos una lacrimosa y gloriosa noche antes de mi partida, y ella lloró al decirme *«Au' voir»* (no «Adiós»). Pero yo sabía que sus lágrimas se secarían en cuanto me perdiera de vista; ella sabía que yo lo sabia, y yo sabía que ella lo prefería asi, de modo que así lo hice. A pesar de lo cual yo también lloré.

La Pan American no es tan rápida como las Puertas comerciales. Entré en una especie de túnel, una muchacha dijo:

«Ocupen sus puestos, por favor».., y luego *¡whambol*

Me apeé en la Tierra, vestido con un traje londinense, pasaporte y documentos en el bolsillo, la *Lady Vivamus* en un maletín que no parecía el estuche de una espada, y en otros bolsillos pólizas cambiables por mucho oro, ya que descubrí que no me importaba aceptar una paga de héroe. Llegué cerca de Zurich, desconozco la dirección; el servicio de Puertas se encargaba de todo.

Pero tenía la posibilidad de enviar mensajes.

Poco después, aquellas pólizas se habían convertido en cuentas numeradas en tres bancos suizos, manejadas por un abogado que me había sido recomendado. Compré cheques de viaje para diversos lugares, y algunos los envié por correo delante de mí, y algunos los llevé personalmente, ya que no tenía la menor intención de pagarle al Tío Sam el 91 por ciento.

Uno pierde el rastro del tiempo en un día y un calendario distintos; faltaban un par de semanas para que caducara aquel viaje gratis a América a cargo del Ejército. Me pareció prudente aprovecharlo: llamaría menos la atención. De modo que lo aproveché: un antiguo avión de transporte de cuatro motores, Preswick-Gander-Nueva York.

Las calles parecían más sucias, los edificios menos altos... y los titulares peores que nunca. Dejé de leer periódicos, no me quedé mucho tiempo; pensaba en California como en mi «hogar». Telefoneé a mi madre; me reprochó que no le hubiera escrito, y le prometí visitar Alaska tan pronto como pudiera. ¿Cómo estaban ellos? (Yo pensaba que mis hermanastros y hermanastras podrían necesitar ayuda para estudiar algún día).

No pasaban apuros. Mi padastro había ascendido y realizaba servicios de vuelo. Le pedí a mi madre que remitiera a mi tía las cartas que llegaran para mi.

California tenía mejor aspecto que Nueva York. Pero no era Nevia. Ni siquiera Center. Estaba más pobladade lo que yo recordaba. Lo único que puede decirse de las ciudades de California es que no son tan malas como otros lugares. Visité a mis tíos porque habían sido buenos conmigo y porque yo pensaba utilizar parte del oro que tenía en Suiza para librar a mi tío de su primera esposa. Pero ella había muerto y mis tíos hablaban de instalar una piscina.

De modo que guardé silencio. Ahora sabía el valor que tenía el dinero. Seguí la norma de Sus Sabidurías: dejar que los problemas se resuelvan por sí mismos.

El campus parecía más pequeño y los estudiantes mucho más *jóvenes.* Algo recíproco, supongo. Estaba saliendo de la cervecería a través de la Administración cuando entraron dos mozalbetes, empujándome a un lado. El segundo dijo:

«¡Abre los ojos, papá!»

Le dejé vivir.

El fútbol volvía a estar de moda: nuevo entrenador, nuevos vestuarios, las gradas pintadas, se hablaba de un estadio. El entrenador sabía quién era yo; conocía los archivos a fondo, y yo figuraba en ellos.

-Vas a volver, ¿no es cierto?

Le dije que no pensaba hacerlo.

-¡Tonterías! -dijo-. Eres un buen elemento, y sería absurdo que permitieras que tu estancia en el Ejército truncara una brillante carrera. Ahora, escucha...

-Su voz se convirtió en un susurro.

No se trataba de «barrer el gimnasio» ni de nada por el estilo. Un muchacho podía vivir con una familia.., que sería fácil de encontrar. Si pagaba su pensión al contado, ¿quién se metería en averiguaciones? Nadie, por descontado.

-Eso te dejaría tu pensión militar para tus gastos.

-No tengo ninguna pensión.

-¿Acaso no lees los periódicos?

El tenía uno archivado: durante mi ausencia, se había aprobado una Ley concediendo pensiones militares por aquella noGuerra.

Prometí pensarlo con más calma.

Pero no tenía intención de hacerlo, De hecho, había decidido terminar la carrera de ingeniero, me gusta terminar las cosas. Pero no allí.

Aquella noche tuve noticias de Joan, la muchacha que había sido mi novia y que luego me dejó plantado. Yo me proponía visitarla, a ella y a su marido, pero no había averiguado aún su nombre de casada. Pero ella se me anticipó, llamándome por teléfono a casa de mi tía.

-¡Easy! -dijo, y su voz expresaba un sincero placer.

-¿Quién...? Un momento. *¡Joan!*

Tenía que ir a cenar a su casa aquella misma noche. Le dije que iría, y que tenía muchas ganas de conocer al afortunado individuo que se había casado con ella.

Joan se mostró tan cariñosa como siempre, y me dio un abrazo y un beso de bienvenida, fraternales pero agradables. Luego conocí a los niños, uno en su cuna y el otro gateando.

Su marido estaba en Los Angeles.

Debí despedirme en aquel momento, Pero no había ningún problema Jim había telefoneado después de que Joan hablara conmigo para decirle que tenía que quedarse una noche más y *desde luego* le parecía muy bien que yo la llevara a cenar me había visto jugar al fútbol y tal vez me gustaría jugar con él a los bolos mañana por la noche ella no había podido conseguir una *baby-sitler* pero su hermana y su cuñado vendrían a tomar una copa no podían quedarse a cenar porque tenían un compromiso después de todo querido nos conocemos desde hace muchísimo tiempo oh te acuerdas de mi hermana acaban de llegar y no he acostado a los niños.

Su hermana y su cuñado se quedaron a tomar una copa Joan y su hermana acostaron a los niños mientras el cuñado se sentaba conmigo y me preguntaba cómo estaban las cosas en Europa tenía entendido que yo acababa de regresar y me dijo cómo estaban las cosas en Europa y lo que había que hacer al respecto.

-¿Sabe, señor Jordan? -me dijo, dándome una palmada en la rodilla-, un

hombre metido en el negocio inmobiliario como yo llega a conocer a fondo la naturaleza humana y aunque yo no he estado en Europa como usted no he tenido tiempo alguien tiene que quedarse aquí y pagar impuestos y cuidar de que las cosas marchen como es debido mientras ustedes jóvenes afortunados recorren el mundo pero la naturaleza humana es la misma en todas partes y si dejáramos caer una pequeña bomba en Minsk o Pinsk o uno de esos lugares se enterarían en seguida de lo que les conviene y acabaríamos de una vez con todos los jaleos que hacen cada día más dura la vida del hombre de negocios. ¿No está usted de acuerdo?

Le dije que no andaba desencaminado. Luego se marcharon y él dijo que me llamaría por teléfono al día siguiente y me enseñaría unos estupendos solares que podían ser adquiridos a un precio de ganga y que no tardarían en revalorizarse con la inminente instalación de una fábrica de misiles en la zona.

-Me ha encantado escuchar sus experiencias, señor Jordan, ha sido un verdadero placer. Algún día tengo que contarle algo que me ocurrió en Tijuana pero no delante de mi esposa ja ja.

Joan me dijo:

-No comprendo por qué se casó con él mi hermana. Sírveme otro trago, cariño, un doble, lo necesito. Voy a bajar el horno, la cena esperará.

Tomamos un doble, los dos, y luego otro, y cenamos alrededor de las once, Joan se echó a llorar cuando insistí en que debía marcharme a las tres. Me dijo que yo era un gallina, y me mostré de acuerdo; me dijo que las cosas podrían haber sido muy distintas si yo no hubiera insistido en alistarme, y volví a mostrarme de acuerdo; me dijo que saliera por la puerta de atrás y que no encendiera ninguna luz, y que no quería volver a verme, y que Jim se marcharía a Sausalito el diecisiete.

Tomé un avión para Los Angeles al día siguiente.

Cuidado... *no* estoy censurando a Joan. Me gusta Joan. La respeto, y siempre le estaré agradecido. Es una persona excelente. En otro ambiente superior -en Nevia, por ejemplo- tendría un *éxito bomba.* Pero incluso aquí era toda una mujer. Su casa estaba limpia, sus hijos iban limpios, eran sanos y estaban bien cuidados. Joan es generosa y tiene buen carácter.

Tampoco me siento culpable. Si un hombre tiene alguna consideración hacia los sentimientos de una muchacha, hay una cosa que no puede negarle: un rato de cama, si ella lo desea. No voy a decir que yo no lo deseara también.

Pero mientras viajaba hacia Los Angeles me sentía preocupado. No por su marido: ojos que no ven... No por Joanie, que al fin y al cabo era mayor de edad y no era propensa a los remordimientos. Joanie es una buena chica y ha establecido un ajuste perfecto entre su naturaleza y una sociedad imposible.

A pesar de todo, estaba preocupado.

Un hombre no debe censurar la cualidad más femenina de una mujer. Debo dejar bien sentado que la pequeña Joanie era tan dulce y tan generosa como la Joanie más joven que yo había conocido antes de alistarme. El fallo estaba en mí; el que había cambiado era *yo.*

Mis quejas iban dirigidas contra toda una cultura que no tiene en cuenta al individuo si no es para reprocharle sus actitudes personales. Séame permitido citar a aquel eminente culturólogo, conocedor de muchos mundos, el Dr. Rufo:

-Oscar, cuando llegues a tu país no esperes demásiado de tus compatriotas femeninas. Seguramente quedarás decepcionado, y las pobrecillas no tiene la culpa. Las mujeres norteamericanas, habiendo sido condicionadas para reprimir sus instintos sexuales, reaccionan con un desmesurado interés hacia todo lo relacionado con el sexo... y cada una de ellas está convencida de que conoce «intuitivamente» la mejor manera de comportarse en lo que respecta a la vida sexual. Ella *sabe* y nadie puede enseñarle algo distinto.., especialmente un hombre lo bastante desafortunado como para estar en la cama con ella. De modo que no lo intentes. O la pondrás furiosa, o aplastarás su espíritu. Estarás atacando a la más Sagrada de las Vacas: el mito de que las mujeres lo saben todo acerca del sexo, por el simple hecho de ser mujeres.

Rufo había fruncido el ceño.

-La típica mujer norteamericana está convencida de que es un genio como modista, como decoradora de interiores, como cocinera para paladares refinados y, siempre, como cortesana. Habitualmente está equivocada por partida cuádruple. Pero no intentes decírselo.

Y había añadido:

-A menos que puedas localizar a una muchacha no mayor de doce años y aislarla, especialmente de su madre... e incluso eso puede ser demasiado tarde. Pero los hombres no se quedan atrás. El varón norteamericano está convencido de que es un gran militar, un gran estadista y un gran amante. Lo cierto es que vive tan engañado como la hembra. O más. Desde el punto de vista histórico-cultural, existen pruebas fehacientes de que el varón norteamericano, más que la hembra, asesinéóal sexo en tu país.

-¿Qué puedo hacer *yo* al respecto?

-Viajar a Francia de vez en cuando. Las mujeres francesas son casi tan ignorantes pero menos presuntuosas, y a menudo muestran una buena predisposición para aprender.

Cuando mi avión aterrizó olvidé el tema, ya que había decidido ser un anacoreta durante una temporada. En el Ejército aprendí que la abstinencia sexual resulta más soportable que la falta de comida... y yo tenía planes serios.

Me proponía ser el hombre formal que soy por naturaleza, trabajando de firme y con un objetivo en la vida. Podría haber utilizado aquellas cuentas de los bancos suizos para ser un playboy. Pero ya había sido un playboy y no era lo mío.

Había estado en la mayor francachela de la historia... una juerga en la que no creería si no tuviera tanto dinero a mi disposición. Ahora había llegado el momento de sentar la cabeza y unirme a los Héroes Anónimos. *Ser* un héroe está bién. Pero un héroe *retirado..,* empieza siendo un pelmazo y acaba siendo un gorrón.

Mi primera etapa fue Caltech. Ahora podía permitirme lo mejor, y el único

rival de Caltech es donde trataron de eliminar del todo el sexo. Yo había visto bastante del fúnebre cementerio en 1942-45.

El Decano de Admisiones no se mostró muy estimulante.

-Señor Gordon, ¿sabe usted que rechazamos muchos más de los que aceptamos? Y no podemos conceder demasiado crédito a esta copia. No hay ninguna mancha en su historial escolar, y a nosotros nos gusta ayudar a un ex soldado, peró esta escuela tiene niveles más altos. Además, no encontrará usted en Pasadena un lugar barato para vivir.

Le dije que me conformaría con aceptar el nivel que mereciera, y le mostré mi saldo bancario (uno de ellos), ofreciéndole un cheque por los honorarios de un año. No quiso aceptarlo, pero se ablandó visiblemente. Me marché con la impresión de que podría encontrarse una plaza para E. C. «Oscar» Gordon.

Me dirigí a la ciudad e inicié el proceso para convertirme legalmente en «Oscar» en vez de «Evelyn Cyril». Luego empecé a buscar trabajo.

Encotré un empleo en el Valle, como delineante auxiliar en una sección de una compañía subsidiaria de una corporación que fabricaba neumáticos, máquinas para el ramo de la alimentación y otras cosas: misiles en este caso. Esto formaba parte del Plan de Rehabilitación Gordon. Unos cuantos meses sobre el tablero de delineante me devolverían el equilibrio perdido, y me proponía estudiar por las noches y reencontrarme a mí mismo. Alquilé un apartamento amueblado en Sawtelle y compré un Ford de segunda mano para mis desplazamientos.

Entonces me sentí relajado; «Mi señor Héroe» estaba enterrado. Lo único que quedaba era la *Lady Vivamus,* colgando en la pared encima del televisor. Pero la sopesé en mi mano antes de colgarla y experimenté la antigua emocion. Decidí encontrar una *salle d'armes* e ingresar en su club. En el Valle había visto también un campo de tiro con arco, y tenía que haber algún lugar en el que los miembros de la Asociación Americana de Rifle disparasen los domingos. Podría mantenerme en forma...

Entretanto me olvidaría de mis cuentas en Suiza. Eran pagaderas en oro, no en dinero, y si las dejaba allí, podrían valer más -tal vez mucho más- con la inflación que efectuando inversiones. Algún día sería un capital, cuando me estableciera por mi cuenta.

Esa era mi aspiración: Jefe. Un trabajador a sueldo, aunque pertenezca a los grupos en los que el Tío Sam sólo se lleva la mitad, no deja de ser un esclavo. Pero yo había aprendido de Su Sabiduría que un jefe debe adiestrarse; yo no podía comprar el título de «Jefe» con oro.

De modo que senté la cabeza. Me fue concedido el cambio de nombre; Caltech admitió que yo podía empezar a pensar en trasladarme a Pasadena... y me llegó el correo.

Mi madre se lo envió a mi tía, mi tía lo transmitió al hotel cuya dirección le había dado yo, y eventualmente llegó a mis manos. Algunas eran cartas echadas al correo en los Estados Unidos hacía más de un año, enviadas al Sudeste de Asia, luego a Alemania, luego a Alaska, y luego más cambios antes

de que yo las leyera en Sawtelle.

Una de ellas me ofrecía otra vez aquel servicio de inversiones; ahora yo podía obtener un 10 por ciento más. Otra era del entrenador de la Universidad.., en papel de cartas corriente y firmada con un garabato. Me decía que ciertos individuos estaban decididos a empezar la temporada con un golpe sonado. ¿Me harían cambiar de opinión 250 dólares al mes? Debía telefonearle mi asentimiento al número de su casa. Rompí la carta.

Otra era de la Administración de Veteranos, fechada poco después de mi licenciamiento, diciéndome que como resultado de *Barton versus Estados Unidos,* mi condición legal era la de «huérfano de guerra» con derecho a percibir 110 dólares mensuales para costear mis estudios hasta la edad de veintitrés años.

Me reí con tanta fuerza que me dolió la barriga.

Otra de las cartas era de un Representante en el Congreso. Tenía el honor de informarme de que, en colaboración con los Veteranos de Guerras Extranjeras, había presentado un grupo de proyectos de ley especiales para rectificar injusticias derivadas de fallos en la clasificación de personas que eran «huérfanos de guerra», que las leyes habían sido aprobadas, y que tenía la satisfacción de anunciarme que en lo que a mi respecta la asignación correspondiente para completar mi educación tendría validez hasta mi vigésimoseptimo cumpleaños, dado que yo había cumplido los veintitrés antes de que el error fuera rectificado. Con el más atento de los saludos, etc.

No pude reír. Pensé en lo distintas que habrían sido las cosas para mí si, en el verano en que me alisté, hubiera tenido asegurados 110 dólares al mes. Le escribiría una carta de agradecimiento a aquel Congresista, lo mejor que supiera.

Otra carta parecía de tipo comercial. Llevaba el membrete de Hospitals' Trust, Ltd.: seguramente una petición de un donativo o una póliza de seguro hospitalario.., aunque no acertaba a comprender que alguien de Dublin me tuviera en su lista de posible benefáctores o clientes.

Hospitals' Trust me preguntaba si tenía un boleto de Apuestas Múltiples de los Hospitales Irlandeses número tal y tal, y su recibo oficial. El boleto en cuestión había sido vendido a J. L. Weatherby, Esq. Su número había salido en la segunda extracción y había sido un boleto del caballo ganador. J. L. Weatherby había sido informado y había notificado a Hospitals' Trust, Ltd., que había traspasado el boleto a E. C. Gordon y que, al recibir el recibo, lo había enviado por correo al mencionado individuo.

¿Era yo el «E. C. Gordon» en cuestión, tenía en mi poder el boleto, estaba en posesión del recibo? Hospitals' Trust, ltd., me agradecería una pronta respuesta.

La última carta del fajo contenía un recibo de las Apuestas Múltiples Irlandesas... y una nota:

Esto debería enseñarme a no jugar al poker. Espero que le produzca alguna ganancia. - J. L. WEATHERBY.

La cancelación se había efectuado hacía más de un año. Contemplé el recibo fijamente, y luego revisé los documentos que había llevado encima a través de los Universos. Encontré el boleto correspondiente. Estaba manchado de sangre, pero el número era perfectamente visible.

Volví a leer la carta de Hospitals' Trust, Ltd.: *Segunda* extracción...

Empecé a examinar los boletos bajo una potente luz. Los otros estaban falsificados. Pero el grabado de *este* boleto y de *este* recibo no ofrecían lugar a dudas: eran auténticos. Ignoraba dónde había comprado Weatherby aquel boleto, pero estaba seguro de que no lo había comprado al ladrón que me vendió el mío.

Segunda extracción... Yo ignoraba que hubiera más de una. Pero las extracciones dependen del número de boletos vendidos, en unidades de 120.000 libras esterlinas. Y yo sólo había visto los resultados de la *primera.*

Weatherby le había enviado el recibo a mi madre, a Wiesbaden, y debió de estar en Elmendorf cuando yo me encontraba en Niza... luego había ido a Niza y había sido devuelto a Elmendorf debido a que Rufo había dejado aquella dirección en el American Express para que me remitieran a ella el correo; Rufo lo sabía todo acerca de mí, desde luego, y había tomado medidas para ocultar mi desaparición.

Aquella mañana, hacía más de un año, mientras estaba sentado en un café de Niza, tenía en mi poder un boleto ganador con el correspondiente recibo en el correo. Si hubiera leído algo más que los anuncios «Personales» en aquel *Herald Tribune,* habría encontrado los resultados de la Segunda Extracción y no hubiese contestado a aquel anuncio.

Habría cobrado 140.000 dólares, y no hubiera visto a Star por segunda vez...

Aunque, ¿se hubiera resignado al fracaso Su Sabiduría?

¿Me hubiera yo negado a seguir a mi «Helena de Troya», simplemente porque mis bolsillos estaban llenos de dinero?

Me concedí a mí mismo el beneficio de la duda. *¡Habría recorrido la Ruta de Gloria de todos modos!*

Al menos, eso creía yo.

A la mañana siguiente telefoneé a la fábrica justificando mi ausencia, acudí a un banco, y seguí la rutina por la que había pasado por dos veces en Niza.

Sí, el boleto era auténtico. Y el banco se ofreció amablemente a hacer efectivo su importe. Les di las gracias y me marché.

Un hombrecillo de la Oficina Fiscal estaba ya en el portal de mi casa...

Bueno, casi. -Tocó el timbre desde abajo mientras yo estaba escribiendo a Hospitals' Trust, Ltd.

Le dije a aquel hombre que por nada del mundo lo haría. ¡Dejaría el dinero en Europa, y asunto solucionado! Me dijo amablemente que no adoptara aquella actitud, ya que me estaba comprometiendo a mí mismo; a la Oficina

Fiscal no le gustaba pagar honorarios a los soplones, pero lo haría si mis actos demostraban que yo estaba tratando de eludir el pago de impuestos.

Me tenían atrapado. Así que cobré 140.000 dólares y pagué 103.000 dólares al Tío Sam. El amable hombrecillo señaló que era preferible hacer las cosas de aquella manera; con demasiada frecuencia, la gente deja de pagar y se encuentra con serias dificultades.

De haber estado en Europa, habrían sido 140.000 dólares *en oro..,* pero ahora eran 37.000 dólares en papel, debido a que los libres y soberanos norteamericanos no pueden tener oro. Podían iniciar una guerra, o hacerse comunistas, o cualquier otra cosa. No, no podía dejar aquellos 37.000 *dó*lares en Europa como oro; era ilegal también. Fueron muy corteses.

Envié el 10 por ciento, 3.700 dólares, al Sargento Weatherby, y le conté la historia. Establecí un fondo de 33.000 dólares para gastos de educación de mis hermanastros, con la condición de que mis parientes no debían enterarse hasta que el dinero fuera necesario. Entrecrucé mis dedos y confié en que la noticia acerca de aquel boleto no llegaría a Alaska. Los periódicos de Los Angeles no la publicaron, pero la cosa trascendió, no sé cómo. Lo cierto es que me encontré en las listas de innumerables aprovechados, recibí cartas ofreciéndome oportunidades doradas, solicitándome préstamos o pidiéndome regalos.

Transcurrió un mes antes de que me diera cuenta de que me había olvidado del Impuesto de Utilidades del Estado de California. Nunca he sabido distinguir la tinta roja.

XXII

Regresé al viejo tablero de delineante, estudiando por la noche, viendo un poco de televisión, practicando algo de esgrima los fines de semana.

Pero seguía teniendo este sueño...

Lo había tenido por primera vez inmediatamente después de haber aceptado aquel empleo, y ahora lo tenía todas las noches...

Avanzo por este largo, largo camino, y encuentro una curva, y hay un castillo en lo alto delante de mí. Es hermoso, ondean gallardetes en sus almenas, y una pendiente asciende hasta su puente levadizo. Pero sé, ignoro cómo pero lo *sé,* que hay una princesa cautiva en su mazmorra.

Esta parte es siempre la misma. Los detalles varían. Ultimamente, el amable hombrecillo de la Oficina Fiscal aparece siempre en el camino y me dice qué peaje se paga allí: el diez por ciento más de lo que tengo.

Otras veces es un polizonte y se apoya contra mi caballo (que a veces tiene cuatro patas, y a veces ocho), y escribe un boleto por obstrucción del tráfico, cabalgar con una licencia caducada, no obedecer a la señal de stop, y grosera insubordinación. Quiere saber si tengo permiso para llevar aquella lanza.., y me dice que las leyes de caza me obligan a poner una etiqueta a cualquier dragón que mate.

Otras veces doy la vuelta a aquella curva y una sólida oleada de tráfico, de cinco carriles de anchura, avanza hacia mí. Ese sueño es el peor.

Empecé a escribir esto después de que empezaron los sueños. No podía ir a ver a un exprimidor de cerebros y decirle: «Mire, doctor, soy héroe de profesión y mi esposa es Emperatriz en otro universo.. . » Sentía menos deseos aún de tenderme en su sofá y contarle que mis padres me trataron mal cuando era niño (no lo hicieron), y cómo descubrí lo de las muchachas (eso es asunto *mío).*

Decidí hablar con una máquina de escribir.

Me hizo sentirme mejor, pero no interrumpió los sueños. Pero aprendí una nueva palabra: «aculturado» Es lo que ocurre cuando un miembro de una cultura se muda a otra con un triste período de inadaptación. Esos indios que se ven en pueblos de Arizona, sin hacer nada, contemplando los escaparates de las tiendas o simplemente de pie. Aculturación. No se adaptan.

Había tomado un autobús para acudir a la consulta de un otorrinolaringólogo; Star me había prometido que su terapia más la de Center me librarían del resfriado común... y era cierto: no había pillado ninguno. Pero ni siquiera los terapeutas que aplican el tratamiento de Larga Vida pueden proteger los tejidos humanos contra el gas venenoso; la contaminación de Los Angeles podía conmigo. Ojos irritados, nariz bloqueada... dos veces por semana tenía que ir a que le hicieran cosas horribles a mi nariz. Solía aparcar mi automóvil y tomar el autobús hasta Wilshire, ya que resultaba imposible aparcar en aquellas inmediaciones.

En el autobús oí conversar a dos damas:

-...a pesar de lo mucho que los desprecio, *no se puede* dar una pequeña fiesta sin invitar a los Sylvester.

Sonaba como un idioma extranjero. Luego reflexioné y comprendí las palabras.

Pero, *¿por qué* tenía que invitar ella a los Sylvester?

Si los despreciaba ¿por qué no les ignoraba, o dejaba caer una piedra sobre sus cabezas?

En nombre de Dios, ¿por qué había que dar aquella clase de «fiestas»? Personas que no simpatizaban particularmente unas con otras, paseando de un lado a otro (nunca habían suficientes sillas), hablando de cosas en las que no estaban interesadas, tomando bebidas que no les apetecían (¿por qué fijar el *momento* de beber algo?), y bebiendo más de la cuenta para no advertir que no se estaban divirtiendo. *¿Por qué?*

*C*omprendí que era un problema de aculturación. Yo no me adaptaba.

A partir de entonces evité los autobuses y me gané cinco multas de tráfico y un guardabarros aplastado. Dejé de estudiar también. Los libros no parecían tener sentido. Añoraba el sistema de enseñanza de mi querido y viejo Center.

Pero continué en mi empleo de delineante. Siempre he tenido condiciones para el dibujo lineal, y no tardaron en asignarme tareas más importantes.

Un día, el Jefe de Delineantes me llamó a su despacho.

-Mire, Gordon, este montaje suyo…

Yo estaba orgulloso de aquel trabajo. Recordé algo que había visto en Center y lo había reproducido, reduciendo partes móviles y mejorando el diseño a mi gusto.

Me lo entregó.

-Vuelva a hacerlo. Y hágalo bien.

Le expliqué la mejora, y que había realizado el dibujo de la mejor manera para…

Me interrumpió.

-No queremos que lo haga de la mejor manera, queremos que lo haga a *nuestra* manera.

-Usted manda -dije, y renuncié al empleo sin previa notificación.

Encontré raro mi apartamento en un día laborable. Empecé a estudiar *Resistencia de Materiales..,* y solté el libro, aburrido. Luego me puse en pie y contemplé a *Lady Vivamus.*

«¡Dum Viviinus, Vivanius!»

Silbando, me ceñí la espada, la desenvainé, noté aquel estremecimiento a lo largo de mi brazo.

Volví a envainar la espada, recogí unas cuantas cosas, en su mayor parte cheques de viaje y dinero en metálico, y salí del apartamento. No iba a ninguna parte concretamente, solo a vagar por ahí.

Llevaba pasendo unos veinte minutos cuando un coche patrulla me recogió y me condujo a la comisaría.

¿Por qué llevaba aquel arma? Expliqué que los caballeros llevaban espada.

Si les decía en qué compañía cinematográfica trabajaba, una llamada telefónica podía aclarar el asunto. ¿O era para la televisión? El Departamento estaba dispuesto a colaborar, pero le gustaba ser informado.

¿Tenía yo permiso para llevar armas ocultas? Dije que no llevaba ningún arma oculta. Me dijeron que la espada estaba oculta.., dentro de aquella vaina.

Mencioné la Constitución; me dijeron que la Constitución no tenía nada que ver con el hecho de que yo andara por la ciudad con aquella clase de pincho. Un Polizonte le susurré al sargento: «Por ahí podemos pillarle, sargento. La hoja tiene una longitud superior a…», Creo que eran siete centímetros. Me opuse, incluso físicamente, a que me desposeyeran de mi *Lady Vivamus.* Finalmente me encerraron, con espada y todo.

Dos horas más tarde mi abogado consiguió que la acusación fuera de «conducta desordenada» y me soltaron, hablando de un reconocimiento psiquiátrico.

Pagué a mi abogado, le di las gracias, y tomé un taxi hasta el aeropuerto y

un avión hasta San Francisco. En el puerto compré una bolsa muy grande, lo suficiente para llevar en ella la *Lady Vivamus.*

Aquella noche, en San Francisco, asistí a una fiesta. Conocí al individuo en un bar y le invité a una copa, y él me invitó a otra, y le invité a cenar, y compramos una garrafa de vino y acudimos a aquella fiesta. Yo le había estado explicando a mi compañero que no tenía sentido ir a la escuela, para aprender un sistema cuando existían ya sistemas mejores... ¡Tan absurdo como un indio estudiando la llamada del búfalo! ¡Los búfalos están en los parques zoológicos! ¡Aculturación, eso es lo que era!

Charlie dijo que estaba completamente de acuerdo y que a sus amigos les gustaría oír aquello. De modo que fuimos y le pagué al conductor del taxi pero me llevé mi equipaje. Los amigos de Charlie no querían oír mis teorías pero el vino fue muy bien acogido, y me senté en el suelo y escuche cantar a la gente. Los hombres llevaban barba y los cabellos alborotados. Las barbas servían para localizar a las muchachas. Un barbudo se puso en pie y recité un poema. El viejo Jocko podía hacerlo mejor borracho perdido, pero me abstuve de decirlo.

No era una reunión como las de Nevia, ni desde luego como las de Center, excepto en esto: me hicieron proposiciones amorosas. Podría haberlas tomado en cuenta si aquella muchacha no hubiera llevado sandalias. Tenía los pies muy sucios. Me acordé de Zhai-ee-van y de su piel exquisitamente limpia, y le dije a la muchacha que muchas gracias, pero que había hecho voto de castidad.

El barbudo que había recitado el poema se acercó a mí.

-Hombre, ¿en qué jaleo te ganaste esa cicatriz? -me pregunté.

Le dije que había sido en el Sudeste de Asia, Me miró con aire de desprecio.

-¡Mercenario!

-Bueno, no siempre -le dije-. A veces lucho gratis. Como en este momento.

Le lancé contra una pared, recogí mi equipaje, salí a la calle y me dirigí al aeropuerto... y luego a Seattle y a Anchorage, Alaska, y llegué a la Base Aérea Americana de Elmendorf limpio, sobrio, y con la *Lady Vivamus* disfrazada de caña de pescar.

Mi madre se alegré de yerme, y los niños se mostraron muy contentos -yo había comprado regalos entre dos aviones en Seattle-, y mi padrastro y yo intercambiamos exageraciones.

En Alaska hice una cosa importante: volé hasta Point Barrow; allí encontré parte de aquellos a los que estaba buscando: ninguna presión, ningún sudor, poca gente. Uno miraba a través de hielo y sabía que más allá sólo se encontraba el Polo Norte, y unos cuantos esquimales y menos personas blancas aquí. Los esquimales son tan agradables como han sido descritos. Sus bebés nunca lloran, los adultos no parecen crecer nunca... y sólo los perros atados entre las chozas tienen mal genio.

Pero los esquimales están «civilizados» ahora; las antiguas costumbres van desapareciendo. Uno puede tomarse un chocolate malteado en Barrow, y los aviones vuelan diariamente por un cielo que mañana puede verse cruzado por

misiles.

Pero hay todavía focas entre los hielos, y la aldea es rica cuando capturan una ballena, y medio muerta de hambre si no la capturan. No cuentan el tiempo, y no parecen preocuparse por nada. Si se le pregunta a un hombre qué edad tiene, contesta: «¡Oh, tengo muchos años!» Esa es la edad de Rufo. En vez de adiós, dicen: «¡Hasta alguna otra vez!» Lo cual no significa ningún momento en particular.

Me permitieron bailar con ellos. Hay que llevar guantes (a su manera son tan etiqueteros como los Doral) y saltar y cantar con los tambores.., y me encontré sollozando de pronto. No sé por qué. Era una danza acerca de un viejecito que no tenía esposa y ahora veía una foca...

Dije: «¡Hasta alguna otra vez!», y me marché a Anchorage y a Copenhague. Desde 10.000 metros de altura el Polo Norte parece una pradera cubierta de nieve, salvo unas lineas negras que son agua. Nunca había esperado ver el Polo Norte.

Desde Copenhague me trasladé a Estocolmo. Majatta no vivia con sus padres, pero su actual domicilio se encontraba muy cerca. Me preparó aquella cena sueca, y su marido es una buena persona. Desde Estocolmo telefoneé un anuncio «Personal» a la edición parisina del *Herald Tribune,* y luego me marché a París.

El anuncio aparecía diariamente mientras yo mataba el tiempo en los Dos Caprichos, acumulando platillos y tratando de no impacientarme. Contemplaba a las *ma',m'selles* y pensaba en lo que podría hacer.

Si un hombre deseaba establecerse por un período de unos cuarenta años, ¿no sería Nevia un lugar agradable? De acuerdo, tiene dragones. Pero no tiene moscas, ni mosquitos, ni contaminación. Ni problemas de aparcamiento, ni complejos de circulación que parecen diagramas para cirujía abdominal. Ni un semáforo en ninguna parte.

Muri se alegraría de yerme. Podría casarme con ella. Y tal vez también con su hermanita, como quiera que se llamase. ¿ Por qué no? Las costumbres matrimoniales no son en todas partes las que imperan en Paducah. Star se alegraría; le gustaría estar emparentaba con Jocko por matrimonio.

Pero antes iría a ver a Star, o pronto en cualquier caso, y propinaría un puntapié a aquel montón de zapatos extraños, tirándolos fuera. Pero no me quedaría; sería un: «¡Hasta alguna otra vez!» que complacería a Star. Es una frase, una de las pocas, que tiene una traducción exacta en la jerga Centrista.., y significa exactamente lo mismo.

«Hasta alguna otra vez», porque hay otras doncellas, o agradables facsímiles, en otras partes, necesitadas de rescate. En alguna parte. Y un hombre debe trabajar en su profesión, y una esposa juiciosa lo sabe.

«No puedo reposar del viaje; beberé la vida hasta las heces». Una larga ruta, un sendero, una «Caminata Regia», sin ninguna seguridad de lo que uno comerá o dónde o si, ni de dónde dormirá, ni con quién. Pero en alguna parte está Helena de Troya y todas sus numerosas hermanas, y queda aún trabajo

noble para hacer.

Un hombre puede acumular un montón de platillos en un mes y empezar a encolerizarse en vez de soñar. ¿Por qué diablos no daba Rufo señales de vida? Los nervios me estaban jugando una mala pasada. ¿Dónde estaba Rufo? ¿Acaso había muerto?

¿O acaso era un «nonato»? ¿Soy yo un enfermo mental y lo que hay en este caso lo llevo conmigo dondequiera que voy? ¿Una espada? Temo mirar, de modo que lo hago... y ahora temo preguntar. En cierta ocasión conocí a un sargento, un hombre de treinta años, que estaba convencido de que era el dueño de todas las minas de diamantes de Africa; se pasaba las noches revisando los libros de contabilidad de *sus* minas. ¿Padezco yo el mismo tipo de feliz alucinación? ¿Son esos francos lo que queda de mi paga mensual de invalidez?

¿Ha tenido alguien nunca dos oportunidades? ¿Ha desaparecido siempre la Puerta en la Pared cuando uno vuelve a mirar? ¿Dónde se toma el barco para Brigadoon? Hermano, esto es como la oficina de Correos de Brooklyn: *No se puede llegar allí desde aquí.*

Voy a concederle a Rufo dos semanas más...

¡He tenido noticias de Rufo! Le enviaron un recorte con mi anuncio, pero tuvo un pequeño problema. No ha podido explicármelo por teléfono, pero he llegado a la conclusión de que estuvo mezclado con una carnívora Fraulein que lo dejé casi *sans culottes.* Pero estará aquí esta noche. Está completamente de acuerdo en un cambio de planetas y universos, y dice que tiene en proyecto algo interesante. Un poco arriesgado quizá, pero no aburrido. Estoy convencido de que tiene razón en las dos cosas. Rufo podría robarle a uno sus cigarrillos y desde luego su amante, pero las cosas no son aburridas a su alrededor.., y moriría defendiendo la retaguardia de uno.

¡De modo que mañana nos adentraremos por aquella Ruta de Gloria, con piedras y todo!

¿Necesita usted que le maten algunos dragones?

FIN